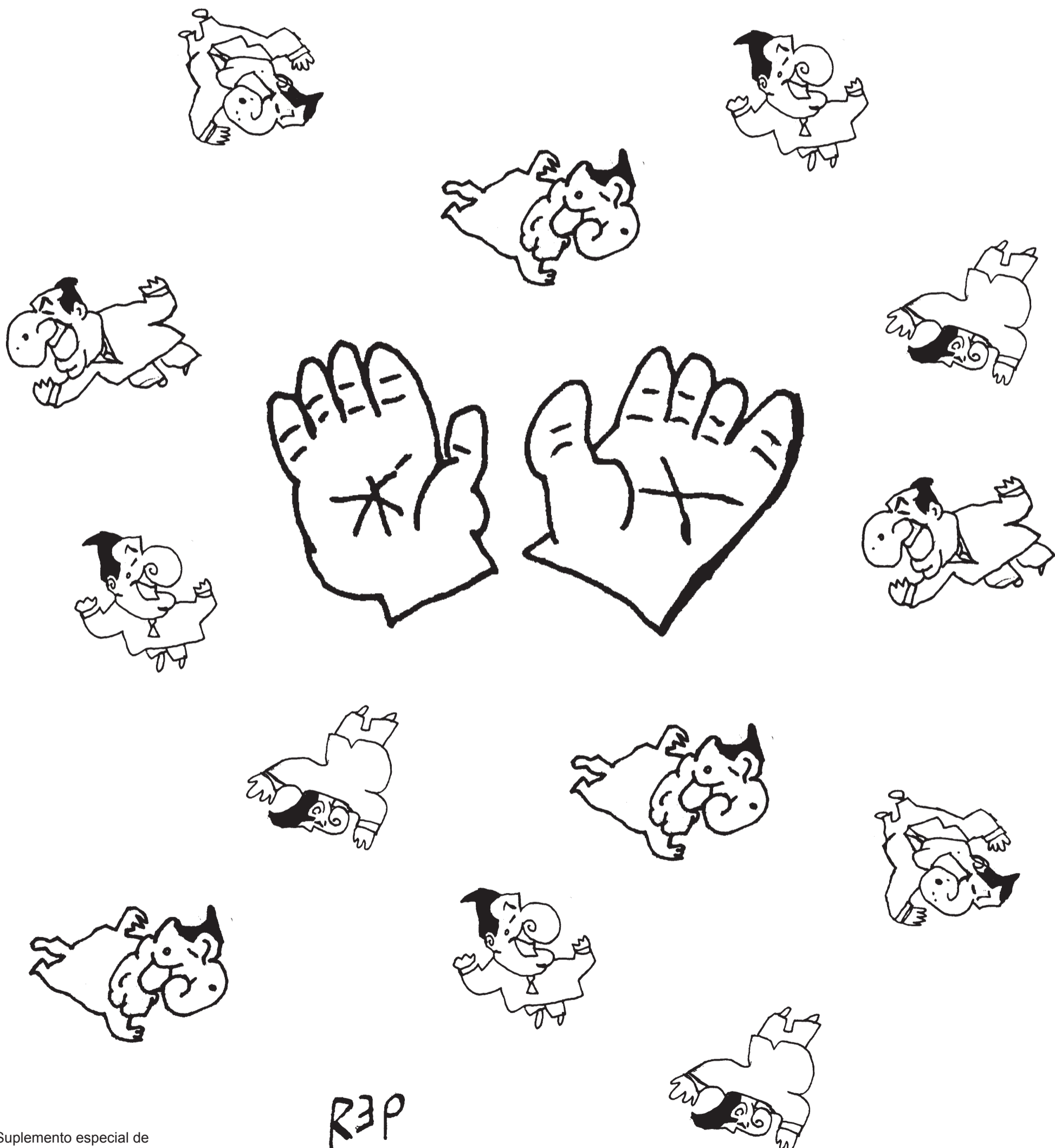


Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

63 “Buenos días, General,
su custodia personal”



LA INSTITUCIONALIZACIÓN

El año 1972 tiene que dar respuesta a la pregunta crucial, definitiva, la pregunta que todos se hacen, la que resolverá 15 años de la política del país: *¿Vuelve o no vuelve Perón?* En medio de esta coyuntura, se establece algo que los analistas políticos llaman “ajedrez”. Se trata de una pulseada. El ajedrez entre Lanusse y Perón. Pienso que se trata de un curioso ajedrez en que los dos jugadores sobreactúan, ya que los dos –cada uno a su manera– quieren lo mismo. La *institucionalización* del país. A Lanusse le costaba mucho decir esa palabra que –para colmo– tenía que decir a cada momento. Empezaba acentuando largamente la “i” y esto le daba aire para largar cuidadosamente el resto. *Íns... tucionalización*, así lo decía. Se rumoreaba que, para sus adentros, maldecía: “¡Maldita palabra peronista!” Pero nunca falló, siempre la dijo bien. Al querer la institucionalización el que mayor precio pagaba por ese paso estratégico era Lanusse. Todo el sector gorila del Ejército se enfurecía. El general Toranzo Montero, símbolo de la Libertadora, protagonista de muchos de los célebres “planteos militares” que se le hicieron a Frondizi, exclama: “¡Esto es una traición al espíritu de septiembre del ‘55!” Notable frase. El “espíritu de septiembre de 1955” era el que había prevalecido durante todos esos años. Las Fuerzas Armadas fueron quienes lo cuidaron, quienes lo preservaron. A cada gobierno civil y subalterno que ponían le habrán dicho sin duda: “Ustedes están ahora en el Gobierno. Gobiernen. Lo único que no vamos a tolerar nunca es que se viole ‘el espíritu de septiembre de 1955’”. Se lo dijeron a Frondizi, al mínimo Guido y al buen viejito Illia. Cada uno de ellos –lo hemos visto– asumió con la esperanza de poder hacer algo propio. De no someterse por completo a ese espíritu. Frondizi lo violó antes de asumir el Gobierno con el pacto con Perón. Illia con su voluntad de democratizar el país, con algunos gestos, tenues, de dialogar en serio con el peronismo. Lo notable es que Toranzo Montero –aun en 1972– le echara en cara a Lanusse una traición al espíritu del ‘55. ¿Cuánto suponía que ese “espíritu” –cuyo eje fundamental era excluir al peronismo– podía durar? Para Lanusse había terminado. Y nadie podría decir que Lanusse no era gorila. ¿Qué gorila era Lanusse! Joven, a los 33 años, ya es parte esencial del golpe del ‘51, el de Benjamín Menéndez contra Perón. Un golpe por el cual Perón –desoyendo los consejos de Evita– no fusiló a nadie. Declara el Estado de Guerra Interno. La Libertadora, apenas tiene una intentona cuartelera, se descuelga con los célebres fusilamientos. Los historiadores, sin embargo, hablan del Perón dictatorial, del Perón fascista que decreta el Estado de Guerra Interno y omiten la causa: el golpe de Menéndez. Sólo hablan del Estado de Guerra Interno que le permite ganar las elecciones del ‘51. ¡No lo habría decretado si Menéndez no hace ese golpe! Pero total, mentir es gratis: suprimimos el golpe de Menéndez (respaldado por todos los políticos opositores y luego grandes “democráticos” de la Libertadora: Balbín, Frondizi, Ghioldi, Palacios y la mar en coche), ¿y qué tenemos? Que una buena mañana Perón se despierta medio torcido y decreta el Estado de Guerra Interno. Bien, de ese golpe de Menéndez forma parte Lanusse. Ahí, en 1951, ya está anotado. La cosa le sale cara: se come cuatro años de prisión en el sur. Lo liberan en 1955. Porque los libertadores liberan a todos los presos del peronismo. Tomemos el caso de Lanusse. Estaba preso por alzarse en armas contra las instituciones de la Nación. Y uno se dice: ¿no era por ese motivo que estaban presos los combatientes (los que practicaban la lucha armada y los que no) que liberó Cámpora? No hay cierta incómoda similitud entre los dos acontecimientos. ¿Por qué es totalmente legítimo y hasta un canto a la libertad abrirle las puertas de la cárcel a Lanusse que se había alzado en armas contra un Estado democráticamente elegido (y era liberado por un gobierno de facto!) y es una aberración, un agravio que costará la sangre de muchos, que servirá para justificar la matanza del ‘76 (“No

podemos dejar vivo a ninguno porque si no después los van a liberar como en el ‘73”), abrir las puertas de las prisiones el 25 de mayo de 1973? En estas cosas que algunos, en la Argentina, pueden y deben hacer y otros no, está el secreto más hondo de las leyes que rigen nuestra historia. Lanusse era un general de la nación. Era un hombre de bien. Se había levantado en armas, no contra un gobierno constitucional, sino contra una dictadura populista que había avanzado, por medio del poder del sufragio que un pueblo ignorante le había conferido, sobre las libertades de los ciudadanos dignos de la República. El golpe del ‘55 es un golpe contra una tiranía y se hace en nombre de la libertad. ¿Cómo no liberar a Lanusse, que había dado el ejemplo de levantarse antes que todos contra ese orden demagógico? Por otra parte, los liberados el 25 de mayo eran subversivos, enemigos de la República, soltarlos era una irresponsabilidad. Era demostrar que el nuevo gobierno (al que sólo desdichadas circunstancias de la política y esa necia y persistente adhesión de ese pueblo de brutos a ese general tiránico) estaba con los guerrilleros. Esto se sigue pensando hoy. Hoy más que en otras etapas de nuestra vida democrática. Sigue vigente este pensamiento. Y adhieren a él los nuevos intelectuales no progresistas. Orgullosos de no serlo. Orgullosos de diferenciarse de esos jóvenes de ayer, extraviados y violentos. Y de los populistas de hoy que todavía los respe-



tan y piensan que –acaso sí– muchos estaban equivocados, muy equivocados. Pero que en este país los grandes asesinos están de un solo lado. Los grandes, eh. Los que aprendieron con los parafranceses, con la inteligencia fría, con la racionalidad instrumental que los herederos de Descartes aplicaron en Argelia. Ya desde 1958 empezaron a llegar. Los militares argentinos los acogieron con fervor. Consideraron sus técnicas como las mejores en contrainsurgencia. En esta tragedia (porque no olvidemos jamás esto: todo lo que está ocurriendo es el camino sinuoso, acaso evitable, pero si lo era fracasó estrepitosamente en serlo, hacia una tragedia de desmedidas proporciones) no es fácil señalar quiénes fueron los que podemos llamar “inocentes”. Cuando algo así ocurre todos hicieron lo suyo para que el camino no pudiera desviarse del abismo hacia el que conducía. Hay, sin embargo, una diferencia: algunos son culpables de no haber podido evitar el rumbo, otros son culpables por haberlo deseado casi enfermizamente, de haber hecho lúcida y eficazmente lo que había que hacer para llegar a él.

DICTADURA DEL PROLETARIADO

Como sea, queremos dejar clara una tesis central de este libro: el Decreto 4161 destila sangre. Los odios que despertó la Argentina Gorila desde 1955, el país al que maniató durante 18 años

tenía que generar lo que generó. Perón, es cierto, era autoritario. Él diría que, sin haberlo sido, no habría podido hacer lo que había hecho a favor de los pobres. ¿Cómo no prestarle atención? Todos los teóricos del socialismo plantean una dictadura como etapa fundamental para vencer la resistencia de la burguesía. Marx llega a decir que el mayor aporte de su filosofía política es el de la *dictadura del proletariado*. Durante los primeros meses de 2008, el gobierno de Cristina Fernández –sin duda con ineficacia o torpeza o con mala transmisión de sus intenciones– intentó tocar algo de las grandes ganancias del sector más tradicional de la Argentina. Estuvo a punto de ser volteada. Tuvo a todos los sectores sociales en contra. Nunca reprimió. No censuró a nadie. La democracia no sufrió ningún daño. Al contrario, los que se dieron el lujo de *ocupar* tácticamente el país fueron los dueños de la tierra, seguidos por los pequeños productores. Un símbolo perfecto de los tiempos de desconcierto o vaguedad ideológica en que se vive. El gobierno siguió sin reprimir, calmo y, por fin, cedió. Todo se resolvió, por fin, por medio de una votación en el Senado de la Nación que permanecerá como uno de los episodios más bizarros de nuestra historia. ¿Qué habría hecho Perón? Prepárense: ahora vamos a entender tal vez más que otras veces por qué Perón los injurió tanto. Perón –como era un dictador– les sacó todos los medios de comunicación a sus opositores. “Ustedes, señores, no hablan más. Las radios son del Estado y están a su servicio. Como el Estado somos nosotros, los medios de comunicación son nuestros.” La oposición decisiva al gobierno de Cristina Fernández provino de los medios de comunicación, que están en manos de algunas pocas empresas. Desde los medios un periodismo eficaz se dedicó a denostar al Gobierno y a ejercer un persistente, exitoso ejercicio de penetración ideológica. Resultado: todos terminaron por hablar un mismo lenguaje, el que recibían desde los medios. Con Perón, eso no. Porque era un dictador.

Un autoritario. No era un demócrata. Demócratas fueron los del ‘55 que ni de lejos les mostraron un micrófono a los peronistas. Pero esto no se discute. Aquí, cuando algunos hacen una cosa está mal. Cuando la hacen otros, está bien. Y el motivo es claro: unos defienden la libertad y la democracia,

los otros o son populistas o demagogos o subversivos. Perón, a los dueños de la tierra, les quita el poder de comercializar sus cosechas. Es el Estado el que compra y vende. ¿Cómo es posible hacer eso? Porque Perón era un dictador. Perón aumentó un 33% la participación de la clase trabajadora en el producto bruto nacional. ¡Ese hombre es un mago! ¿Cómo lo logró? Era un dictador. En *El avión negro*, una obra de 1970 de Cossa, Somigliana, Halac y Talesnick, un negrazo con bombo y todo le habla a Perón (que no está en escena, se trata de un monólogo del morocho): “General, no hay caso. ¡Hay que meterlos en cana a los oligarcas! Si no, no se puede hacer nada. Porque cuando ellos pueden –y casi siempre pueden– nos meten en cana a nosotros. ¡No podemos estar los dos afuera, general! O ellos están afuera y nosotros adentro. O ellos están adentro y nosotros afuera. Hágame caso, general. Si quiere gobernar tranquilo, ¡meta a todos los oligarcas en cana! Y algo más. Tiene que dictar una ley general. Una ley nueva. No, ya sé que los ferrocarriles son nuestros. Lo del IAPI también lo sé. La Fundación de la señora ayudó, sí. Yo digo algo más importante, general. Una ley definitiva: ‘A partir del día de hoy y para siempre, ¡se prohíbe joder a los negros en todo el territorio de la Nación!’”. Más ceñida a los países marginales, a los países pobres o periféricos, una posible *filosofía de la historia* sería la siguiente: a) Gobiernan, como siempre, las clases dominantes. Hay cierta democracia pero para los poseedores.

Los pobres tienen que trabajar duro y comen poco. Los diarios que funcionan son los de las empresas poderosas. Y uno que otro medio “zurrito” para cubrir ese espacio. Respaldado al Gobierno el país imperial y el Occidente cristiano; b) Por medio de una revolución, o golpe de mano, o coyuntura inesperada, sube al poder un gobernante socialista o populista. Se acabó la democracia para los ricos. Hay democracia para los pobres, a los que el régimen expresa. Censura a la prensa. Relaciones difíciles con el Imperio. Apertura a otras geopolíticas. Distribución del ingreso. Expropiación de las superganancias de los dueños de la tierra. Nacionalización del sistema bancario. Grandes concentraciones populares. El pueblo y el líder populista o socialista se expresan su amor, su mutuo reconocimiento. El pueblo, al fin, vive horas de verdadera felicidad. El líder empieza a verse rodeado por un gran aparato de protección. Su seguridad lo obsesiona. Se establece una doctrina. Un Partido de afiliación masiva. Una gigantesca burocracia crece a la sombra del Partido y se instala en el Gobierno. Culto a la personalidad del líder. Su rostro, su figura cubren el país. Cerrado en sí mismo, sofocado por su grupo privilegiado, el líder se aleja de las masas. El Ejército comienza a desconfiar de él. El líder responde con una represión considerable. Hasta que los ricos, las clases tradicionales, el Imperio, el Ejército descontento, los burócratas traidores, voltean al líder. El pueblo permanece pasivo pues si algo no les ha dicho nunca el líder es cómo defenderse. Empieza, otra vez, con sus adecuados protagonistas, o sea: los ya conocidos, (a). Se trata de uno de los mecanismos más reiterados de la Historia.

LANUSSE: “SI LO TRAIGO, LO MATO”

Habrán otras interpretaciones, otras conjeturas, pero no dudaría en afirmar que Lanusse se empeñó en traerlo a Perón. A veces pareciera que no porque El Cano tenía un carácter podrido y se salía a menudo de sus casillas. En la década del ‘90 se largó una frase que probablemente expresara su más hondo sentir, su verdad: “Tengo para mí que no se puede ser buena persona y ser peronista”. Algunos salieron a responderle esgrimiendo nombres prestigiosos del peronismo: Ramón Carrillo, Jauretche, Manzi, Scalabrini. Nadie dijo: “Perón”. Lanusse se hubiera retorcido de la risa. No lo quería nada. Por eso quería destruirlo. Ya era hora. Elige la metodología del enfrentamiento directo: “A ver, venga”. No lo dice así, pero lo dice así. Creo que Lanusse es ese militar que descubre el único modo de terminar con Perón: traerlo al país. Aramburu no quería traerlo para terminar con él, sino para transparentar la legalidad institucional. Controlar a Perón con la *asimilación al régimen*. Lanusse no quiere controlarlo. Quiere erosionarlo, deteriorarlo y, si es posible, destruirlo. Sabe el alto costo de gobernar un país, y más aún la Argentina. Ese viejo de mierda, piensa, la juega de vivo allá en Madrid. Todos le hacen el juego. Lo van a ver. Y él juega con todos. Bueno, venga. Vamos a ver cómo se las arregla.

El paso decisivo lo da en un discurso excepcional. Ante mil oficiales, en el Colegio Militar de la Nación, el 27 de julio de ese año de 1972, en horas del atardecer, Lanusse toma largamente la palabra: “Creo que nadie podrá dudar que este individuo (Perón) es una realidad, nos guste o no nos guste. Puede haber gente a la que le guste Juan Domingo Perón y a esta gente la respeto. No me respetaría a mí mismo si hoy, delante de ustedes, les dijera que a mí me gusta Juan Domingo Perón. Repito que nadie puede dudar que Perón es una realidad que juega un papel singular (...) A Perón se lo pretendió combatir en el terreno en el que considero que sin duda es el más fuerte: la trampa, el engaño, la intriga, los procedimientos oscuros o algunos, como el avestruz, pretendiendo ignorarlo”. Dice que su Gobierno va a proceder de otra manera. Que se acabó la proscripción de Evita. Que ya la tiene en sus manos. Que la tiene guardada en su casa, donde “vive con su tercera esposa”. (Este toque es inefable: Perón es, como siempre, un promiscuo. Un militar no tiene “tres esposas”. Tiene una y listo. Para colmo, se sabe, Perón tuvo amores con la menor Nelly Rivas. Aquí Lanusse desciende a la moralina de lo peor del gorilismo.) Sigue: ¿por qué tiene a Evita en su

casa y no la puso en algún cementerio? Porque teme que las peregrinaciones ya no vayan a Puerta de Hierro sino a donde yacen los restos “de la señora”. (Aquí levantó la puntería.) Sigue: se refiere ahora al “retorno de Perón”. El famoso retorno de Perón. Dice: “Señores: o regresa antes del 25 de agosto o tendrá que buscar un buen pretexto para mantener el mito de su eventual e hipotético retorno”. Hasta ahora, afirma, no vino por razones de seguridad o para mantener su condición de conductor estratégico. No hay necesidad de estar a miles de kilómetros para distinguir la conducción estratégica con la táctica. Eso lo sabe hasta un cadete de primer año. Yo digo que nada reemplaza “la presencia física del comandante”. “Si hasta Cristo, que era Dios, vino a dar la cara, no se mantuvo en el puesto de ‘comandante de conducción estratégica’, vino acá. Claro, terminó en la Cruz, pero triunfó estando en la Cruz”. Y se manda a fondo: “Dije que si necesita fondos para financiar su venida, se los voy a dar. Pero aquí que no me corran más a mí, ni voy a admitir que corran más a ningún argentino diciendo que no viene porque no puede. Permitiré que digan ‘porque no quiere’ pero en mi fuero interno diré ‘porque no le da el cuero para venir’”. Observemos el tono personal del discurso. Si necesita fondos, “se los voy a dar”. No se los dará el Estado Argentino. Él se los va a dar. Como de su propio bolsillo. Y la frase “no le da el cuero” fue dicha para la historia. Tenía, en alguna medida, razón. No es que a Perón no le diera el cuero para venir. Que no tuviera coraje para hacerlo. De hecho, vino. Pero no sólo era cuestión de “venir”. Era venir y gobernar. Venir y ordenar el movimiento justicialista. Venir y ordenar el país. Para eso (y Lanusse sin duda lo sospechaba) no le dio el cuero. En suma, el Plan Lanusse podría resumirse así: “Si lo traigo, lo mato”. Le salió. El final del discurso es de una enorme virulencia personal. Está cargado de odio. Si Lanusse juega al GAN (Gran Acuerdo Nacional), si ésa es su estrategia, la frase de su discurso la niega por completo: “La República no puede seguir viviendo extorsionada por los caprichos de un hombre que está muy próximo a que quede demostrado que no tiene mucho interés en servir a su patria, sino por el contrario; lo digo levantando la voz (*aquí ya estaba a punto de gritar*, JPF) y haciéndome plenamente responsable de lo que digo: de lo que tiene interés es de seguir sirviéndose de la patria, como lo hizo toda la vida”.

“¡SIAMMO TANTI!”

Se armó un lío espectacular. Era una bofetada y había que contestarla. “La fecha del regreso la pone Juan Perón.” “Perón vuelve cuando se le canten las pelotas.” Tato Bores ironiza sobre el discurso de Lanusse: “Nunca se sabe cuánto cuero hay en un país como la Argentina. En una de éstas hay más del que algunos piensan”. Poco antes de regresar, Perón habla desde la televisión italiana. Es la primera vez que se lo escucha hablar en italiano. Todos se sorprenden: ¿qué bien habla italiano el Viejo! Perón enfrenta las cámaras con una seguridad pasmosa. Ni que fuera Perón. ¿Cómo no vamos a triunfar?, se pregunta. Sonríe, mira a cámara, abre los brazos y dice: “¡Siammo tanti!” Ni Sordi habría estado tan gracioso. Lanusse no podía contra eso. Perón, quién no lo sabe, era un milico especial, sabía aflojarse, sabía *no ser* milico cuando no había que serlo. Esa noche, en *Polémica en el bar*, que estaba en su mejor momento, que era un programa formidable, notablemente hecho por actores de gran talento, han llegado todos al bar menos Minguito Tinguítella. A la mesa están Jorge Porcel (que era muy gracioso en 1972), Fidel Pintos, nada menos, alguien más que lamentablemente no recuerdo y Gerardo Sofovich, que no era lo que fue después. Al contrario, era el tipo que había ideado ese programa esencialmente porteño, entrañable, argentino al mango. Minguito Tinguítella era Juan Carlos Altavista, el personaje más popular de la mesa, no por ser el más conocido, sino porque era el que expresaba al “pueblo”. Vestía con pantuflas agujereadas, llevaba un sombrero que le quedaba chico, una bufanda que siempre era la misma y un escarbadiantes que no cesaba de mordisquear. A medida que el peronismo se acercaba al poder, que el regreso de Perón se presentía más cercano, Minguito, sin vueltas, se asumió como peronista. “Ahí viene el Mingo,

che”, dice uno de los de la mesa. Y entra Minguito reventando de orgullo. Y así, orgulloso, feliz, desbordante, saluda a todos: “¡Buona sera!” El país entero largó la carcajada.

Al día siguiente del discurso de Lanusse, Perón responde asumiendo el papel del razonador frío, sensato, del político ajeno al desborde: “Después del discurso descompuesto de Lanusse en el Colegio Militar, si es que a eso se le puede llamar así, no me siento inclinado a comentar sus incongruencias. La calumnia, la diatriba y el insulto son, en casos como éste, homenajes que se rinden a un mérito o a un valor (...) Habla de Gran Acuerdo y pacificación nacional e inicia una guerra abierta contra todos los que no sienten o piensan como él, a los que amenaza violentamente”. Y ahora viene la injuria más dura, la que más le habrá dolido a Lanusse: “Indudablemente se siente como si estuviera al frente de su escuadrón en la formación de la tarde, sin percatarse siquiera de que ahora el asunto es un poco más grande” (Galasso, *Ibid.*, p. 1109. El *Perón* de Galasso es una obra monumental, de necesaria consulta. Lo único que yo le reprocharía —con todo el cariño que tengo por este viejo y fiel y honesto militante de las causas populares, un ejemplo ante el alud de “conversos” que nos azotan— es su amor por Perón. Porque o yo me equivoqué o Galasso no era peronista cuando estaba en la izquierda nacional, con Enea Spilimbergo y Ramos. Editó, en pleno fuego cruzado, un pequeño libro en el que optaba fuertemente por la “patria socialista”, después de



Ezeiza. Que fue la “patria” que Perón rechazó más que con vehemencia. Ahora, esta obra monumental, que merece gran respeto, se presenta casi como una hagiografía. Galasso, incluso, lo llama “Juan” a Perón, como se llama a un amigo o a un hermano. Se ve que lo quiere mucho. No podría decir que este cariño deteriore el enorme material que entrega la obra. Acaso sus opiniones personales. Pero eso nos pasa a todos. Yo no lo quiero a Perón como Galasso. No sé si alguna vez lo quise a Perón o fue siempre la contraseña para estar en ciertos lugares donde quería estar. Como sea, prefiero leer a Galasso que tolerar el odio mediocre de un periodista como Gambini. O las constantes agresiones de Luna que deterioran —aunque él diga que no— un libro como *Perón y su tiempo*, que pudo ser mejor. A Perón, a veces se lo quiere, pero a veces no. Absolutamente no. Sin embargo, se trata de asumir esa dificultad (a Dorrego, sin más, se lo quiere, por ejemplo) y trabajar por su medio la complejidad de la Historia, que no tiene una sola cara, que no es el lugar donde se enfrentan “buenos” y “malos”. En Perón reside la dificultad para entender el peronismo. Era un tipo raro, urdido por muchas contradicciones. Si uno quiere puede simplificarlo todo y decir: “Lo amaron los humildes y lo odiaron los poderosos”. O “lo amó el pueblo y lo odió la oligarquía”. De acuerdo, eso fue algo que Perón *provocó*. Que Perón conquistó. Pero un balance definitivo no es tan simple. Y no es éste el momento de hacerlo.

Ya —por otra parte— lo venimos haciendo largamente. Seguiremos haciéndolo. Pero quererlo “a lo Galasso” nos resulta imposible. Es difícil “querer” a Perón. Perón no es un tipo para ser querido. Irigoyen lo era, pese a su hermetismo, pese a su autismo. Perón es sinuoso. Puede perder el control. Pero no es un apasionado. Rep hizo en una de las tapas de estos suplementos un dibujo impecable: le dibujó un cerebro en la cabeza y un cerebro en el corazón. Y es todo por ahora. Porque las peores cosas de Perón aún están muy lejos, y van a ser duras de entender, de integrar en una figura armónica. Salvo que uno busque una totalización simplista: “nazi”, “facho”, “líder popular antlimperialista”, “viejo hijo de puta”, “milico represor”, o “ese viejo hijo de puta que nos recontracagó”, algo que la militancia juvenil le ha dicho no pocas veces luego de su muerte. ¿Con razón, sin ella? Hay que seguir.)

ORTEGA PEÑA EN NUEVA CHICAGO

La respuesta más dura que recibió Lanusse se armó con una rapidez notable. Fue el extraordinario acto en Nueva Chicago. Era el 28 de julio de 1972, era una noche espléndida y toda la militancia llenó las gradas con estrépito, con furia. Es una de las primeras veces que la consigna *Luche y vuelve* suena atronadoramente. Se había levantado una plataforma en medio de la cancha y, sobre ella, se veían los protagonistas. Algunos, muy pronto, habrían de agarrarse a los tiros. Porque estaban Norma Kennedy y Rodolfo Galimberti, ya a esta altura el líder de la Jotapé. Hablarían esa noche, todos. Pero el que habría de entregar un discurso inolvidable, incluso espectacular sería Rodolfo Ortega Peña. Fui con mi amigo Arturo Armada, que dirigía nuestra revista *Envido*. Arturo y yo éramos tranquilos y buscamos, según costumbre, un lugar de buena visual y cierta seguridad. O sea, que tuviera una puerta cerca para salir rajando. La primera lucha de consignas (empezó en ese acto) fue la que se dio entre la *Patria Peronista* y la *Patria Socialista*. Con Arturo decíamos: “Es lo mismo. Es lo mismo”. La Jotapé ya tenía una buena consigna: “La Patria Peronista es la Patria Socialista” y tendrían aún otra mejor: “Vamos a hacer la Patria Peronista/ Vamos a hacerla/ Montonera y Socialista”. *Había cerca de 20.000 personas*. Cerraría el acto Héctor Cámpora. El *Luche y vuelve* ya era una realidad incontestable. Todos lo voceaban. Era lo que daba unidad a todas las fuerzas diferenciadas que desbordaban las tribunas de Maderos. Hay una muy buena de foto de Galimberti en este acto. Se lo ve con su sacón de cuero negro. La mano en alto remarcando alguna frase. Los ojos grandes y claros y el pelo bien a la gomina. Nunca se me hubiera ocurrido que se parecía mucho a un tacuara. Simplemente porque me había olvidado por completo de esos personajes del pasado. Todos los que nos rodeaban cantaban empecinadamente: “FAP, FAR y Montoneros, son nuestros compañeros”. Lo cantaban *demasiado*. Le daban distintos ritmos. Saltaban o movían los brazos y las manos. No eran militantes de Montoneros, organización que aún no se había dado una política de superficie pues, obviamente, debía seguir en la clandestinidad. Pero tenía vigencia ese deslumbramiento por la lucha armada. “Lucha armada/ Perón en la Rosada”, “Fusiles y machetes por otro diecisiete”. Al poco tiempo, la derecha responderá: “Yo hice el diecisiete/ sin fusil y sin machete”. Algo cierto pero que poco incomodaba a la Jotapé. Este 17, el de hoy, el que habría de traerlo a Perón, sería con fusiles y machetes, porque el 45 había quedado muy atrás y estos eran tiempos duros, revolucionarios. El Che no existía en 1945. Hoy, señalaba el camino. Una consigna homofóbica —de esas que indignan a Sebrelí— se canta luego de algo que dice Norma Kennedy: que Lanusse “hace gala de una hombría que no tiene”. Y de todas las tribunas, 20.000 voces gritan: *Atención, atención/ se corre la bolilla que Lanusse es maricón*. Decirle “maricón” a un general de la Nación era un agravio serio. Además, en 1972, todo el mundo decía “maricón” o “puto”. No había surgido la valoración de las diferencias. De modo que si quieren decir que la Jotapé era homofóbica podríamos decir que los empleados de *Casa*

Tía también lo eran o los de la *Franco Inglesa* o los de *Casa Muñoz*. No era privativo de los jóvenes militantes. Era privativo de los tiempos. Más adelante, analizaremos la célebre consigna: *No somos putos/ no somos faloperos/ somos soldados de Perón y montoneros* que es totalmente coyuntural. Al día siguiente de Ezeiza, los fachos sacan una enorme solicitada en todos los diarios en la que se dice: *Los drogadictos y los homosexuales contra Osinde*. Ahí surge esa consigna en que la comunidad gay argentina —al calor de los análisis de Sebrelí y de una aceptable novela del periodista Osvaldo Gallone, *La más maravillosa música*, que presenté en la Feria del Libro, y lo digo para que vean que de homofóbico no tengo nada— encuentra el pecado de homofobia de los militantes de los '70. Pobres: los boletearon a casi todos y ahora, además, les dicen homofóbicos. Sin embargo, lo que hay que rescatar de la consigna “homofóbica” es la creatividad que había en las tribunas de Nueva Chicago. Nadie había ido con esa consigna preparada. Surgió al calor del discurso de Norma Kennedy. Cuando dice: Lanusse compadrea con una hombría que no



tiene... *Abí nomás se arma la consigna. (Atención, atención/ se corre la bolilla que Lanusse es maricón)*. Era un diálogo entre los oradores y las tribunas, que respondían creando consignas. O que imponían temas con sus cánticos. Si voceaban: *Ni votos ni botas/ fusiles y pelotas* daban testimonio de su rechazo a las elecciones (“ese recurso del régimen”) y su apoyo a la lucha armada, a la toma del poder por medio de la violencia. (Algo que ni remotamente pasaba por la cabeza de Perón aun cuando en ese momento les enviara cartas incendiarias.)

Pero el gran discurso es el del brillante Rodolfo Ortega Peña. ¡Cómo admiraba, en 1972, a Ortega Peña! Lo seguí admirando pero ya en la disidencia por su adhesión excesiva —según lo veía yo— a la lucha armada. Pero en 1972 Ortega Peña era la cumbre de la inteligencia al servicio de la militancia. Él y Duhalde (da bronca, hoy, tener que aclarar “Eduardo Luis”) habían creado la editorial Sudestada y editaban libros que ellos escribían y de otros autores. Pero los de ellos eran excepcionales. *Facundo y la montonera* y *Felipe Varela contra el Imperio Británico* eran dos joyas totales. Más adelante voy a analizar *Felipe Varela contra el Imperio Británico* según la hermenéutica del segundo Heidegger. Nos vamos a sorprender, pero Heidegger habría admirado ese libro. Y sobre todo su título. ¡Qué desafiante es! Ortega Peña y Duhalde se dan cuenta de la disparidad enorme de las fuerzas que están enfrentando, pero saben que es así: que contra quien peleaba Felipe Varela era contra el Imperio Británico. Contra la apropiación técnica de la naturaleza a manos de la extraviada razón occidental. Varela era el agónico defensor de un mundo que se resistía a ser arrasado por la razón técnica, por el hombre occidental que ha olvidado al ser en su conquista de los entes.

Buenos Aires era la civilización del capital, de la burguesía tecnocapitalista que arrasaba el mundo hasta llegar a ese día en que Heidegger dirá: “Esto en lo que el hombre vive ya no es la tierra”. ¿Y, quién podría todavía decir que el neocolonialismo llevó al progreso y a la igualdad con los países metropolitanos a los países subalternos, periféricos? ¡No, señores! Eternizó su atraso. Por eso Felipe Varela, absurdamente quizá, guerreaba contra el Imperio Británico. En el N° 2 de *Envido* yo había publicado un breve ensayito sobre Felipe Varela. Se llamaba: *Felipe Varela y la lógica de los hechos*. Alguien, cierta noche, me dice: “Che, lo vi a Ortega Peña. Está haciendo una huelga de hambre (me dice la dirección). Cuando le dije que era amigo tuyo me pidió que te felicitará por tu trabajo sobre Varela y que quería hablar con vos”. Me fui rajando a la dirección que tenía. Y Ortega había levantado la huelga de hambre. Se había ido a morfar, el turro. Nos cruzamos sólo un par de veces. Esa noche, en Nueva Chicago, la pelada le brillaba como nunca. Se larga a hablar. Una oratoria poderosa. Representaba a la Asociación

de Abogados Peronistas. Dice: “Esta juventud de hoy tomará las armas y seguirá la lucha, sin pedir y dar cuartel, hasta el triunfo final (...) Hay que apoyar la consigna ‘Luche y vuelve’ y Perón será traído por el movimiento pronto, muy pronto, y hay que tener presente lo que Perón dijera a todos aquellos que quieren entregar la Argentina a los monopolios extranjeros, que son vendepatrias, nosotros les decimos a esos que son hijos de puta” (Felipe Celesia, Pablo Waisberg, *La ley y las armas, Biografía de Rodolfo Ortega Peña*, Aguilar, Buenos Aires, 2007, p. 223). El Estadio estalló unánime. Pero eso no fue todo. Ni fue lo más importante. Ortega Peña apeló a un recurso visual poderoso. Ahí, se adueñó de todos. Dijo: “En

cuanto al discurso de Lanusse ante los mil afiliados del Partido Militar... En cuanto a ese discurso, compañeros... Lo que hago, ¡es esto!” Y de algún lado sacó una poderosa cantidad de papeles hechos trizas y los arrojó al campo de juego. Como soplaban ya un viento nocturno los papelitos fueron largo rato de un lado a otro mientras las tribunas lo vivaban, lo aplaudían y llenaban de puteadas a Lanusse. Ese era Ortega Peña. Había nacido en septiembre de 1935. Estudió fuertemente filosofía, fue compañero de Ernesto Laclau. Estudió con el mítico Raúl Sciarreta. Pero se decidió por la abogacía. Ahí, con perdón, le faltaron pelotas. Porque a todos los que estudiamos filosofía nos ponen la alternativa de hierro: “Mirá, te vas a morir de hambre. Mejor estudiá Derecho y mantenés la filosofía como un hobby”. A mí no me pasó. Pero, en cambio, me faltaron pelotas para muchísimas de las cosas que hizo. Sólo quiero recordar un momento suyo. Después hablaremos más. En 1972, lo encuentro en un bar. Está con dos tipos más. Habla y habla y maneja papeles, pone unos arriba de otros y después los cambia de nuevo y sigue hablando. ¡Qué vivo estaba ese hombre! ¿En qué andaba? Quería extraditarlo a Krieger Vasena, ese eterno servidor del gran capital. Sabía que había cometido delitos económicos graves y quería que se lo juzgara. En ese momento era un acto casi demencial.

Krieger era un intocable. No pudo extraditarlo. A él, en cambio, lo asesinó la Triple A. Krieger siguió asesorando exitosamente a todos los poderosos de este país. Y a los del exterior. Nadie, nunca, lo molestó. Así estamos.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

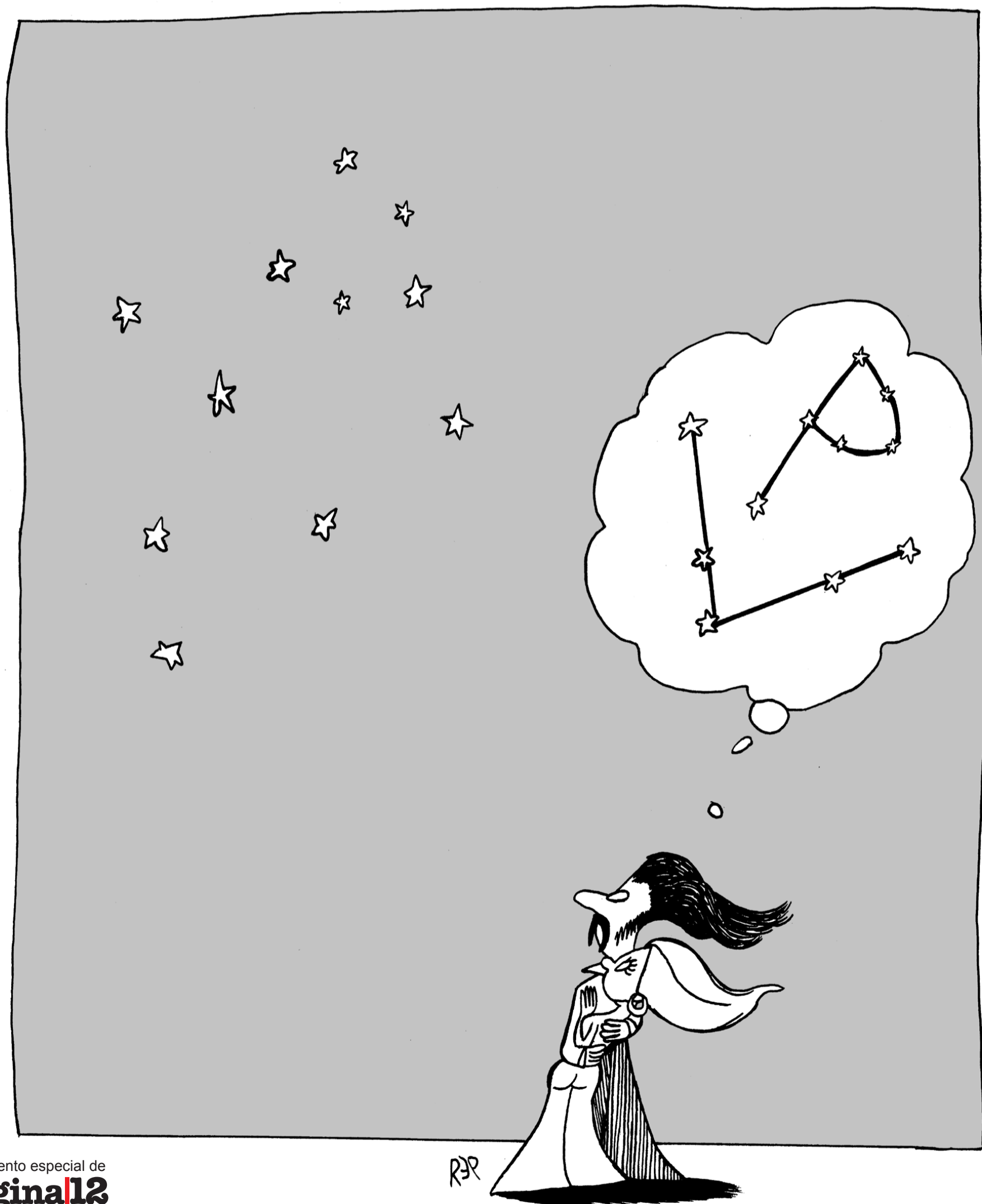
“Buenos días, General, su custodia personal” (II)

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

64 “Buenos días, General,
su custodia personal” (II)



el Viejo! ¡Los tenía cagando!” Sin embargo, no. El célebre discurso del 31 de agosto de 1955 lo dice casi dos semanas antes de rajarse en la cañonera paraguaya. Ahí hay una grave asimetría entre el discurso y la praxis. Si un conductor dice que ése que intente alterar el orden puede ser muerto por cualquier argentino. Si dice: “Y cuando uno de los nuestros caiga caerán cinco de ellos”. Si dice que la lucha no va a terminar hasta que “no los hayamos aniquilado o aplastado”, ¿no puede huir 15 días después! Ese discurso del 31 de agosto se le fue de las manos. Cuando salió del balcón empezó a pedir que le trajeran a Bengoa, el jefe de policía. Llega Bengoa y le dice: “Hoy puede pasar cualquier cosa. Ponga una decena de policías por cuadra. Saque a todos sus efectivos a la calle”. Ya se había atemorizado de su propio discurso. ¿Cómo no pudo medirse? Tampoco se midió el 1º de mayo de 1974, cuando agredió a los “imberbes”. Ahí también. Cuando sale del balcón se encuentra con Alende, el Bisonte. “General –le dice Alende–, ¿no fue demasiado?” “No se preocupe. A los muchachos sé manejarlos. Después voy a hablar con ellos.” Pese a estas explosiones, Joseph Page, cuya biografía es buena y no revela grandes simpatías por el biografiado, dice en sus conclusiones: “Era un pacifista de alma, a pesar de sus ocasionales usos de retórica violenta y su aceptación de un terrorismo que favorecía a su causa, una curiosa contradicción enquistada en la esencia de su propia naturaleza. *Celosamente rechazó la violencia como un abierto instrumento de la política*. Su actuación en este sentido, aunque no sea immaculada, parece ejemplar en contraste con la tortura y las matanzas que traumatizaron a la Argentina a finales de la década del ’70” (Joseph Page, *Perón*, Segunda Parte, 1952-1974, Vergara, Buenos Aires, 1984, p. 305). Añade, luego, que “este hombre” vilipendiado como el Hitler de América del Sur nunca hubiera sumergido a su país en una guerra.

EL RÍO MATANZA

Volvemos al 17 de noviembre de 1972, el Día de la Militancia. Mi misión: buscar a Domingo Bresci en su parroquia. Que no era la de San Vicente de Paul, en Mataderos, ni la que tiene ahora, que es muy linda. No recuerdo dónde estaba la parroquia. Pero ese día, sí. Estacioné el Renault 12. Esta vez lo estacioné en la puerta de la parroquia. Porque cuando iba a dar una charla a Unidad Básica de la JP lo dejaba a dos cuadras; tener auto no daba bien. Golpeo. Me abre Domingo. Estaba de magnífico humor. “Vení, pasá.” Entro y me presenta a los cuatro curas. Todos tipos bárbaros. Vestidos de civil, pero con pulóveres de cuello cerrado y una camisa de cuello redondo asomando por sobre el pulóver. Eso les daba aspecto de curas. Domingo estaba igual. Tenían la tele encendida. Estaban sentados en un sofá y miraban con mucho interés. Había un mate y facturas. Olvidé decirlo. Pero afuera llovía despiadadamente.

–Llegaste tarde –me dice Domingo–. Ya está por llegar Perón.

–¿Estás seguro?

–Creo que sí.

Domingo se hacía cargo de la evidente decisión de los otros curas. Se estaba muy bien en la parroquia. Ambiente cálido, mate, factura, la tele andaba fenómeno, no nos íbamos a perder nada, todo en primer plano.

–Miren, les voy a decir lo que pienso –dije para redondear una decisión–. A mí no me gusta caminar. Y menos bajo la lluvia. En cuanto a la militancia, la cosa no me atormenta. Hago un montón de otras cosas por otros lados. Vayamos o no vayamos, Perón va a llegar igual.

Todos estuvieron de acuerdo. Todos dijeron también que hacían un montón de cosas por otros lados. Creo que a Domingo le costó un poco más que a todos nosotros. Pero al final aceptó. ¡Qué espectáculo! Lo vimos llegar a Perón. Bajar. Lo vimos a Rucci arrojar sobre él con el paraguas. “Hijo de puta”, dijimos. “No hizo nada para traerlo y ahora lo pone bajo su paraguas.” Abal Medina estaba serio, tranquilo. Muy digno. Hubiéramos preferido que el paraguas lo sostuviera él. Pero Rucci era un

patotero y lo madrugó. O tal vez Abal Medina ni bola le daba a eso del paraguas. Estaría pensando en cosas más importantes. Y así se lo veía, pensativo. Como dije: la pasamos muy bien. Como dije: si el Día de la Militancia se llama así no será por nosotros. Los militantes se metieron por todas partes. Se aguantaron los gases desde los helicópteros y hasta las balas de goma. Algunos, muchos, en un acto que fue para ellos una prueba de entrega, coraje y militancia extrema, cruzaron a nado el río Matanza. Entre ellos, Conrado Eggers Lan, héroe del diálogo entre católicos y marxistas, uno de mis maestros y amigos más queridos. Al breve tiempo publicaría un libro: *Peronismo y liberación nacional*. El título no podía ser más previsible. Pero tenía un buen prólogo. Instaba, en él, a todos los intelectuales a abrazar la causa del pueblo. Y terminaba con esta frase: “¿Tendrá cada intelectual que cruzar su río Matanza?”. Lo siento, Conrado: tendría que probarme en otras encrucijadas porque el río Matanza no me sirvió para probar nada. Me despedí de Domingo y los curitas. ¡Estábamos todos contentos! Perón había regresado y lo habíamos visto todo bárbaro y sin mojarnos ni un cachito. A la noche me encuentro con Miguel. “No te vi en todo el día.” “Estuve en la parroquia de Domingo. Lo vimos por televisión.” “¿Pero no te da vergüenza, carajo? Hubo más de 300.000 personas y vos te ves el partido por televisión, lo echás a perder a Domingo y no hacés nada, ni te mojás, ni cruzás el río Matanza...” Ahí lo paré. “¡Terminala, Miguel! Uno no es un militante porque se moja ni porque cruza el río Matanza. Yo no necesito ponerme a prueba con esas boludeces supuestamente heroicas. Mañana te voy a escribir el mejor volante que vas a tener en tu puta vida para tus militantes y listo.” Empezó a llover de nuevo. Fuerte, un chaparrón. “¿Trajiste el auto?”, pregunta Miguel. “Sí.” “Bueno, vamos porque me estoy cagando de frío.” Teníamos una reunión en el bar de Independencia y Urquiza. Al lado de Cimarrón. A media cuadra de la Facultad de Filosofía. Era el bar Urquiza. Un bar que se llenaba de fanáticos de la causa del federalismo y llevaba el nombre del más grande de sus traidores. “Tenés cada cosa vos”, sigue Miguel. “Mirá que no venir por no mojarte. No digo que seas un cagón.” “No me lo digas porque te voy a decir que sí.” “Turro, zafás fácil. No, cagón no. Pero sos cómodo, José. Cómodo como la gran puta.” “Oíme, Miguel. La culpa es de Perón. ¿Cómo se le ocurre venir en un día de mierda como éste? ¡La antítesis de un día peronista!” Miguel reflexiona. Después dice: “Tenés razón. Otra contradicción del Viejo. Vas a tener que darle una interpretación mañana”. “Bueno, pero mañana.” Puse la calefacción.

El bar Urquiza desbordaba de militantes de la Tendencia. Había de todo, hasta profesores de las Cátedras Nacionales. En una mesa lo vi a Roberto Carri, hablaba sin parar y todos lo escuchaban. En nuestra mesa, los héroes del río Matanza cuentan sus hazañas. No la pasaron bien, es cierto. Bonasso escribe: “Allí, en el tramo de terreno que se extiende entre el Puente 12 y el río Matanza, se darán los encontronazos más reiterados y brutales, hasta que la neblina de los gases inunde a todos, manifestantes y policías y la gente corra hacia los yuyales, tapándose la boca con un pañuelo empapado en bicarbonato. Allí seguirán las broncas hasta mucho después de que alguien descubra el avión que se acerca y empiece a corear: ‘Atención, atención/ aquí llega un montonero/ y se llama Juan Perón’. Nadie sabrá cuántos peregrinos han intentado romper el cerco. El gobierno calcula 90.000; el peronismo medio millón. En cualquier caso son muchos los que desafían al imponente aparato militar” (Miguel Bonasso, *El presidente que no fue*, Planeta, Buenos Aires, 2002, p. 421). Ahora están satisfechos y discuten planes para el día siguiente. La situación de Perón –ya lo veremos– aún no se resolvió. De modo que hay que estar atentos por si la movilización popular se requiere otra vez. El día anterior Lanusse había dicho: “No voy a permitir puebladas”. Y es cierto: los militares les tienen terror a las puebladas. Perón también: si se rajó

el 16 de septiembre fue porque –de resistir– se habría arriesgado a un desborde de masas, a que el pueblo no sólo se armara, sino que fuera *más allá* de lo que él, como milico, como hombre de orden, estaba dispuesto a aceptar. Porque Perón –entre 1945 y 1955– quiso mucho a su pueblo, pero le tenía asignado un lugar del que no quería que saliera. El desborde, la anarquía le disgustaban en extremo. Resistir –sé que estoy insistiendo en algo ya dicho– habría sido correr el riesgo de caer en eso. De ser *sobrepasado* por la ira popular. De tener que ponerse al frente de algo que no quería. *De tener que ir más allá de sí mismo*. No quería una insurrección popular y la resistencia casi lo habría condenado a eso. Ahora –al volver– no era él el que se arriesgaba. El problema era de Lanusse. Que no permitiría “puebladas”. No las hubo. Los problemas que se avizoraban eran otros. Un militante, en nuestra mesa, dijo algo que sonó insólito para algunos, cómico o absurdo para muchos, pero grave para varios.

–Se vienen muchos problemas –dijo–. Pero hay uno en el que todavía casi nadie piensa. López Rega, compañeros. El payaso es mucho más que un payaso. Es un enemigo siniestro. A él nos vamos a tener que enfrentar.

–Los montos lo bajan cuando se le canten las pelotas al boludo ese.

–No creas. Perón lo protege mucho.

–¿Y cómo va a ser tan hijo de puta si Perón lo protege?

Ahí, sensatamente, alguien dijo: “Tendríamos que pensar en serio sobre la gente que Perón protege. Hay cada uno que mete miedo”. Otro dijo la frase más divertida que alguna vez dijera la Jotapé. Atención, maestro Sábato: esto es para que usted se revuelque de la risa.

–López Rega es la CIA. Por eso Perón lo tiene al lado. Para tener cerca al enemigo.

Nadie se lo creyó. Les pareció un disparate. Era, además, un día de triunfo. ¿Para qué amargarse con boludeces como ésa? Entonces el intelectual de la mesa, el que no había cruzado ni oído el río Matanza, pero se sabía de memoria textos de Evita, y sobre todo algunos tan misteriosos como el que ahora va a citar, dijo:

–Disculpen, ¿no? Pero en todo esto no habría que descartar algunos elementos de locura de Perón que siempre estuvieron presentes. Evita, que si conocía algo de Fouché era porque Perón se lo había dicho, en las clases que dicta en la Escuela Superior Peronista dice algo que siempre me atrajo: “Cuenta la historia que uno de los hombres que estuvo más cerca de Napoleón fue Fouché, y nadie se explicaba por qué, siendo Napoleón un genio y un concededor de hombres, siempre lo tenía tan cerca y lo distinguía. Pero, siendo que Fouché le era desleal, Napoleón lo tenía demasiado cerca porque lo conocía bien y necesitaba controlarlo”. Eso, créase o no, está en la *Historia del peronismo* de Evita, clases dictadas en la Escuela Superior Peronista en 1951. El mismo lugar en que Perón dictó las de *Conducción política*.

Casi les amargo la jornada a todos. El retorno de la acción, de las noticias fulminantes, volvió a erizar los ánimos. Alguien abrió la puerta del bar y entró con cara de desesperado:

–¡Compañeros! –gritó–. ¡Perón está preso en el hotel de Ezeiza!

Todos salieron rajando del bar. Se sentían la custodia personal del líder. No digo que me quedé solo, pero por ahí. Un mozo se me acercó.

–¿Quién va a pagar todo esto?

–Qué sé yo –dije–. Perón.

Pagué mi cortado y me fui. En Ezeiza todo era tan caótico que un comisario inspector de apellido Díaz apuntaba a Perón con su pistola y gritaba como un loco:

–¡No me obligue! ¡No me obligue!

Estaba a punto de matarlo. Lorenzo Miguel larga un alarido de desesperación y –heroicamente– lo cubre al general con su propio cuerpo.

¿Vieron que el peronismo es algo más que comer tallarines los domingos con la vieja?

Colaboración especial:
Virginia Feinmann-Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

Gaspar Campos
era una fiesta

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

65 Gaspar Campos era una fiesta



BAJO EL PARAGUAS DE RUCCI

El 17 de noviembre de 1972, húmedo día del primer regreso, Perón llegó sano, fuerte. De buen humor. También llegó calzado. Se lo dijo después a Abal Medina: “Estoy armado, doctor”. Porque Abal tendría 27 años, pero el Viejo lo trataba de “usted” y le decía doctor. Cuando aparece en la escalerilla del avión se le viene un oficial de Aeronáutica. Se presenta como el comodoro Salas. Perón le agradece la molestia “que se ha tomado en venir a recibirme, brigadier”. El comodoro Salas lo corrige: “Comodoro, señor”. ¡Ese “señor”! Todo el periodismo, todos los políticos, durante 18 años le dijeron “señor” a Perón. ¿Me faltará algún dato? Pero, aparte de los peronistas, ¿hubo alguno que se jugara y lo llamara “general”, como realmente lo era, y pusiera en evidencia la imbecilidad de esa degradación? Dudemos. Perón era el “señor” Perón y si a alguien, de todos los que le decían “señor”, se le leyeran los fundamentos de esa pérdida del cargo que la Libertadora había ofrecido, posiblemente le diera vergüenza decirle “señor” o, al menos, advertiría todo lo que estaba aceptando al decirlo. País de hipócritas que vivió 18 años aceptando un Decreto (el 4161) que era una patraña constitucional, un insulto a la democracia y a la república. No contribuyó poco al desastre general, al abismo al que se llegó. El comodoro le pregunta a Perón si van a bajar. Perón dice:

—Claro. Sí no, ¿para qué vinimos?

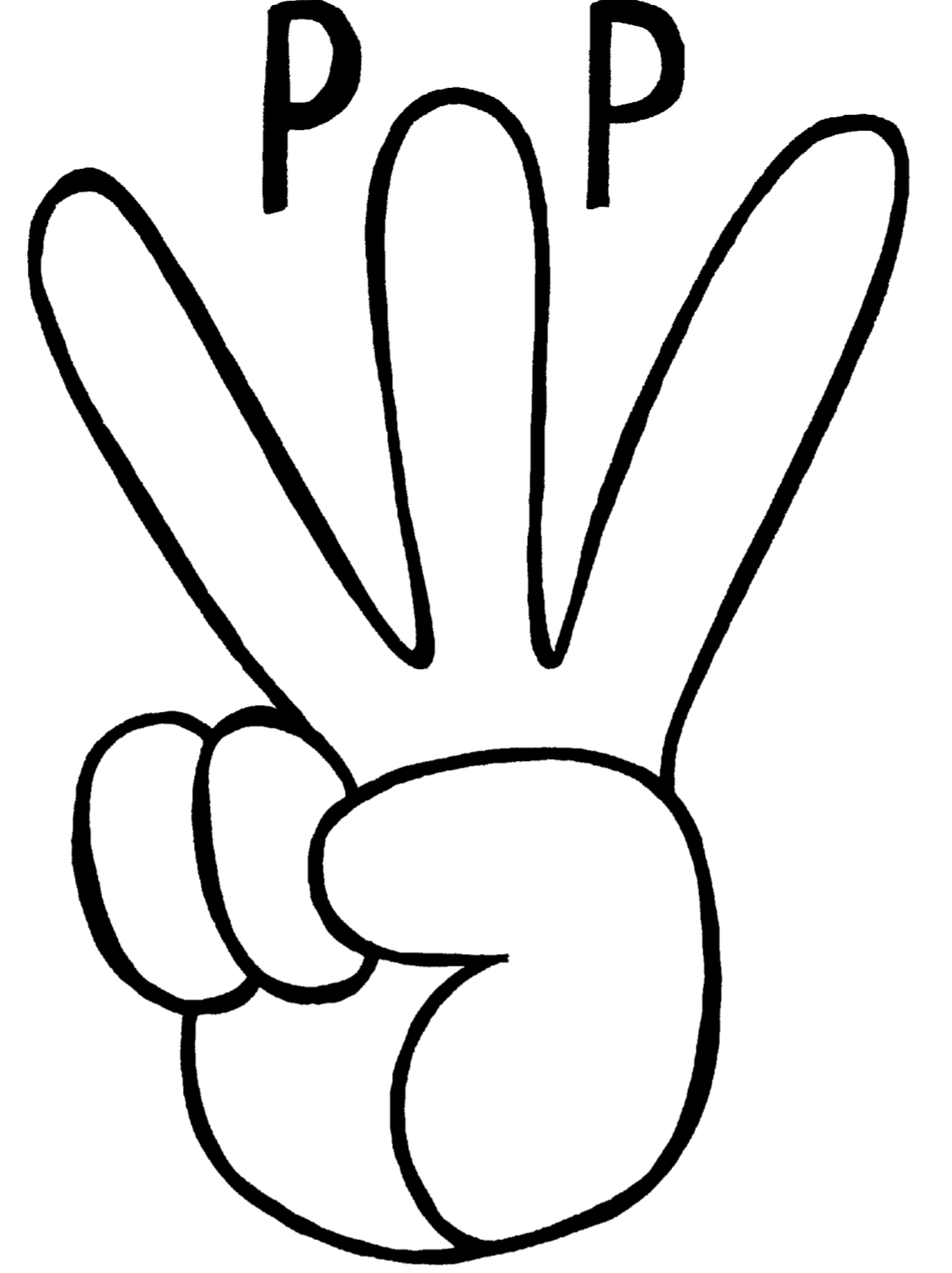
Bajó y ahí sale la célebre foto. Es una foto que corresponde a la filosofía política del peronismo. Anticipa las futuras decisiones de Perón. Luego de la tragedia de Ezeiza, del 20 de junio, Perón elegirá el recinto de la CGT para dar sus discursos (que analizaremos con lupa, o tal vez con un simple par de anteojos: aún no estamos ahí). Elige a la fuerza tradicional del peronismo. A su creación más genuina: los sindicatos. Por eso se pone bajo el paraguas de Rucci. Abal Medina —aparte de su apellido incómodo, que Cámpora alabará más tarde con total convicción— era visualizado como un joven y todo joven estaba naturalmente inclinado hacia la juventud. Ahí fue Rucci. Muy poco *—pero: muy poco—* había hecho por el regreso de Perón. Ni él ni Lorenzo Miguel quisieron arriesgar demasiado. Y atención: tal vez haya sido Perón quien les diera la orden. “Déjenlos a los muchachos. Ustedes no arriesguen algo que servirá luego para la negociación. La dureza, a los jóvenes. Ustedes, después. Cuando haya que hablar de poder a poder. Del poder de los sindicatos al poder del Estado militar.” Lo de siempre: en la dureza de la lucha, las piezas duras. En reserva quedaban intocadas las estructuras desde las que se negociaría.

La situación en Ezeiza —como no podía ser de otro modo— se soluciona. Y Perón sale rumbo a Vicente López. Casi a las 7 de la mañana llega a Gaspar Campos 1065, a una más que bonita casa instalada en el corazón del concheterío nacional. *La voz* se corre por todos los rincones de la ciudad, por todos los barrios, por todas las villas: “¡Perón está en Gaspar Campos!”. Todos van hacia ahí y empieza uno de los más alegres, desbordantes, profundos despedotes de nuestra historia nacional, acostumbrada a los despedotes pero a los otros, a los sangrientos. Nadie va a morir en Gaspar Campos. Un peronismo unido (que luego se despedazará cruelmente) festeja el regreso del líder.

CLARITA, LO QUE NO FUE

¿Cómo llegar a Gaspar Campos? Durante el día 18 habrán pasado por ahí 100.000 personas. *Toda clase de personas*. El país estaba enamorado del regreso de Perón. Era la realización de algo que no podía ocurrir. Muchos, desde pibes, oían hablar de ese regreso. Se lo tenía incorporado. Era parte del paisaje nacional. Alguna vez volvería Perón. Con el tiempo, *el alguna vez volverá Perón* se transformará en *el esa vez se acabarán todos los problemas*. ¿Qué hacía en Gaspar Campos una pareja de modelos publicitarios como Marta Cerain y Horacio Bustos? Para colmo, llevaban un niño en brazos. Algo que, digamos de paso, no era demasiado infrecuente. Estaba lleno de parejas. De parejas jóvenes. De parejas veteranas. De viejitos y viejitas. Llegué a Gaspar Campos en tren. Dejé el Renault 12 en casa. Fui con tres pibes y una chica

de la Jotapé. Dos de ellos habían sido alumnos míos dos años atrás en la cátedra de Ansgar Klein, de la que yo era ayudante de trabajos prácticos. La chica también, pero de otra materia. Ansgar era un genio. Sólo que a veces estaba dando una clase y cerraba los ojos, como si durmiera. No como si estuviera muerto porque seguía hablando. Todos se miraban asombrados. Pero superaban la situación y lo escuchaban porque valía la pena. Cierta vez, uno de los alumnos que ahora van conmigo a Gaspar Campos se presenta a dar un final y dice: “El Estado en Hegel es la glorificación del Estado prusiano”. Un enérgumeno, uno de esos anticomunistas furibundos, belicosos (no como Borges, que a los comunistas les tenía miedo), se pone a gritar: “¡Esa es una interpretación marxista! ¡No es Hegel! ¡Usted no puede presentarse a un examen sobre Hegel y darnos una interpretación de Marx!”. Era el profesor adjunto de Ansgar. Que permanece sereno. El tipo siempre había sido una bestia peluda. Una vez estaba estudiando en la biblioteca de Viamonte 430 *(una hermosa biblioteca)* y entra un alumno repartiendo panfletos. Cuando le pone uno en su pupitre, el tipo grita: “¡Sacá esto de aquí! Ni en la Biblioteca se puede estar. ¿A qué vienen a la Facultad ustedes?” El joven militante (seguramente de ARFYL, que eran comunistas) dice: “Perdón, compañero, no hay por qué...” “¡Yo no soy tu compañero!”, estalla el dinosaurio. “¡Las pelotas tu compañero!” “¡Podemos discutirlo, compañero!” “¡No soy tu compañero, te dije! No tengo nada que ver con vos ni con ninguno de los tuyos.” Junta sus libros y se va. Algunos ya le han empezado a decir que se calle, que el que está molestando es él. Entonces —estamos otra vez en la mesa de examen— le pregunta: “¿Quién es su profesor de trabajos prácticos?”. El alumno le da mi nombre. “¿No ve, Ansgar? ¡Esta Facultad está llena de marxistas!” “Quédese tranquilo —le dice Ansgar—. Ya lo voy a arreglar.” Sería el año 1971. Días después, Ansgar me cuenta el problema. “¿Y yo qué culpa tengo? (le digo). Si la *Filosofía del derecho* está hecha para la glorificación del Estado de Federico Guillermo de Prusia. Si cualquiera sabe que el viejo Hegel era un filósofo burócrata entregado al poder monárquico, dispuesto a demostrar que la historia había terminado porque no podía integrar al sistema el surgimiento del proletariado.” Ansgar dice: “¿A usted le gusta caminar?”. Llevábamos 15 cuadras caminando. “Ni mucho ni poco. Si hay que caminar, camino.” “Mire, entonces hagamos esto: una vez por semana salimos a caminar un rato y usted me cuenta todas esas cosas que piensa sobre Hegel. Pero en clase no las diga más, ¿le parece?” Igual, mi alumno sacó un 7 porque después levantó con la dialéctica del amo y el esclavo. Ahora estamos en un tren. No recuerdo cuál. Ni una estación recuerdo. Creo que la que más sabía era la piba que iba con nosotros. A mí me gustaba mucho, pero... había sido mi alumna. Además, la politización casi absoluta de la época había terminado por imponer cierto ascetismo. Primero la política, después el sexo. O puesto de otro modo: *antes perón que coger*. Días atrás entrábamos al Blasón, en Pueyrredón y Las Heras. Eramos unos cuantos. Uno me dice: “Mirá, esa mina. La de la mesa contra la ventana. Mirá lo bien que está”. Lo miré y le dije que sí. Y pensé: “¿Qué le pasa a este boludo? ¿En qué mierda tiene la cabeza? Está por volver Perón y se distrae mirando minas”. Hay ciertas versiones en que la Jotapé parece un festival de polvos. Falso. Pura imaginiería calenturienta. Se hacía lo justo, pero no más. Y sin duda un poco menos porque la coyuntura era tan excepcional que uno no se podía distraer. Minas habría siempre. Pero Perón volvería una sola vez. El poder se tomaba una sola vez. La batalla en que todos estábamos era única, sucedía ahora y de su resultado dependían nuestras vidas. Y todos nuestros polvos futuros, desde luego. De modo que a esa instancia temporal remití lo que tenía ganas de hacer con mi ex alumna. Creo que le decíamos Clarita. No sé si fue con ella o con otra (creo que con otra: pongamos María) que sucedió, años después, algo que sucedía entre los sobrevivientes de la catástrofe. Uno está con un ex Jotapé y recuerda el pasado y de pronto el tipo dice: “¿Te acordás de María?” “Sí, pero no la vi más. ¿La boletearon?” “No, zafó. Está en México. Gana bien.” “¿Qué buena que estaba! ¿Qué hermosa piba era!” “Claro, fue novia



hacia el tercer gobierno

mía.” “¿Novia tuya? Turro, te la cogiste entonces.” “Y sí, unas cuantas veces.” “Pero nunca me dijiste nada.” “¿Sos loco? Ni a vos ni a nadie. Si los compañeros se enteraban nos cagaban a palos a ella y a mí.” Ahora Clarita dice que estamos cerca. Que faltarán dos o tres estaciones. O menos.

LA MOROCHADA VILLERA

El tren se detiene y entra el aluvión zoológico. El vagón (que iba medio vacío) se desborda de una morochada villera con pancartas, pitos, cánticos, puteadas. “¡Volvió Perón, carajo!” “Qué lindo, qué lindo que va a ser! Lanusse bajo tierra/ Perón en el poder.” “Juventud presente/ Perón, Perón o muerte!” Pero la gran consigna que largaron tenía la frescura de los primeros diarios de la mañana. Días atrás, la Nueva Fuerza, que comandaba Alsogaray, había lanzado el nombre de un candidato para cualquier posible proceso electoral. La Nueva Fuerza (con una guita que vaya uno a saber de dónde venía) ya hacía campaña en la tele, en las radios y en las calles. Estaban muy bien hechas. Yo sé quién las hizo pero me callo porque no quiero agitarle la vida ni preguntarle cuánto ganó. La estrellita de los comerciales era una rubiecita hermosa que después se fue a Brasil a filmar porno-chanchadas. Todos los que salían eran de clases altas. Un pibe con una motocicleta impresionante. Estudiantes. Empresarios. Y la rubiecita que bailaba con mucha gracia y ritmo monópico y gorila. (¿Existe ese ritmo? No sé, pero era el que ella bailaba.) La Nueva Fuerza larga el nombre de su candidato. Era un tipo con una espectacular cara de tarado. Y se llamaba Chamizo. Esa tarde, entonces, en ese tren que nos lleva a Gaspar Campos, los

(¡nada menos!) figuraba lo del líder que se conquistó al pueblo “combatiendo al capital”. Igual, no entendían. Si Perón habla en la Bolsa de Comercio, ¿qué quieren que diga? ¿Qué odia al capitalismo? Perón adecuaba su palabra al lugar en que esa palabra era dicha. Bueno, pero estamos hartos de ver esto. Sigamos. A esa parte —la de la realidad efectiva— nunca me la pude memorizar. Y a la de los derechos sociales que Perón ha establecido, tampoco. “El pueblo entero está unido.” ¿Dónde? ¿Cuándo? Clarita se ríe apenas descubre mis vacilaciones: “Vos tenés tus buenos problemas con la Marcha, ¿eh, profesor?” No sólo yo. Muchos otros también. Los pibes de la *Fede*, pongamos. ¡Algunos se habían hecho peronistas hacía apenas seis meses! De los radicales, ni hablar. Todavía no habían aprendido la Marcha radical y ahora tenían que aprender la peronista. Los muchos villeros terminaron la Marcha y volvieron a acordarse de Chamizo: “Con la cara de Chamizo/ haremos un mural/ Para colgarlo...” ¿No le estaban infringiendo un excesivo castigo al general? Pobre Perón: tener que hacer algo tan complejo como mover el vientre (o sea, ca —con permiso— gar) y tener, a la vez, que mirarlo o, peor, ser mirado por... ¡Chamizo! Llegamos a Gaspar Campos.

LA CONSIGNA DEL DOBLE PODER

Me separé de los pibes. Dolorosamente, me pedí de Clarita. Pero lo nuestro era imposible. O no estaba en mis planes. Qué sé yo. Me habría complicado demasiadas cosas. Además, quería mirar y saber que miraba lo que sucedía. Tener conciencia de eso que estaba pasando mientras pasaba. No quería pensarlo mañana o dos días después. Ahora, en el momento. Vivirlo y pensarlo. Para eso tenía que estar solo. Era un hecho único. El país no había vivido ni viviría otro igual. ¿Cuántas personas? 100.000 personas habrán desfilaro por Gaspar Campos. Y eran cifras oficiales. Había una amplia ventana que funcionaba como el balón de la Rosada. Temprano, a la mañana, Perón había aparecido de traje. Después se fue a dormir. Edgardo Sajón, también temprano, había anunciado que Gaspar Campos era tierra de todos y que “todo el mundo” tenía libre su acceso. Empieza la euforia, el desborde. Había muchos pibes, es cierto. En *Conducción política* Perón ya había dicho: ganamos cuando votaron los hombres, ganamos cuando votaron las mujeres, ¡pobres de ellos cuando voten los pibes! Bien, aquí estaban los pibes. No es por ponerse sentimental, pero esta verdad hay que decírla: a Perón se le había hecho. Los *únicos privilegiados* de los años '50 estaban ahí. Pero había mucho más. Los morochos villeros que viajaron en tren con nosotros, difícil que alguna vez hayan sido privilegiados de nada. Bonasso hace una buena descripción: “Chicas de barrio, con ruleros en el pelo; menas con trencitas; lúmpenes en camiseta; jóvenes obreros con sus camisas domingueras; ruidosos estudiantes de clase media; gorditos de gorra que dirigían las columnas con silbatos cariocas; militantes que convertían en humor la guerra encerrada en las consignas” (Bonasso, *El presidente que no fue, Ibid.*, p. 438). Los de Guardia de Hierro formaban un círculo y corrían como los indios. Bajaban la cabeza y decían: “¡Perón!” La levantaban y decían: “¡Superpibe!”. Pero había consignas superiores. O por agresivas o por ingeniosas.

*Qué lindo, qué lindo que va a ser
Lanusse bajo tierra, Perón en el poder.*

La célebre: *Qué lindo, qué lindo que va a ser el Hospital de Niños en el Sheraton Hotel.*

Y también: *Socialismo nacional como quiere el general.*

La ya clásica: *Duro, duro, duro, vivan los Montoneros que mataron a Aramburu.*

Y el *Cinco por uno/ no va a quedar ninguno.*

O las muy ferrereras: *Lucha, lucha armada Perón en la Rosada.*

Fusiles y machetes por otro 17.

Si se comparan estas consignas con las del 17 de octubre del '45 la acentuación del componente violento es poderoso. Aquéllas eran festivas:

*Perón no es comunista
Perón no es dictador
Perón es hijo del pueblo y el pueblo está con Perón.*

*Yo te daré
te daré patria hermosa
te daré una cosa
una cosa que empieza con “pe”
“Perón”.*

La más osada lo era en el plano sexual y la cantaban las mujeres:

*Sin corpiño y sin calzón
todas somos de Perón.*

Pero la consigna más importante que se lanza ese día es la del *doble poder* que se ha instaurado en el país. Anguita y Caparrós, en *La voluntad*, creen saber quiénes fueron sus creadores. No hay ningún problema. Si lo quieren así, que así sea. Escriben: “Elvio Vitali se había encontrado de nuevo con el Negro Sanjurjo. Justo detrás, un grupo de Guardia de Hierro cantaba *Superpibe, Superpibe* para saludar a Perón. La consigna no era muy política” (*La voluntad*, tomo II, edición de bolsillo, p. 659). Elvio y el Negro empiezan a jugaratear con frases. Necesitan algo denso, con contenido fuerte, que exprese lo que está ocurriendo.

“—No, así no va. Estuviera, ¿cómo rimás? Cumpliera, cagadera.

“—Violetera, camarera, cocinera, tetera.

“—‘La Casa de Gobierno cambió de dirección’...

“—...‘la trajo para Olivos/ el general Perón’.

“—Esa. Esa puede ser, pero sería mejor ‘está en Vicente López/ porque quiso Perón’.

“Elvio y el Negro se miraron y les pareció que la habían encontrado.

“—Ahí, ahí, por ahí puede andar. O pará. ¿Qué te parece ‘está en Vicente López por orden de Perón?’”.

“—¡Grande, Elvio, carajo! Es ésa, es ésa. A ver cómo queda: *La Casa de Gobierno/ cambio de dirección/ está en Vicente López por orden de Perón.*

“Entonces aparecieron el Tala Ventura y Pancho Talento, que también eran compañeros suyos de la facultad, y decidieron tratar de imponer la nueva consigna. Un rato después, veinte o treinta mil personas la cantaban y Elvio estaba ancho como un ropero, emocionado” (*La voluntad, Ibid.*, p. 659). Esta consigna pudo surgir antes. Mucho antes. Diez años antes o más. Los políticos argentinos y los militares no se cansaron de decir (durante la proscripción de Perón): “No puede ser que la política argentina se decida en Madrid”. Era así: los hilos —o demasiados de ellos— se anudaban cruzando el Atlántico. La consigna que debió surgir era:

*La Casa de Gobierno
cambio de dirección
está en Puerta de Hierro
por orden de Perón.*

Pero ni a Elvio ni a su amigo se les ocurrió. Ni a ellos ni a ningún otro. Por ahí no era el momento. Que surgiera hoy, en Gaspar Campos, fue un golazo. De pronto llega un camión de Canal 11 o Canal 13 (no recuerdo, qué bronca). Bajan todos. Instalan cables, ponen cámaras. Al mando, Jorge Conti. No había sido peronista nunca. Jamás dió la jeta por el peronismo. Pero ese día la vio clara. Se jugó por los peronchos. Después se jugaría por López Rega. Un muchacho encantador. Trepaba tanto que llegó a donde no debía llegar. Y se vino abajo.

En cuanto a la consigna: *Y llora, llora / la puta oligarquía / porque se viene / la tercera tiranía*, no es de Gaspar Campos. Surge después. En el acto de Atlanta del '73. Ya en pleno conflicto de la juventud con Perón y su Brujo incondicional, pegado a él todo el tiempo: porque era, recordemos, la CIA, y el general, de puro piola, lo quería marcar de cerca.

Hablando del general. Sale de nuevo a la venta-

na. Es la primera vez que yo lo veo. Increíble: es Perón nomás. Lo imposible puede ocurrir. Lo que el pueblo quería desde 18 años atrás. El avión negro. El querido general. El héroe del caballo pinto. El compañero de Evita. El macho que se cogió a Nelly Rivas. Y si también cogió con Archie Moore, ¡qué importaba! Hubo una consigna para eso:

*Puto y maricón
queremos a Perón.*

EL POCHITO

El Viejo está en pijama. Alza los brazos y sonrío. Como si lo imitara a Perón. Sólo que no imita a nadie: *Es Perón*. Ahí empieza un fenómeno formidable. Hagan caso a mi versión. No fue Isabelita la que apareció con el célebre sombrero deportivo y se lo impuso al general. No. Alguien se puso a gritar: “¡El pochito, general! ¡El pochito!” *Fue el delirio*. Miles de personas gritando: “¡El pochito!” ¿Por qué el “pochito”? Sé que páginas, muchas páginas atrás lo adelanté. Pero el momento es éste. Porque la oligarquía había ridiculizado durante años el pochito de Perón. Dibujos de Tristán, de Faruk, de Lino Palacio, de Landrú. De muchos más. Bromas pesadas en los teatros de revistas llevadas a cabo con efectividad demoledora por cómicos tan eficaces como Pepe Arias y Adolfo Stray. No hubo, en la Argentina gorila, quien no se riera del pochito. Bueno, hoy, se lo pedían a gritos. Todos: jóvenes, viejos, pibas, pibes, lumpenes, cientos de morochos de las villas. Los negros de Perón. Los intelectuales. Los periodistas. Las actrices. Los actores. ¡El pochito, general! ¡El pochito! Perón se lo puso, sonrió ampliamente y saludó a lo campeón. ¿Qué era eso? ¿Irracionalismo puro? ¿Populismo? ¿Barbarie? ¿Tercermundismo irredento? *Era una burla a los gorilas. Una escupida a los padres. A los patrones. A la educación oligárquica sufrida durante 18 años.* Era reírse de la solemnidad de Onganía. De la disciplina militarista. De todo lo establecido. “Para nosotros, el gorrito no es ridículo. Es un símbolo de alegría. Nos gusta. Tenemos un general jodón. Se ríe de las convenciones. Se comunica con el pueblo. Se burla de los ritos y los modales oligárquicos. En lugar de frac y de moño usa pijama y gorrito pochito. Los usa en vez del uniforme de milico que le tienen negado.” Todo eso se decía por medio del simple arte de ponerse el pochito, de sonreír, de saludar con una mano, con la otra, con las dos, a lo campeón, de saludar a un viejo peroncho de los viejos tiempos, de hablarles a los muchachos, de pedirles que se cuiden, que se bajen con prudencia de los árboles, que se vayan temprano a casa. Pero —cuando habla y todos escuchan en silencio— es a los jóvenes a los que dirige su palabra. Expresa su satisfacción por la “calidad humana” que tienen. Y sigue: “Cuando un país puede confiar en su juventud debe sentirse orgulloso de su futuro. Por fatalismo biológico será ese país quien prive sobre los demás. Por eso, el mañana es de ustedes, muchachos” (Citado por Galasso, *Ibid.*, p. 1135). Que nadie se permita creer que mentía. También después de Ezeiza les dirá a los muchachos: “El mañana es de ustedes”. *El ahora* es nuestro. El presente es mío, de los sindicatos, de la CGE, y de mis fieles colaboradores, sobre todo Lopicito, que, ustedes lo saben tan bien como yo, es la mismísima CIA y tengo que tenerlo cerca para controlarlo.

Lo que a mí me reventaba del léxico de Perón eran esas referencias constantes al *fatalismo biológico*. Las había sacado de los manuales alemanes sobre la guerra que se había leído de joven. Nada suena más nazi que *fatalismo biológico*. De puros brutos, sus enemigos nunca le pegaron ahí. Pero ni aún el *fatalismo biológico* les sirvió a los jóvenes para imponerse sobre el líder. Se demuestra así una vez más que no hay *fatalismos biológicos* en la Historia. Lo que hay es la praxis diferenciada de los sujetos, su pasión por imponer sus proyectos. Al *fatalismo biológico* de los jóvenes lo liquidó primero la Triple A y luego los militares. Pero —buscando el fundamento último de los hechos— lo liquidó la metodología de la Escuela Francesa. ¡Se enseñaba en la Argentina desde la Libertadora! Sus ideólogos y combatientes fueron los generales Aussaresses y

Jacques Massu. También el coronel Roger Trinquet. El Monstruo —desde muy temprano— se venía preparando.

Los gorilas responden con furia. Como Perón sale a la ventana a saludar, después se mete en la casa, después sale otra vez y así 25 veces en el día, se gana el mote de “Cú-cú”. Aquí había algo de humor. Pero el violento marino Horacio Mayorga (expresando, sin duda, la opinión de los suyos) declara: “Las Fuerzas Armadas, y la Armada dentro de ellas, aceptaron el regreso de quien no dejará jamás de ser un degradado general”. Mucho más contundente, construyendo una imagen aterradora, el contraalmirante Jorge Palma, dice: “Perón en la Argentina es como tener una serpiente en el living de la casa” (Galasso, *Ibid.*, p. 1136). Al día siguiente, en la revista *Panorama*, un periodista estrella de esos años, Jorge Lozano, con un desdén olímpico, escribe: “La juventud peronista fue a Gaspar Campos a ver a un viejo en pijama”. Eso era todo. Un viejo en pijama. Habían pasado 100.000 personas por Gaspar Campos. Hasta viejitos que todavía tenían el carnet de afiliados de los años ‘50 y lo mostraban con emoción. Otra vez los boludos. Todos tarados, todos brutos, todos bárbaros, ignorantes y fanáticos. Él, Lozano, era la razón iluminista. Heredero del linaje de Voltaire, de Rousseau, de Diderot, desdeñaba a ese populacho bullanguero. Esa misma noche, tarde, escribí un volante que Miguel me había pedido para su agrupación en San Isidro: “Y algunos periodistas, lozanos hoy, no se verán tan lozanos mañana, cuando el pueblo se haga cargo de ellos”. Después me atormentaría haber escrito esto. Creo que fue la frase más violenta que escribí en mi vida. ¿Lozano perdería su lozanía? ¿Perdería su lozanía a manos del pueblo? ¿Qué era perder la lozanía? ¿Qué era ser lozano? Busqué algunos sinónimos. Ninguno era tranquilizador. Ser “lozano” era ser saludable. Ser vigoroso. Ser robusto. *Ser sano*. El tipo sería un canalla, pero ¡no podía pedirle al pueblo que le quitara su salud, su vigor! Eso y pedir que lo amasijaran era lo mismo. Carajo, ¡y yo que estaba contra la violencia! Que todo lo que escribía era a favor de la lucha de masas y contra el foquismo. Tendría que hablar con Miguel. ¿Estaría a tiempo de frenar ese volante? “¡Pero no seas pelotudo!”, me diría Miguel. “Nadie va a entender nada. Si da asco de literario que es. Además, ni lo nombrás al tipo. No decís: ‘Hay que bolear a Jorge Lozano’. Decís: ‘Hay que hacerle perder su lozanía a ese periodista que está tan lozano’. ¿Qué puede querer decir eso? A lo sumo, que lo caguen a patadas. No le vendría nada mal, creeme.”

“BUENOS DÍAS, GENERAL, SU CUSTODIA PERSONAL”

Ni una de las 25 veces que Perón se asomó a la ventana lo hizo sin López Rega e Isabelita a sus costados, franqueándolo. Juro que yo casi ni los miré. Creo que la mayoría de la gente tampoco. Salvo los que eran recibidos en Puerta de Hierro nadie sabía casi nada del poder que ejercían sobre Perón. Ahora, en Gaspar Campos, sólo estaban presentes. Eran la “boluda” de Isabelita y el “pelotudo” de López Rega. Ella, la mala copia de Evita. Una mina que el Viejo se había enganchado por ahí porque le costaba estar solo. Si el Viejo la necesitaba, que le diera nomás. Algo sabría hacer ella que a él lo dejaba muy feliz. Y el otro, el payaso, ¿a quién iba a joder ése? Era el *Eusebio* de Perón. (Supongo que lo recuerdan: *Eusebio* era el bufón de don Juan Manuel de Rosas.) Le traería las pantuflas. Le serviría el desayuno. Algunos habían vuelto de Puerta de Hierro con la secretísima noticia que a todos contaban: “Le masajea la próstata”. ¿Perón tenía próstata? ¿Un líder de masas tiene próstata como cualquier viejo que se banea en un geriátrico? Increíble. ¿Y ése era el poder de López Rega? Ma sí, que se porte bien o las orgas se lo cargan no bien se mande la primera cagada. Todo era fácil.

*Ramus, Medina
Perón en la Argentina*

Tal vez el periodista Lozano tuviera razón. Pero una razón muy pobre. Que sólo funciona-

ba si a los hechos se les extraía todo el contexto que les daba sentido. Todos, es cierto, habíamos visto en Gaspar Campos a un viejo en pijama. 100.000 tontos desfilando frente a una ventana para ver a un anciano hacer gestos amistosos apenas vestido con un pijama y, para colmo, con un gorrito en la cabeza. Pero eso que llamamos *el ser humano* se alimenta de ilusiones. De esperanzas. La Historia juega con él. Aunque no habría Historia si no hubiera hombres sobre la tierra. Ese día 18 de noviembre tomó forma en Gaspar Campos una cara de la esperanza. Para los viejos (*y había muchos*) había vuelto el único tipo que se había ocupado de los pobres, les había dado derechos y, sobre todo, el orgullo de sentirse legítimos dueños de este país, que siempre había sido de otros. Tan dueños como sus patronos y hasta más porque el Estado los protegía, lo tenían a su favor. Por primera vez en la Historia los pobres sintieron que un Gobierno se ponía de parte de ellos. Para los políticos, los profesores, los profesionales, ya era hora de volver a una democracia sin exclusiones. Eso acabaría con tantos años de odios, de imposibilidades, de mentiras. Para los jóvenes, el que estaba en esa ventana era ese ser demoníaco sobre el que sus padres —desde niños— les habían hablado pestes, lo peor. Era el maldito. Debía ser entonces lo que alteraba el orden contra el cual estaban. No podía ser que un hombre amado por los pobres y odiado por los poderosos no llevara en sí una carga revolucionaria fascinante. De esa carga, de esa potencialidad consagrada por el odio de los viejos dueños de la patria, se hizo cargo la Jotapé. Algunos se enamoraron de ella, sobre todo los más jóvenes. Otros pensaron utilizarla. Nadie pudo permanecer ajeno a ella. Gaspar Campos, además, fue un día de júbilo. No murió nadie. No hubo enfrentamientos. No hubo represión. Sólo hubo alegría. Y en el alma de todos se armó esa urdimbre que da aliento a la vida de los hombres entre tantas tristezas: la esperanza. Todo iría bien de aquí en más.

Era tarde cuando me fui. Se iban todos. Perón no volvería a aparecer. El cú-cú se había cobijado. Les había pedido a sus muchachos que hicieran silencio porque necesitaba dormir. “Hace más de tres días que no me saco los zapatos”. Vacía, la calle frente a la mansión semejaba increíblemente estrecha para todo lo que había contenido. Muchos jóvenes se quedaron para hacer guardia. Para cuidar al general. Al día siguiente, a las 7 de la mañana, empezaron a decirle:

Buenos días, general, su custodia personal.

—¡Carajo! —habrá dicho Perón—. Ya empiezan a joder otra vez.

—Son insistentes estos muchachos, general —le habrá dicho López—. Huesos duros de roer. Mire las pretensiones que tienen. “Su custodia personal.”

—No te preocupés, López —le habrá dicho Perón—. Mi custodia personal es Osinde. Y en la casa son vos.

Caminé hacia la avenida Maipú. Ahí me dio un poco de tristeza andar solo. Pero ya me encontraría con alguien. Maipú era un descontrol. Los coches no podían avanzar hacia ninguna parte. Los pibes de la Jotapé trataban de poner orden. Crucé hacia la vereda de enfrente. Me quedé un rato ahí. Mirando todo como si estuviera fuera de la realidad, en terreno neutral. Entonces la vi a Clarita. Estaba con uno de mis ex alumnos. Con el pelotudo que le había dicho a Ansgar Klein que el Estado, en Hegel, era la glorificación del Estado monárquico prusiano. El tipo, sin embargo, le estaba dando un beso alevoso a Clarita, que lo abrazaba y lo acariciaba con sus manos ardorosas. Epa, ¿no era que la militancia estaba antes que el sexo? Posiblemente. Pero la militancia —por ese día al menos— no tenía más reclamos. Clarita apoyó su cabeza en el hombro de su fugaz amante y fugazmente también me miró. Apenas me miró. Pero fue un cruce fuerte. Y en ese cruce latía un reproche: “Pude haber sido tuya esta noche, profesor”.

La fiesta de Gaspar Campos había terminado.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

Cámpora,
el elegido de Perón

IV Domingo 15 de febrero de 2009

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

66 Cámpora, el elegido de Perón



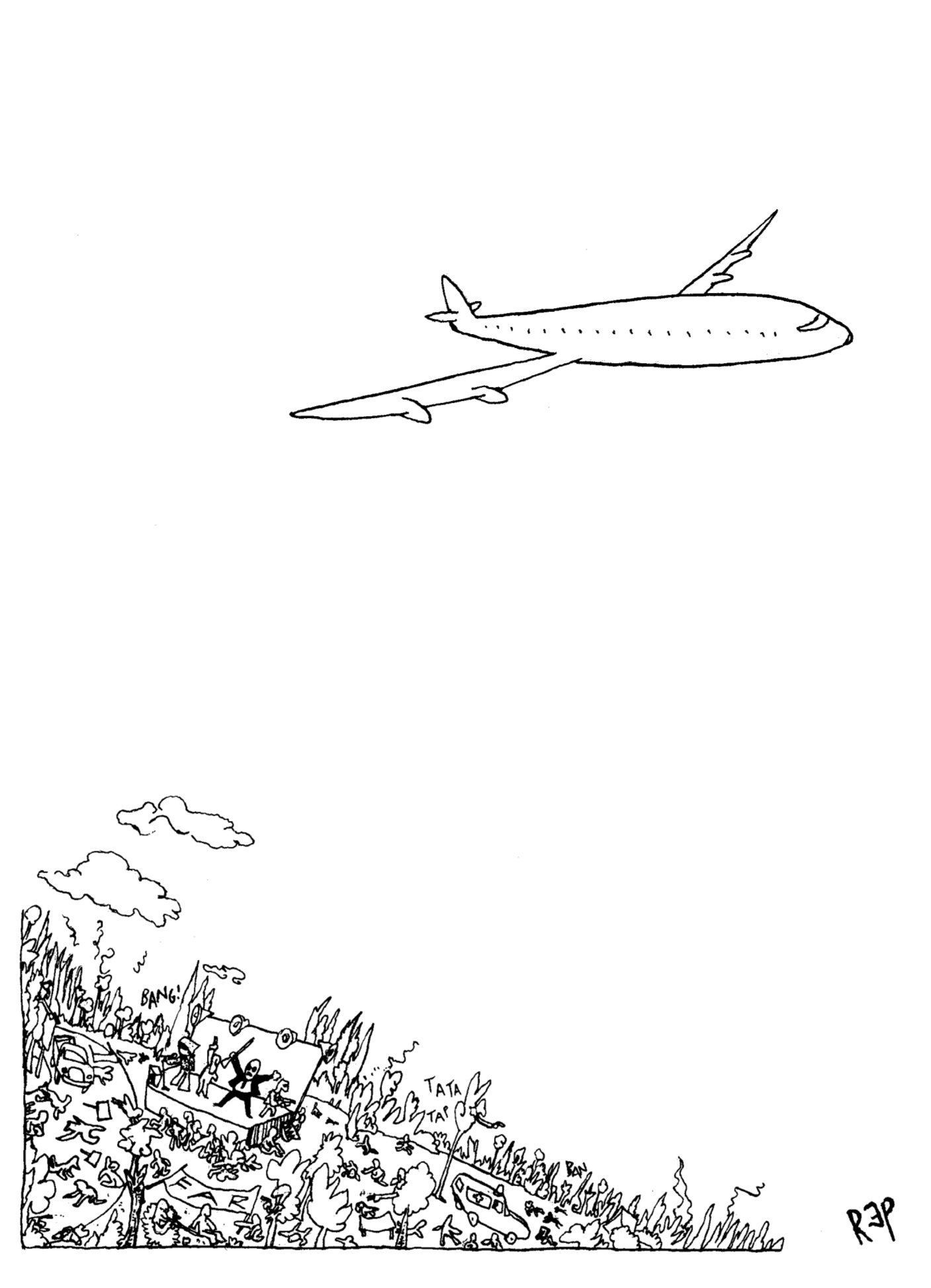
JETONES Y MILITANTES

Perón nunca llega solo a la Argentina. Una comisión de jetones varios habrá de acompañarlo en los dos regresos. “Jetón” es una palabra de la militancia de la época. Había “militantes” y había “jetones”. El jetoneo de algunos se aceptaba. Era necesario. Teníamos un gran jetón: el general, el conductor en batalla, el conductor estratégico. Que el conductor estratégico jetoneara era lógico y saludable. Pero en el peronismo estaba lleno de jetoneadores profesionales. Por ejemplo: una actriz menuda y rubiecita había aparecido –cosa que hacía con frecuencia– en un programa de tele. Y le preguntaron (correría el mes de junio de 1972): “¿Qué le diría a Perón?”. Lo pensó un poco, y luego, dura, muy resuelta, dijo: “Que piense antes de hablar”. ¡Pavada de respuesta! Qué coraje, qué valentía, cuánta convicción. ¡La noche del 11 de marzo del ’73 estaba en el primer piso del edificio de Oro y Santa Fe, asomada a la ventana y haciendo la V de la victoria peronista! Un jetón era la antítesis del militante. El jetón iba detrás de las luces. Estaba en los reportajes. En los reportajes de las revistas. En los colectivos o los individuales. Ese doctor Bellizzi, por ejemplo. Un Favaloro de tercera. Ese no faltaba a ninguna. Matera ni qué hablar. Nunca decía nada ni se decidía por nada. Cauteloso, quería seguir a flote ganara quien ganase. Galimberti, ¡un campeón del jetoneo! Pero estaba al frente de la Tendencia y le daban mucha prensa. Lo recuerdo a Jorge Bernetti diciendo: “¿Le falta prensa a este muchacho, no?”. Los actores. Pero no todos. Además, algunos eran necesarios como jetones. Juan Carlos Gené era un tipo fenomenal. Un militante lúcido. En la campaña del Frejuli habrá de ser importante. Sé que me adelanto. Pero, ma sí, me adelanto. Gené habrá de crear un personaje entrañable. He leído que le dicen el Toto en algún lado (o en uno solo, porque ¿quién se acuerda de esto?). Pero no: Gené hacía el Mencho. (Es, al menos, el nombre que yo recuerdo. Puedo equivocarme y era nomás el Toto. Pero no cambia mucho. Pero si era el Toto, ¿de dónde inventé yo el Mencho?) “El Mencho te la canta clara.” Les reproduzco uno de sus monólogos (lo juro) punto por punto, o casi. El Mencho (como Discepolín en *Mordisquito*) le habla al votante peronista. Y dice: “Cuando vó entré al cuartoscuro, tranquilo. Pausa y adelante. Fichás todas las boletas. Si no está la del Frejuli. Ofme: solamente si no está la del Frejuli, entendé. Si no está la de Alsogaray o la de los radichas vó no te calentá. Pero si no está la del Frejuli salís del cuartoscuro y te dirígis al presidente de mesa. Ahí no decís como un boncha: ‘Falta la boleta del Frejuli y no puedo votar por el dotor Cámpora, aunque hubiera preferido votar por el general Perón pero el régimen una vez má me lo impide’. No, nada de eso. Vó decí: ‘Faltan boleta’. Eso solo. Si el presidente de mesa te pregunta, porque por ahí es de la contra y te quiere embromar: ‘¿Podría decirme cuáles? Vos, musa. Ni una palabra. Vó repetís: ‘Faltan boleta’. Ahí se avivan que sos un tipo piola y no te van a poder empaquetar. Entonces entra un tipo al cuartoscuro. Ve que faltan las del Frejuli. Y las repone. Si cuando sale te dice (porque todo está lleno de peligros y asechanzas): ‘Faltaban solamente las del Frejuli, ¿nos lo pudo haber dicho, no?’, vos, musa. Otra vez, musa. Con esa gente, no habló. Entrás, metés la boleta del Frejuli en el sobre, salís y metés el sobre en la urna. Y chau. Después te vas. ¿Sabé por qué no había boleta del Frejuli? Porque matamo, viejo. Van a tener que imprimir tré millones más. Porque nosotros, a las urna, la reventamo. Vó creele al Mencho. Que el Mencho te la canta clara”. La músiquita de apertura y el tono pampeano de Gené eran sublimes. Pocas veces un actor tan formidable encarnó a un personaje popular para una causa política. Gené cometió otros pecados, pero es muy posible que se haya tenido que rajar por el Mencho. Muchos votos le habrá arrimado al Frejuli su entrañable personaje. No sé si algo queda de eso. Pero habría que recuperar ese material. Era arte. Del grande. (*Nota:* Desde aquí, maestro Gené, te saludamos con admiración y ternura. Ahora estás más viejito y te dan premios a la trayectoria y todos los que te den te los merecés. Como el gran premio del Fondo Nacional de las Artes. Lo que quieras, que te lo den. Tuviste, como todos nosotros, mala suerte. Tenés la mejor dicción que un actor haya tenido en este país. Pero te tuviste que rajar como un delincuente. Bueno, ya está. Los que sobrevivimos, mal o bien, seguimos adelante. Pero el Mencho, él sí, merecía mejor suerte. Porque él se murió. Duró lo que dura una campaña electoral. A él, ésa, nadie se la cantó clara. Nadie la sos-pechaba. Sería lindo hacer el Mencho de nuevo. El Mencho, ahora. Te la canta clara, hoy. “¿Vó me preguntá por qué todo se fue a la mierda? Mirá, parece que al

general, eso del socialismo, no le gustaba como nos había dicho. Má bien le tenía asco. Parece que ese soyapa de López Rega, de soyapa... nada. ¿Vó te acordá de Hitler? Mirá, a López Rega ponelo a la derecha, ¿entendé? ¿Y sabé dónde te lo poné al socialismo nacional y a latualización dotrinaria? Tal cual. Ahí mismo. Y si te duele, te jodé”. Salud, maestro.) Volviendo a los jetones. En sus dos retornos Perón eligió figuras públicas para que lo acompañaran. En el del 17 de noviembre viajaron: Hugo del Carril, José María Castiñeira de Dios, José María Rosa, Juan Carlos Gené, Antonio Cafiero, Carlos Menem (un político con futuro en el justicialismo, un hombre al que este país jamás olvidará), Miguel Angel Bellizzi (el cirujano que mencioné más arriba, el Favaloro de tercera), Nilda Garré (muy jovencita, bonita, esquivando los manotazos), Juana Larrauri, Marta Lynch (que se anotaba en todas, hasta que se anotó con Massera y resolvió esa desdichada cuestión pegándose un tiro cuando vio que la democracia venía dura y con bastante memoria, al menos con gente como ella), Guido Di Tella, Rogelio Coria, el cura tercermundista Carlos Mugica, Eduardo Luis Duhalde, el compañero de Ortega Peña (la fórmula era “Ortega Peña y Duhalde”), deportistas como Sanfilippo (que habrá de pasar a la historia por decirle al arquero Sergio Goycochea –luego del 0-5 contra Colombia–: “Te comiste todos los amagues, pibe”), un boxeador hoy bastante olvidado: Abel Cachazú, Marilina Ross, Silvana Roth (que se convertiría en una caza-zurdos), Leonardo Favio (¿quién si no?), Chunchuna Villafañe (una modelo bonita famosa en ese momento por decir: “Guau”, hizo después un gran papel en *La historia oficial*) y un monón más. En suma, como dijimos, Perón nunca llega solo a la Argentina. Ahora bien, en este viaje traía a esa gavilla a la que habría que acostumbrarse. Isabel, López Rega, Lastiri y el resto de la familia. Pero hay un personaje que quiero señalar.

EL ENIGMÁTICO MILO DE BOGETICH

Claro, los peronistas evitan hablar de él. Es de gorilas hacerlo. De estos personajes se alimenta un periodista como Gambini. Su error es que los agranda mucho y empequeñece otras cosas. No importa. Hace bien en señalar esto. La cuestión es así: en este primer retorno el jefe de custodia de Perón es el coronel Milo de Bogetich. ¿De dónde sacó Perón a este personaje? El hombre no es para hincharse de orgullo. ¿Se lo habrá prestado Franco? Bogetich era un criminal de guerra colaborador del carnicero Ante Pavelic, que entró en Croacia y si dejó vivo a alguien habrá sido porque se distrajo. (*Nota:* En la plaza Castelli, en Belgrano R, junto a las vías, dormía y vivía en una casucha de dos o tres latas uno de esos personajes a los que hoy, muy finamente, se llama *homeless*. Los pibes –tendríamos nueve años– nos entreteníamos hablando con él, que nos decía que era croata. Todos los días lo visitábamos y le preguntábamos qué era. “Croata”, contestaba. Todos los días le decíamos: “Qué va a ser croata usted, don. Usted es un croto”. Nosotros rajábamos y el tipo nos puteaba. Al día siguiente se había olvidado y otra vez le preguntábamos qué era. Así de perversos éramos los pibes de los años ’50. Otra que los de hoy.) Ahora, Bogetich, que si había colaborado con Pavelic habría liquidado más o menos mil seres humanos, vivja en el asiento de atrás de Perón. Cuidándolo. Es un furibundo anticomunista. Si habla con el general es para decirle que hay que matar a todos los bolches. Después, en época de la Triple A, se lo dirá a Isabel. ¿Qué le habría costado a Perón –para dejar feliz a la Jotapé que estaba por lanzarse vibrantemente al esfuerzo de la campaña electoral– traer de custodia a algún coronel del Ejército Revolucionario de Castro? ¿Qué con esto quedaba como un comunista? Y con Milo, ¿cómo qué quedaba con Milo de Bogetich? Como un aliado de Occidente. Tiempos de la Guerra Fría: un nazi vale más que un comunista. Hasta puede ser un aliado. Además, Milo terminó por ser más un hombre de Isabel que del general. Se peleó con López Rega por enfrentarlo con torpeza, con necesidad. Pero, a partir de 1981, cuando Isabel se instala en Puerta de Hierro, luego de los cinco años de su cautiverio bajo los militares, Milo se transforma en el secretario privado de la señora. La acompaña a todas partes. Atiende a sus visitantes: a todos les dice que la señora no habrá de recibirlos. Y las malas-muy malas lenguas dicen que el croata visitó su lecho durante largo tiempo, al menos hasta que a la señora dejó de importarle esa faceta de la vida. Milo de Bogetich no es lo peor ni lo mejor ni menos aún lo más importante de Perón e Isabel, pero creo que ayuda a mostrar una zona oscura de la cual la militancia ignoraba todo. Nadie habló de este personaje en noviembre de 1973. Por las dudas, antes de cerrar el tema, le hablé a Sergio Kiernan para preguntarle si lo conocía. Sergio, que consulta a menudo los



escritos de Uki Goñi, lo busca en *La otra Odessa* y no lo encuentra. Pero luego busca “Ante Pavelic” y Uki –que vive consagrado a este tema– informa en su libro que Pavelic se exilió en la Argentina en 1948, y vivió en una casa de la calle Olazábal, Belgrano R. No voy a entrar en el tema del nazismo de Perón porque ya lo traté cientos de páginas atrás. Hay que entender algo de una buena vez: aunque haya traído a miles de nazis Perón no fue lo fundamental que hay que ser para ser nazi. *No fue racista*. El *racismo* es el punto ideológico esencial del nazismo. Para mi novela *La sombra de Heidegger* me devoré *Mi lucha* y *El mito del siglo XX* de Alfred Rosenberg, el libro basal del nacionalsocialismo luego del de Hitler. El biologismo nazi se establece a partir de la raza. Del estudio de las razas para establecer la supremacía de la aria. Perón fue el menos racista en la Argentina del ’45. En tanto todos despreciaban a “esos negros de mierda” llegados del interior del país, Perón los cobijó. La oligarquía argentina es racista: odia a la negrada y odia a los judíos. Perón nunca tuvo problemas con los judíos. Los tuvo con la Iglesia Católica. Y punto. El resto es el viejo intento de los organismos de inteligencia norteamericanos para demostrar que su política hacía Perón en 1945 (por medio de su embajador Spruille Braden) fue correcta. Pero el dato de Goñi nos sirve. Es posible que Bogetich haya entrado junto con Ante Pavelic y ahí haya tomado contacto con Perón. Raro, porque Perón no usó políticamente a los nazis. Salvo en esas cuestiones científicas que nunca le salieron bien. Pero hay otra cuestión. ¿Cómo le era posible a Perón tener en sus cercanías a un tipo como Milo de Bogetich? ¿No le molestaba su historia?

lencia que habrá de aniquilar su tercera presidencia y llevarlo a la muerte. Una sumatoria podrá servir para el asalto al gobierno. Pero no para tomar el Poder. Aquí, todas las fracciones que fueron avaladas en la primera etapa consideran que debe liderar la segunda. O porque debe ser una etapa dialoguista y conciliadora. O sea, gradualista. O centrada en el partido y la política. O en los sindicatos y su inserción en la clase obrera. O en la militancia o en la violencia. O en ambas cosas. (Está claro que los Montoneros le exigen a Perón una equivalencia entre *sangre* y *poder*. Tantos muertos pusimos tanto Poder queremos.) El resultado es que todas las partes se enfrentan entre sí. No por medio del diálogo, sino por la violencia. Se da la primacía de la sangre sobre el tiempo porque todos quieren el poder *ahora*. El conductor debe entonces privilegiar *una línea*. Al hacerlo sólo podrá desatar la guerra, pues la política quedó atrás. El movimiento se consume en sus luchas internas. El poder se torna más inexpugnable y hasta se burla de quienes planificaban “tomarlo”. Y prepara sus garras: no va a dejar a ninguno de esos aventureros en pie. Incapaz de controlar todas las contradicciones que dinamizó durante la etapa de la toma del gobierno, el conductor languidece. Además, está viejo y cansado. Está irritable. Y le surgen reflejos primitivos. Le surge el milico del Círculo Militar. El que enseñaba *Teoría de la guerra* y *Doctrina de la guerra*. Creo –ya lo veremos mejor– que la irritabilidad de Perón con la “juventud maravillosa” es demasiado súbita, demasiado extrema. Creo que su complacencia con los grupos parapoliciales es irrefutable. Basta como referencia la actitud violenta, anticonstitucional, *increíble* (hoy, cualquier presidente debería renunciar por algo así) con la periodista Ana Guzzeti, que preguntó a “Dios” algo que “Dios” no quería oír. Aquí, en esta encrucijada, Perón vuelve a tener una sola cara: la del presidente militar que perseguirá a la izquierda marxista, subversiva, infiltrada. Esta izquierda, a su vez, que tenía otro tipo de locura, en lugar de guardarse, iniciar una retirada táctica, no cejará en sus ataques, logrando incluso justificar el desplazamiento de sus propios aliados políticos (Bidegain). Del modo que sea, el conductor no puede conducir esa guerra. *Perón no esperaba encontrarse con una militancia juvenil tan autónoma frente a su conducción, tan irrespetuosa, tan agresiva*. Aunque siempre criticaron al Peronismo de Base y a la alternativa independiente (que encarnaba, por ejemplo, nada menos que un Ortega Peña, aunque el PB venía de antes), los Montoneros no tuvieron problema alguno en ser *alternativistas*. No bien Perón los agredió desecharon su conducción. Algo así era inimaginable para el líder. No lo había esperado. Llegó con muchos, pero no pudo conducirlos.

Jorge Antonio tuvo una participación fuerte en la campaña electoral, en el avance hacia el gobierno. Esta participación lo llevó a estar muy cerca de Montoneros. Financió la revista *Primera Plana*, que cambió su orientación elitista y gorila por una peronista y fiererra. Un empresario cordobés con el que éramos bastante amigos, un típico judío gorila de clase media, de esos que creen que el peronismo está lleno de nazis y votan a los radicales, me decía: “Pero che, ¡qué mierda se volvió esa revista *Primera Plana*! Antes era para exquisitos y ahora se volvió peronista y facha!” No la compró más. *Primera Plana* fue un cañonazo para la Jotapé. Ahí, junto a Arturo Armada, me hicieron el primer reportaje de mi vida. Nos lo hizo Leonardo Bettanín, luego asesinado por el videlaje. Bettanín le puso de título: “Los jóvenes lúcidos”. ¡Para qué! Las cargadas que nos ligamos. “Che, José, yo creí que eras un tipo más o menos piola, pero un joven lúcido... que lo parió. ¿Te puedo seguir tuteando?” Y Miguel Hurst era un tornado: “¿Pelotudo! ¿Cómo dejás que salga con ese título?” “¿Qué sé yo? No sabía que Bettanín se lo iba a poner. Nos quiso hacer un favor.” “Bueno, decile que los cagó.” En suma, el primer reportaje de mi vida fue una mierda. Y posiblemente el último también lo sea. Pero así eran los tiempos. Si Bettanín hubiera puesto: “Los jóvenes que se juegan”, todo habría estado bien. Pero ¡lúcidos! Eso daba inteligencia pero no militancia, compromiso, lucha.

Primera Plana funcionó muy bien. Sacaron tapas memorables. Una con Martín Fierro cargando una metralleta a la espalda. No sé si agarran el mensaje. Todo era un poco así. Ibamos hacia el Poder y nada podía detenernos. Para colmo, Martín Fierro estaba de nuestro lado y había aprendido a usar los fierros, no ese cuchillo de mierda que Hernández le había dado. Al dar la guita para la revista, Jorge Antonio conoció de cerca a los montos. “Perón –dijo– estaba convencido de que los Montoneros le iban a responder siempre. Yo le aseguré que no, porque yo tenía mucho más contacto con los Montoneros que él. El tenía contacto, les daba directivas, pero ante él no se explayaban. Ante mí se explayaban con más claridad. Yo le advertí a Perón: ‘Mire que esto es riesgoso. No les dé tantas alas en el país porque después usted va a tener un

problema’. El me dijo: ‘No, Jorge, quédense tranquilo que cuando lleguemos al país y lleguemos al poder, si los muchachos se ponen ariscos –fueron textuales palabras– *yo voy a agarrar un vaso de agua, micrófono, hablaré y se irán tranquilos a su casa*’. Le dije: ‘Ahí se va a llevar la primera gran desilusión. Ahí se va a llevar usted el primer susto que le van a dar las juventudes actuales, y lo prometo a que me lo recuerde’. Me dice: ‘No. Quédense tranquilo, que eso lo manejo muy bien.’. ¡Se lució, general! Le falló la visión estratégica. La táctica. Le fallaron todas las visiones. Los muchachos de los ’70 ya no eran los niños de los ’50. *Además, ya estaba Castro*. Ya estaba Allende. Ya el Che Guevara los había ilusionado. Y, como le dice Jorge Antonio, usted les había dado demasiadas alas. En fin, dejemos esto para más adelante. Pero este diálogo entre Jorge Antonio y Perón es decisivo. La frase de Perón: “Eso lo manejo bien” no sólo revela su omnipotencia sino su error garrafal. Porque “eso”, para colmo, lo manejó muy mal. El reportaje a Jorge Antonio está en el libro de Felipe Pigna, *Lo pasado, pensado*, ed. cit., p. 245. En cuanto a Antonio sólo este: cierta vez, en un programa de Neustadt, Bernardo Corcho Siempre a Flote le pregunta: “¿Cuántos hijos tiene?” “Siete.” “¿Cuántos propios y cuántos adoptados?” Jorge Antonio, sin hesitación alguna, dice: “No, todos son hijos míos”. Hasta Neustadt se emocionó. Las cursivas del reportaje me pertenecen. Volveremos sobre este material.

MUERTE DE PERÓN EN TANTO TOTALIZACIÓN ÚNICA Y SIGNIFICANTE VACÍO

Para un conductor, no poder conducir es la confesión de su Muerte. Así, Perón, el líder que ya no conduce la totalidad, se muere. De haber llegado con menos, su gobierno habría tenido más coherencia. El habría vivido. Y desde el gobierno habría podido acumular el poder que requería. Porque: *El poder no se toma, el poder se crea. De nuevo: el poder para tomar el poder es una creación*. Perón pudo hacerlo. Pero no, nunca con un movimiento caótico y meramente cuantitativo que empezó a devorarse a sí mismo. Por último, hay algo muy doloroso, muy triste, que acaso torna vanas todas estas reflexiones: Perón volvió viejo y enfermo. Volvió tarde. El régimen gorila demoró tanto su aceptación que lo aceptó cuando él casi nada podía hacer. No vino para gobernar, vino para morir y deteriorar su imagen para la posteridad. Ahora hasta buscan enjuiciarlo por la Triple A. Sin duda, Perón sabía lo de la Triple A. Ya no caben dudas hoy. Ahora –sí para blanquear a Videla y sus asesinos– se empieza a juzgar a todos los jefes de Estado bajo cuya responsabilidad se cometieron asesinatos empiecen por Mitre, sigan con Roca y con Yrigoyen y la Patagonia Trágica, tal vez los radicales puedan aportar algunos documentos. Y esos mataron mucho más que la Triple A. Desde este punto de vista, si los sindicatos andan pintando esa consigna dura y que evoca otros tiempos de hacer política en la Argentina, habrá que comprender que les debe irritar bastante que se use a Perón para demostrar que delitos de “lesa humanidad” no sólo se cometieron bajo el Proceso. Este, por ejemplo, es el inculcable propósito del periodista Gambini, mal historiador y hasta mal bicho en circunstancias. La consigna es: *No jodan con Perón*. Le falta algo: ¿O qué?

Sin embargo, Perón supo tener una *cara*. Una cara *totalmente hegemónica*. En su mejor etapa el pueblo que lo sigue y que lo ama, a él y a su mujer, Evita, sabe lo que es, lo que representa: es un líder popular, nacionalista, estatista, pro-teccionista y distribucionista. Si no, el pueblo no lo habría seguido. Esto es importante: *el pueblo tuvo que entenderlo para amarlo*. Lo entendió menos desde la ideología que desde los hechos concretos: Perón era el que los defendía y el que les daba lo que nunca habían tenido. Y no nos engañemos ni seamos injustos con él: *les dio lo que nunca habían tenido y lo que nunca volverían a tener. Y fue el único que hizo algo semejante*.

Repasemos algunas cosas y añadamos otras: es desde el exilio que está obligado a serlo todo. Porque el movimiento se desbanda en demasiadas facetas y él tiene que potenciarlas a todas y retenerlas. “Si llego sólo con los buenos llego con muy pocos.” ¿Fue acertada esta política? ¿Se puede llegar con todos? Para lograrlo hay que ser *todos* y hay que ser *ninguno*. De aquí que a esa reiterada pregunta sobre su nazismo habría que responder: “¿Perón, nazi? No, *tampoco fue eso*”. Al querer conducir a todos se obligaba a no estar con nadie. Al no estar con nadie él sólo estaba con sí mismo. Pero, ¿quién era él? El tenía que ser *todos*. Al ser *todos* y no estar con *nadie* él, Perón, se condenaba a ser *nada*. Duro es aquí la fórmula de Laclau: *un significante vacío*. Perón totaliza a todos. Pero, ¿quién totaliza a Perón? Alguien se totaliza cuando podemos decir de él que es *algo*. Perón totalizaba a todos al costo de no totalizarse a sí mismo. De hacerlo sería *algo*. De ser

algo ya no podría ser *todo*. De ser *algo* tendría que elegir a los que eran como él. Y ser Perón era ser *todo*. El punto en el que todas las contradicciones del movimiento encontraban su *unidad*. El cuerpo de Perón era la *unidad del peronismo*. El problema se le presenta a partir del 20 de junio de 1973. Es la Tendencia la que no acepta su conducción. Primero le pide compartirla. Le pide partir al *todo* en dos partes. Imposible. Luego lo desobedece. Al hacerlo lo obliga a combatirla. Para combatirla tiene que elegir a unos en contra de otros. Al hacerlo deja de ser ese *significante vacío* que podía contener a todos los significantes. Ahora él es un *significante más*. Ya no es la *unidad del movimiento*. Es una parte, pues ha debido optar por una. En suma, la Juventud Peronista mata a Perón en tanto *totalización última, significante vacío y unidad del movimiento*.

EL PODER PARA TOMAR EL PODER SE CREA

Ignoro si —como dicen Anguita y Caparrós— habrán sido Elvio Vitali y su amigo los inventores de la consigna del *doble poder*. “La Casa de Gobierno/ cambió de dirección/ Está en Vicente López/ Por orden de Perón”. Aunque, si uno lo piensa mejor, si se detiene un poco, tiene que haber sido así. De lo contrario, Anguita y Caparrós no lo habrían contado. Y ellos son gente de fiar. Porque —por suerte— todavía se puede creer en algunas personas. Entonces a la consigna del *doble poder* le diremos también la consigna de Elvio y el Negro. Se trata de una consigna fundamental para entender la historia del peronismo desde el '55 hasta el regreso de Perón y hasta la tercera presidencia del líder popular.

En el frío mes de diciembre de 1984, en la Universidad de Maryland (por eso el diciembre era frío), hubo un congreso de escritores y ensayistas. Mi ponencia giró en torno del tema *política y verdad* y uno de sus pasajes esenciales llevaba por título: *El doble poder*. Durante la época en que surgió la consigna del *doble poder* “se hablaba más de la *creación del poder que de la toma del poder*. El *poder se creaba a través de la movilización popular*. (Nota: No es casual que el N° 9 de *Envido*, de fecha mayo de 1973, salga con una tapa cuyas grandes letras dicen: *Gobernar es movilizar*. Esta notable consigna —siempre presente, siempre necesaria en teoría política— fue fruto de la imaginación y el talento de Horacio González. Para todos nosotros resultó luminosa. Como cualquiera podrá imaginar, cuando Perón, el 21 de junio del '73, larga su orden de iniciar la “etapa dogmática”, nosotros no podíamos sentirnos agradados por esa propuesta. Lo veremos. Pero, quién no lo ve, *Gobernar es movilizar* y *Etapas dogmáticas* son antónimos. Una consigna propone la libertad, la imaginación, la creatividad más absoluta. La otra es autoritaria y dictatorial.) Había un *poder del sistema*. Un poder institucional representado por la gran burguesía y las Fuerzas Armadas. Y había un *poder popular*. Un poder que se construía en el llano. Un poder que surgía de la organización militante del pueblo.

“Había, entonces, dos casas de gobierno: esto quería decir en su nivel profundo la consigna que citamos. Una era ilegal, no respondía a la voluntad popular. La otra era verdadera, legal, estaba legalizada por la adhesión de las masas. El verdadero presidente de los argentinos era Perón aun cuando no habitara en la Casa Rosada. Porque Perón era el político cuyo liderazgo reconocía la mayoría y por cuyo retorno había luchado dieciocho años” (*Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino*, Eudeba, Buenos Aires, 1988, p. 87). (Nota: Causó irritación mi ponencia. En 1984 la intelectualidad pertenecía al alfonsinismo y algunos habían incurrido en un gorilismo intenso. Sobre todo, creo, los profesores del exilio universitario que impulsó Onganía. Adolfo Prieto —a quien yo estimaba, pues había leído un buen par de libros suyos sobre teoría crítica— me dijo, con enojo, cómo me parecía pertinente tratar en la primera parte de mi trabajo el *Facundo* y en la segunda eso del “doble poder” de la Juventud Peronista. “Es ponerlos en un mismo nivel.” Bueno, pero me he jurado no revelar intimidades de ese congreso. Sólo insistiré en el inefable maestro Halperin Donghi y su anécdota sobre Delia Parodi y los Jotapé que la

visitaron. ¿Quién si no él, con su ácido humor, tan corrosivo, podía desnudar la esencial idiotéz de la generación del '70? Brevemente: los jóvenes le hablaron a la señora Parodi de Evita, de la apasionada visión que de ella tenían. Y, apenas aguantando la carcajada, don Tulio dice: “Y la Parodi les dijo: ‘Pero miren que la señora no era así, eh’”. Jamás voy a perdonar esto. Sé que don Tulio ha sido generoso con gente que quiero, como Jorge Lafforgue, que le escribió un gran prólogo para un libro sobre los caudillos argentinos, sé que leí ese prólogo y me pareció bueno, pero no: no puedo perdonar ese chiste siniestro. Para don Tulio (lo dijo en Maryland): “Esa generación iba alegremente al desastre”. El país entero iba al desastre, don Tulio. Menos usted, que daba clases en Estados Unidos porque Onganía lo asustó mucho.)

El *doble poder* no llevaba a la militancia a la paralización. Un poder en Madrid. Otro en la Casa Rosada. Había que unificarlos. Había que poner al hombre de Madrid en Balcarce 50. Para eso había que militar. ¿Qué era militar? A ver si los políticos de hoy entienden esto: la militancia era territorial. Se trabajaba barrio por barrio. Los militantes tocaban los timbres de las casas y pedían hablar con las familias. Muchos eran aceptados, otros no. Pero el diálogo era mayoritario. Los militantes hablaban con los vecinos y les explicaban la coyuntura, lo que estaba en juego, la necesidad de la participación de todos para recuperar una democracia popular. No era fácil. El militante siempre tenía una Unidad Básica en el barrio, que era su ámbito de discusión y de formación política. Ahí se elaboraba lo que saldría a decirle a la gente. Había que empezar hablando de las cosas cotidianas. Del pan, del azúcar, del alza de la carne. Y por supuesto: del fútbol. El militante de 1973 tenía que saber mucho de Huracán y del flaco Menotti. Huracán era el ejemplo a seguir. Sus jugadores no sólo jugaban bien, sino que tenían un compromiso con la política. Menotti, que era el DT, seguramente los había impulsado a la politización. En 1973, los jugadores de Huracán (que habría de ganar el campeonato metropolitano, un campeonato que surgió luego de eliminar el largo campeonato nacional que abarcaba el año entero) firmaron una solicitada de apoyo al peronismo. Coincidiendo en que existían países imperialistas y países dominados, abrazaban la opción fundamental de la época: *Liberación o Dependencia*. También Menotti firmó esa solicitada. (Nota: A mí me revienta cada vez que veo una foto de Menotti con Videla. Y habría dado —según suele decirse— *no sé qué* para que esa pelota que pegó en el palo de Fillol entrara y Holanda no le recibiera la Copa a Videla. Sin embargo, honor al mérito. Como a Menotti ya lo tienen podrido con el Mundial del '78, cierta vez dijo: “Miren, ya estoy harto con esto del Mundial. Se lo regalo a Bilardo. Lo ganó él”. Consultar: Roberto Di Giano, *El fútbol y las transformaciones del peronismo*, Leviatán, Buenos Aires, 2006.) Esto, si el militante territorial lo sabía bien, si lo había visto jugar a Huracán y cómo y por qué ganaba el metropolitano, era una herramienta importante para ganarse la amistad de la familia. De pronto, empezaba a hablar de política. Y ahí empezaba la parte más profunda de su tarea. Qué pensaba la familia. Qué esperaba. Qué le gustaba de Perón, qué no. Si habían vivido los primeros gobiernos. Si querían que siguieran gobernando los militares. Qué pensaban de la juventud peronista. Y, por último, qué pensaban de la violencia, de las formaciones especiales. Este trabajo de superficie, *territorial*, más necesario, era a causa de no disponer de los medios de comunicación. A la casa de la familia el régimen entraba con la televisión, el pueblo con el militante, esto se pensaba y estaba bien pensado. Cuando el 17 de noviembre el militante Jorge Rulli, en un arranque de entusiasmo combativo, grita: “¡A los barrios! ¡A tomar los barrios!” sabía lo que decía, pero no ignoraba que los barrios —muchos de ellos— estaban tomados. Tomados por la tarea territorial de la militancia. (Ver: *La voluntad*, ed. cit., p. 655.) También sabía lo que decía el general Viola cuando, en 1977, en IDEA, habló sobre “La lucha contra la subversión” y destacó la importancia de la “subversión territorial”. Y cómo fue eliminada. (Nota: Los empresarios habrán escuchado satisfechos. Notable coherencia la de IDEA. Siempre es admirable una línea de conducta que no se quiebra. El capitalismo es así. Siempre sabe

dónde están sus mejores aliados. En 1977 eran el general Viola y sus campos de concentración. Qué horrible, en verdad. ¿Era necesario que apoyaran algo tan extremo? Parecerá una pregunta idiota. Pero la elección de la metodología francesa en Argelia no era la única que tenía el ejército argentino. ¿No hubo un empresario que lo dijera? Ese día, ¿no hubo nadie de IDEA que le dijera a Viola que el camino elegido había fracasado en Argelia y en Vietnam y se consideraba innecesariamente cruel? No, nadie. Además, en 1977, lo esencial de la matanza estaba hecho. Ya estudiaremos la Escuela Francesa. Si no, no se entiende nada.) Porque, en efecto, se eliminó la “subversión territorial” con tanta saña como la subversión armada. Como parte del trabajo territorial, muchos actores montaban obras en las villas miserias. Norman Briski, Víctor Laplace, Juan Carlos Gené y muchos más. Iban a una villa y decían monólogos. O hacían una pieza breve. O el fragmento de una extensa. O cantaban. Y hablaban con la gente. Siempre, siempre hablaban con el público de las villas. Era para eso, sobre todo, que iban.

La militancia territorial era la *creación* de poder. Para los que sosteníamos esta militancia por sobre todas las otras, era claro que el poder no salía del fusil. Era claro que consignas como “Fusiles y machetes por otro 17” no nos expresaban. Los militantes barriales eran los verdaderos militantes de base. Eran la antítesis del foco. En cierto momento de Montoneros —cuando dejan las armas y se dan una política de superficie— esta militancia pasa a primer plano. Pero los fierros la estropean de inmediato. Cuando los fierros ocupan el territorio, la militancia territorial desaparece. Se produce el reflujo y lo único que queda es la crítica de las armas. Que —si recordamos la concepción de Marx— no puede transformarse en *fuerza material* si no se *apodera de las masas*. Toda violencia alejada de las masas es violencia de aparato. De aquí que la militancia territorial sea un largo trabajo que antecede a cualquier otra acción, pues toda acción deberá basarse en la movilización del pueblo. Resulta poco aceptable que un gobierno como el actual no realice este trabajo esencial de la política de masas. La falencia proviene de una sobrevaloración de los medios de difusión. Que este gobierno tampoco los tiene. ¿Cómo, entonces, es posible que un gobierno de base peronista, que reclama una inserción en las tradiciones militantes de los '70, no lleve a cabo militancia territorial, formación de cuadros? En 1973, cuando marchó a Gaspar Campos a “romper el cerco”, la Jotapé decidió esta medida el día anterior. Al siguiente tenía 100.000 personas en la calle. El actual gobierno, en cambio, fue superado en masividad por el bloque llamado “el campo” en esa competencia de fuerzas que se hizo el año pasado en la Av. 9 de Julio. Cierzo: “el campo” nucleaba todo. Ahí estaban el estanciero Miguens, el piquetero Castells, el señor Blumberg, la procesista Pando, el PO y algunos que he preferido olvidar. Pero el “peronismo” sólo se redujo a su aparato movilizable. ¿Cómo es posible? ¿No hay bases? ¿O no las tiene este peronismo? ¿Las tiene Duhalde, el gran candidato de la derecha, el peronista al que los gorilas aman? Tampoco. No las tiene nadie. Las bases están abandonadas. Porque está abandonada la política de base. Lo que los jóvenes de los '70 llamaban: la organización territorial del pueblo. Este era el poder que se creaba a través de la militancia. *Porque el poder se toma. Pero el poder para tomar el poder se crea*. Se decía esta frase durante esos años. No estaría mal volver a pensarla. No llegamos a entrar en el tema prometido: Cámpora. Pero si consideramos a lo que hemos dicho aquí como una INTRODUCCIÓN acaso se nos disculpe esta carencia. Escribimos —supongo que lo hemos dicho antes— con gran libertad, sin demasias esquemas. Las ideas surgen más frescas, más potentes si no nos ceñimos a nada y les permitimos su autónomo y hasta, a veces, anárquico surgimiento. Pero en una reflexión (y larga) sobre el peronismo nadie se escapa de Cámpora. Menos nosotros que seguramente habremos de disfrutar escribiendo sobre alguien a quien tanto queremos. De los pocos.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

Cámpora,
el elegido
de Perón II

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

67 Cámpora, el elegido de Perón (II)



EL ABRAZO PERON-BALBIN Y EL ABRAZO MENEM-ROJAS

Yo que quería Aramburu, lo que después quiso Lanusse, lo hizo por fin Perón. *Todos le fueron al pie*. O casi todos. ¿Qué era eso? Era que el Gran Acuerdo Nacional lo hacía él. La cosa se consolida en un restaurante de nombre *Nino*, donde parece que Perón solía almorzar o cenar a veces con Evita. Quedaba, además, cerca de Gaspar Campos. El encuentro se haría bajo el aura eterna de la pasionaria del peronismo. Si esto le gustaba a Isabel, nadie podría saberlo. Por el momento y hasta el final ella debía venerar la figura de Eva. Más aún si —como se dice— en los socavones más hondos de Puerta de Hierro el Hermano Daniel hacía malabares umbandistas poniendo el cuerpo de Eva sobre el de Isabel para que la primera le traspasara sus fluidos combativos, apasionados e inteligentes a la segunda. Algo que —si se lo piensa con un poco de mala onda— implicaba admitir que la Chabela o recibía fuerzas extranaturales, del más allá, o habría de deslizarse en penosas pifiadas sucesivas que disgustarían al líder. Los antiperonistas ensayaron algunas interpretaciones ya viejas: dijeron que el restaurante *Nino* era la nueva cara de la Cervecería de Munich, donde Hitler había empezado a consolidar sus fuerzas. ¡Qué manía con Hitler! Munich, Nino, Hitler o Perón, todos fueron china ahf.

La noche anterior, el *otro* viejo de la política argentina (si no es excesivo ese título) lo fue a ver a Perón. Esta visita de Ricardo Balbín estuvo teñida de heroísmo. Aparte de aceptar estoicamente algunos insultos de peronistas belicosos (“gorila”, “radicheta gorilón”, etc.), otros, con mejores modales e intenciones le pusieron una escalera para que saltara un muro, dado que Balbín no se abría paso por cualquier entrada convencional, sino por una con cierto aire clandestino, algo que agradaba al caudillo de la palabra desbordante. El caso es que llegó hasta Perón y se dieron un abrazo que algunos valoran de tal manera cual si semejara el de O’Higgins y San Martín después de Maipú. Batalla en que murieron 2000 guerreros y el genio de San Martín brilló más alto que nunca. Luego se abraza con O’Higgins, factor esencial del triunfo y guerrero que afirma el honor de Chile. Bien, por decirlo claro: el Chino Balbín, de O’Higgins, nada. De San Martín, menos. Pero estaba al frente del radicalismo, a punto de ganarle la interna a Alfonsín, y Perón confiaba en él como herramienta para la unidad nacional partidaria. Años después habrá otro abrazo. Guste o no, tan peronista como éste. Será cuando el peronismo le ponga su masividad al establishment y obedezca a hacer su política. “Nosotros ponemos a la gilada, ustedes el proyecto.” Uno de los protagonistas de esa dilatada traición a la patria que se conoce bajo el nombre de *menemismo* fue el capitán ingeniero Alvaro Alsogaray, sombrío personaje de este país. Se pasó la vida tratando de ponerlo al servicio de la banca internacional, a la que él pertenecía, obedecía. Junto con Alsogaray entraron a la fiesta menemista personajes impensables. Se trataba, no de la unidad nacional, sino de la unidad nacional para el saqueo de la Nación. Siempre que el capitalismo neoliberal, liberal u oligárquico de este país puede gobernar a su antojo suceden algunas cosas ya inevitables: 1) Se lo apodera una vez más o asegura su posesión. Dado que este país se consolidó (1880) cuando la burguesía del Puerto y la oligarquía terrateniente se aseguraron su dominio. En 1932, otra vez se lo aseguran y lo trafican con Gran Bretaña, que no es, para nosotros, el “ogro externo”. No es ningún ogro. Son señores educados que hacen muy bien sus negocios. Si los rastacueros de ese país del Sur se mean por estar a sus pies ahí los tendrán. Ya se sabe: Julito Roca. Las carnes. Los frigoríficos. Y si don Lisandro de la Torre se queja... lo revientan de un tiro, aunque ahí hayan liquidado a su fiel Enzo Bordabehere. Pero la mezcla habitual se dio perfecta: o lo hacemos con los negocios o lo hacemos con las armas. Diez años de jolgorio de nuestras “clases ilustradas”. La Gran Década de la Concordancia. Si José Luis Torres la llamó “infame”, eso es revisionismo, resentimiento, caudillismo, populismo, proteccionismo, nacionalismo, en fin: fascismo. 2) De 1955 en adelante. Lo hemos visto bien. Se gobierna en medio de la ilegalidad constitucional, bajo la hegemonía de las armas de los militares y con los organismos de créditos internacionales. (Sobre todo, el FMI, al cual nos hizo entrar la Libertadora.) 3) Superado el trágico interregno peronista, que estamos empezando a estudiar, retornan los liberales, los dueños de la tierra, los nuevos capitales financieros. Todo imperfecto. Porque el neoliberalismo odia al populismo porque implica el intervencionismo del Estado. Pero los militares dicen: “Señores, nosotros tenemos que matar a mucha gente para que ustedes puedan ganar dinero, ¿están de acuerdo?”. “Por supuesto, hagan su trabajo. Y rápido, como dijo el señor Kissinger.” “Para hacerlo rápido necesitamos un gran poder del Estado.” Esta contradicción liquida la economía liberal-capitalista-financiera del Proceso. Catástrofe económica, humanitaria y hasta una guerra ignominiosamente perdida. 4) Llega Menem. Aquí sí. Aquí resulta. Argentina, campo de pruebas del FMI. Argentina, conejillo de Indias. La jugera financiera. Se roban todo. ¡Qué patriotismo! ¡Qué amor por la República, por las

instituciones, por la Constitución! Aquí, peronismo y oligarquía agrofinanciera especulativa se dan un gran abrazo. ¿El de Perón-Balbín? No. El abrazo es otro. No es tampoco el de Menem-Alsogaray. Ese se llevaba a cabo siempre que el capitán ingeniero decía: “Yo no apoyo al peronismo. Apoyo a la Reforma Menem”. Como la *Reforma Menem* tenía la invaluable característica de ser idéntica a la *Reforma Alsogaray*, lo que se aplicaba era el plan del viejo liberalismo que domina este país desde 1880, en el que lo hizo. Que mal o bien lo hizo, según suele decirse, mal. Se dice mal porque no lo hizo *mal o bien*, lo hizo mal. Se lo hizo para él. Pero ni siquiera para su progreso, lo hizo para su goce. La oligarquía liberal-financiera no hizo un país. Hizo una ciudad llena de palacetes franceses. El resto, el derrotado interior federal, al diablo. A la miseria. Al atraso. Y, de última, a los caudillos medievales y sanguinarios que, impuestos por Buenos Aires o respaldados por la metrópoli culta y cosmopolita, se adueñarían *in aeternum* de las provincias. ¿Cuál es el abrazo? ¿El de Eva y Victoria, que es el nombre de una mínima obra de teatro que se estrena en los noventa? Se estrena con gran éxito porque tiene un notable mérito: el de la unidad entre las clases bajas y las clases altas. *Tal como el menemismo lo proponía*. ¡Hasta Bernardo Corcho Siempre a Flote envía móviles para reportear a los espectadores a la salida! ¡Es la obra de la unidad nacional! El pueblo por fin unido a las clases dominantes. Eva y Victoria dialogan arriba de un escenario. Y hasta, al final, cuando Eva muere (no hay gorila que no perdone a Eva cuando muere: en el fondo, conjeturo, será por lo tanto que ellos o sus antecesoros deseaban que eso sucediera) o cuando está ya en plena agonía, Victoria se dispone a abandonar la habitación, vacila, la mira a Eva, que está sentada, los hombros caídos, quebrada por su dolor, se le acerca y... ¡le pone una mano sobre el hombro! Qué escena de amor. Qué sublime. Qué conciliación de clases ejemplarizada por un solo, tenue gesto de la dama del Buen Pastor. Ya está: todo es armonía. A la salida, Neustadt espera a los asistentes a semejante milagro: “¿Qué le pareció la obra?” “Maravillosa”, dicen los nabos espectadores, siempre manejables, siempre heterónomos, siempre comiéndose la última de turno, es decir, la clase media urbana, que después se va a comer a *El Palacio de la Papa Frita* o a *La Churrasquita*, hoy a *Happening* y siempre, como un touch de excentricidad, ¡una pizza en *Güerrín*, qué joder! “¿Qué nos puede decir de la obra?” “Ay, me conmovió el choque de personalidades. Y la señora China Zorrilla como Victoria Ocampo, una dama para otra dama.” “Esto demuestra que los argentinos podemos unirnos y marchar hacia el futuro. Si no lo hacemos es porque no queremos. Porque poder, se puede. Esta obra lo demuestra.” “Sólo nos tenemos que entender. Dialogar en democracia. Tenemos todo para ser un gran país.” “Es la opinión de la gente”, concluye Bernardo Corcho Siempre a Flote. “Y la gente sabe lo que dice. Sabe que esta vez los argentinos estamos en el camino correcto.” La única voz discordante fue la de la entonces diputada Irma Roy. Con inocencia, con verdadero candor, confesó: “No sabía que Victoria Ocampo era tan importante”. La furia de Neustadt no se manifestó. Estuvo parco. Irma era una aliada. Pero debió haberle dicho: “Irma, por favor. Sabemos que es usted una peroncha bruta. Pero sepa bien que Victoria Ocampo es la Eva Perón de la oligarquía. Que si no juntó multitudes es porque la oligarquía no es una multitud. Es un selecto grupo de individuos libres y cultos. Más bien le tiene asco a las multitudes. Dan grasa. Que el pueblo no la haya amado habla de su grandeza, de su exquisitez, no de su intrascendencia. La amaron sus pares. Y la gente que ella traía del exterior para que la amara: Rabindranath Tagore, Aldous Huxley, Drieu de la Rochelle, que era diez veces más nazi que Perón pero era francés y escritor. Que aún no hayan hecho una ópera rock sobre ella los señores Rice y Lloyd Weber se debe a la vida austera que llevó, entregada a los libros y no a los hombres. Evita les daba más material por su vida, digamos, azarosa. Además, querida, a Victoria sólo Stravinsky, que la admiraba, pudo haberle hecho una ópera. Si no lo hizo, ahí nomás habrá estado. Y por último, querida Irma, que usted desconozca la grandeza de Victoria Ocampo es algo que a ella la honra. Curioso habría sido lo contrario”. Pero la *unidad* está lograda. ¡Robemos juntos!, exclaman peronistas y grandes burgueses financieros, tradicionales o nuevos oligarcas de la Pampa húmeda. Hagamos juntos lo que más nos gusta: saquear a este país. (Que nadie se haga el vivo afirmando estupefacto, como el periodista inglés Christopher Hitchens, en 1978, que: “El fracaso de Argentina como nación es el más grande misterio de este siglo”. No, señor Hitchens, usted no entiende nada. Escúchenos a nosotros que a este país lo vivimos de adentro y fuimos una y muchas más veces derrotados por los negocios de los grandes hombres del dinero, de las grandes clases hegemónicas que lo poseyeron y —cuándo no— mataron a quienes les discutieron ese derecho o se aliaron eficazmente con ellos, como ocurrió con Menem. Escuche, mister Hitchens: *El más grande misterio de este siglo habría sido el del triunfo de Argentina como nación*. El de su fracaso está a la mano, está a la vista. Sólo hay que querer verlo.)

Y eso es lo que hacen. Diez años de fiesta conjunta. Entre el Consenso de Washington, los Chicago Boys, Cavallo, IDEA,

la Fundación Mediterránea, Alvaro y María Julia Alsogaray y todo el aparato del peronismo, la complicidad inmoral del partido, de sus diputados, de sus senadores, y la complicidad de los sindicatos, la desaparición del mapa del *combativo* Ubaldini que luchaba tan bravamente contra Alfonsín en defensa de los intereses obreros, desnacionalizan el país, tiran por la borda su soberanía y, por fin, se liquida al Estado Peronista. Algo que nadie había podido lograr. El peronismo liquidó al peronismo. Pero ya alguna vez llegaremos a esto. Volvamos a lo del abrazo. Venimos del abrazo Perón-Balbín. ¿Cuál es el abrazo de los ‘90? *El abrazo Menem-Rojas*. De inmediato, peronistas memoriosos lo comparan con el abrazo Perón-Balbín. “El abrazo Menem-Rojas es la versión fin de siglo del abrazo Perón-Balbín.” Le pregunto a uno de esos peronistas que hoy están aquí y mañana allá y siempre en todas partes en que esté el peronismo, el poder y la gaita: “Che, lo escuché a Fulano decir que el abrazo Menem-Rojas es la versión fin de siglo de... etc.”. El mene-peronista versión noventa me dio una respuesta inolvidable: “¡Y dejalo! Con eso come por el resto del año”. ¿Está claro, no? Se trata de hacer bien los deberes. Y si uno mete una

frase-llave que les sirva a los jefes... *come por el resto del año*. Y pensar que “por el resto del año” a la gilada no nos queda otro remedio que laburar. ¿Qué pensarán de nosotros esos pialos? (Difícil que piensen algo peor de lo que nosotros pensamos de ellos. Aunque se llenen de guita. Miserables.)

BALBIN FANFARRONEA A PROPOSITO DE ALLENDE

Volvemos a 1972: abrazo Perón-Balbín. Cuando trepa el famoso muro y sale hay algunos periodistas. Balbín pelotea la cuestión para el día siguiente. Rodeado de micrófonos, siempre con cara de hombre que enfrenta grandes acontecimientos que lo son por el mero hecho de enfrentarlos él, se somete a las preguntas de la prensa. “¿Tuvo que saltar un muro, doctor?”. Observen esta respuesta: “Salté ese muro como saltaré todos los muros que sean necesarios para asegurar la libertad y la democracia de los argentinos”. Balbín nunca decía “de la Argentina”. El hablaba en nombre de la República —¿quién podía ignorar esto de un hombre tan probo, jamás sometido a ninguna tentación sería por mantenerse, indeseadamente,



siempre lejos del Poder?—, pero además le hablaba a cada uno de los argentinos, uno por uno. Por eso decía “de los argentinos”. Todo, en su lenguaje, era “de los argentinos”. La cultura “de los argentinos”. El destino “de los argentinos”. La patria “de los argentinos”. Después, otra pregunta: “¿Recordaron con el general Perón algunas cuestiones del pasado?”. Balbín, casi ofuscado: “Fue una conversación hacia adelante”. No digamos que fue un hombre probo por mantenerse siempre lejos del poder. Creo que lo habría sido igual. Pero todo en él, su pinta, su estilo, sus palabras, sus poses de compadrito, aun esa “facilidad de palabra” de la que tan seguro se sentía eran hilachas del pasado. El 12 de septiembre de 1973, un día después del golpe contra Allende, le preguntan: “¿Qué opina del golpe de Chile?”. Dice dos o tres respuestas evasivas: “¿Cree que Allende se suicidó?”. “Bueno, tenía un arma en la mano cuando lo encontraron, ¿no?” “¿Qué habría hecho usted en su lugar?” Y ahí, más caudillo fanfarrón que nunca, irrespetuoso con Allende, haciendo un gesto con la mano, entre despectivo y concluyente, despidiendo a los periodistas, dice, muy convencido, terminante: “¡Ah, no! ¡A mí eso no me lo hacen!”. ¿Y de dónde sacó que a usted eso no se hacen? A ver, ¿por qué? ¿Era más sagaz político que Allende? ¿Más valiente? ¿Habría resistido mejor? Sospecho, querido Chino, que a usted no le hacían eso porque ni los habría molestado, porque no les habría hecho ni el 3%, no, ni el 2% de las cosas que hizo Salvador Allende, patriota chileno, líder ejemplar, que murió peleando de cara a los canallas, a los asesinos. Ni remotamente este país en que habitamos, al que dimos nuestros años, en el que no hundirse en la desesperanza es un esfuerzo cotidiano por no abandonar a los desesperados, por pelear por algunas cosas que aún tienen sentido, o simplemente tratar de que la esencial impiedad del poder, del verdadero poder, sea menos brutal, tuvo un político como Salvador Allende, no sólo atacado por Pinochet, por quienes finalmente lo derrocaron y diseminaron la muerte en Chile, sino también por el MIR, por esa izquierda nefasta, funcional al régimen, para la que todo es poco, para la que nada alcanza, en tanto para los reaccionarios, los matarifes, todo es excesivo, todo es demasiado. Enemigos unos por la escasez de las conquistas, enemigos otros por la sobreabundancia subversiva, terminan por coincidir. No sólo Pinochet liquidó a Allende. El MIR contribuyó a debilitarlo, a quitarle bases negándole su apoyo. Pinochet, por fin, los mató a todos. A los allendistas y a los del MIR. Triste historia. La izquierda debería aprender de ella.

LA FURIA DE LA TENDENCIA FRENTE AL “NINO”

Salvo que haya llevado adelante reuniones privadas, Perón no le dio mucho aire a la juventud. Su primacía fueron los políticos. Si Santucho lo caracterizaba como el líder de la burguesía, podía estar feliz. Aquí parecía serlo. *Sucede que Perón se había empeñado en birlarle el GAN a Lanusse*. Estaba a punto de conseguirlo y por fin lo consiguió.

El lunes 20 de noviembre se realiza el gran cónclave de *Nino*. Ya que tantos analistas respetables gustan citar a Joseph Page, hagamos lo propio un cachito, pero no desentonan: “Representantes de casi todos los partidos se reunieron con Perón y sus principales lugartenientes para discutir la posibilidad de formar un frente político. El conductor (en *Nino*, JPF) se refirió a la necesidad de forjar la unidad nacional. Los dirigentes peronistas propiciaron la publicación de un manifiesto denunciando la exigencia de estar residiendo en el país antes del 25 de agosto para ser candidato” (Page, *ob. cit.*, Vergara, tomo II, Buenos Aires, p. 230). La “cláusula proscriptiva” era otra canalada del Ejército Gorila. Perón tenía que volver antes del 25. “Perón vuelve cuando se le canten las pelotas”, pinta la JP. Pero además, ¿para qué esa cláusula? ¿Por qué limitar otra vez a Perón? Lanusse dirá: “Jamás Perón será presidente de este país”. ¿Qué pretendía? ¿Superar con eso los 18 años de desencuentros? El pueblo lo quería a Perón presidente. La cláusula proscriptiva introducía un problema que habría de ser muy grave en el breve tiempo. *No fue el peronismo el culpable de las desprolijidades constitucionales del ‘73. Fue el Ejército Gorila, con Lanusse a la cabeza, que prohibió la candidatura de Perón*. “Usted no. No llegamos hasta tolerarlo a usted. Ponga a alguien y váyase del país.” Perón tendría que aceptar. Sobre todo porque el Chino Balbín *aceptó la cláusula del 25*. “Porque, en su opinión, proscribía sólo a aquellos que habían elegido libremente no estar en el país a partir del 25 de agosto” (Page, *ob. cit.*, p. 230). ¿Libremente? Entonces, ¿la cuestión era aceptar *libremente* volver antes del 25? Bromeaba Balbín. ¿Libremente de qué? Si era una fecha obligatoria que había impuesto Lanusse. ¿Por qué tenía Perón que volver en esa fecha? ¿Dónde se ha visto algo así? Se fija la fecha de elecciones. Y los candidatos pueden o no pueden estar en el país. *Eso no le impide a nadie presentarse*. Pero Lanusse armaba cualquier cosa con tal de evitar la candidatura de Perón y el triunfo sin duda abrumador del Freju-li. Con cualquier otro, sería menos. ¿Saben por qué el Chino comiteril apoyaba eso? Porque él también lo quería a Perón fuera de la contienda. Ya pensaba en las elecciones. Hasta en el cómputo del último voto. Sin Perón, la UCR arañaría más.

Y de eso se trataba, *de arañar*. Con Perón todo sería peor. O sea, ¡adelante con la cláusula proscriptiva! La excusa fue cualquiera. Perón (habrá decidido dejar para más adelante esta cuestión o —¿quién peso saberlo?— no estaría aún seguro de querer el enorme peso de la Presidencia) acepta.

La reunión de *Nino* tiene un *marco externo* que incomoda a todos los políticos que están negociando. Ninguno de ellos tiene una *hinchada* que desde afuera aliente furiosamente a su líder. La consigna fue: a abultarse rodeando Nino. A hacerle sentir a Perón que no está solo. Y a los otros que la multitud juvenil está con Perón. Un militante muy entusiasmado me dice: “Sea lo que sea que negocie el Viejo ahí dentro lo va a negociar con más poder con nosotros afuera. Les va a decir: “Escuchen lo que tengo ahí. Esos son mis muchachos. El único que los puede conducir soy yo. ¿Alguno de ustedes cree que puede frenarlos? Y oigan bien, eh. Están enojados. Están hartos”. Y la Jotapé sofoca las cerenias de *Nino* con sus consignas, con las duras, con las blandas, con las ingeniosas, con las hirientes, con todas. Con la de Chamizo, por ejemplo. O con las ideológicas:

<i>Socialismo nacional como quiere el General</i>
<i>Ramus, Medina Perón en la Argentina</i>
<i>Dame una mano, dame la otra dame un gorila que lo hago pelosa.</i>

Pero no me fui de *Nino* con el ánimo sereno. Había un grupo de sesenta, setenta, cien militantes. Estaban muy cerca de un ventanal de *Nino*. Y cantaban una sola consigna. Con una furia estremecedora. Con un odio extremo. Era un grito de guerra. Un grito de guerra que no cesaba. Había demasiada rabia. No pude entenderlo. ¿Quién impartía esas órdenes? ¿Esa consigna tan rabiosamente vociferada obedecía a una orden de la conducción o era un desmadre de las bases? Se estaba negociando, carajo. Perón estaba en *Nino* con todos los miembros de los partidos. Le habían ido al pie. Se estaba haciendo política. Se estaba luchando por la posible *organización del país* bajo la jefatura de Perón. ¿No sabían eso? ¿No se habían tomado el trabajo de averiguar que el pueblo quería eso y no la guerra? Y peor aún: *nadie había averiguado el verdadero poder de fuego del Ejército Argentino*. Miguel Hurst, en una reunión de militantes, dijo algo insólito y ajustadísimo: “Ojo, eh, el Ejército no se puso todavía en serio contra la guerrilla”. Intútil: lo criticaron. “Son todos mercenarios”, había dicho el Che sobre los soldados de los ejércitos latinoamericanos. Desde luego: mercenarios excepcionalmente adiestrados por la Escuela de las Américas de los yanquis y los nuestros (siempre exquisitos los argentinos: hasta para la tortura y la muerte) por la mejor Escuela de Contrasurgencia, la francesa. Claro que el general Giap les había vencido en Dien Bien Phu. Pero el general Westmoreland, *el enemigo*, consideraba a Giap *un genio militar*. Y lo era. Sólo eso podía ser el hombre que derrotó a los franceses en Dien Bien Phu y luego a los norteamericanos en Vietnam. ¿Lo teníamos aquí? ¿Era Firmenich? ¿Era Santucho? (*Nota:* “A pesar de estar sostenida por los armamentos y recursos de los Estados Unidos, Francia no consiguió vencer a las fuerzas de la República Democrática de Vietnam, reconocida como tal en 1950 por la República Popular China y los demás países comunistas. El ejército del Viet Minh *(se uniría al Viet Cong para pelear contra los yankis en la llamada Segunda Guerra de Indochina*, JPF), bajo el comando del general Vo Nguyen Giap, considerado por William Colby, ex director de la CIA, un ‘genio militar’ *(también, como dijimos, por Westmoreland, JPF)*, atacó al Corps Expéditionnaire (CE) francés (16.000 soldados), en su último baluarte, considerado inexpugnable, Dien Bien Phu, planicie de 18 km de extensión, cercada por montañas, en el noroeste de Vietnam, próxima a la frontera con Laos. El combate duró cerca de 55 días y 55 noches, del 17 de marzo al 17 de mayo de 1954”, Luiz Alberto Moniz Bandeira, *La formación del Imperio Americano*, Norma, Buenos Aires, 2007, p. 170. Pese al respaldo de los bombarderos B-52 de EE.UU. y de las bombas de *napalm*, Giap derrotó sin atenuantes a los franceses. Fue uno de los golpes más duros que el colonialismo recibió en toda su historia. “Dien Bien Phu” significa aún triunfo de los Otros, triunfo de la barbarie, derrota de la civilización occidental. De aquí que sea sorprendente la valoración de Westmoreland y William Colby. Si le añadimos a Giap la formidable conducción estratégica de las guerrillas del Vietcong y la toma triunfal de Saigón, podríamos concluir que no es sólo, obviamente, un genio militar, sino el estratega invicto del siglo XX y el que luchó —por si su gloria fuera poca— siempre del lado de los débiles, de los subalternos, de los colonizados. De los agredidos por la razón instrumental, colonizadora, técnica del capitalismo de Occidente, por usar el lenguaje de Adorno y Heidegger. Lástima que Heidegger —en quien se basan todos los que critican la Modernidad Occidental desde otro punto de vista al del marxismo— habría odiado a Giap por considerarlo un guerrero del comunismo

soviético.) Ninguno de los dos: ni Santucho ni Firmenich, ni patéticos fierros de segunda o cuarta como Gorriarán Merlo o Perdía tenían algo en común con Giap, ni las fuerzas que comandaban tenían el número, la preparación, el respaldo popular (el apoyo de la población campesina fue fundamental) que tenía el gran héroe de Dien Bien Phu. Por último, la asimetría de las fuerzas de Giap con las de los franceses era *incomparablemente* menor que las de los grupos civiles que manejaron los líderes del ERP y Montoneros. Una cosa era leer los escritos de Giap; otra, hacer la guerra como él. Además, insisto, si Perón estaba negociando con los políticos era un disparate supremo que los cuadros de los montoneros se pusieran a gritar con furia, con odio, durante más de media hora: “*Cinco por uno! no va a quedar ninguno*”. ¿De quiénes? ¿De los políticos que estaban con Perón? ¿De los militares que estaban a punto de entregar el gobierno al peronismo si ganaba las elecciones? ¿Qué significaba esa consigna? ¿Que una vez en el poder iban a desatar una matanza? ¿Qué desvarío? ¿Cantaban en serio esa consigna? ¿Sabían lo que estaban diciendo? ¿O era una forma de expresar dureza? Y sólo eso. Pero fue demasiado prolongado. Los filmaron. Los pasaron por televisión. Les preguntaron a los dirigentes peronistas, que dijeron: “No es nada. Los muchachos son así. Ellos aceptan el proceso electoral”. ¿Sabían algo de la Bestia a la que desafiaban? Estados Unidos caía en Vietnam, de acuerdo. Pero seguía siendo Estados Unidos. Y el heroísmo y el sacrificio del pueblo vietnamita, ¿se daría aquí? ¿Había aquí un Ho Chi Minh? ¿Había un Vo Nguyen Giap? El conductor estratégico que se tenía —cuando tuvo que pelear— se rajó en la cañonera. “*Cinco por uno! no va a quedar ninguno.*” “General, ¿usted va a frenar a esos muchachos?”, le habrá preguntado alguien o más de alguien en Nino. ¿Habrá respondido Perón que agarraba un vaso de agua, un micrófono y los mandaba a sus casas?

LA BENDICIÓN DEL “PADRE ETERNO” TRANSFORMA A CÁMPORA EN “EL TIO”

El más alto valor de la axiología justicialista es el de la *lealtad*. El opuesto es el de traición. Entre los principales sinónimos de *lealtad* figura *amor*. Entre los principales de *traición* figura *rebeldía*. Nunca, antes de Cámpora, un peronista había encarnado en sí el valor supremo del peronismo. Esto lo consigue en 1972, cuando Perón delega en él la candidatura presidencial. Lo hace porque es el más leal de sus soldados. (Aun cuando se hubiesen manejado otras posibilidades, Cámpora, una vez consagrado, incorpora el valor para sí.) ¿Cómo surge el valor de la lealtad? Difícil decirlo. Pero la jornada que para siempre lo encarnará será la del 17 de octubre, denominado, precisamente, *Día de la Lealtad*. “Un conductor, por genial que fuese (dice Perón), no puede llegar a cada uno de los millones de hombres que conduce. Hay una cosa que debe marchar sola, es decir, la doctrina que pone a todo el mundo a patear para el mismo arco” (*Conducción política*, clase Nº 1, marzo de 1951). Si existe una doctrina ya hay algo a lo que todos deben ser leales: a ella, a la doctrina. La doctrina es creación del conductor. No se elaboró en asambleas ni congresos partidarios. El conductor la presentó a los suyos y les dijo: “Esta es la doctrina”. La fue elaborando de a poco. Perón hizo en esto un trabajo muy empírico: elaboró la doctrina a partir de su trabajo con las masas desde su temprano trato con ellas como hombre del gobierno de Farrell. Añadió algo de la Doctrina Social de la Iglesia y seguramente tanto de la *Carta del trabajo* mussoliniana como de Clausewitz y de sus lecturas marxistas, que las tenía. Lo que haya tomado de otros lados es asunto suyo. Ser, pues, fiel a la doctrina es una de las formas de mostrar lealtad al conductor. El Día de la Lealtad la masa fue leal al conductor y, al serlo, también a la doctrina, lo supiera o no. Pero la doctrina ya estaba instaurada. “Si la masa no hubiera tenido las condiciones que tuvo cuando el 17 de octubre perdió el comando, perdió la conducción, no hubiera procedido como lo hizo; actuó por su cuenta, ya estaba educada” (*Ibid.*). Pareciera una contradicción la que se establece entre una masa que actúa por su cuenta y otra que actúa por estar educada. No para Perón: la masa fue educada por la doctrina, la doctrina es la del líder, la doctrina enseña la lealtad al

líder. La masa es libre cuando actúa por lealtad al líder. Porque el líder es el líder de la masa y la masa es la masa del líder. Actuar por una o actuar por otra es actuar por lo mismo. Hay una necesidad ya establecida. Aceptarla es ser libre. Bien hegeliano: *La libertad es el reconocimiento de la necesidad*.

Siempre se debe ser leal a algo. Lo más indigno es carecer de una lealtad. Perón apela a la frase de Licurgo, que también utilizará Evita: “*Hay un solo delito infamante para el ciudadano: que en la lucha en que se deciden los destinos de Esparta él no esté en ninguno de los dos bandos o esté en los dos*”. Estar en los dos es la negación de la lealtad. No se es leal a ninguno y se es traidor a los dos.

Cámpora venía destinado a ocupar el puesto de campeón de la lealtad. Pasó de campeón de la obsecuencia en los '50 a campeón de la lealtad en los '70. Una cosa llevó a la otra. Se conoce esa anécdota (sin duda antiperonista): Evita le pregunta a Cámpora qué hora es.

Evita: Che, Camporita, ¿qué hora es?

Cámpora: La que usted quiera, señora.

Hay algo que, creo, invalida esta anécdota: ¿podría Evita *no tener* reloj? Debía tener uno. Y muy caro. ¿Por qué habría de preguntarle la hora a Cámpora? Además, la respuesta es tan ineficaz que la habría indignado: —Ófime, boludo: si fuera la hora que yo quiero no te preguntaría qué hora es. ¿O creés que tengo tanto poder como para decidir eso?

—¿No?

—No, si tuviera todo ese poder haría fusilar en la puerta del Trust Joyero Relojero a los que inventaron esta anécdota gorila de mierda. Dale, qué hora es.

—Mire su reloj, señora.

—Mirá, tenés razón, Camporita. Creí que me lo había olvidado en la Residencia. Sos piola, eh. Quién te dice, llegás lejos. Hasta presidente de la República si te descuidás.

—Espero no descuidarme, señora.

Pero el chiste del reloj cumplía su función: marcar la obsecuencia del dentista de San Andrés de Giles. Nadie podría negarla. Durante su desempeño al frente de la Cámara de Diputados, y durante la agonía de Eva, Cámpora llevó adelante todos los fantásticos y absurdos proyectos que los “adulones y alcahuetes” diputados peronistas proponían. En el film *Ay Juancito*, que dirigió impecablemente Héctor Olivera en un momento en que los críticos decidieron no quererlo, posiblemente porque era un hombre con algunos años cumplidos y no era un joven como eran y tenían que ser los que hacían el cine del “nuevo y joven cine argentino” (había dirigido *La Patagonia rebelde*, *Las venganzas de Beto Sánchez*, *No habrá más penas ni olvido* y *La noche de los lápices* y produjo más de 100 películas, entre otras *Tiempo de revancha* y *Ultimos días de la víctima* de Aristarain y la excepcional *Plata dulce*, con ese guión poderoso de Goldenberg y Viale, ya que fue así como cumplió sus años y dejó de ser joven, perdiendo asquerosamente el tiempo, algo que no ocurrirá con ninguno de los abundantes talentosos o aun geniales de hoy), hay una escena en que Héctor y yo (autores del guión, que no sufrió críticas y hasta sirvió para que nos opusieran: él de un lado y yo de otro, ¡con lo bien que trabajamos!) ubicamos a Cámpora y a Fanny Navarro (a quien llamamos Yvonne) en el despacho de un general Perón que hizo de modo destellante Jorge Marrale, para proponerle fastuosas honras de amor y reconocimiento a Evita.

La escena es así:

Escena 98. Interior despacho presidencial - Día

Encontramos a Yvonne en medio de una encendida enumeración de los homenajes que se proyectan realizar por la glorificación de Evita. Perón la escucha atentamente, pero sin entrar en ese entusiasmo: es como si corroborara que un operativo político va tomando su forma y ejecución adecuadas.

Frente a Yvonne, flanqueando al General, está Cámpora, quien asiente ante las palabras de la mujer y se ve dispuesto a certificarlas en caso de ser necesario, que lo será.

Detrás, algo alejado, Juancito escucha con satisfacción, con emoción sincera y transparente los proyectos desmedidos que Yvonne enuncia.

Yvonne: Lo primero, General... Y si digo “lo pri-

mero” es porque eso son, para nosotros, usted y la Señora. Lo primero es declararlo a usted Libertador de la República.

Perón inclina levemente su cabeza, como agradeciendo algo inmerecido y abre sus manos en un gesto que dibuja una actitud de serena resignación.

Yvonne: Y a Eva Perón, Jefa Espiritual de la Nación.

Cámpora: Los proyectos ya están en la Cámara. Es cuestión de días sancionarlos. (*Un gesto a Yvonne indicándole que continúe.*)

Yvonne: Y la educación, General. Este país se educó con los valores de la oligarquía. Hay que llevar a las aulas los valores de la clase trabajadora. Que en todas las escuelas se enseñe *La razón de mi vida*. Que los niños se eduquen con la palabra de Eva Perón, que es la del pueblo.

Cámpora: Sobre ese punto el acuerdo es general. En días se repartirán los textos.

Perón: Bien, ¿qué más?

Cámpora: Hay una cuestión sobre la que existen algunas... discrepancias.

Yvonne: Sólo porque existen malos peronistas.

Cámpora: Se trata del Monumento a la Señora, general. Algunos, los que Yvonne llama “malos peronistas”, proponen que el Monumento se erija en algún lugar cercano a la Plaza de Mayo. Otros...

Yvonne: “Otros” no. Nosotras, las mujeres peronistas, las que queremos a Evita como peronistas, pero también como mujeres, queremos más.

Perón: A ver, Yvonne: ¿y qué proponen ustedes? Las mujeres de Evita.

Yvonne: Ese Monumento tiene que levantarse en la mismísima Plaza de Mayo. Alto como la Torre Eiffel. Alto como la gloria de...

Perón (conteniéndola): Yvonne, Yvonne... Tan alto, no. Hija, no llevemos a Evita al Cielo mientras todavía está en la Tierra. (*A Cámpora*): ¿Pensaron algo alternativo a... la Torre Eiffel?

Cámpora: Hacer réplicas del Monumento en cada una de las plazas del interior de la República. En cada capital de provincia.

Intervención inesperada de Juancito.

Juancito: Sí, sí... Eso va a ser fantástico. Evita en todas las plazas. Regar el país de flores, alegría para los pibes...

Perón gira lentamente y le clava la mirada. Juancito se calla. Yvonne aprovecha y arremete.

Yvonne: Y vamos a declararla “Abanderada de los humildes”. Y a darle el collar de la Orden del Libertador San Martín. La Cámara de Diputados se desborda de amor por la señora. La comparan con Isabel de Inglaterra, con Juana de Arco, con Catalina la Grande o Isabel de España. Hay quienes dicen que jamás habrá un escritor con el genio necesario para escribir su historia. Hay quienes...

Perón (La interrumpe): Suficiente, Yvonne. No hay nada que Evita no merezca. Sigán nomás. (*Una pausa. Algo sombrío.*) Vayansé. Quiero estar solo.

El corte ha sido algo abrupto. Yvonne y Cámpora intercambian una rápida mirada y deciden obedecer sin decir palabra.

Salen del despacho.

Perón se pone en pie y da algunos pasos erráticos por el recinto.

Gira y descubre a Juancito con la cara bañada en lágrimas.

Perón (Secamente.): ¿Qué te pasa?

Juancito (Emocionado): Todo esto, General. Estos homenajes. Los monumentos. Es maravilloso. La gloria que Evita merece. Y es tan verdadero. Es el amor del pueblo.

Perón: Sí, Evita merece la gloria. Pero *esto* no es el amor del pueblo. Son las alharacas de los adulones. Ni mil monumentos la salvan a tu hermana. Se muere y se muere mal, sufriendo. Si querés llorar por eso, llorá. (*Desdeñoso.*) Pero no llorés al pedo, Juancito. Guardá las lágrimas para cuando te hagan falta.

Corte.

Colaboración especial:

Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

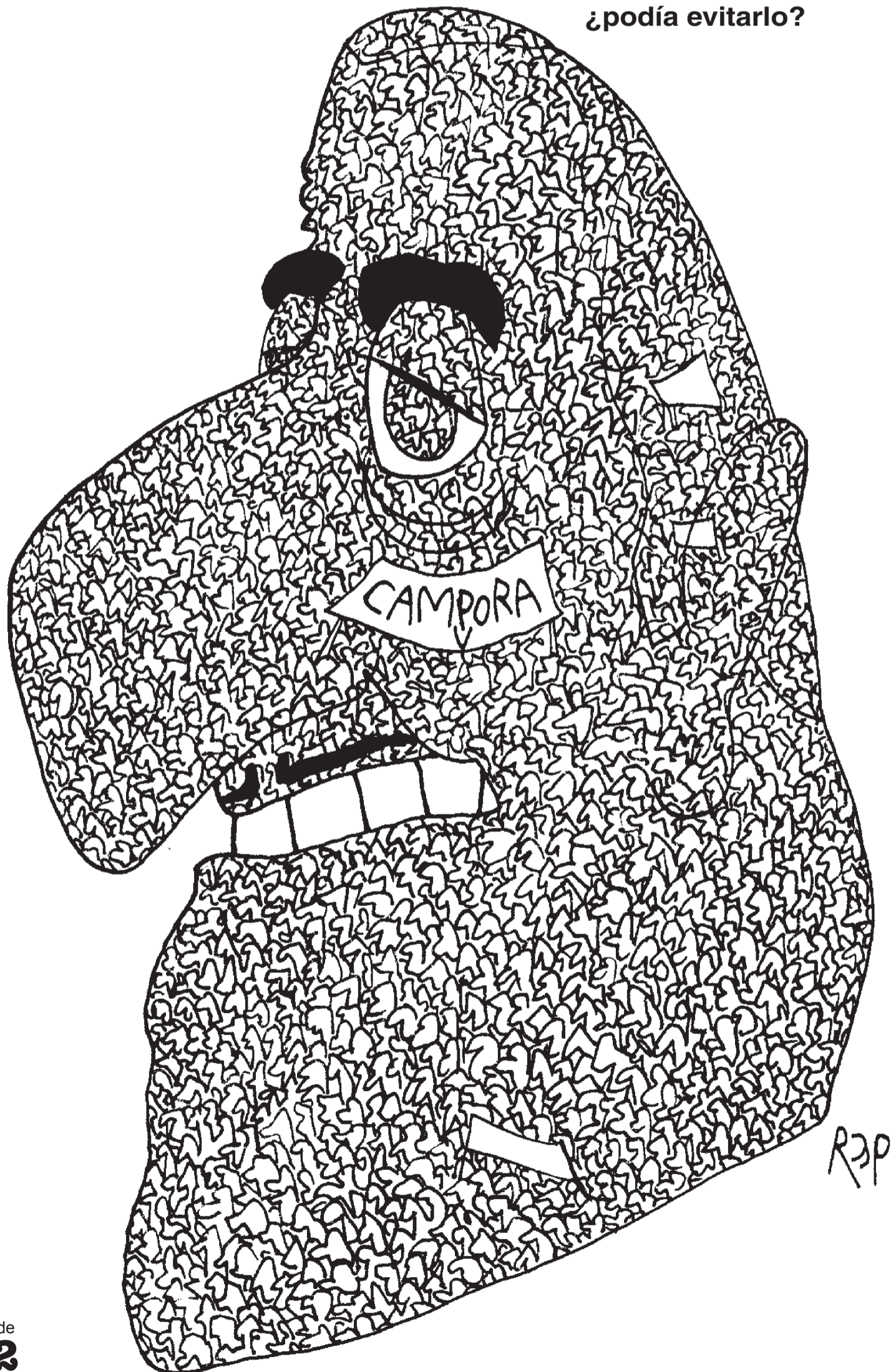
¿Quería Perón ser presidente en noviembre de 1972? ¿Podía evitarlo?

Peronismo

• José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

68 ¿Quería Perón ser presidente en noviembre de 1972?, ¿podía evitarlo?



EL “VIBORAZO”

Tampoco es cuestión de creer que estaban pirados esos fogosos muchachos de la juventud peronista. Parecían esos autos que vienen acelerados, a los que hay que ajustarles el acelerador o en una de esas curvas mortales se van a la mismísima, que es lo que, por desdicha, ocurrió. Pero no se les puede decir que estaban *fuera de época*. El propósito de ellos (que uno conoce bien porque los conoció bien) era añadirle a la *negociación política* de Perón la fuerza y hasta la violencia de la militancia, armada o no. “Vean, ese Viejo general que les está hablando de pactos pacíficos tiene, además, a todos estos jóvenes con poca paciencia. De modo que escúchenlo y háganle caso; si no, les vamos a hacer sentir nuestra furia.” El mensaje era ése. Y probablemente haya servido o no. Para mí, había una asincronía. O negociás o gritás vamos a matar cinco de los suyos por cada uno de los nuestros. Ocorre que los políticos —que dieron surgimiento en esas reuniones a *La Hora del Pueblo*— no pensaban matar a nadie. ¿El mensaje era entonces para los militares? Equivocaron el lugar. En Nino no había un solo militar. Todos los que estaban ahí habían ido al pie de Perón y querían terminar con la dictadura de las botas, los galones y los cuarteles. Además, insisto, la furia con que la consigna era voceada asustó a quienes luego la vieron por televisión. Porque la tele la pasó decenas de veces. Casi opaca la reunión de Nino. Porque esa reunión era adentro y los belicosos de la consigna que largara Perón en el más irrecuperable de sus discursos (al que luego no fue consecuente) estaban afuera. Lo único que tenía la tele para grabar era la imagen de esos poseídos que prometían muertos y sangre. Era una mezcla rara que luego haría eclosión. Perón tenía una Argentina y un proyecto dentro de Nino y otro afuera. Creo que esto se aproxima más a la verdad. Sobre todo si pensamos en lo que luego ocurrió. Lo que los muchachos pretendían: apoyar a una (en la que poco creían, la Argentina de Nino) con la otra (que era la que, no dudaban, los llevaría a la revolución) no podía durar. Perón, al día siguiente de Ezeiza, abortaría por completo la consigna del “cinco por uno” que raramente volvería a cantarse. Como sabemos: la consigna podría no cantarse, pero de ahí a cantar las “veinte verdades” que Perón proponía había una distancia gigantesca. Perón tuvo una enorme responsabilidad en este desajuste. Bastará recordar que la frase acerca de “tomar el Poder durante el primer mes” salió de su boca. Antes de Ezeiza, claro. ¿Qué esperaba que entendieran las formaciones especiales y los militantes por esto? ¿Qué consigna correspondía llevar al frente para tomar el Poder en un mes? ¿La novena verdad de las veinte? “¿La política no es para nosotros un fin, sino sólo el medio para el bien de la Patria, que es la felicidad de sus hijos y la grandeza nacional?” ¡Vamos, general! ¿A qué jugamos? ¿Qué quiere decir eso? ¿Todos somos hijos de la patria o la patria está llena de hijos de puta? ¿Qué es la “grandeza nacional”? Hasta ahora fue la de los oligarcas, los monopolios, los militares, la Iglesia y las corporaciones extranjeras. ¿Qué hacemos con esa gente? ¿Se van a sumar a la patria grande con hegemonía de los trabajadores y bajo su liderazgo? ¿Qué es *el bien de la patria*? ¿La idea del *bien* de la patria que tiene Lanusse es la misma que tiene usted? ¿Nosotros? ¿O acaso *el bien* para nosotros es la perfecta idea del *mal* que ellos tienen y viceversa? ¿Qué es la Argentina, general? ¿Qué es América latina y el Tercer Mundo? ¿Una sucursal de Disneylandia con algunos toques leves de pobreza?

Además, como bien se sabe, se vivía un clima insurreccional, levantisco. Que el Cordobazo, que el Rosariazo, que el Mendozazo, que los díscolos correntinos. De acuerdo, luego del Mendozazo, un mendocino me mostró su boleta de la luz. Había una suma tachada y abajo otra menor. “¿Ve? Aquí está el resultado del despelote que hizo todo el pueblo de Mendoza. ¡Tuvieron que bajar la luz!” Eran reivindicaciones parciales. ¿Hasta qué punto avanzarían? ¿Se convertirían en totales, en revolucionarias? ¿No habría que ir de a poco? Oigan bien, este pueblo, nuestro glorioso pueblo, cada vez que sonaba una bala, cada vez que había un despelote o declaradamente un golpe tenía una sola consigna para todo el mundo, reiterada a lo largo de los años: “Hay que comprar fideos”. O sea, a guardarse en casa y a comer pastas hasta que todo pase. Sí, claro: la clase media. Siempre la clase media. Pero, ¿hasta que qué punto se puede hacer una revolución en la Argentina sin la clase media? Con los pulgares en los bolsillos de los pantalones (actitud que compartía con Balbín) Illia dijo más de una vez: “Una gran clase media nos protege del comunismo”. Nadie niega que en esa época (de grandes triunfos populares que empujaban a la acción directa, olvidando que habían sido *populares* y no foquistas) ocurrían hechos sociales y políticos excepcionales. Con enorme torpeza, Roberto Marcelo Levingston (un hombre con el carisma de un alicate o, a lo sumo, de un rayador de pan), ante disturbios que amenazan de nuevo la paz de la gran provincia mediterránea envía a un interventor. Que asuma la gobernación y que haga imperar el orden en esa provincia arisca, revoltosa. Hay (aunque Levingston no lo haya registrado) un inconveniente. El hombre al que ha enviado lleva

por apellido *Uriburu*. Se llama —no se rían— doctor José Camilo Uriburu. Asume el 1° de febrero de 1970. Al año siguiente del *Cordobazo*. El hombre (algo que lo enorgullecería) era sobrino de José Félix Uriburu, el defenestrador de Yrigoyen, el amigo de Lugones, el fusilador de Di Giovanni, el que le dijo a Lugones (h.): “Dale nomás con la picana. Sos un genio, che. Haber inventado eso. No hay caso, somos grandes los argentinos. El colectivo, el dulce de leche y ahora la picana. ¿Quién nos quita nuestro lugar en la historia grande de la humanidad?”. Con esa fatuidad a cuestas, don José Camilo asume la gobernación y se manda una de las grandes frases del siglo XX argentino: en Córdoba (afirma) “*se anida una venenosa serpiente cuya cabeza quizá Dios me depare el honor histórico de cortar de un solo tajo*”. ¿Qué es lo que torna ridícula la frase? El contexto en que se pronuncia. A un año (como dijimos) del *Cordobazo*, con el país alzado, con la clase obrera cordobesa en estado de beligerancia, esa frase era ridícula. Se puede decir cualquier cosa en política. Siempre que uno tenga el poder para sostenerla. El 24 de marzo del '76, Videla pudo haber dicho con entera serenidad la frase de don José Camilo. Habría sonado no ridícula sino temible. Pero el salame este, con ese apellido que era un agravio para las tradiciones de lucha de los obreros cordobeses, se equivocó feo. Muy despierto no ha de haber sido el hombre. Se armó el gran despelote. Pero observemos su composición de clase: Sitrac-Sitram ocupan las fábricas automotrices. Hay luego una manifestación de obreros. Hay, también, represión. Hay un muerto, un obrero: Adolfo Angel Cepeda. Hay un funeral. Hay, en el funeral, más de 7000 personas. La CGT da el golpe de gracia: declara un paro general *activo*. Será el 15 de marzo en la Plaza Vélez Sársfield. Gana posiciones en el ámbito gremial Agustín Tosco, con lo que todo se torna más duro, menos negociable, sin retorno. El paro de la CGT es violento. Se incendian autos. ¡46 autos (hasta incluso camiones) incendiados! Se rompen los vidrios de montones de negocios. (No necesariamente extranjeros. No: negocios. Si habré conocido esos “negocios”. Si habré conocido las “opiniones” de sus dueños. Estarían llenos de fideos hasta en el baño. Ca —si se me permite— garían fideos.) Y lo peor. Lo que ningún régimen tolera de los obreros: *barricadas*. Angel Solari —cuando el golpe de Menéndez de 1951— le dijo a Perón: “Lo que empañó nuestro triunfo, general, fue la actitud de los grupos obreros que armaron barricadas. ¡Barricadas, general! La represión a los militares insubordinados era un asunto estrictamente militar”. Pero aquí no: aquí están los obreros combativos, los mecánicos de la calle 27 de Abril, los muchachos vigorosos de René Rufino Salamanca, y los de Tosco y los de Atilio López. El *evento* se gana un nombre: el *Viborazo*. Más de 20 horas los obreros peleando en la calle. La frase de Uriburu les había resultado intolerable. A don José Camilo todo le salió al revés: no le cortó la cabeza a la víbora, la víbora se la cortó a él. Y tal cual: *de un solo tajo*. (Nota: Durante esos días de exaltación pensé escribir una novela: *La breve historia de Uriburu el Breve*. No pude. Pienso, siempre, que es un gran tema. Revela la torpeza del Poder. La necedad de un pobre tipo con un apellido nefasto. Una frase que es la quintaesencia de la fobia antimarxista. La lucha obrera en las calles. Y el raje final del gobernador. Tendría final feliz y todo.) En suma, el pomposo, el patético José Camilo Uriburu renuncia el día miércoles 17 de marzo. Había durado del 1° de febrero al 17 de marzo. Algo más de un mes y medio. La revista *La Comuna*, que dirigía David Viñas, publica en tapa una enorme víbora que se devora el uniforme de un militar. El milico, huyendo, grita desesperado: “¡Con el uniforme, no!”.

EL PODER DE FUEGO DEL ENEMIGO

Notemos una ausencia: no hay *pueblo* en el *Viborazo*. Está la clase obrera sindicalizada. Una clase obrera con conciencia de clase. Algo que sólo se puede conseguir cuando hay industria, cuando hay fábricas, cuando hay obreros, cuando hay delegados, cuando hay sindicatos, cuando hay ideologías de cambio, revolucionarias. Claro que los obreros son el *pueblo*. O no: la izquierda nos acusaría de populistas si dijéramos algo así. La clase obrera es la clase obrera. El concepto de *pueblo* esconde la lucha de clases en esa mermelada que contiene todo. Sin embargo, en los países de la periferia es arduo, difícil que las rebeliones corran sólo a cargo de la clase obrera. Porque hay poca clase obrera. Están los cabecitas, los peronchos, la clase media baja peronizada, todo eso tiene que sumar. De lo contrario se logra una rebelión exitosa y exultante como el *Viborazo*. Pero, ¿cómo se continúa? De establecerse una Comuna de Córdoba, ¿cuánto habría durado? Aunque nadie se preguntaba esto. La condición de la lucha —en uno de sus aspectos— está en la fe, la esperanza y hasta el entusiasmo de los militantes. *Una conciencia demasiado clara del poder del enemigo lleva a la paralización*. Además, la certeza en la verdad de la propia causa aumenta las fuerzas propias. La Conducción estratégica debe evaluar en qué momento el poder del enemigo es tal que deben abandonarse las acciones en su contra. Hasta qué punto se lo

puede atacar confiando no sólo en el propio poder de fuego sino añadiéndole las convicciones del combatiente no mercenario. Esta diferencia —a lo largo de los años— resultó irrelevante. Cuando Osvaldo Bayer —en 1961, creo— le dice a Ernesto “Che” Guevara que las fuerzas represivas son mayores en la Argentina que en la Cuba de Batista, el Che le responde: “Son todos mercenarios”. Lo esencial de la respuesta incluía decir: “¿Qué puede un mercenario contra un combatiente adecuadamente ideologizado?”. Esta respuesta dejaba de lado que el mercenario no es sólo un mercenario. Sino que todo mercenario está hiperideologizado. Para eso han sido educados en los grandes centros de contrainsurgencia. En cuanto a Córdoba, la insurgente, cinco años después, todo había cambiado. Nadie sale a defender a los gobernadores Antonio Domingo Obregón Cano y Atilio López. Bastó que el jefe de policía, el coronel Antonio Domingo Navarro, se sublevara para tirarlos abajo. Perón restablece el orden en la provincia, pero en lugar de reponer a los legítimos gobernadores acepta su destitución y pone a gente que le resulta más grata. Increíble. O no. Así actuaba Perón. Obregón Cano y Atilio López eran hombres de la JP Regionales. Ya lo veremos en detalle. Por ahora, sólo esto: poco tiempo después se adueña de la provincia el siniestro brigadier Lacabanne y consolida y da rienda suelta a la Triple A. Del *Cordobazo*, ni las cenizas. En suma, *¿existe un pueblo cordobés?* Córdoba, en 1955, es el baluarte del alzamiento contra Perón. *La Voz de la Libertad* de Córdoba es la radio-símbolo del alzamiento. Se le rendirá culto por años. Luego Córdoba es el centro de las rebeliones obreras y estudiantiles. El *Cordobazo*. El *Viborazo*. “Usted conoce nuestro problema”, me decían los empresarios cordobeses. “Un sindicalismo duro impide los buenos negocios. Pronto, nos van a perder la confianza. ¿Quién va a invertir en Córdoba con el marxismo en las fábricas?” Ahí se planta también el grupo de la revista *Pasado y Presente*, en Córdoba. En el número de marzo de 1973 nos lanzan un saludo de unidad: “Adherimos a los que desde el peronismo impulsan la consigna *Gobernar es movilizar*”. Eran, entre otros, Pancho Aricó y Juan Carlos Portantiero. (Nota: ¡Estos sí que volvieron cambiados del exilio! Sobre todo, según muchos saben, el Negro Porta. A fines de 1985, alguien le pregunta: “Negro, entonces ¿no somos más revolucionarios?” “Conservadores y de centro”, responde el Negro, que tenía humor. Aricó, cierta noche, en el bar que había al lado de la Gandhi cuando aún no estaba en Corrientes, se pone a cantar *La Internacional*. Con entusiasmo juvenil decía eso de ¡burgués, atrás, atrás! Portantiero me mira, pone los ojos en blanco y se muerde los labios. Escribió el *Discurso de Parque Norte*, del que juraría Alfonsín no entendió nada. Y muchos otros. A fines de los noventa —donde toda agachada parecía permitida— presentó un libro de Mariano Grondona. Si alguien quiere un atenuante: Grondona se había disfrazado de gran demócrata durante la década riojana. Se lo veía convincente. Todos iban a su programa. Pero, Negro, ¡presentarle un libro! Además, ¡la basura de libro que habrá sido! Antes, dio un par de valiosos seminarios sobre Gramsci. Sufrió mucho la muerte de Aricó. Y poco tiempo después se fue él. En el acuerdo o en la discordancia, gente valiosa. Ahora, para qué negarlo: de un antiperonismo empecinado. “El tercer Perón era mucho menos fascista que el segundo”, dijo en una cena a la que me sumaron amablemente los del Club Socialista cierta vez que di una charla ahí. Hasta con Oscar Terán hablamos esa noche como los viejos compañeros de facultad que habíamos sido. En el '74, el Negro Porta defendió lúcidamente el llamado *desorden* universitario que señalaba la derecha fascista para intervenir los claustros. Dijo más o menos: “Toda nueva creación implica el quiebre de un orden y la implantación de otro. Este pasaje sólo puede hacerse en medio de una etapa de desorden fecundo, creativo”. En 1973, en el número de *Pasado y Presente* que mencioné, donde tiraron lazos de unidad hacia nosotros, los de *Envido* (lo que significa que, en ese momento, no era antiperonista, pero ¿podían existir peronistas más aceptados por la izquierda que nosotros?), escribió largamente sobre una consigna revolucionaria: *La centralidad en la fábrica*. El exilio le cayó mal. Volvió cambiado y terminó poniendo su talento, que era mucho, al servicio del brillo intelectual de Grondona, que no existe. Ahora, como todos los que se fueron, está en la memoria de quienes lo quisieron y en el talento que late en algunas de sus mejores páginas. Si hasta tiene un libro sobre literatura argentina, que escribió de muy jovencito.) Pero eran parcialidades. No existe un pueblo cordobés, de aquí las distintas políticas que haya expresado en pocos años de historia.

OJO, EL EJÉRCITO TODAVÍA NO SE PUSO EN SERIO CONTRA LA GUERRILLA

Pero en 1969 y en 1970 produjo dos hechos poderosos, que exaltaron el ánimo de la militancia: el *Cordobazo* y el *Viborazo*. *El país estaba en estado de asamblea*. Los yanquis se hundían en Vietnam. Los franceses los habían precedido en

Argelia. Castro, el político y el revolucionario. El que humilló a los yanquis en Bahía de Cochinos. El Che y su martirio en Bolivia: el ejemplo de un guerrero que se juega hasta morir. Mao y esas frases deslumbrantes de *El Libro Rojo*: “Miles y miles de mártires han ofrendado heroicamente su vida en aras de los intereses del pueblo. ¡Mantengamos en alto su bandera y avancemos por el camino teñido por su sangre!” (24 de abril de 1945). Se estaba en plena Guerra Fría y la Unión Soviética era una gran potencia y metía miedo la posibilidad de un respaldo a la subversión en América latina, algo que los rusos nunca hicieron, algo que provocó la ira de Ernesto Guevara, pero *algo que podía cambiar como cambian tantas cosas*. El concepto de “Tercer Mundo” estaba de moda y se basaba en sostener que la lucha primordial era contra el imperialismo (y “sus aliados locales”, añadían los más belicosos). Estaba, además, Torrijos en Panamá. Juan Velazco Alvarado en Perú (la célebre “Revolución Peruana”). Juan José Torres en Bolivia. Y por supuesto: “la vía pacífica al socialismo” que encarnaba en Chile nada menos que Salvador Allende. Y una *verdad que nadie negaba* y que daba aliento a toda una época: *el mundo marcha al socialismo*. Entre tanto, sólo mi amigo Miguel Hurst, que editaba *Envido*, que tenía siempre los dedos manchados de tinta porque él manejaba la impresora, que editaba también las clases de las Cátedras Nacionales, que en su librería *Cimarrón* tenía colgados, para vender, afiches de Felipe Varela, de Rosas, del Chacho Peñaloza, de Perón, que una vez una chica le pidió uno de Varela que llevaba largo tiempo colgado donde ahora estaba y Miguel saca uno de abajo del escritorio y el afiche es nuevo y muy blanco, y la chica dice no, yo quiero uno todo amarillo como el que tenés colgado, que parece un pergamino, y Miguel le dice es fácil, llegás a tu casa, lo colgás y en un año lo tenés todo amarillo como ése, andá, boluda, rajá, porque era medio bestia, frontal, bastante misógino, hacía mil cosas por día y ya un sastre, a buen precio, le había hecho un sacón de cuero marrón como el mío, y los dos parecíamos Rommel, aunque de nazis no teníamos nada, éramos peronistas de izquierda pero Rommel nos gustaba, un tipazo Rommel, un genio militar como Giap, en fin, es un poco una confesión esto que cuento, acaso Sebrelí la utilice adecuadamente y diga que éramos todos nazis, porque Galimberti también usaba sacón de cuero, pero negro, y a unos cuantos más, podría decirse que a muchos de la Jotapé les gustaban los sacones de cuero, daban algo de macho, de duro, qué sé yo, era así, no tengo interpretación para el asunto porque, para nosotros, los nazis eran los milicos y la oligarquía y punto, y esto fue lo que llevó a Miguel a decir lo que dijo, esa frase

que amargó o preocupó a todos quienes la escucharon, porque Miguel dijo:

—Ojo, el Ejército todavía no se puso en serio contra la guerrilla.

O sea, no se entusiasmen tanto. Hay muchos que no quieren que el mundo marche al socialismo. Y todos —pero todos— ignorábamos hasta qué punto se había preparado ya el Ejército Argentino para las luchas de contrainsurgencia, todo lo que había estudiado, con los mejores maestros, los más grandes torturadores, los más grandes asesinos, tanto de la Escuela Francesa como de la Escuela de las Américas. Sobre todo de la Escuela Francesa. La Escuela Francesa llega ya en 1957, bajo el gobierno de la Libertadora. Poco después se crea el *Curso interamericano de lucha antimarxista*, que dirige nuestro conocido general, entonces coronel, Alcides López Aufranc, al que Emilio Fermín Mignone escuchara decir que los 23 delegados fabriles que importunaban a los patronos “ya están todos bajo tierra” en mayo de 1976 (*estos eran los subversivos que mataban los militares del “Proceso”*). López Aufranc también dirá, algo jocosamente, que los norteamericanos estaban “celosos” porque ellos elegían a los franceses. ¡Es que la Argentina es así! La París de América latina. Trataremos cuidadosamente este tema porque impresiona la paralela preparación del Ejército con los mejores instructores en contrainsurgencia, en tanto jóvenes con precarias conducciones militares y políticas voceaban rabiosamente: “Cinco por uno, no va a quedar ninguno”. Si calculamos las bajas que ocasionó la guerrilla en alrededor de 600 (aunque la derecha las lleve a 1500, algo que, como veremos, es insustancial y miserable: ¡identificar a la muerte con las estadísticas!) podremos ver que los militares respondieron con 50 por 1.

Seiscientos por cincuenta da... treinta mil.

PERÓN, GENERAL DEL EJÉRCITO MÁS GLORIOSO DE AMÉRICA, EL PARAGUAYO

El 25 de noviembre, Perón ofrece su única conferencia de prensa. La da en el restaurante Nino, la da para los corresponsales extranjeros y se televisa para todo el país. La vi tan atentamente que podría citarla de memoria. Se ha publicado en unas *Obras completas* de Juan Perón pero tiene muchos errores y faltan algunos pasajes importantes. Vamos a lo esencial. Alguien le pregunta (medio reprochando) por qué ha viajado con pasaporte paraguayo. Perón se despacha con una de las mejores respuestas de su vida: “Porque para mí el Paraguay es como si fuera mi propia patria. *Tengo el honor de ser ciudadano de ese noble país y ser general del Ejército más glorioso de América*”. Bravo, Perón: usted, aquí, general, estuvo brillante. Dio vuelta de un solo golpe toda la mentirosa historia liberal oligárquica de este país construido sobre grandes mentiras y grandes olvidos. Pero... ¡para qué! En ese documento torpe y hasta risible que publica la *Comisión de Afirmación de la Revolución Libertadora* en febrero de 1973, con la esperanza de lograr que los jóvenes que se han volcado al peronismo aprendan a conocer “la verdad” sobre el “monstruo” al que siguen y que logró el perfecto efecto contrario por el odio, los prejuicios de clase, raciales, sexuales y de todo tipo, por la impresionante acumulación de boberías gorilas reunidas todas en un solo texto (que, a doble página, se publicó en *La Razón*, *La Nación* y *Clarín*), se dice lo siguiente: “Devolvió al Paraguay los trofeos de guerra” (punto 5). “En noviembre de 1972, pese a ser ciudadano argentino, volvió al país con pasaporte paraguayo. Y el 16 de diciembre de 1972, en Asunción, ratificó: ‘Mientras viva utilizaré el pasaporte paraguayo. Que tuve el honor de recibir en 1955’ (punto 11). ‘Afirmó a la prensa extranjera que el ejército del Paraguay era el más glorioso de América y renegando de la institución que le dio formación militar, se jactó de ser general paraguayo’.” Esto lo dijeron los gorilas de la Libertadora en ese abominable documento que titularon *Nadie hizo más que Perón*. Como Perón será duramente tratado en páginas y situaciones por venir, hagamos aquí su elogio. ¡Cuánta idiotez la de sus adversarios! Sí, Perón dijo claramente: “Tengo el honor de ser ciudadano de ese noble país y ser general del Ejército más glorioso de todo el continente”.

¡Claro que es el Ejército más glorioso de todo el continente! No podemos entrar aquí en la infamia que nuestro país protagonizó junto a Brasil y Uruguay en la llamada Guerra de la Triple Alianza y por Mil-



ciades Peña Guerra de la Triple Infamia. Sarmiento llamaba al Paraguay la “China de América”. Y proponía que así como Inglaterra había abierto a la cerrada China a cañonazos para integrarla a la “civilización”, debíamos nosotros barrer con el Paraguay de López, ese dictador, para integrar al Paraguay a la “civilización” de América latina. Así se hizo. Hoy, en el siglo XXI, somos testigos de lo progresiva que fue la “civilización” que los porteños y los ingleses y los franceses trajeron al Plata. Y a todos los países coloniales. Lejos de iniciarlos en la senda del “Progreso”, los condenaron al atraso permanente. ¿Cuál fue el “Progreso” del colonialismo y del neocolonialismo? Buenos negocios para los países metropolitanos, materias primas baratas y atraso y monocultivo para los países “nuevos”. El tema de la “razón técnica” (Heidegger) o la “razón instrumental” (Adorno y Horkheimer) deberá ser aplicado para una nueva lectura del siglo XIX en la Argentina y de su desarrollo posterior. Pero la canallada se cometió con el Paraguay. López había iniciado un desarrollo autónomo. Con ingenieros extranjeros bajo control paraguayo. Tenía ya un pujante proyecto de modernización. Era un peligro para Inglaterra. Y que nadie venga a decir que usamos a Inglaterra como el “cuco externo” de los revisionistas. Cállense la boca. *Todos los países que se formaron en el siglo XIX fueron formados por Inglaterra. Los que fueron destruidos también.* (Esto lo estudié con mi amigo Carlos Torres, que es uno de esos “genios secretos” que hay en este país. No son muchos. Pero Torres, sin duda, pertenece a ese linaje. Cultiva un perfil tan bajo que “no lo conoce nadie”. Pero yo lo veo a menudo y me honra su amistad.) Había que destruir al Paraguay de López. Y ahí fueron tres países. Y —ése sí— fue el Vietnam argentino. No la triste matanza de unos cuantos guerrilleros en el monte tucumano, que alguien anda llamando en un libro “el Vietnam argentino”. No: en Vietnam peleaban dos ejércitos y un país había invadido a otro. Eso no pasó en Tucumán. Sólo se trató de otro penoso desvarío del ERP, que fue fácilmente aniquilado por esos obstinados cruzados de la muerte que fueron los generales Acdel Vilas y Domingo Bussi. Agarraban a los guerrilleros, los torturaban, los mataban, los ataban con alambres de púa y luego los dinamitaban. (Nota: “El hombre era ingeniero y se llamaba Peña (...) proveedor de lingotes de cobre, hombre, por consiguiente, de más que aceitadas relaciones con el vecino país de Chile, donde gobierna Pinochet, donde tortura Pinochet, donde asesina Pinochet”, cuyos pasos implacables tiene que seguir “este país de sindicalistas ladrones y militantes de la subversión (...) No obstante, sigue el ingeniero Peña, aquí las cosas van por buen camino. Es noviembre de 1975 y ‘las cosas’, en verdad, van por muy buen camino para los argentinos como el ingeniero Peña (...) En Tucumán, dice, ya casi no queda un guerrillero vivo. Pero no sólo eso, insiste, sonriendo insiste. Porque, dice, tampoco queda ninguno muerto. Después de matarlos los amontonan y los vuelan con dinamita. El ingeniero Peña traza un exiguo círculo con su pulgar y su índice.

—El pedazo más grande que queda es así.

“Concluye” (J.P.F., *La crítica de las armas*, 2007, Buenos Aires, Editorial La Página, pp. 17/18. Cada día creo más en algo difícil de establecer para un escritor: *La crítica de las armas* es mi mejor novela. Es, al menos, la que yo digo con más fervor que lean a los que me preguntan qué pueden leer de lo que escribí.) El Vietnam de América latina sucedió entre 1865 y 1870, durante la segunda parte de la década en que los norteamericanos (durante la primera) se enfrentaron en la guerra civil entre el Norte industrialista y el Sur del monocultivo. Los tres países aliados, pese a la poderosa defensa paraguaya, fueron ganando la guerra. Pero con terribles derrotas. La de Curupaytí (del 22 de septiembre de 1866) resultó catastrófica para las fuerzas del general Mitre: perdió entre nueve mil y diez mil hombres. Los paraguayos perdieron cincuenta. La guerra queda en manos del Brasil, que la llevará hasta el final. El final es en Cerro-Corá, donde López es derrotado y asesinado. *En esa batalla, como ya no quedaban en el país hombres aptos para luchar, las madres envia-*

ron al frente a sus hijos de siete años u ocho. Y les pintaron bigotes para que parecieran soldados.

Para que creyeran que eran hombres. Los mataron a todos. (Nota: Hay que leer la *Historia argentina* de Busaniche o la novela, magnífica, de Eduardo Belgrano Rawson, *Setembrada*. Escrita con prosa sonora, rica en metáforas y adjetivos exactos, la novela de Belgrano plantea abiertamente la destrucción del Paraguay como el Vietnam de América latina. En este caso, Vietnam fue arrasado. No porque Solano López no fuera Giap, sino porque los ejércitos de los cobardes atacantes fueron armados con la artillería más sofisticada que la modernidad europea había construido hasta el momento.)

LA DERECHA NO ES INTELIGENTE, SÓLO SABE DECIR QUE LA DESIGUALDAD ES JUSTA

Se comprende el escándalo que ocasiona la declaración de Perón. Insistamos también en la lucidez de Perón en este punto. Lejos de andar con patriotismos mediocres y pretender defender lo indefendible (la política de Buenos Aires, llevada a cabo por el general Mitre, y terminada por Sarmiento), se sincera abiertamente. Ese Ejército es el más glorioso porque peleó contra nosotros, los uruguayos (olvidados de Artigas y totalmente digitados por la diplomacia británica) y el Brasil (más digitado aún). Y peleó hasta el último hombre. Y su jefe, el mariscal Francisco Solano López, murió peleando en Cerro Corá, al estilo Salvador Allende, contra el expansionismo de la “civilización occidental”. “Lanusse —escribe Bonasso—, que debía sentirse heredero de Mitre, rechazó el ‘insulto’ al Ejército Argentino en un radiograma a las guarniciones” (Bonasso, *Ibid.*, p. 444). ¡Qué tontería se mandó el Cano! Pedirles perdón a las guarniciones por el insulto de Perón, pedirles que toleren ese agravio. Entre tanto, la juventud peronista se reía a más no poder. Todos conocían de sobra la cuestión del Paraguay. Había salido poco tiempo atrás el libro de León Pomer, *La guerra al Paraguay, ¡gran negocio!* Esta era el excepcional análisis de Milcíades Peña en *La era de Mitre: De Caseros a la Guerra de la triple infamia*. Estaba *Proceso a la Guerra del Paraguay*, de Editorial Caldén, que recopilaba escritos de los “hombres de Paraná”: Olegario Andrade, Carlos Guido Spano, Juan Bautista Alberdi, José Hernández en contra de la guerra inicua. Estaban los escritos de Pepe Rosa. Y los del glorioso José Luis Busaniche, que no era revisionista ni marxista, sino un hombre honesto, sencillamente un hombre honesto que veía descarnadamente las cosas y condenó con más indignación que nadie esa guerra que injurió a este país y que ahora Lanusse defendía ante las guarniciones. El escrito de la Comisión de la Revolución Libertadora también. Ese escrito, pensemos sólo esto, era de una torpeza increíble: volvía a decirle a una generación de jóvenes todas las oscuras historias que sus padres o todo el poder del régimen gorila les decía desde 1955 y había hecho de ellos lo que ahora eran. ¿Qué pensaban conseguir repitiendo (a quienes ya estaban hartos de oírlo) todo el credo del gorilismo? Hay una respuesta. *La derecha no es inteligente. Todo su discurso se reduce a decir que la desigualdad es justa. Que la igualdad es comunismo o subversión. Que debe haber pocos ricos muy ricos que gobiernen. Y muchos, cada vez más pobres, que sean gobernados, que se sometan al poder. Eso es todo.* No tienen más ideología. El resto es represión (en sus miles de formas, que incluyen, como bien analiza Foucault, la represión ligada al placer, al entretenimiento), poder mediático y poder militar, que puede estar delegado, como hoy, al Imperio Global que todo sostiene: Estados Unidos. No hay que reflexionar mucho para defender esos valores. No hay que pensar demasiado. Por eso son torpes ideológicamente. Y también por eso recurren tan habitualmente a la violencia.

LANUSSE, “LAS ARMAS NO LAS TENEMOS DE ADORNO”

Lanusse seguía enojado. No quería saber nada con levantar la cláusula proscriptiva del 25 de agosto: Perón no había estado en el país antes de esa fecha, ergo no podía ser candidato. El Cano se nublabla cuando perdía el control. A él le conve-

nía que Perón fuese candidato. Pero, durante esos días, se negó: “Ese señor podrá ser o hacer o pretender hacer lo que quiera, menos presidente de la República en el futuro”. Días después la embarró peor. Fuera de sí, farfulló: “Y que no me busquen porque me van a encontrar. Nosotros, las armas no las tenemos de adorno”. Frase de la que —inexplicablemente— algunos se rieron. Y hasta se dijo que el más divertido fue el propio Perón.

Pero fue una frase presagiosa. Grave fue que nadie la tomara en serio. “*Nosotros, las armas no las tenemos de adorno*”. Si se mira esta cuestión con cierta lejanía todo revela su rostro absurdo y siniestro: ¿por qué tiene que existir una casta que *tenga las armas*? ¿Por qué la sociedad burguesa se ha organizado inalterablemente sosteniendo a una organización armada, el Ejército? *Porque no tiene razón. Sencillamente: no tiene razón.* Lo que sostiene, la desigualdad, el poder de unos sobre otros, la riqueza de pocos, la pobreza de muchos, no es justo. *Eso no es ni puede ser la justicia.* Será el Poder, pero nunca la Justicia. Al no ser la Justicia, requiere de una poderosa corporación armada (a la que hará participar de sus privilegios y educará de acuerdo a sus valores, basados todos en la legitimidad de esos privilegios) que la defienda cuando los subalternos pretendan ser algo más de lo que son. A eso lo llamará *alteración del orden*. Su orden es *su* orden. Pretender alterarlo es el más grave delito que puede cometerse. Ya está. El mundo —esencialmente— es así.

En la conferencia de prensa de Nino alguien le pregunta a Perón su opinión acerca de John William Cooke. Perón responde: “Fue un eminente argentino”. Esta es la exacta palabra que usó: *eminente argentino*. La Jotapé se puso orgullosa. De inmediato, Perón dijo: “Algunos opinaban que era muy izquierdista, pero teníamos a otros, como Remorino, que eran demasiado derechistas”. Alguien le hace una pregunta insólita: “El general Lanusse dice que todas las noches reza el *Padrenuestro*, ¿usted también?”. Perón lo mira impávido. Responde: “Sí”. Y con su sonrisita más jodona y gastadora añade: “¿Por qué no?” Ahí sí me reí con ganas. Qué viejo ladino. Su respuesta era: “¿Por qué no voy a hacer esa boludez que hace el general Lanusse si tengo ganas? Además, jovencito, usted no me va a hacer decir en este país que no rezo el *Padrenuestro* todas las noches porque todos van a decir que es por eso que hice incendiar las iglesias”. En otra oportunidad, en la puerta de Gaspar Campos, un periodista le pregunta una huevada con mala onda, tramposa. Perón lo mira de soslayo y luego pregunta: “Joven, ¿usted sabe navegar?”. “Sí”, responde algo aturdido el periodista. Perón hace un gesto con la mano, como el que le indica a otro que se vaya lejos. Y dice: “Entonces navegue, navegue y después... vuelva”. Aprendí a vivir un poco, otario, antes de pretender hacerme preguntas tramposas a mí, a Perón. Creo que el periodista entendió.

PERÓN, DIOS NO PUEDE BAJAR TODOS LOS DÍAS A LA TIERRA

La cuestión de la candidatura apremiaba. Perón no podía ser. Lanusse no había eliminado la cláusula proscriptiva. Raro, porque después dirá en sus memorias que él quería la presidencia de Perón. Y, en verdad, si su juego es el que uno cree más inteligente debió implicar esa candidatura: el desgaste total de Perón. Y Perón debió saber que él tendría que ser —tarde o temprano— presidente. Todo ese cuento que lo presentaba como el gran factor de unidad de América latina era un disparate. ¿Perón se iba a rajarse a unir América latina y Cámpora, rodeado por la Tendencia, iba a gobernar el país? O alguien estaba loco o los tantos seguían muy confundidos. Hubo cosas que se dirimirían bruscamente en los meses por venir. A Perón, en 1972, no se lo ve aún muy decidido por la presidencia. De ahí que salga la fórmula Cámpora-Solano Lima. Perón tenía un gran miedo. Y muy razonable: “Si Dios bajara todos los días a la Tierra —solía decir— no tardaría en aparecer un tonto que le faltara el respeto”.

En esto no se equivocaba el general paraguayo.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

Fenomenología
de la lealtad

IV Domingo 8 de marzo de 2009

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

69 Fenomenología de la lealtad



CÁMPORA, CANDIDATO A LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

Aunque la consagración de Cámpora como candidato era la más cristalina, la simple, la evidente, la gente de Rucci decidió patotear el congreso en que la fórmula (manejada por el secretario del Movimiento y el hombre en quien Perón había delegado la tarea, Juan Manuel Abal Medina) sería enunciada. Los enfrentamientos prenunciaban la dureza de lo que vendría. Rucci se aparece con su patota, con su toda su *pesada*. Este hombrerito enjuto, fibroso, era un guerrero temible. Su odio a los “zurdos” (palabra que salía de su boca decenas de veces a lo largo de un día) podía llevarlo a perder el control con excesiva facilidad. Llega al congreso y Abal Medina, que si bien tiene 27 años es uno de esos escasos personajes que ignora qué es el miedo, sobre todo el miedo físico, se le acerca con serenidad. Rucci dice:

—Nos vamos a pelear.

Abal le entrega una respuesta notable:

—¿Por qué? Si somos amigos.

Una gran respuesta “peronista”. Somos todos amigos en el peronismo, somos todos soldados del mismo conductor, seguimos la misma causa, lo bueno para uno es bueno para todos. Y, casi metiéndole la trucha en la oreja, murmurando pero advirtiendo severamente, agrega otra joya del peronismo:

—Miren que tenemos más gente y más fierros. Si entran van a perder y va a ser un desastre para todos.

Miren que tenemos más gente y más fierros. Sólo la interna de este congreso justicialista daría para trazar, desde su entraña, un diseño del siempre latente caos peronista, que es el siempre latente caos de la Argentina. La patota de Rucci se retira ante una orden del petiso bravucón, que sale mordiendo puteadas y sobre todo puteando al pendejo ese, ese Abal Medina que puso Perón, que es un zurdo de mierda y hermano de un guerrillero, nada menos el que lo boleteó a Aramburu. Pero Abal se le reúne en un bar de la calle Charcas, en una esquina, y ahí negocian. Lo que Rucci no puede dejar de aceptar es lo que Abal Medina le restriega una y otra vez por su impecable cara de orto: “A Cámpora lo puso Perón. Y en el Movimiento lo que rige es el principio de *verticalidad*. Sin principio de verticalidad no hay Movimiento”. Rucci se manda a guardar, él y la patota. Abal Medina regresa al congreso. Hay un comunicado de Perón. Acaba de llegar. Insiste en que él no quiere ser candidato y en que se sigan las instrucciones “del compañero Abal Medina”. La bronca de Rucci es porque ve en Abal Medina a un socio político de la Jotapé. Ese respaldo de Perón expresa lo que el Jefe hacía en ese momento. Darle dinamismo al ala dura. Se venían momentos de gran activismo, de movilización intensa y eso lo garantizaría la juventud. Rucci, Miguel y Coria tenían demasiados intereses que cuidar y muchos de ellos estaban mezclados con los del régimen. Ni hablar los de Coria, conciliador de alma.

La cuestión es que en la madrugada del sábado 23 de diciembre el secretario general del Movimiento Justicialista, que lo único con que contaba era (lo que no era poco) con la bendición del “sabio dedo” del general, proclama en el congreso:

—Propongo como candidato a la presidencia de la República al compañero don Héctor José Cámpora.

LA LEALTAD Y LA FIESTA DEL TRABAJO

¿Qué hora es, *Camporita*? Es la hora de Cámpora. A partir de ese momento se transforma en “el Tío”. ¿Qué viene después de un Padre? ¿A quién se recurre si el Padre no está? Al “Tío”. Cámpora es el Tío y es el hombre más leal al Padre. La sinonimia Cámpora-Lealtad queda establecida. Trabajemos, entonces, ese concepto: el de *lealtad*, central en el peronismo, ideológica y organizativamente.

La juventud peronista (sobre todo a partir de su estructuración como *Tendencia Revolucionaria* o *Juventud Peronista Regionales*, es decir: a partir de la hegemonía de Montoneros) introduce en la historia del movimiento una novedad absoluta: la *negación del concepto de lealtad*. Que puede ser tanto el de traición como el de desobediencia. Es, en todo caso, el de no obedecer los lineamientos del líder. El de enfrentarlos. Este acontecimiento se produce abiertamente el 1° de mayo de 1974, en la plaza pública, en el clásico espacio de reunión *identitaria* del peronismo. Los Montoneros, ese día, van a quebrar esa identidad. Tiene que haber sido sorprendente para Perón. Nadie lo cuestionó durante sus primeros nueve años de gobierno. La “lealtad” funcionó impecablemente. Luego, durante la etapa del exilio, se podrían mencionar los intentos del *neoperonismo* vandomista. Del peronismo sin Perón. Sólo tenues balbuceos comparados con los insultos de Montoneros. Vamos a partir de aquí: del *insulto*. No es posible imaginar mayor deslealtad que la desobediencia seguida de la agresión verbal. Hay una consigna que se vocea el 1° de mayo de 1974. Se cita poco. O no

se quiere citar o no se cita como es. Aquí entramos siempre en un campo conjetural. El de los “poseedores de la verdad”. Como somos todavía demasiados los que estuvimos presentes en determinadas coyunturas decisivas del '73/'74 (etapa sobredeterminada, complejísima, dolorosa, trágica, plagada de cadáveres) se producen algunas controversias acerca de qué decía tal o cual consigna. Sobre las más conocidas del 1° de mayo hay acuerdos acerca de casi todas. Pero la más agravante, la que algunos se niegan a creer cuando hoy la escuchan es la que tiene, hasta donde yo sé, dos versiones. Dicté, en 2007, un curso bajo el título de *Qué es el peronismo*. Había varios viejos militantes, con sus historias, con sus amigos muertos, con el terrible fracaso generacional a cuestas. *Habían estado en todos lados*. El argumento “yo estaba ahí” lo esgrimían toda vez que levantaban la mano para opinar. Yo siempre propongo que las preguntas se hagan durante los últimos 15 minutos de la clase, así puedo desarrollar los temas preparados. Aquí fue imposible. Varios me corregían una palabra de una consigna: “No, no era así. Era...”. Y decían la palabra que ellos recordaban. Una especie de competencia con el profesor: quién tenía más calle en la militancia o recordaba todo indeleblemente por haber estado ahí. Era absurdo e injusto con la mayoría de los alumnos, que eran jóvenes y que habían ido a escuchar al profesor y hasta habían pagado por eso. Todos lo saben: en toda clase o conferencia está el profesional en levantar la mano y preguntar. Raramente pregunta. Lo habitual es que exponga lo que él piensa y al final uno tenga que preguntarle qué quería preguntar. Bueno, son gajes del oficio. En este curso, en la clase sobre el choque entre Perón y la Tendencia Revolucionaria, las cosas salieron un poco de cauce. Parece que hubo un diálogo en que un asistente al curso me dijo que a mí me molestaba que interrumpiera (lo cual era evidente, ya que había pedido que se hicieran las preguntas 15 minutos antes de terminar, algo que no es un capricho: las preguntas intempestivas perjudican la elaborada exposición de las ideas y volver al punto central es, con frecuencia, imposible) y me han dicho, porque yo no lo recuerdo (supongo por este dato la bronca que tendría) que le di una respuesta poco académica: “No, a mí no me molesta que interrumpas. Les molesta a tus compañeros que, aunque te duela, no vienen a escucharte a vos. Pero a mí no me molesta. Francamente me rompe las pelotas”. En fin, todo fue caótico durante unos minutos hasta que retornó la calma. Fue fácil hacerlo. Apelando a que —ese 1° de mayo— se jugaban en esa plaza dos concepciones de la verdad desarrollé largamente el concepto de verdad en Nietzsche y en Foucault. Silencio total. Nadie “rompió las pelotas”. Nadie sabía un pomo. Pero sobre el peronismo todos saben todo. Todos son grandes peronólogos. Todos estuvieron “ahí”. Todos fueron protagonistas o leyeron cosas que nadie leyó o tienen versiones secretas que nadie conoce. La disidencia fue en torno de una consigna que larga la Tendencia y que injuria a Perón en grado extremo. Los montos ya lo habían desobedecido al levantar sus pancartas, sus banderas. Se había pedido: “sólo la bandera argentina”. Después reniegan del contenido que el líder le quiere dar al acto. *Que es el tradicionalmente peronista*. El 1° de Mayo es, para el peronismo, *la fiesta del trabajo*. Esto tenía coherencia durante el primer gobierno, durante los años dorados del distribucionismo, de las conquistas sociales. Y es parte esencial de la *identidad* del pueblo peronista. Se iba a la Plaza de Mayo no a luchar. No se seguía la tradición de lucha de los mártires de Chicago. *La clase obrera peronista del '50 era feliz*. El Día del Trabajador era un día de fiesta porque los trabajadores estaban contentos con Perón, con Evita y con el generoso Estado Peronista. Nada lo expresaba como la marcha que cantaba Hugo del Carril: “Esta es la Fiesta del Trabajo/ Unidos por el amor de Dios”. El peronismo que Perón proponía en 1974 era un peronismo congelado en esa etapa. No en vano había hablado de la *etapa dogmática*. Que los Montoneros vayan a la Plaza y griten: “No queremos carnaval/ Asamblea Popular” es de una incomprensión grave sobre el movimiento en que quieren estar. No, señores. El 1° de Mayo es, si ustedes lo quieren, Carnaval. ¿O no lo cantaba Alberto Castillo? “Por cuatro días locos que vamos a vivir/ Por cuatro días locos te tenés que divertir.” (Nota: La mejor película antiperonista, que se ubica entre el final de la Libertadora y los inicios del frondicismo, es *El Jefe*, con un guión de David Viñas que encara una crítica desde la izquierda. Hábilmente toma esta tonadilla de Castillo para definir al peronismo. Un carnaval. Cuatro días locos. Una fiesta. Un jefe mentiroso y débil que abandona a los suyos. El peronismo como una enorme impostura.) Bien, de acuerdo: esto es una fiesta, la fiesta del trabajo, el carnaval feliz de los trabajadores. Todos están felices porque vienen a la plaza a decirsele a Perón, a decirsele a Evita. Esa es la *lealtad*. En el punto 74 del documento de la Comisión de la Revolución Libertadora, *Nadie hizo más que Perón*, se habla de “La medalla de la Lealtad Peronista”. Se dice: “Instituyó la ‘medalla de la lealtad peronista’ para premiar la delación y la obsecuencia”. Quédense tranquilos: si alguna medalla se han de ganar los

Montoneros no será la de la *lealtad peronista*. Ocurre que no quieren un pueblo feliz. Quieren un pueblo revolucionario.

VEA, VEA, VEA, QUE FLOR DE PELOTUDOS

En 1974 era comprensible, tomando el punto de vista de las tendencias de la época, que se pidiera eso, pero sólo un poco, sólo apenas comprensible, porque ya habían pasado los tiempos revolucionarios y la cautela era necesaria. Cualquiera habría debido ver —*luego del golpe en Chile, de la masacre de Pinochet, de la participación evidente de la CIA*— que era necesario poner las barbas en remojo. Y acaso lo más grave es que —en un movimiento como el peronista, que tiene un líder que ejerce la indiscutida jefatura y es el conductor estratégico amado por el pueblo, que le es *leal*— hablar de *asamblea popular* es risible. Es un disparate. ¿De dónde sacaron eso de Asamblea Popular? Pero, ¿quiénes se creían como para pedirle a Perón una Asamblea Popular en la Plaza de Mayo? ¿Quiénes iban a deliberar? ¿Perón desde el balcón y los conductores de “la Orga” desde la Plaza? ¿Perón y el pueblo peronista? El *único diálogo* que se dio en la Plaza del peronismo fue el de Evita y su pueblo —desesperado por conseguir su candidatura a la vicepresidencia— el 9 de julio de 1951. *Nunca hubo otro diálogo*. Salvo alguna respuesta de Perón. La más famosa: “Piden leña, ¿por qué no empiezan a darla ustedes?”. Pero ya trataremos esta cuestión del acto “de la ruptura” en su debido momento. Por ahora: el quiebre de la *lealtad*. Y además, el agravio. Cuando Isabel —anunciada por Antonio Carrizo— se dispone a coronar a la reina del Trabajo, los insultos de la Tendencia son potentes, sostenidos. Y en medio del discurso de Perón se recurre a la más dura, la más ofensiva de las consignas. Tiene una peculiaridad notable. Es una consigna autocrítica. Los Montoneros se autocalifican como *pelotudos*. Está bien armada. Es así: “*Vea, vea, vea, vea qué flor de pelletudos/ votamos a una puta/ a un brujo y a un cornudo*”. Hay otra versión que dijo uno de los infaltables de mi añorado curso del 2007: “*Vea, vea, vea, qué manga de boludos/ votamos a una muerta/ a una puta y a un cornudo*”. Le dije que no era así. Que era la que la que yo decía. Que jamás los Montoneros dirían que votaron a “una muerta” porque, en principio, era un disparate: jamás votaron a Evita. Y porque Evita, para ellos, vivía “en cada combatiente” (*Evita/ presente/ en cada combatiente*). El hombre insistió en afirmar la exactitud de su versión y finalmente dio el fundamento de su “verdad”: “Yo estaba ahí”. Según parece (me han dicho) yo le dije: “¿Y dónde mierda creés que estaba yo? ¿En el living de mi casa?” (Creo que, al final de ese curso, pedí disculpas por “algunas intemperancias”, pero hubo, en verdad, un par de personajes intolerables.) Aquí, el criterio de verdad no puede ser reducido al hecho de haber estado ahí. Yo no escuché la otra versión. Galasso, sin embargo, la da (“votamos una muerta, una puta y un cornudo”, que tiene también la inexactitud de restarle el “a”, dado que lo que se voceó fue “a una puta/ a un brujo y a un cornudo”) pero la extrae de un libro de Andrew Graham-Yool (*De Perón a Videla*). Creo que la consigna que menciona a “una muerta” no tiene sentido político alguno. ¿A qué “muerta” votaron? Acaso hay algo que se me escapa. Pero digo esto sólo para simular modestia. Porque lo de la “muerta” no lo veo ni cuadrado. El trío perfecto que torna “pelotudos” a quienes los votaron (o sea, a los Montoneros) es el trío demoníaco con el que Perón vino al país y que pesará sobre él por toda la eternidad, o por el tiempo que la “eternidad” dure. El trío es el del Brujo, el de Isabel y el de Perón. Que Isabel es “la puta” no es necesario demostrarlo. Se refieren a ella. Pero no por su pasado de cabaretera. No, la idea más precisa es que “la atiende” el Brujo. Que el Brujo hace con ella lo que quiere, también sexualmente desde luego. Lo cual transforma a Perón en “un cornudo”. Todo cierra. La consigna tiene coherencia, fuerza y una justeza interpretativa que deberá ser rebatida duramente para doblegarla. Sin embargo, debemos analizar más hondamente la “otra” consigna. Su posibilidad surge de la iconografía utilizada durante la campaña electoral del '73. Se veía la gran cara de Perón, la de Isabel y algo atrás, como iluminando, la de Evita. Puede ser. Yo no la oí. Oí la otra. Tal vez se cantaron las dos. Entonces: ¿guarda, algo más pasó el 1° de Mayo? Si Evita es sencillamente “una muerta”, si Evita ya no está “en el corazón” de los militantes (*Con el fusil en el hombro/ y Evita en el corazón*), si Evita ya no está presente en cada combatiente, entonces Evita ya no es montonera, Evita está muerta y no puede ser nada, ni siquiera conjeturalmente (“si Evita *viviera*”). Si esto fuera así, los Montoneros, ese día, habrían roto sus vínculos, no sólo con Perón sino también con Evita. Nada podría ligarlos ya al peronismo. Ni siquiera el “pueblo peronista”, porque la fe de ese pueblo se canaliza en Evita y en Perón. El costo del “entrismo” fue precisamente ése: *creer en lo que el pueblo creía*. Es la esencia del populismo. Ir hacia el pueblo y aceptar sus creencias. El entrismo de la izquierda peronista fue distinto: *Vamos hacia el pueblo, aceptemos sus creencias y, por medio de la actualización doctri-*

naría, hagamos de esas simples creencias una ideología revolucionaria, incorporándolas al socialismo, por más "nacional" que sea. Pero, si con Perón nos peleamos (abandonamos su plaza) y Evita está muerta, el entrismo también ha muerto. Ahora —y quiero resaltar la importancia de este dato— los Montoneros devienen *alternativistas*. Y muy pronto —a partir de su militarización— no serán ni eso. Dejarán de ser "peronistas" y serán sencillamente Montoneros. El *Ejército Montonero*. La perfecta culminación político-conceptual de la *orga-aparatista*.

La "bronca" histórica por el Brujo y por la Chabela ha ido creciendo. Siempre fue visible que esto caería sobre Perón. Primero se lo atribuyó a sus debilidades de viejo, de anciano. Pero eso dejó de funcionar. Tenemos mucho tiempo para llegar a una posición definitiva acerca de tan ríspido problema. La cuestión es que la consigna que se largó esa tarde en la plaza (aunque no haya sido la hegemónica, la más voceada) es, desde luego, durísima: "Vea, vea, veal qué flor de pelotudos/ votamos a una puta/ a un brujo y a un cornudo". O la otra: "Vea, vea, veal qué manga de boludos/ votamos a una muerta/ a una puta y a un cornudo". Eso, a Perón, se lo gritó en la jeta la Tendencia Revolucionaria. Una *deslealtad* inimaginable. El colmo de la *deslealtad*. La *deslealtad* absoluta. ¿La traición? Si el otro rostro de la lealtad es la traición, ¿traicionó la Tendencia a Perón el 1° de Mayo? Y si el líder (en un movimiento de ida y vuelta) debe ser "leal a los anhelos de su pueblo", ¿fue entonces Perón el que traicionó a la Tendencia? Todavía estamos lejos de resolver estas cuestiones. Habrá que explicitar con qué metodología de análisis de la *verdad* nos vamos a manejar. Porque hay aquí un choque de verdades. O de enunciaciones, digamos al modo de Sigal-Verón (*Perón o muerte*).

LA LEALTAD ES LA ARGAMASA QUE DA COHESIÓN AL MOVIMIENTO

Volvamos a esa frase que Perón larga antes de irse al Paraguay. Cuando advierte que se están armando todo tipo de problemas porque no se resuelve la candidatura que habrá de presentarse en marzo del '73. "El sabe que la última palabra habrá de ser la suya, pero entre tanto, presente en el país, siente cómo el piso tiembla bajo los pies de todos porque todos quieren lo que otros quieren. Entiende que tiene que alejarse. Y larga esa frase: *Si Dios bajara todos los días a la Tierra no faltaría en aparecer algún tonto que le faltara el respeto*. Claro, general. Váyase tranquilo. Aquí nosotros arreglamos todo. Le habrán dicho gente como Juan Abal Medina o Cámpora o el Bebe Righi (del que hemos hablado poco, pero al que le entregaremos el papel estelar que le corresponde en el momento en que lo tuvo). Pero esa frase debe ser leída hacia *atrás* y hacia *adelante*. ¿No piensa Dios volver a la Tierra? Sí, está en sus planes. ¿No advierte Dios que tendrá que ser presidente si quiere paz entre sus mortales? Debía sospecharlo gravemente. (Estamos leyendo la frase hacia adelante.) Poner de presidente a Cámpora era la más provisoria de todas las elecciones. Lo dijimos: campeón de la obsecuencia en los '50, campeón de la lealtad en los '70. (Recordemos el folleto de la Libertadora. Su desdefiosa frase sobre la "medalla de la Lealtad". Se daba para fomentar la adulonería y la obsecuencia.) A Cámpora se lo había considerado un obsecuente de Perón y de Evita. También hay una leyenda sobre su falta de hombría. La larga Guillermo Patricio Kelly cuando narra cómo se escapan —luego del golpe del '55— de la prisión en el sur y denuncia a Cámpora como el que más miedo tiene, como un llorón, un flojo. En suma, el aura de Cámpora era la de un obsecuente, la de un miedoso y la un de juerguista amigo de Juancito Duarte, lo cual, es cierto, había sido. Ahí está entonces: como el hombre que Perón pone. Ahora bien, estamos en diciembre de 1972 y no poseemos el difícil arte de adivinar el futuro, tan difícil —para qué negarlo— que nadie lo tiene: ¿para qué, exactamente para qué, lo pone a Cámpora? ¿Para que gobierne? ¿O para que gobierne en tanto lo espera, en tanto Dios otra vez baja a la Tierra? Pero, ¿está entonces Dios dispuesto a bajar a la Tierra todos los días? El primer esquema que se larga dice que no. Que Dios va a unir a América latina. Perón andaba desde hacía un tiempo farfullando nimiedades acerca del *continentalismo*. Bien, nadie se tragaba mucho esa palabra. Se prefería: *unidad de América latina*. Sin embargo, al haber lanzado su célebre apotegma *El año dos mil nos encontrará unidos o dominados* (frase que, si bien

anticipó a la globalización neoliberal, se tornó patética cuando llegó el año dos mil, pues el país estaba hecho polvo, desunido, el ultraconservador radical Fernando de la Rúa había asumido en diciembre de 1999 y, en cuanto a la *unidad de América latina*, en abril del 2000, una revista de propiedad del menemista y racista Daniel Hadad, de nombre *La Primera*, publica en tapa una nota sobre *La invasión silenciosa*, que se empecina en demostrar —a lo Goebbels— que la Argentina está siendo invadida por inmigrantes del resto del continente, sobre todo bolivianos, ilustrando la nota con la foto de uno de ellos al que le ha pintado un diente de negro para que "el indeseable", "el invasor silencioso", se vea desdentado y sucio, *¿en ese nivel estaba la unidad latinoamericana en el año 2000!* Ahora usted retorne al lugar en que este paréntesis se abrió, lea la frase anterior y únala a la que sigue:) que había sido recibida por todos como "otra genialidad del Viejo", Perón quedaba habilitado para sus tareas *continentalistas*. En suma, el esquema que se había armado era: Cámpora al gobierno/ Perón de joda por toda América latina. Nadie se tragaba esto. Por más leal que Cámpora fuera iba a terminar por constituir su propio entorno, su propio grupo y, sobre todo, iba a terminar por ser víctima de aquellas influencias a las cuales era más sensible. Para terror de toda la derecha peronista y del Ejército: la influencia más poderosa sobre Cámpora era la de la Juventud Peronista. El "Tío" era "de los muchachos". Bien, algo podemos tener claro: como el pragmatismo de Perón puede llevarlo a tensar la realidad hasta cualquier extremo, es posible que considere que sigue siendo el tiempo de "las piezas duras". Se viene la campaña electoral. "Vean, señores (habrá dicho en alguna secretísima reunión a vaya uno a saber qué preocupados personajes de la derecha, de cualquier derecha, de todas las derechas, políticas, empresariales, militares), en esta etapa que se abre necesitamos del entusiasmo de los muchachos. Ese entusiasmo ya no se encuentra en los mayores. ¡Natural! Hay una razón biológica que lo explica. La juventud no ha perdido fuerzas, no se ha desgastado. Está fuerte, está llena de esperanzas. Necesitamos de ella en estas elecciones. Cámpora se lleva bien con los muchachos. Pues ¡déjenlos! Harán un buen trabajo.



Luego vendremos los hombres de orden, los responsables, los que estamos más allá de entusiasmos tempranos y sabemos cómo son las cosas y nos haremos cargo del gobierno." O sea, minga de *continentalismo*. Perón ya entreveía que no podría librarse de asumir la responsabilidad del gobierno. En ese caso, ¿correría el riesgo del que buscaba protegerse? Gobernar el país era, para Dios, bajar a la Tierra todos los días. O peor, mucho peor: *era estar en la Tierra todos los días*. Si al "bajar todos los días" corría el riesgo de que algún tonto le faltara el respeto, ¿qué riesgos correría al estar en la Tierra, al vivir en la Tierra? ¿Cuántos tontos le faltarían el respeto? ¿Alguno, muchos, demasiados? ¿No se corría un riesgo aún peor? Que hubiera, por ejemplo, tontos que no

respetaban a Dios pero tontos que sí, que lo respetaban. ¿Qué pasaría entre ellos? No perdamos tiempo, lo sabemos: los tontos que respetaban (o fingían respetar) a Dios dirán que quienes no lo respetan no pertenecen a la religión a cuyo frente está ese Dios y decidirán castigarlos. Primero pedirán el castigo a Dios. Luego, que Dios los autorice a castigarlos. Y empezarán las guerras religiosas. ¿Recurrirá Dios a su habitual y muy redituable (en el pasado) procedimiento de conducción? Dios, recordemos, o el Padre Eterno, no se unía a ninguno de los grupos, quedaba afuera. Seamos precisos: ser el Padre Eterno implica la *exterioridad divina*. Dios no es *inmanente* a la Historia humana. Recién en Hegel —que diviniza la Historia— Dios se transforma en inmanencia. Pero Dios es la pura trascendencia. Esa trascendencia de Dios le permite estar lejos de las pasiones humanas y juzgarlas con su infinita sabiduría. Un líder como Perón, que identifica su figura dentro del movimiento con la de Dios, no puede ser inmanente al movimiento. Debe trascenderlo. Dios está *afuera*. ¿Qué es entonces la lealtad? Es aquello que liga a todos con Dios. La *lealtad* es en el peronismo lo que la *fe* en las religiones. Al tener fe en Dios se aceptan sus designios, estemos o no de acuerdo con ellos, nos hagan gozar o nos hagan sufrir, los consideremos justos o injustos. La *lealtad* funciona del mismo modo. *Todos* tienen que ser leales al conductor. El conductor, en exterioridad, otorga unión, armonía a un movimiento en sí mismo caótico. La *lealtad* es la argamasa que estructura al movimiento, que lo torna *uno*. Voy a citar el gran texto que Perón desarrolla en *Conducción política*. Porque expresa lo que se dañó en Ezeiza. Lo que se quebró.

FILOSOFÍA DEL "PADRE ETERNO"

En la 4ta. clase, del 12 de abril de 1951, explicita la teoría del *Padre eterno*: "Yo mando en conjunto, pero no en detalle (...) Yo, que conduzco desde aquí (en 1951 'desde aquí' es 'desde el gobierno', de 1955 a Ezeiza 'desde aquí' será desde el extranjero; como sea, el 'desde aquí' del gobierno expresa, para Perón, su lugar *externo* a las pasiones del movimiento, J. P. F.), no estoy con nadie; ¡estoy con todos! Por esa razón no puedo estar con ningún bando ni ningún partido. Cuando se hacen dos bandos peronistas, yo hago el 'Padre Eterno': *los tengo que arreglar a los dos*. Yo no puedo meterme a favor de uno o del otro, aunque alguien tenga la razón. A mí solamente me interesa que no se dividan. No puedo darle la razón a ninguno de los dos, aunque vea que, evidentemente, alguno de los dos la tiene. Eso sería embanderarme, y si yo me embandero el arreglo se hace más dificultoso. Más bien los llamo, converso con ellos, y les digo: 'Déjense de macanas, ¡qué van a seguir discutiendo! Pónganse de acuerdo y arreglen el conflicto'. Y cuando nos arreglemos y nos pongamos de acuerdo, no hay problema entre nosotros que no se pueda solucionar. 'Por eso, en mi función de conductor superior, si me embanderara, *pasaría a meterme en la conducción táctica del lugar donde no es mi esfera de acción*. Perjudicaría los intereses locales, ahondaría el problema, intervendría en lo que no es objeto de mi conducción, y al abstraerme en ese programa, abandonaría la conducción de conjunto y estaría mal conducido lo estratégico y mal conducido lo táctico. Y esa no es la función del que conduce desde arriba'" (cursivas mías, J. P. F.).

Esto le funcionó durante toda su primera larga experiencia de gobierno. ¿Qué pasó? ¿Por qué no hubo conflictos internos? Podemos mencionar el caso de Cipriano Reyes y la defensa de la autonomía del Partido Laborista. Y, más en profundidad, sigo creyendo que el mayor problema de conducción que el Padre Eterno tuvo durante su etapa inicial fue el de su principal cuadro auxiliar de conducción: Evita. La que lo cuestionó, la que le exigió ir más a fondo, la que le pidió la vicepresidencia y no la consiguió, la que le disputó más que seriamente el amor del pueblo, la que tenía con los sindicatos una relación mejor que la suya, la que negoció con el príncipe Bernardo de Holanda —con el objetivo de formar milicias populares— 500 ametralladoras y 1500 pistolas que Perón, aprovechando su enfermedad, derivó al arsenal Esteban de Luca (foco rebelde del '55 que utilizó contra él esas armas), la que lo elogió hasta el agobio para apretarlo, la que le dijo que era Dios, el Sol, que no alcanzaría todo el bronce del mundo para hacer su estatua para exigirle, la que le pidió, inútilmente, que fusilara a Menéndez, la que lo habría reventado a patadas o le habría pegado tres tiros antes de permitir que se rajara en la cañonera, ésa fue Evita. (Nota: Se me puede hacer la siguiente objeción: estoy delineando una Evita Jotapé para justificar que ella, en los '50, fue la que se le enfrentó, tal como, en los

'70, lo hicieron los Montoneros. Sería trasladar a la Evita del primer gobierno la Evita montonera de los rebeldes del tercero. Al hacerla montonera resulta fácil demostrar que ella fue su cuadro rebelde. Admitiría este reproche. Me permitiré decir que no creo en él. Yo no creo como dice Halperin Donghi que dijo Delia Parodi: "Pero miren que la señora no era así". No, claro: la señora era la boluda del retrato de Manteola que ilustra *La razón de mi vida*. Creo que tampoco era la Evita vociferante que creó Carpani en los '70. Creo que era ella. La del rodete, la del traje sastrero, la de la furia por el cáncer, la quemada por la militancia, la que odió ferozmente a sus enemigos. La de *Mi mensaje*. El ala plebeya, no pulida, frontal, brutal, violenta y trágica del primer peronismo. Fue mujer, tuvo enemigos demasiado poderosos (el Ejército –leales y gorilas–, la oligarquía, la Iglesia y Perón, que cada vez la controlaba menos), estuvo sola –el pueblo al que tanto ayudó no sabía combatir ni ella se lo había pedido aún– y tuvo la suerte más cruel, la peor. La muerte lenta, dolorosa, la que deja solo a quien la padece porque tanto dolor no puede compartirse ni ser comprendido. También es cierto que murió joven. Que sabemos qué fue, pero no qué habría sido. Guevara, James Dean, Marilyn, Mozart, Schubert, Gershwin quedan como lo que fueron. No los corroe el paso del tiempo. No los deshila la decadencia. La vejez. O las concesiones. Riesgos que corren los que siguen vivos. Riesgos a los que no estaban por qué estar condenados. Pudieron haber muerto ancianos y con tanta gloria como tuvieron al morir jóvenes.) El otro desobediente fue también un Duarte, el pobre Juancito. Protegido por su hermana, no dejó actriz que no pasara por su cama y se robó todo lo que pudo. Le decían Jabón Lux: "Lo usan 9 de cada 10 estrellas de cine". Cámpora era su amigo. Entre otros. Cuando muere Eva se supera a sí mismo y entrega un cuadro insólito de dolor. Un estallido metafísico. Empieza a gritar: "¡No hay Dios! ¡No hay Dios!". Al año siguiente, Perón lo entrega a las fieras. Acepta las denuncias que pesan sobre él por corrupción. Juancito se suicida. Bien, volvamos a nuestro punto.

¿POR QUÉ LA TENDENCIA QUIEBRA LA LEY DE LA LEALTAD?

No tiene problemas de conducción el Padre Eterno durante su larga primera experiencia de gobierno. Perón es el conductor y ser leal a Perón es el valor esencial del movimiento. No hay organización posible sin lealtad al conductor. Se trata de un conductor cuyo poder está justificado porque ha sido el creador del Movimiento que conduce. A partir de 1943, Perón crea al peronismo. Encuentra al sujeto de esa creación: los migrantes internos despreciados, ignorados o no vistos por los otros actores políticos de la coyuntura. Y con ellos se lanza a la tarea de crear el movimiento peronista. Su valor cohesionante es la lealtad. Perón la crea hasta a Evita. Al único que no crea y utiliza en su beneficio es al Partido Laborista. De aquí que el dirigente que conducía ese partido sea uno de los pocos que se le enfrenta con tenacidad. (Otros, como Domingo Mercante, se dejaron aislar fácilmente.) Pero no el tozudo obrero Cipriano Reyes. Hay, alrededor de su neutralización, una leyenda negra. Acaso sea verdad por la utilización que la Libertadora hizo de ella y a la que Reyes se prestó. Según parece, muy disgustado con el rebelde Cipriano, Perón se lo habría entregado a lo peor de su policía. Estamos, aquí, ante el perfecto ejemplo de alguien que paga muy cara su falta de lealtad. Cipriano no quiere que el Partido Laborista se transforme en Partido Peronista. Asesorado por Murmis y Portantiero, sabía que si la organización política de los trabajadores pasaba a integrarse al aparato del Estado peronista habría de perder su autonomía y, con ella, habrían de perderla los obreros. Este pasaje de la autonomía a la heteronomía se da justamente con la transformación del Partido Laborista en Partido Peronista. Mal podía permitirle Cipriano, obrero de ley, hombre valiente. (No asesorado por Murmis y Portantiero, sino al contrario: son éstos los que encuentran en la experiencia de Reyes y el laborismo criollo la realización de la heteronomía histórica de la clase obrera peronista.) Perón pierde la

paciencia y hace tronar el escarmiento. Cuenta la leyenda que a Reyes lo torturan, lo picanean y algo más: le cortan su "apéndice viril". Me siento un poco idiota utilizando ese eufemismo. Hay otros nombres mejores. Por ejemplo: en una de sus tantas buenas novelas, *El Farmer*, Andrés Rivera usa: *verga*. Algunos –Enrique Medina en un viejo texto llamado, creo, *El Duke*– utiliza *La vergüenza*. "Exigió que le mostrara la vergüenza." Nombre discutible, dado que para muchos el célebre apéndice viril, en lugar de ser "la vergüenza", es el orgullo. El orgullo surge cuando el "apéndice" traspasa esos anhelados pero no siempre o raramente asequibles 20 centímetros. Otros utilizan *miembro viril*. Hay, en rigor, muchos modos de llamar al célebre "apéndice viril". Me propongo utilizar el nombre que todos usan. Pues la mayoría de las personas para hablar del "apéndice viril", de la "verga", de la "vergüenza" o del "miembro viril" utiliza la palabra "pija", que es breve y a nadie confunde. Bien, parece que fue eso lo que la policía peronista le cortó a Cipriano Reyes. El hombre no tuvo grandeza para sobrellevar tamaña desgracia, o esa desgracia de tamaño. La Libertadora enviaba a Cipriano a las fábricas a hablarles a los obreros. El sindicalista se bajaba los pantalones y les mostraba a sus compañeros lo que el "tirano depuesto" le había hecho. Nada menos que cortarles eso, la pija. Es de imaginar que la visión de semejante espectáculo –pesadilla atroz de todo hombre– habrá transformado a los obreros peronistas que alcanzaron a verlo (acaso Cipriano no llegó a visitar todas las fábricas o todos los barrios) en entusiastas adherentes del Plan Prebisch. Volvió a reaparecer siempre que hizo falta tirarle basura encima a Perón. Hasta lo reflataron para las elecciones del '83. En la revista *Superhumor* –que jugaba claramente a favor de Alfonsín– salió una nota titulada "La picana no la usó sólo el Proceso". ¡Ah, Enrique Vázquez, las cosas que has hecho por Alfonsín! Ahí me fui de la revista. Era inaceptable poner en una misma dimensión al peronismo con el Proceso. Perón –como Uriburu, como Justo, como Aramburu, como todos– usó la picana, pero tuvo un solo muerto: el doctor Ingalinella, médico comunista, barbáricamente asesinado por la policía de Rosario. No tuvo 30.000. Pero Cipriano paga cara su rebeldía. Su falta de lealtad. Luego le entregó su lealtad a la Libertadora (ese gobierno laborista, bajo el cual la clase obrera no fue heterónoma, fue, sin más, la principal enemiga del régimen) recorriendo las fábricas y mostrando que si uno no era leal a Perón..., Perón le cortaba la pija.

Nada que ver con esto la Juventud Peronista. No fue una creación de Perón. Existía como una pequeña estructura del movimiento. Pero la apabullante masividad juvenil que se vuelca al peronismo a partir de –pongamos– 1969 no es creación de Perón. Esto debilita el vínculo de la lealtad. Perón no crea a la guerrilla, ni a las Cátedras Nacionales, ni a las organizaciones juveniles de superficie. Es un fenómeno ajeno al genio creativo de Perón. Perón lo recibe agradecido y se dispone a conducirlo, ya que los nuevos protagonistas lo aceptan como su líder. Lo quieren, pero él no los inventó. Podría, incluso, decirse que ellos lo inventan a Perón. O se inventan al Perón que necesitan. Hemos visto esto. Se trata de un hecho inédito en el peronismo. Esta creación desde sí que define a la izquierda peronista es la que la lleva a incurrir más fácilmente en la deslealtad. También su orgullo. Alimentado por la edad de Perón. "El Viejo mucho no puede durar. Necesita una organización revolucionaria de reemplazo. Y esos somos nosotros." Esto se decía en un mamotreto fotocopiado en papel Xerox de la época. Tal vez esto lo tornara más imponente. No apareció más. Ni Baschetti lo pudo encontrar. Pero fue muy leído. No llegó, ni por asomo, a manos de todos. Pero se discutió en todas partes y era, en lo esencial, fruto de las charlas políticas que Firmenich –entre enero y abril o mayo del '73– había dado en las Unidades Básicas de la JP. Se le llamó: *La Biblia*. Hacia fines de año parece que hubo otra. No me consta. Yo tuve la del '73, la que se largó poco antes de la llegada de Cámpora al gobierno. Era un mamotreto de insensateces. Era la lealtad, no al peronismo, sino al disparate. A la torpeza política. A los más elementales conocimientos acerca de una tarea en verdad importante.

Que tuvo, para colmo, picos muy altos en Aristóteles, Maquiavelo, Hobbes, Rousseau, Locke hasta, pongamos, Carl Schmitt y Leo Strauss. Eran, sí, las charlas de Firmenich. La línea que bajaba en las Unidades Básicas de los jóvenes militantes de la Tendencia, muchos de los que sabrían más de política que él. Manejaba un marxismo tosco. Apelaba un poco a Giap. Otro poco al Che. Un poco menos a Debray. Todavía menos a Marighella. Como si la semana anterior Prieto le hubiese "tirado" algunas líneas. Puedo jurarlo, lo que decía la militancia era exactamente eso: "Y, el Negro Prieto le habrá tirado algunas ideas y se las arregla así". Para colmo, a quien más apelaba era a él, al infalible, a Firmenich, el conductor de la vanguardia revolucionaria en América latina. "La Biblia" escasamente se acercaba al peronismo. El concepto de socialismo nacional no era siquiera trabajado. Todo era de una tosquedad aplanadora. La idea central, no obstante, surgía clara: *Perón está viejo, necesita una organización revolucionaria que lo reemplace*. De ahí surge el Conducción/Conducción/ Montoneros y Perón. Que, como muchos hicieron siempre notar, las desdichas de "la rima" obligaron al sinceramiento. Es decir, a poner a Montoneros antes que a Perón. Quien, en efecto, se refirió al mamotreto y dijo: "Hemos estado leyendo algunas cosas que pretenden ser pasadas como justicialismo. De justicialismo no tienen nada". Ese "hemos estado leyendo" es sugerente y transparenta cierta inocultable realidad: el que le llevó el material a Perón fue López a través de sus servicios. El que se lo leyó, también él, casi seguro. O seguro.

¿Quién, en los '50, se habría atrevido a elaborar una doctrina paralela a la peronista? ¿Quién, a pretender compartir con el líder la conducción del Movimiento? Todo estaba listo para el quiebre de la lealtad. Cámpora es el puente entre Perón y los Montoneros. El es leal a Perón y los Montoneros son leales a él. O se esconden detrás de su persona. Cámpora cuando –en medio de los escándalos que se armarán muy pronto en Madrid– le dice a Perón: "Yo soy Presidente por usted y por la Juventud" le está diciendo que, en él, se unen todas las lealtades. La suya a Perón y la de los jóvenes a él. Por donde –como vemos– empieza a asomar *la quiebre de la lealtad en Cámpora*. La lealtad camporista es a dos puntas: a) lealtad a Perón; b) lealtad a la juventud peronista. Porque la Jotapé lo entendió: su hombre no es el Padre Eterno. Es el Tío Transitorio. Pues Cámpora será "Tío" en tanto el "Padre" viva. Algo que todos ponen seriamente en duda. "Yo, general", dice Cámpora, "soy su leal servidor. Pero le aseguro que sus verdaderos y leales soldados son los muchachos". Por eso es leal a ellos y ellos le son leales a él. De pronto, Cámpora pasa a ser el depositario de la lealtad de las multitudes juveniles. El Padre tiene la jefatura. El Tío tiene lo mejor de las bases. Los que se disponen a respaldarlo a muerte en la campaña electoral.

Cuando se llegue al gobierno vendrá la gran disputa. La que estalla en Ezeiza. Ahí son demasiadas las líneas. Demasiados los que se enfrentan y con la máxima furia. ¿Podrán funcionar los poderes del Padre Eterno? Recordemos lo que Perón dice en *Conducción política*: "(Yo) no estoy con nadie; ¡estoy con todos! Por esa razón no puedo estar con ningún bando ni ningún partido. Cuando se hacen dos bandos peronistas, yo hago el 'Padre Eterno': los tengo que arreglar a los dos. Yo no puedo meterme a favor de uno o del otro, aunque alguien tenga la razón. A mí solamente me interesa que no se dividan". Algo ha cambiado muy seriamente en 1973. Imaginemos esta escena: pocos días después de Ezeiza, Perón reúne en una larga mesa rectangular a (de un lado) Osinde, Norma Kennedy, López Rega y Alberto Brito Lima y del otro a Firmenich, Galimberti, Dante Gullo y Dardo Cabo. El se sienta en la cabecera. Sonríe ampliamente y, en el mejor estilo del *Manual de conducción* de los años '50, les dice: "Déjense de macanas, ¡qué van a seguir discutiendo! Pónganse de acuerdo y arreglen el conflicto. Y cuando nos arreglemos y nos pongamos de acuerdo, no hay problema entre nosotros que no se pueda solucionar". Difícil que hubiera funcionado.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Deleuze y Perón: la violencia, en el peronismo, es el triunfo del rizoma por sobre la lealtad arborescente

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

70 Deleuze y Perón



LAS VIRTUDES PERONISTAS Y LA LEALTAD COMO LA PRIMERA DE ELLAS

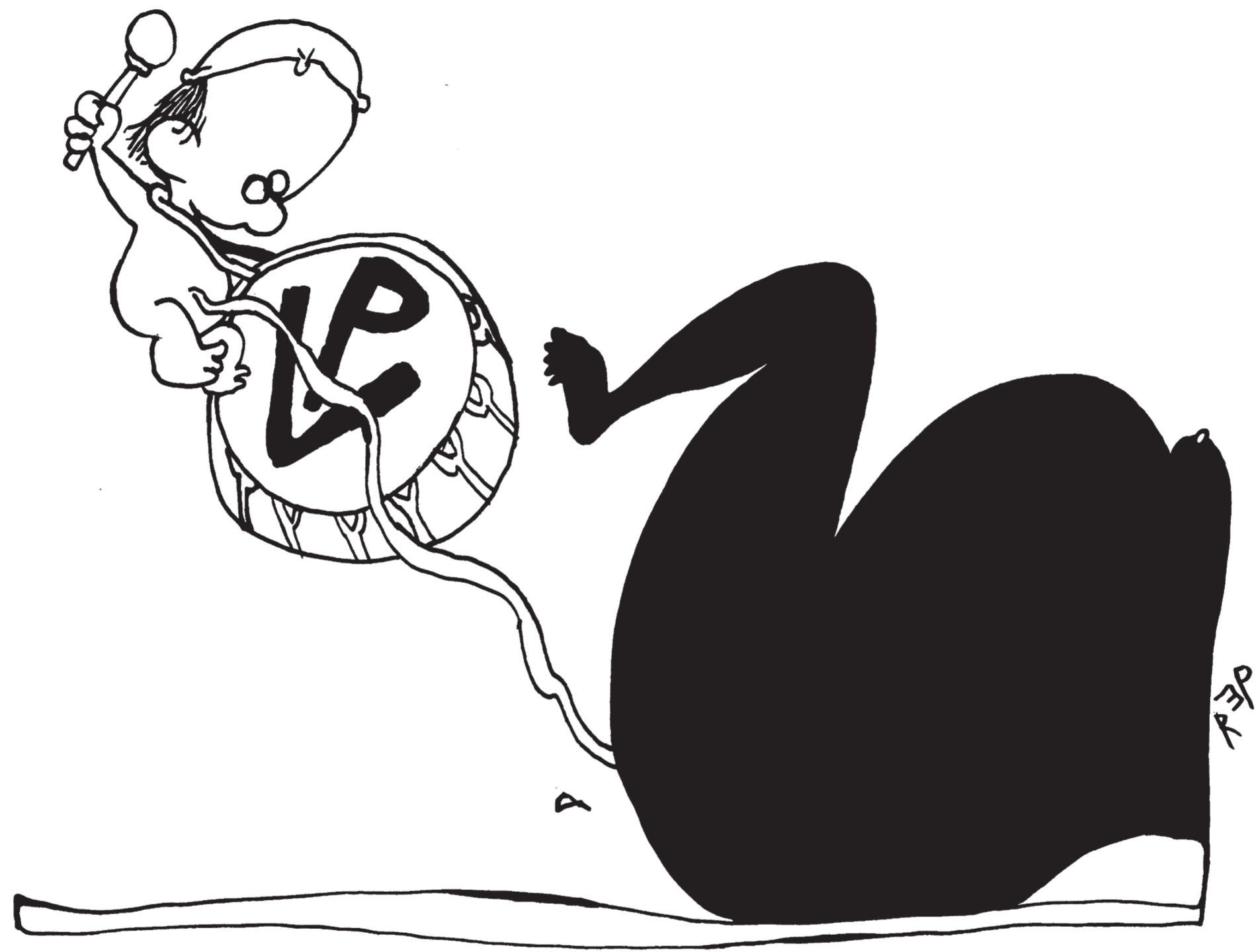
La Lealtad es el valor supremo. ¿Cómo no habría de serlo? El peronismo es arborescente. Que nadie crea que me voy a ajustar medrosamente a lo que entienden Deleuze y Guattari por *arborescente*. Pero lo voy a aplicar al peronismo. El peronismo crece desde la raíz hasta la cima del árbol único, fundante, el que da solidez y el que establece la *verticalidad* del movimiento. Esa raíz, esa arborescencia que crece y se eleva por sobre todos los elementos de la compleja trama del movimiento, es la figura del Conductor. Lealtad y Conductor son sinónimos. El Conductor lo es porque *todos* le son leales. No es posible pertenecer al peronismo sin ser leal al Conductor. Esta lealtad tiene otras expresiones. Sobre todo la *doctrina*. Se es leal al Conductor y a la doctrina. A la vez, cada miembro del movimiento es leal a sus compañeros. Si la antítesis de la lealtad es la traición, aquel que no es leal tanto al líder como a un cuadro honesto y formado que lo es y lo es, también, a la doctrina, es un traidor. Debe ser expulsado del movimiento como una mala hierba. El mero desacuerdo con la conducción del líder es deslealtad. De aquí que el peronismo haya hecho de la *lealtad* un concepto esencial. ¡Justamente este principio fue hecho trizas por la Tendencia Revolucionaria!

En el punto (*dos*) del Capítulo VIII del manual de *Filosofía peronista*, que se ocupa de la ética, se abordan los *vicios* y las *virtudes*. Si algún apresurado o algún partidario de las lecturas fáciles que ignoren los fundamentos de las cosas y se refieran sólo a lo que se ve en la superficie se fastidia porque acudimos a los libros fundacionales del Movimiento, bueno, o se resigna y sigue leyendo y aprende de paso cómo se hace una investigación o larga todo y se va leer algún manualcito veloz que enseña todo en –a lo sumo– 90 páginas. A joderse, amigos: aquí, eso no va. Nos vamos a concentrar en ese texto polvoriento. Que, sin embargo, se ha editado recientemente por CS Ediciones, bajo el título correcto de la primera edición de la Editorial Mundo Peronista de 1954: *Filosofía peronista*. Lamentablemente los de CS le adjudican el texto a Perón. ¡Vamos, señores, un poco de seriedad! ¿Quién creen que era Perón? ¿Georges Simenon, que escribió más de 200 novelas de su personaje, el detective Maigret? Estos mamotretos neotomistas, más cerca de las efusiones católico-autoritarias que del populismo distribucionista, surgían de la pluma de Nimio de Anquín o de Raúl Mende, un inefable del régimen. Carlos Astrada nada tenía que ver con esto. Creo que tantas vírgenes, santos religiosos de la Orden Franciscana y apelaciones a las grandes virtudes lo habrían enfermado. Por ahí también andaba el padre Ismael Quiles, para quien Jean-Paul Sartre era el Maligno escribiendo sus textos demoníacos en el Café de Flore y pervirtiendo jóvenes en las caves parisienses.

¿Qué es la *lealtad* para el manual de *Filosofía peronista*? Figura en el capítulo de “Las Virtudes y los Vicios”. Figura entre las virtudes. Caramba, ¿cómo no va a ser una virtud ser leal a Perón? Se lee en *Filosofía peronista*: “Nuestra ética entronca con la corriente viva de la ética popular que siempre guardó en lo más profundo de sí las enseñanzas de Cristo” (*Filosofía peronista*, Editorial Mundo Peronista, Buenos Aires, 1954, p. 203). La *Filosofía peronista* aclara que el fundamento de todas las virtudes está en la práctica de los trabajadores peronistas. “El trabajo es la fuente de las virtudes, así como la holganza es la fuente de los vicios”. Frase un tanto transitada. Ya Walt Disney (en el cartoon que narra la historia madre de todas las historias del capitalismo: la del *Chanchito Práctico*) exhibía cómo la laboriosidad de Práctico lo salvaba del *Big Bad Wolf*, en tanto la holganza de los otros dos chanchitos los condenaba a la fácil tarea de los colmillos del malvado. ¿Qué representa en la alegoría el *Big Bad Wolf*? La pobreza, la imposibilidad del progre-

so, la pérdida del capital invertido en construir la casa en que cada uno habría de protegerse, a todo eso condena la pereza a los dos alegres chanchitos, juguetones e improductivos. Por fin, guiados por Práctico (quien construye su morada con cemento y con ladrillos y... con esfuerzo) todos se refugian en el ámbito de la seguridad capitalista. La pobreza o la crisis sopla y sopla y sopla y la casa no se derrumba. El capitalismo de Práctico ha sido construido sobre *bases sólidas*. Esas bases sólidas han sido fruto de su trabajo y de su desdén por la holganza. Entonces: la primera virtud es la del *trabajo*. Luego vienen las otras: *humildad, dignidad, modestia, sinceridad, generosidad, desinterés, solidaridad* y... *lealtad*. El manual de *Filosofía peronista* dice: (Pero antes: pido por favor

tura en que Perón la dice: cuando muere el Che, pero totalmente infundada desde los valores que siempre manejó el justicialismo). Para la etapa de *aggiornamento* del peronismo no había textos. De aquí que Solanas y Getino marchen a Madrid para que Perón produzca uno. Con los resultados que vimos: Perón permanece fiel a sí mismo y es poco lo que concede a sus fragorosos jóvenes. ¡Pudo más el milico de alma que el manipulador político y conceptual! De modo que sigamos). Decíamos: el manual de *Filosofía peronista* dice: “De acuerdo con el concepto clásico, lealtad, significa cumplimiento de lo que exigen las leyes de la fidelidad y del honor”. Queda claro: *La fidelidad es la vehiculación del honor. El que no es fiel no es honorable. No ser fiel es un des-honor.*



EL DASEIN PERONISTA

lean todo esto atentamente. Los militantes de los '70 solían despreciar estos textos como basura del pasado. *El peronismo había ido mucho más allá*. Si mal no recuerdo fue Roberto Carri el que, en uno de sus textos, decía, desdenosamente: “Hay quienes buscan la identidad del peronismo en viejos libros de Raúl Mende”. Tenía –desde el punto epocal en que estaba plantado– motivos para decir eso. Ningún militante de los '70 habría leído a Mende ni habría oído siquiera el manual de *Filosofía peronista*. ¿Qué había que leer? Lo sabemos de sobra. Los textos de la actualización doctrinaria. *Ninguno de esos textos había sido obra del peronismo*. Salvo que se considere como tales los de Cooke, o los de la *Correspondencia Perón-Cooke* o las cartas que Perón enviaba a la juventud. “Ha muerto el mejor de los nuestros” (frase comprensible sólo desde la coyun-

LA LEALTAD Y LA ERRANCIA

“Un hombre leal es un hombre en quien se puede confiar ciegamente; de ahí que esta virtud sea fundamental para nuestro movimiento (...). Para cualquier acción es necesario contar con la lealtad del compañero, porque *el que no es leal es traidor*, y con los traidores no se puede ir a ninguna parte” (*Filosofía peronista, Ibid.*, p. 209, cursivas nuestras). Se insiste en la *fundamentalidad* de este concepto. Es el *Grund* absoluto. Es la *Heimat* del peronismo. Recurro a estos alemanzgos heideggerianos porque quiero señalar que en el peronismo tienen la misma función de anti-errancia que en el autor de *Introducción a la metafísica*. El *Grund* es el fundamento último al que todo debe ser remitido. Heidegger (que tiene y plantea serios conflictos con la idea de “fundamento”) no lo hace, sin embargo, cuando habla de la *Heimat*, que es la

patria. Y hasta –más precisamente– la *Heimat Liebe*, que, más que el vulgar “amor a la patria”, es, para el

Maestro de Alemania, “el amor al terruño”. ¿Qué implica “el amor al terruño”? La antítesis de la “errancia”. En la “errancia” el *Dasein* inauténtico se deriva de un lado a otro llevado frecuentemente por la “avidez de novedades” (Nota: se trata, además, de una reflexión de base nacionalsocialista y claramente antisemita de Heidegger. ¿Quién era, en la Historia, “el errante” por excelencia? El judío. Hasta hay una novela del mediocre novelista francés Eugène Sue –1803-1857. Influida por Victor Hugo, escribió, además de la que citaremos, otra novela que fue un best seller poderoso en su tiempo: *Los misterios de París*– llamada *El judío errante.*

auténtica que, a menudo, sufrió tenaces, crueles persecuciones. Luego (y en esto Heidegger, a quien seguimos, sigue a Nietzsche) el cristianismo se transforma en “la manifestación histórica, profana y política de la Iglesia y su ansia de poder dentro de la configuración de la humanidad occidental y su cultura moderna” (Martin Heidegger, *Caminos de bosque*, Alianza, Madrid, 1995, p. 199.) Esa Iglesia del cristianismo estatal es la Iglesia cuyo desmedido Estado es el Vaticano. Esta Iglesia, antes que con la fe, tiene que ver con el poder. Los cristianos ya no son humildes ni perseguidos. Su Iglesia tiene la jactancia (totalmente discutible) de encarnar la palabra de Dios y, al hacerlo, se siente autorizada y hasta obligada a castigar a quienes no la encarnan o, peor aún, la rechazan o la ofenden,

la historia; ni siquiera es cierta la famosa frase de Marx sobre los hechos que se producen una vez como tragedia y otra como comedia, es sólo ingeniosa y ya sería hora de dejar de invocarla tan asiduamente para cualquier tema que se aborde) sucede desde hace tiempo con los judíos. Luego de una lucha de liberación nacional contra el Imperio británico (notablemente narrada no hace mucho en este diario por Horacio González), consiguen su Estado. Rodeados de enemigos implacables que sólo parecen desear su destrucción, ese Estado decide encarnar los intereses de Estados Unidos en Oriente Medio. Construye, de este modo, un Estado bélico. Ya no hay errancia. El judío ha conquistado su *espacio* en la Historia. Es el de su Estado. El Estado es su espacio y con ese Estado defenderá ese espacio. No hay una patria, hay un Estado. O, si se prefiere, patria y Estado se identifican. No podía ser de otro modo. Al carecer durante siglos de una patria, una vez que se la consigue la obsesión de defenderla es inevitable. O defendemos esta patria que tenemos o Auschwitz otra vez asoma en el horizonte de la judeidad. ¿Cómo se defiende esa patria? Con un Estado poderoso con poderosos aliados. Al requerir, esa patria, de su feroz defensa para asegurar su existencia, se identifica con el aparato creado para defenderla: el Estado. Así las cosas, la *patria* y el *Estado* son lo mismo para los judíos y una no se concibe sin el otro. En marzo de 2009, ahora, asume la cancillería israelí Avigdor Lieberman, un hombre que ha construido su campaña electoral atizando el odio entre judíos y musulmanes. La ultraderecha se adueña de Israel. No debería aclarar nada de lo que me dispongo a aclarar a causa de los odios que encienden reflexiones como éstas: rechazo todo lo que haga Hamas porque estoy contra todo terrorismo, considero asesinos simbólicos a los que niegan el Holocausto, entiendo el miedo israelí a otra masacre como la sufrida. Pero nada de esto justifica la derechización de un Estado bélico que ya está demasiado a la derecha. El racismo israelí es tan condenable como cualquier otro. Avigdor Lieberman es un inquisidor. Y aun más temible: tiene más poder. El Holocausto judío no puede justificar las matanzas del Estado Israelí. Y digo esto con gran dolor: muchos dedicamos años de nuestras vidas a reflexionar sobre el Holocausto. Leímos a Paul Celan, a Jean Améry, a Primo Levy, a Benjamin, a Adorno, leímos las premónicas de Franz Kafka (*La colonia penitenciaria, El proceso*), vimos todas las grandes películas que se hicieron sobre ese acontecimiento axial de la historia humana, pero no podemos aceptar que esa historia cuya única enseñanza debe ser la sacralización de la vida humana sirva de trasfondo a la acciones de un Estado que dice a los suyos: “Nuestra violencia es para que no vuelva a sucedernos lo que nos sucedió”. El paralelismo entre los cristianos perseguidos y martirizados de los primeros tiempos de esa fe y los judíos sometidos –luego de siglos de variadas persecuciones– al horror de la Shoá es claro. También lo es el camino que encontraron para terminar con sus padecimientos. Un Estado desde el que defenderse y desde el que atacar a los que consideren que los atacan. Termina aquí esta larga nota. Seguimos con el texto central.) La “avidez de novedades” es, en el peronismo, la antítesis de la *lealtad*. También lo es la *errancia*. Ser leal es no errar. No ir de un lado a otro. Ser fiel siempre a lo mismo. Al terruño que se ama. En este caso: el terruño que se ama es el movimiento peronista y aquello a lo que hay que ser leal es al conductor de ese movimiento. Sólo así no habrá “errancia”. Todos en la misma lucha, en la misma organización, bajo la misma conducción. *Filosofía peronista* termina el párrafo dedicado a la lealtad citando (como correspondía) a Perón: “La lealtad –lo ha expresado el general Perón– es la base de la acción; lealtad del que dirige, lealtad del grupo hacia sus dirigentes” (*Filosofía peronista, Ibid.*, p. 209).

EL PRINCIPIO DE LA VERTICALIDAD

La jornada fundacional del peronismo lleva el nombre de *Lealtad*. Es el 17 de octubre y es el Día de la Lealtad porque, en ese día, el pue-

blo salió a rescatar a Perón. Cada año, ritualmente, ese día se recrea, se celebra, se vuelve a vivir. “Cada año (dice Eva Perón en *La razón de mi vida*) él (Perón) pregunta a su pueblo si está satisfecho con el Gobierno. Cuando millares y millares de voces responden que sí, se estremece toda la Plaza de Mayo y puedo afirmar que ese estremecimiento, que viene de tantas almas, sacude violentamente mi corazón.” A su vez, un ministro del Gobierno que tenía aspiraciones de teórico escribe: “Lo interesante es que la verdad justicialista está siendo realizada por un hombre y por un pueblo. Por un hombre que logró interpretar el sentir común de su pueblo. Y por un pueblo que se jugó entero en defensa de aquel hombre entendiéndolo que se jugaba su propia vida (...) El hombre se llama Perón. El pueblo humilde, heroico y leal de los ‘descamisados’ argentinos” (Raúl Mende, *El justicialismo, doctrina y realidad peronista*, Ediciones Mundo Peronista, Buenos Aires, 1952, p. 87). Mende está tramado por su catolicismo, por su fe sin fisuras y expone con firmeza que eso —eso que está en él— es el justicialismo: “Ningún gobernante de la Tierra ha elaborado una doctrina política tan ajustada a la auténtica realidad del evangelio de Cristo” (Raúl Mende, *Tercera posición: justicialismo*, Editorial Castellvi, Santa Fe, 1948, p. 139).

En resumen: ¿qué papel juega la lealtad dentro de la estructura justicialista? Lo dijimos: sin lealtad no hay justicialismo. Con una justeza impecable se lo dice Juan Manuel Abal Medina a Rucci durante esa agitada jornada del Congreso Justicialista. Rucci no lo quiere a Cámpora de candidato. Pero choca con un gran problema: Perón sí. Esta realidad es la que, en el bar de la calle Charcas, Abal Medina le pone sobre la mesa: “A Cámpora lo puso Perón. Y en el Movimiento lo que rige es el principio de verticalidad. Sin principio de verticalidad no hay Movimiento”. Formidable. La frase del joven Secretario General dice más que todos los libritos de Mende sobre los fundamentos del peronismo. “Sin principio de verticalidad no hay Movimiento.” La verticalidad, para sostenerse, exige una virtud moral: la lealtad. Para que haya Movimiento Peronista tiene que haber verticalidad. Para que haya verticalidad todos tienen que ser leales a Perón. Entonces, ¿qué tenemos? Tenemos derecho a meterlo en todo esto a alguien que jamás pensó estar aquí, en medio de estas pampas turbulentas, de estos políticos calzados, todos a punto de acribillarse. Tenemos a Gilles Deleuze. Junto a Félix Guattari ha establecido un par de conceptos útiles para estas cuestiones de la política. Los usé mucho durante los días de fines del 2001, comienzos del 2002. Esos días de la democracia directa, de las asambleas populares, eso que los Montoneros pretendían implementar el 1º de mayo de 1974. Cuando veamos bien qué es una asamblea popular comprenderemos el disparate que le estaban exigiendo a Perón, el líder que encarnaba la más pura verticalidad.

Nadie crea que recurro a Deleuze (siempre unido a Guattari, a quien, en rigor, prefiero) como al Saber del “genio filosófico” de la Francia, algo así como hacían Echeverría y Sarmiento. Creo que se trata de un francés más. Que poco agrega a lo que ya ha dicho Foucault y menos a lo que dijo el maestro oculto o inocultable de la French Theory: Martin Heidegger. Hay más ingenio que genio. Y, sobre todo, esa envidiable capacidad para unir dos o tres palabras y crear algo semejante a un concepto nuevo. Siempre me sentí incapaz de hacerlo o me dio un pudor que me impidió ir más allá. Pero ser filósofo implica inventar tantas fórmulas que, en cierto momento, alguien deberá hacer un *Vocabulario de Gilles Deleuze* o de Foucault o de Derrida. Es una tradición europea. Todos, absolutamente todos, inventaron un vocabulario. Roban, además, sin pudor. Nosotros, los pensadores de los márgenes, vivimos citando a los del *sitio-núcleo*. ¿Qué les parece? Inventé algo. El concepto de sitio-núcleo se referiría a esos lugares de las sociedades opulentas en que el núcleo del poder está

situado. Hay otras sociedades que no tienen ese poder, ese aparato bélico y financiero. No ocupan el sitio-núcleo. Ocuparían el sitio-orilla. El sitio-margen. El sitio-subalterno. El sitio-suburbio. Ya está: me ha llevado años pero tal vez estoy aprendiendo. Algún europeo —dentro de 30 o 40 años, esté yo o no en este mundo— podrá hacer un vocabulario de mis invenciones conceptuales. Decía que los europeos roban sin pudor. No citan. Nosotros —los pensadores del sitio-orilla— nos morimos por las citas porque queremos mostrar que somos cultos, que hemos leído mucho y tenemos, entonces, derecho a decir algo. Ellos no necesitan citar. No hay casi citas en Lacan. Conozco a un par de personas que han emprendido la tarea de buscar en sus textos todas las citas que el maestro no confiesa y hacer una especie de *Manual de citas no confesadas de Jacques Lacan*. Sería también interesante averiguar cuánto de Foucault hay en Deleuze. Cuánto de Heidegger en Derrida. Por ejemplo: en la tapa de un buen libro sobre Deleuze (que seguramente no será tomado muy en serio por los académicos a causa de estar en la colección “Para Principiantes”) se lee la frase “No deseamos algo: deseamos desear”. Sí, Deleuze utiliza esa frase —que parece compleja pero no lo es— pero está tomada de Hegel (del capítulo de la autoconciencia en la *Fenomenología del espíritu*) y de Kojève, que leyó a Hegel en clave fenomenológica. ¿No es evidente que, para existir, mi deseo tiene, ante todo, que desearse a sí mismo? También es cierto que el deseo se descubre deseando. O se ejercita deseando. Pero lo primero es desear mi deseo. En Hegel, el que no muere de los dos contendores es ése en que el deseo de su deseo es más fuerte que su miedo a morir. En suma, esa frase no es de Deleuze. O, al menos, incluye a Deleuze en una tradición en la que todo el pensamiento francés está incluido: la lectura que Kojève hizo de Hegel. Lacan tomó casi todo de ahí. Conmigo pueden estar tranquilos en ciertas cosas. Ya habrán advertido que no recurro a Lacan ni a la lingüística ni a la semiología. Mal podría hacerlo cuando lamento que pensadores tan, pero tan valiosos como Ernesto Laclau o Jorge Alemán lo hagan con insistencia, casi con intensidad. Eso los torna herméticos. Pues Lacan a la jerga de Heidegger añadió la suya y lo que dice siempre se puede decir de otra manera, se puede escribir mejor, sin apelar a fórmulas para iniciados que dificultan una lectura necesaria en tiempos en que es necesario como pocas veces entender el mundo.

LO “ARBORESCENTE” (EL ÁRBOL-FALO) ENCUENTRA SU UNIDAD EN LA CONCRETA, PROPIA Y PRIVILEGIADA PIJA DEL GENERAL

Tomemos dos conceptos de Deleuze. Uno es el de *rizoma*. El otro es el *arborescente*. Los tomamos para analizar cómo Deleuze concibe la política —como representante, digamos, de las más recientes generaciones francesas de pensadores— de un modo que sería imposible pensar al peronismo. El tema se desarrolla en el libro que lleva por título *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia*. Se trata de un intento conjunto de Deleuze y Guattari, con frecuencia divertido porque los autores se toman muchas libertades respecto de la estructura del ensayo tradicional. No obstante, a lo largo de dilatados trayectos, la escritura cae en los terrenos insalvables de lo plúmbeo. Se nota ya la tendencia de reducir el libro (que es de 1980) a su célebre *Introducción*, comprensible y amable: *rizoma*. A tal punto, que la editorial española que dio a luz *Mil mesetas...* en mayo de 1988 publica en 2005 un opúsculo de 57 páginas bajo el título de *Rizoma*. Con lo que dice: “Si no tienen ganas de transitarse todo *Mil mesetas...* aquí les ofrecemos la *Introducción*, que desarrolla los dos conceptos de los que todos hablan, de modo que usted no quede pagando en el bar cuando algún salame pretencioso se despacha con eso de estructura arborescente o rizoma. Con sólo 57 páginas usted puede no ser un burro y conservar a sus amigos”. Nosotros, sin embargo, no

acudimos a estos conceptos de Deleuze y Guattari para lucir de cultos (en verdad, ya no dan tanto lustre) sino para entender mejor la estructura del peronismo. *Su estructura organizativa*. Ofreceremos ya las correspondientes citas de los autores. Hay una muy valiosa sobre el psicoanálisis que nos reservamos. Pero no del todo. D. y G. escriben: “El psicoanálisis somete al inconsciente a estructuras arborescentes, a grafos jerárquicos, a memorias recapituladoras, a órganos centrales, falo, árbol-falo” (Deleuze y Guattari, *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia*, Pre-Textos, Valencia, 2002, p. 22). Y luego, esta delicia: “Tanto en el psicoanálisis como en su objeto siempre hay un general, un jefe (el general Freud)” (D. y G., *Ibid.*, p. 22). El general Freud establece una figura arborescente. Toda estructura arborescente es una figura fálica. Vimos que D. y G. acusan al psicoanálisis de someter al inconsciente a estructuras arborescentes: falo, árbol-falo. Freud es la rama más alta de la aborescencia. Todo remite a la autoridad suprema del general Freud. En el peronismo —por medio de la *lealtad*, que es la figura arborescente por excelencia— todo remite al general Perón. También la rama más alta de la aborescencia. Esa aborescencia es la raíz más profunda del movimiento y, a la vez, la más alta, la que sobresale sobre todas. Los rizomas son distintos. Su figura la toman D. y G. de la botánica. El rizoma es subterráneo. Es un tallo subterráneo. Pero lo importante es esto: nadie puede determinar su centro. El rizoma no tiene centro. El tronco arborescente ejerce autoridad, manda sobre los otros. Todo, en el esquema arborescente, conduce a su raíz. Esa raíz es su base, su *Grund*, su fundamento. Desde ese sólido fundamento es que ha penetrado la tierra para ser tan sólido como indestructible. Tanto el general Freud como el general Perón ejercen su liderazgo. El rizoma es horizontal y democrático. El esquema arborescente es vertical y autoritario. En el rizoma no hay jerarquías. En la aborescencia, sí. Rige ahí y ahí se fundamenta el principio de la jefatura. En suma, y para terminar por hoy, Perón es la estructura arborescente del Movimiento. Nos queda por ver cómo funciona el rizoma en el peronismo. ¿Funciona? Estas cosas las discutimos mucho durante las Asambleas Populares del 2001/2002, cuando los vecinos dijeron el célebre *Que se vayan todos*. Pero el rizoma se expresa en la democracia directa. ¿Había democracia directa en alguna de las tantas formas del peronismo? Dejemos la pregunta por ahora. Digamos: no sabemos aún la relación entre rizoma y peronismo. Pero sabemos que el esquema arborescente se expresa por medio de órganos centrales: falo, árbol-falo. De modo que si Juan Perón conduce el Movimiento Peronista es porque en él se encarna, porque él, sin más, es la figura arborescente. Y todo punto, todo elemento que quiera pertenecer al Movimiento, tiene que remitir a su raíz y buscar crecer desde ahí. Nunca crecerá hasta la altura del esquema arborescente. Que ni se le ocurra. Lo arborescente crece desde la raíz, atraviesa todo el movimiento, lo trasciende, sale de él y desde allí realiza su totalización. En suma (y acudiendo a un lenguaje pagano al que ya están ustedes acostumbrados) nos permitiremos decir, para aclarar todo esto por completo, que si Perón es el árbol-falo del Movimiento es porque todos aceptan que el Movimiento es falo-céntrico, es decir, que encuentra su unidad en la concreta, individual, propia y privilegiada pija del general. De modo que cuando la Tendencia Revolucionaria exige *Conducción, conducción/ Montoneros y Perón* ignora el disparate teórico que está proponiendo. Un Movimiento como el peronista, mientras viva Perón, no se conduce con dos falos arborescentes. Los Montoneros querían unir su pija a la de Perón. Absurdo total. Porque Perón, además (y espero que ustedes recuerden esta expresión tan genuinamente popular) de ser la pija del Movimiento, era, para todo el pueblo que lo seguía, “el más pija de todos”.

Colaboración:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

Cercanías
de Ezeiza

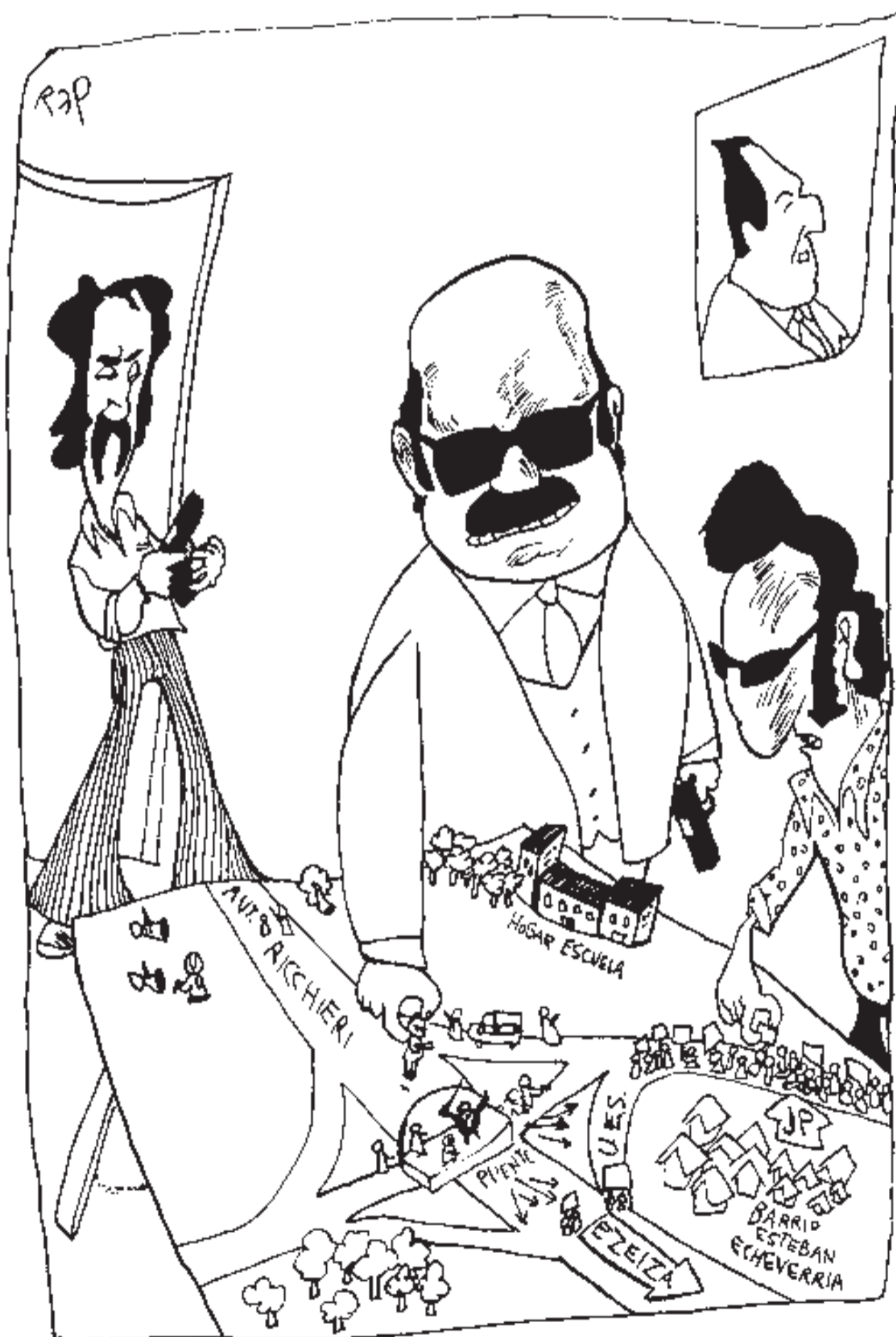
IV Domingo 22 de marzo de 2009

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

71 Cercanías de la plaza del 25 (I)



PEDO Y PEDONISMO

Por qué volcarnos sobre el concepto de rizoma? ¿Somos deleuzianos? ¿Es nuestra costumbre andar detrás de la estela de los filósofos franceses? ¿Viene un francés, dice algo raro y nos quemamos las pestañas tratando de ver qué dijo porque si no perdemos nuestra condición de intelectuales aggiornados? Ni por asomo. Vean, hará unos años se puso de moda otro alemán (*¡otro alemán más!*) y su nombre era (es) Peter Sloterdijk. Como soy un perfecto intelectual sitio-orilla, que no es otro que el que recibe las “novedades” que los países sitio-núcleo arrojan sobre nosotros, en primer término o, al menos, en un término relevante, para mejorar su balanza de pagos, ya que nosotros los recibimos aquí, vía Barcelona o Madrid, desde luego, y ellos ni por joda nos van a traducir ni siquiera al menos por gentileza porque sencillamente o no sabemos pensar o no estamos inmersos en una tradición filosófica que nos lo permita (para Heidegger sólo los alemanes y los griegos podían *verdaderamente* pensar), me arrojé sobre los libros de Sloterdijk y empecé a masticarlos. El tipo tiene cosas fascinantes. El párrafo 9 de *La psicomática del espíritu de época* lleva por nombre *El pedo*: “No podemos obviar el tema. Es más, es inevitable. Lo siento por todos los lectores sensibles, pero el pedo no se puede omitir en absoluto. Quien no quiera hablar de él tendría que callar también sobre el culo (...). La semántica del pedo es incluso un problema bastante complicado, demasiado descuidado por la lingüística y la teoría de la comunicación. La escala de significaciones va desde la vergüenza hasta el desprecio, desde intenciones humorísticas hasta la falta de respeto. Maestros, profesores, oradores y participantes en conferencias conocen el tormento de no poder hacer sonar fuerte una flatulencia imperiosa, ya que un sonido semejante expresa algo que no se quiere decir en realidad” (Peter Sloterdijk, *Crítica de la razón cínica*, Siruela, Madrid, 2006, p. 241). Desde joven conservo en mi memoria una cuarteta (estrofa de cuatro versos con rima consonante, imperfecta y asonantada) del sublime Francisco de Quevedo y Villegas (1540-1645), gran jodón; tanto, que en él se ha inspirado ese personaje travieso y maléfico protagonista de tantos chistes “verdes”: *Quevedo*. “Señora Marquesa (en una cena en que le han ordenado mesura y buena conducta), ¿sabe usted qué tengo entre las piernas?...” “¡Crío irreverente, impúber vulgar, ¿cómo os atrevéis...?” “La pata de la mesa.” Este ha de ser el más ingenuo de los chistes de Quevedo. Pero la cuarteta sobre el pedo (ya que de este tema se ha ocupado Sloterdijk) merece recordarse y memorizarse, pues si ocurre una de las circunstancias mencionadas por el filósofo alemán, si alguien, en algún evento, habla desde la cabecera de la mesa y uno tiene la mala fortuna de estar a su lado en el malhadado momento en que al tipo se le escapa una feroz ventosidad ruidosa o sonora flatulencia alejada de todo posible acto de disimulación, uno, sonriente, siempre puede apelar a la cuarteta de don Francisco de Quevedo y Villegas y decirle al tipo:

*Tan importante
es el pedo para la salud
que en soltarle
está el tenerla*

¿A qué venía esto? Acaso alguno de ustedes se pregunte: ¿no es éste un ensayo sobre el peronismo? ¿Por qué estas incursiones no sólo en Deleuze sino también en Sloterdijk y hasta en don Francisco de Quevedo y Villegas? Ah, la respuesta a esa cuestión es muy simple. Porque el que escribe esto soy yo. Y he decidido tomarme todas las libertades que se me antojen. Espero que a ustedes les gusten. Que sean rodeos que les hagan decir: “Qué bueno este rodeo, cómo me divertí, no conocía la cuarteta de Quevedo sobre el pedo, ¿cómo pude vivir hasta hoy sin conocerla?”. Si usted piensa: me tiene podrido este arbitrario que ni él mismo sabe de qué va a escribir, lo que tiene que hacer es muy simple. No lea más. Ahí tiene los grandes tratados sobre el peronismo que se han escrito en el país. Acuda a ellos. Pero aquí decido yo. Qué le va a hacer. Yo escribo, yo decido: es arborescente esto. Si no le gusta, se va. Total, como les dirá Perón a los diputados de la Tendencia: “Nosotros por un voto no nos vamos a hacer mala sangre”. Pero dele, no joda: siga, de este libro no se olvida más. Además, que nadie diga que pedo y peronismo no pertenecen a un mismo universo que es el de la barbarie, el de la guasada. Pensamos, sobre todo, en el peronismo de los orígenes. Ese que el dibujante Tristán ilustraba exhibiendo a Perón como un gangster fascista y a sus seguidores como lúmpenes irredentos. No será casual, también, que el más grande literato del peronismo cierre la más importante de sus novelas con una frase tan ruidosa como esta: *solemne como pedo de inglés*. Por otra parte, entre pedo y pedonismo debe existir cierta cercanía, tal como con Perón y pedón, que es ya blasfema. El pedo, aquí, lo ha introducido el consagrado Peter Sloterdijk. Pretendíamos ilustrar con eso que su *Crítica de la razón cínica* es original, lanzada, libre.

Pero poco después el tipo se aparece con un libro llamado *Venir al mundo, venir al lenguaje*. Tan primer mundo este título. Para el filósofo sitio-núcleo todo puede ser reducido al lenguaje. Se encierran en el lenguaje como se encierran en la vida académica. Claro que venir al mundo es venir al lenguaje. Claro que no bien llegamos hay una lengua que espera por nosotros. Claro que somos hablados en lugar de hablar. Claro que en lugar de dominar una lengua es la lengua la que nos domina a nosotros. Estamos hartos de seguir oyendo estas cosas. Sólo que queremos seguir manteniendo en pie las herramientas metodológicas que nos constituyen y que hoy el primermundismo académico y sus seguidores de las orillas quieren dejar de lado. Venir al mundo es venir a la violencia. Venir al hambre. Venir a la guerra. Venir al odio. Venir a la tortura. Venir a la injusticia. Venir a la desigualdad. Venir a las ideologías. Sí, a las ideologías. Venir a Dios. Venir a los fundamentalismos. Venir al terrorismo. Venir a los medios de comunicación. Venir a la sujeción de los sujetos. Venir al despliegue del Poder y someternos a él. Venir a la rebelión. Venir a la resistencia al Poder. Venir al amor. Venir a la escritura. Venir a la música. Venir a todas las cosas que hay en este mundo en que —como bien dice Heidegger, creador de esta maldita hegemonía del “lenguaje” en la filosofía “contemporánea”— *caemos*. Porque en este mundo es que caemos, sin justificación alguna, sin nada que nos justifique ni justifique a este mundo. Venimos en pecado porque nada nos sacraliza. Nada petiona en favor de nuestra legitimidad. Venir al mundo es una cosa cuando se viene en un lugar y otra cosa cuando se viene en otro. Venir al mundo en Bagdad en tanto Bush arroja bombas de a miles es un problema serio. Venir al mundo en la elegante calle Arroyo es una cosa. Venir al mundo en Fuerte Apache o en la Villa 31 otra. Venir al mundo en un sitio-núcleo suele ser mejor que venir en un sitio-orilla. Y se acabó. Algún filósofo del giro lingüístico diría que *todo esto* existe porque se relaciona por medio de *signos*. Con lo cual habríamos reducido el *ser* al *signo*. Pero los que dicen esto con frecuencia se pasan la vida estudiando semiología y lingüística, *lo que relaciona*, y no las atrocidades que arrasan la existencia de los hombres sobre este planeta agonizante, *lo relacionado*. Además, están por completo equivocados. Luego de la *Carta sobre el humanismo* de Heidegger, le tienen tal terror a un humanismo basado en la praxis constituyente del hombre, del hombre hundido en su materialidad (que es todo lo que nombramos anteriormente), del hombre hundido en el barro de la historia, que están conceptualmente cegados para ver que sólo hay algo verdaderamente *relacionante* sobre este mundo. Y eso es el *Dasein* o el *ente antropológico* o el *para-sí* o la *realidad humana* o el sujeto práctico arrojado al mundo, constituido por él y también constituyente. No habría signos sin hombres que los necesitaran para referenciar el mundo que hacen y que los hace. Esta es la metodología de este trabajo. Quizás en algún momento debamos explicitarla más detalladamente. Lo hemos hecho en *La filosofía y el barro de la historia* y sospechamos que este libro es una ejemplificación de aquél. Porque si algo nos entrega una reflexión política sobre el peronismo es el a veces desaforado espectáculo de los hombres haciendo la historia, de la historia haciendo a los hombres, de los infinitos condicionamientos, de todas las cosas que entran en juego (López Rega masajeando la prótata de Perón es sin duda tan importante en el peronismo como el enfrentamiento entre Perón y los montos el 1 de mayo de 1974, y tal vez hasta lo explique en buena medida), desde las aparentemente pequeñas hasta las inmensas como el bombardeo a Plaza de Mayo. De aquí que debamos llegar en algún momento a la pregunta decisiva: ¿qué sentido tuvo todo esto? ¿Qué *verdad* se realizó por medio de tantos hechos, de tantas pasiones? Si nada grande se hace en la Historia sin pasión, ¿qué Historia hicieron las tan a menudo incontrolables pasiones del peronismo, incluyendo en esto las de sus adversarios también? Porque Aramburu y Lanusse forman parte del gran relato peronista tanto como Cooke o como Cámpora? Todo eso, ¿qué *verdad* expresó? También: ¿expresó una o expresó cientos, miles, millones? ¿Qué fueron a buscar a Ezeiza dos millones de personas?

De modo que, para resumir, hemos recurrido a un par de conceptos deleuzianos sólo porque creemos que nos ayudarán a entender aún mejor cosas que acaso ya hayamos explicado, pero que podremos ver bajo otra luz, bajo otra trama conceptual. Vuelvo, ahora, al rizoma.

LA POLÍTICA ES TEORÍA, NO SÓLO PRAXIS

Lo que busco es simple. Tan simple como necesario. Hay una asincronía irremediable entre el proyecto de organización de los Montoneros y el del conductor estratégico. Los Montoneros no llegaron a entender cómo se conducía el movimiento peronista. En tanto Perón vivió, el movimiento siempre conquistó su organización bajo la hegemonía de lo *Uno*. Lo Uno era Perón. Aun cuando Perón dijera esas frases amables sobre el bastón de mariscal en la mochila de cada

combatiente, nadie tomaba esto demasiado en serio. Era una actitud correcta. Cada militante podía tener en su mochila ese bastón, pero el bastón de mariscal era del mariscal y el mariscal era uno solo. Si en un ejército de 10.000 hombres hay 10.000 mariscales ese ejército es cualquier cosa menos un ejército. Un verdadero ejército es una arborescencia estratificada. Un árbol-falo con distintos estamentos que confluyen todos hacia el supremo estamento: el de la conducción. Un ejército puede ser múltiple, pero su conducción estratégica es *una*. Lo múltiple es el caos, el desbande, la anarquía y hasta, en ciertas y abundantes oportunidades, la lucha entre los que debieran estar del mismo lado.

Deleuze (y juro que por eso recurro a él) “ocupa hoy (con su visión personal del *acontecimiento*, J. P. F.) el centro de las preocupaciones filosóficas” (François Zourabichvili, *Deleuze, una filosofía del acontecimiento*, Amorrortu, Buenos Aires, 2004, p. 32). Sea o no así, no podemos eludir a un filósofo omnipresente en el mundo académico. Pero no centralmente por eso. Sino porque en rigor no es muy útil. De tanto en tanto viene por aquí Toni Negri. Este ex combatiente de las Brigadas Rojas escribió hace una década un best-seller apabullante: *Imperio*. Lo hizo con un muchacho muy posmoderno que metió deleuzianismos por todas partes. Negri, viejo zorro, los aceptó: el libro se *posmodernizaba* y la academia le abría sus brazos. También el mercado. Vendieron a morir. El libro aterrizó en la Argentina de fin de milenio en que ya latía el tema de las asambleas populares y la democracia directa. Negri y Michael Hardt (su socio posmoderno) extrajeron del rizoma deleuziano el concepto de *multitud*. Llegó a estas orillas y pude presenciar escenas patéticas. Un amable profesor en la Universidad de las Madres tratando de demostrar que la *multitud* no negaba la lucha de clases. A nosotros, argentinos, y eso le fue dicho claramente a Negri, el concepto de *multitud* nos remitía a un lamentable texto positivista de José María Ramos Mejía (1842-1914) titulado *Las multitudes argentinas* (1899). Hombre de la generación del '80, el positivismo hizo tantos estragos en él como en Ingenieros. Sólo Oscar Terán —lanzado a una búsqueda tenaz de hombres de izquierda alejados de los populismos que odió luego de su regreso de México— pudo encontrar en los esquemas toscos, deterministas, naturalistas, exaltadores del orden establecido en tanto los hechos son los hechos y sólo a ellos hay que estudiar y consagrar como “la realidad” del positivismo algo rescatable. Quería rescatar a los “hombres del '80” para oponerse a la visión que hace de ellos una patota de doctores que incorporó a-criticamente las ideologías europeas y acompañó a la oligarquía en el esquema no-productivo de comerciar “la abundancia fácil” y asentar en la Pampa el “granero del mundo”. Escribe: “Una interpretación canónica de la historia de las ideas argentinas se auto-complace en presentar a José Ingenieros como un positivista sin fisuras y al positivismo como un bloque ideológico incapaz de pensar el problema de la nación, como efecto seguro de su carácter exógeno y de su europeísmo no menos recalci-trante” (Oscar Terán, *José Ingenieros, pensar la nación*, Alianza, Buenos Aires, 1986, p. 7). No, Terán, la interpretación canónica es la que hace de un Ingenieros un pensador “socialista” pese a su positivismo, pese a su “ochentismo” y pese a su alejamiento irremediable del problema de la “nación”. En cambio, si los alumnos (o alguno que otro de ellos) le preguntaban a Terán por, digamos, Manuel Ugarte respondía: “No es un intelectual faro”. Terán —y esto lo explica todo— fue un animador relevante del Club Socialista, de la revista *La Ciudad Futura*, de las cátedras que consiguió ese grupo y del enorme poder ideológico que tuvieron bajo el alfonsinismo y hasta no hace mucho en que la revista cerró. Una especie de visión socialdemócrata, con una alergia por el populismo, por lo nacional y por el peronismo en cualquiera de sus formas. Muchos de ellos, antes de marchar al exilio, habían militado en el peronismo. Aclaremos: luego de haber vivido el descalabro mortal peronista de los años '74 y '75 tenían derecho a buscar otros horizontes, pero ¿por qué renegar de tantas cosas? ¿Por qué tanto enojo? Eso los llevó a incomprendimientos graves, a alejamientos con tufllo a tachaduras y a un encasillamiento que implicó una pobreza conceptual relevante.

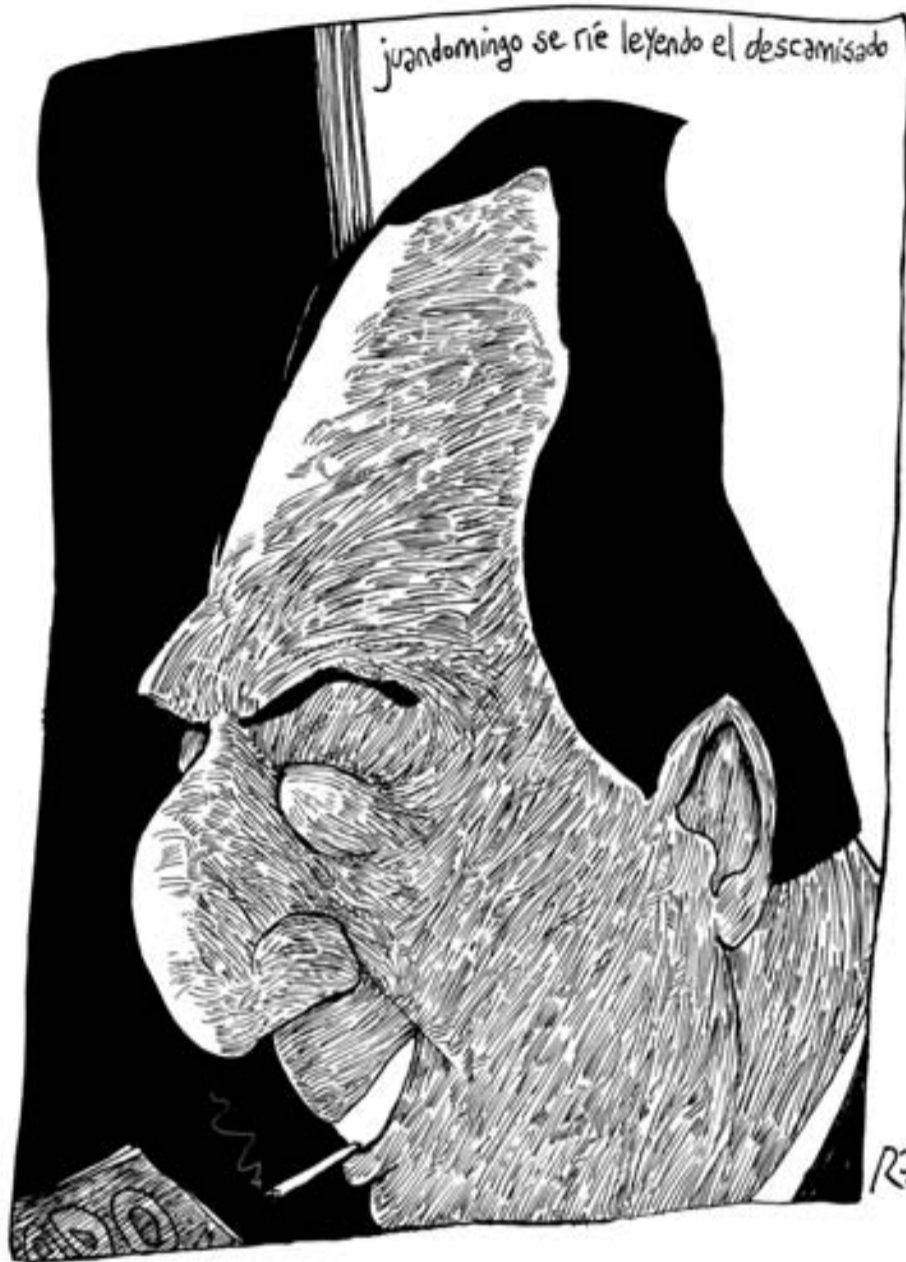
Vuelvo a Negri. Cuando le dijeron que la *multitud* aquí no caminaba porque el recuerdo del nefasto, del escrito desde el odio de clases, del *poderosamente racista* libro del ideólogo positivista Ramos Mejía estaba aún demasiado presente, Negri insistió con la *multitud*. ¿De dónde venía este concepto? De Deleuze. De donde vemos que si yo doy algunos rodeos siempre retomo la línea expositiva. Aquí, otra vez, estamos: en el *rizoma*. Acudiré —superando prejuicios infundados— a un muy buen libro sobre Deleuze. Lo escribieron Florencia Abbate y Pablo Páez. Y es *Deleuze para principiantes*. Digo “prejuicios infundados” porque muy pocos irían a la facultad con este tipo de libros. Se supone (como el título de la colección bien lo dice) que son “para principiantes”. Y nadie quiere ser visto en nada como “un principiante”. Error. Algunos de estos libros (no todos, pero

sí el que aquí citamos) actúan al modo de una guía rigurosa, pues contienen una visión globalizadora de la obra de un autor que permite transitarla en tanto señala lugares necesarios y nexos imprescindibles. Abbate y Páez hacen una perfecta, clara descripción del rizoma y del esquema arborescente. Acudo a este texto también por otro motivo. Ocurre que he advertido que hay un montonazo de peronistas que leen esto y me putean con incontenibles ganas cuando hago desarrollos teóricos. Hacen mal en adoptar una actitud tal porque le dan razón a la derecha ilustrada que afirma y afirmará hasta el fin de los tiempos que los peronistas son medio chantas, cortos de luces, cómodos o abiertos incultos y sin ganas de dejar de serlo. No sería justo endilgarles esta pereza sólo a los peronchos. Los tiempos son así. Que se lea fácil. Que se entienda rápido. Que sea entretenido. Bueno, no todo es así. “Vamos que usted puede”, como le dijo su rincón a Bonavena cuando sonó el gong del 15 round y enfrente lo tenía a Muhammad Alí. No pudo. Pero lo intentó. De haberse quedado en el banquito, habría perdido esa pelea por puntos. Pero salió. Y como decía Ringo: “Cuando salís estás solo, hasta el banquito te sacan”. Y él estaba solo ante el más grande estilista y boxeador de ese deporte cruel, solo ante el hombre que había transformado en arte esa crueldad. Y Alí lo tiró tres veces en ese round final. Y si lo hizo fue porque trapeó suciamente: jamás se retiró a un rincón neutral en tanto le contaban a Ringo. Se quedó a su lado, dando sus memorables saltitos. El referí no le dijo nada. Ringo (el perfecto pre-Rocky) se levantó siempre. Era inútil. No bien buscaba averiguar dónde estaba Alí, Alí estaba a su lado y le daba un cross mortal. Así, tres veces. Perdió por KO. Pero volvió a la Argentina y cuando todos le preguntaron para qué salió “en el último”, por qué no se quedó en el rincón y la sacaba más barata, la sacaba por puntos, Ringo dijo: “Disculpen, pero quería ganar”. Después lo mataron por ahí, en un ranch de nombre *Mustang*, con dos o tres tiros de escopeta, como a un perro. Fue en 1976. Aquí no le importó a nadie. El país era una carnicería y Bonavena una sombra del pasado. (Nota: Dicen los norteamericanos que Stallone se inspiró en una pelea de Alí con un torpe boxeador del Medio Oeste para hacer Rocky: el tipo le habría peleado con increíble entereza. Creo que no es así. Hasta en el físico, Bonavena, con sus pies planos y todo, era Rocky y su pelea con Alí no pudo haber sido superada por ninguna otra como modelo para la notable *Rocky I*, lejos la mejor de la serie.) “Vamos, que ustedes pueden”, decimos en este rincón. ¿Cómo no van a poder? Sólo se trata de tener ganas. La política es teoría y no se puede entender mediante la desnuda y mera narración de los hechos.

EL PERONISMO NUNCA FUE UN SISTEMA ACENTRADO: SU CENTRO FUE SIEMPRE PERÓN, Y LA LEALTAD, LA MEDIACIÓN ENTRE EL CONDUCTOR Y LOS CONDUCTIDOS

Cito a Abbate y Páez (a concentrarse, descamisados): “Rizoma: la figura fue tomada de la botánica. Es un conjunto de tallos subterráneos que se ramifican en todas direcciones haciendo que no resulte posible determinar el centro, el origen. En los tubérculos rizomáticos –como el del lirio– no hay jerarquía, cualquier punto puede conectarse con cualquier otro; esa característica los distingue del esquema arborescente (Perón, J. P. F.), donde cualquier punto remite a la raíz” (Florencia Abbate, Pablo Páez, *Gilles Deleuze para principiantes*, Era Naciente SRL, Buenos Aires, p. 186. Cursivas mías). En *Mil mesetas* tampoco son excesivamente oscuros Deleuze y Guattari con este concepto que –insisto– fue fundamental en la crisis del 2001/2002. Caramba, ¡por algo lo habrá sido! A no quejarse y seguir leyendo. “Cualquier punto del rizoma (escriben D. y G.) puede ser conectado con cualquier otro, y debe serlo. Eso no sucede en el árbol ni en la raíz, que siempre fijan un punto, un orden” (*Mil mesetas*, *Ibid.*, p. 13). Atención a esta cita. Estoy explicitando metodológicamente lo que los Montoneros no entendieron nunca del movimiento peronista. Cito a Deleuze (y a su compadre Guattari, desde luego): “Principio de multiplicidad: sólo cuando lo múltiple es tratado efectivamente como sustantivo, como multiplicidad, deja de tener relación con lo Uno como sujeto” (*Mil mesetas*, *Ibid.*, pp. 13/14). Luego Deleuze acude a un ejemplo de Glenn Gould, el pianista canadiense, adorado por los intelectuales europeos, algunas de cuyas versiones son pálidas y otras antojadizas y en otras... ¡se lo oye cantar la partitura! Escuche, Gould: yo no compré

un CD de Bach para oírlo cantar sino para escuchar a Bach, que, en efecto, usted lo hace muy bien. Pero Gould erotiza a los intelectuales del viejo pero siempre primer mundo: a Deleuze, a Thomas Berhardt, que escribió una novela para demostrar que Gould es superior a Alfred Brendel. Sí, claro: podría citar a treinta pianistas que lo son. Empezando por Richter, Rubinstein, Horowitz, Pletnev, Ashkenzy, Pogorelich y Martha Argerich, sobre todo. Sigo (y ya termino) con Deleuze: “Resumamos los caracteres principales de un rizoma: a diferencia de los árboles o de sus raíces, el rizoma



conecta cualquier punto con otro punto cualquiera” (*Mil mesetas*, *Ibid.*, p. 25). Y por último: “Un rizoma no empieza ni acaba, siempre está en el medio, entre las cosas, inter-ser, *intermezzo*. El árbol es filiación, pero el rizoma tiene como tejido la conjunción ‘y... y... y...’” (*Mil mesetas*, *Ibid.*, p. 29). Como bien resumen Abbate y Páez: “Deleuze y Guattari piensan que la política debe pensarse como un rizoma. Así, el arte, la filosofía, la ciencia y las luchas sociales se conectarían unas con otras de manera *horizontal*, sin que ninguna se imponga a la otra. Concebir las políticas de izquierda como un *sistema acentrado* implica creer que las diferentes iniciativas pueden coordinarse *prescindiendo de una instancia superior que las organice y unifique*” (*Ibid.*, p. 186. Cursivas mías.)

Durante las Asambleas del 2001/2002 el tema de la democracia directa llevó a primer plano esta cuestión. Al rechazar la representación de los políticos (*que se vayan todos*), “la gente” decidió representarse a sí misma. Se dio, de este modo, el *sistema acentrado*. Nadie tenía la conducción. Todo esto fue fracasando paulatinamente. Apareció un señor de nombre John Holloway que dijo que la política no tenía por objetivo el poder. Que se construía en el llano. Eso era –aunque él no lo postulaba por ignorarlo, sin duda– un esquema rizomático. Pero lo rizomático jamás hará una política efectiva. Es un sueño supra-democrático. El centro está en cada uno de los rizomas. Cada rizoma es autónomo. Se comunica con los otros rizomas pero sin ceder nada de su autonomía, de su sustantividad, de su centralidad.

EZEIZA, EN CLAVE DE FARSA TRÁGICA

Podríamos decir que –a partir de Ezeiza o precisamente en Ezeiza– el peronismo estalla en rizomas.

1) El avión en vuelo. Ahí viaja el General. El Padre Eterno. El que es esperado, abajo, en la Tierra, por dos millones de personas que anhelan de él vaya uno a saber qué. Por el momento digamos: *todo*. Los militares: que termine con la guerrilla. Los empresarios que active la economía. Los sindi-

calistas: poder, sostén sólido y casi definitivo para sus cargos burocráticos. La CGE: desarrollo y créditos para las pequeñas y medianas empresas. Buenas relaciones con la Unión Soviética y con Cuba. El PJ: el ordenamiento definitivo y un papel descollante en la conducción del Movimiento. El pueblo peronista: la recuperación de los años felices, cuando se sentían, si no los dueños, sin duda los más halagados, cuidados y hasta mimados del país. Cuando el 53% de la renta nacional era para ellos. Y la Juventud Peronista, compartir la Conducción, nada menos. Ser la vanguardia de reemplazo.

O decirle al Viejo que, si él flaqueaba, estaban ellos para hacer el socialismo nacional, la patria socialista, montonera y peronista. El ERP, demostrar que Perón es un burgués represor como cualquier otro. Y la clase media –adaptando la consigna de la JP contra Isabel: “No rompan más las bolas/ Evita hay una sola”– tenía la suya, intransferible, propia: “No rompan las pelotas/ queremos pagar en cuotas”.

2) Dentro del avión, los enfrentamientos contenidos. Personajes que nada tienen que ver entre sí y que se odian. En algún momento todo va a estallar ahí. Soterradamente al menos. Pero más que el plácido regreso de un anciano líder vamos a tener una superproducción de Hollywood: *Aeropuerto '73*.

3) El Palco: el cantautor Favio como alma candorosa ajena a todo cuanto ocurre a su alrededor. Como el hombre que buscará la paz y la concordia aun al costo de su propia vida: “Paren de torturar o me suicido”. Como el hombre que ve ametralladoras, pistolas, cadenas, picanas y cree que son para el momento de los fuegos artificiales. Como el hombre que ve a un mercenario que tiene una ristra de balas colgando de su hombro y le pregunta para qué es. Como el que escucha una respuesta extraña en un idioma también extraño: “Pour tuer tous les zurdós de mёрde”. Como el que responde: “No hablo francés. No entiendo. No entiendo nada”. Como el que le pregunta al coronel Osinde, a su lado, en tanto éste abre fuego con su 45 sobre la multitud, compuesta por rizomas que caen como moscas, “¿Qué está pasando, coronel? Yo no vine a esto”. Como el que escucha Osinde le dice: “¿Y a qué viniste, pibe? ¿Otra vez te lo tengo que explicar?”. Como el que ve a Osinde agarrar el altoparlante, como el que lo escucha gritar: “¡Por última vez! ¡Están bajo la mira de nuestras armas! ¡Bájense de los árboles!”. Como el que años después hará un

film sobre Perón y le dedicará apenas 10 minutos. a toda la espesa, atronadora y trágica historia de la Juventud Peronista. Como el que, en ese film, dirá: “Eran aproximadamente las 14 hs. cuando francotiradores apostados en los lejanos árboles empezaron a disparar indiscriminadamente contra la desprevenida e indefensa multitud sembrando el pánico y la confusión. A su vez, fuerzas encontradas del peronismo empezaron a atacarse por el control del palco”. Es una hazaña esta declaración del cantautor: tiene más mentiras que palabras, algo difícil de lograr. Ya nos ocuparemos de ella cuando analicemos hasta el tuétano, hasta el más recóndito fundamento, los sucesos de ese día aciago.

4) La autopista Riccheri: no menos de dos millones de personas caminan hasta donde puedan llegar. No todos son peronistas. Va gente de todo tipo. Es la exaltación del rizoma, pues éste no debe verse sólo como elemento aislado y autosuficiente. Lo es, pero para unirse a otros rizomas. Lo que hace el rizoma es abominar del esquema autoritario arborescente. Aquí, sin embargo, van todos en busca del *gran árbol de la Argentina*. De la gran esperanza. Ya nos preguntaremos qué esperaba la Argentina de ese regreso. Por ahora, esto: nunca había ocurrido y raramente ocurrirá un fenómeno semejante. Dos millones de voluntades en medio de una fiesta cuasi mística. Vuelve Perón. El pueblo argentino va a recibirlo.

5) El poeta Néstor Perlongher marcha a la cabeza del Frente de Liberación Homosexual. Cuando oyen los tiros se alarman. “¿En todos lados nos cagan a tiros?”, pregunta Perlongher. “Quedate tranquilo, la cosa no es con los putos”, le dice un jefe de columna de la Jotapé. “¿No nos podés llamar de otro modo?”, dice, encabronado, Perlongher. “¿Cómo?” “Por lo menos ‘homosexuales’.” El Jotapé resopla con fastidio: “No jodás, pibe. ‘Homosexual’ es muy largo. ‘Puto’ es cortito y contundente. Y si no, andate con los comunistas”. “Ni loco –dice Perlongher–, antes de venir les pregunté si querían que marcháramos con ellos. Me dijeron: ‘Ustedes se salvan porque estamos aquí. En Moscú, el Politburó los manda a Siberia.’” “¿Ves? Nosotros les decimos putos pero

los queremos.” Y cuatro o cinco empiezan con un cantito que se hará célebre: “¡Los putos con Perón!”. Perlongher se resigna. La palabra *gay* esperaba lejos, en un futuro de mayor comprensión. También de menor política. De menor historicidad. De menor violencia. De menores sueños y utopías. Una época en que el rizoma se impondría en muchos ámbitos: en el feminismo, los homosexuales, los minusválidos, los negros, los travestis, la ecología.

6) La militancia de la Tendencia Revolucionaria (que no está armada) va dispuesta a copar el acto con la masividad. Le será sencillo. Cientos de miles de activistas avanzan hacia ahí. El día anterior, Osinde, previendo esto, le dice a Lorenzo Miguel: “Poneme 500.000 obreros rodeando el Palco”. “¿Estás en pedo vos?”, dice Lorenzo. “¿De dónde mierda querés que saque 500.000 obreros?” “Sos un boludo, un inútil –le dice Osinde–, te cagaría a tiros, turco. Lo único que sabés es morfar tallarines con tu vieja los domingos.” “Pero es que el peronismo es eso”, dice Lorenzo. “¿Sí? Vos date mañana una vuelta por Ezeiza y vas a ver qué es el peronismo.”

7) Abal Medina, Righi y Cámpora están reunidos. Abal, desesperado, le dice a Cámpora: “Saque a la Policía, doctor. El Palco es de Osinde y los mercenarios franceses. Eso va a ser una matanza. No van a permitir que la Jotapé tome los primeros 300 metros”. (Supongamos que no dijo lo de los mercenarios franceses. Pero que los hubo, los hubo. Ya veremos por qué.) “Pero, doctor Abal Medina –dice Cámpora–, ¿por qué los muchachos quieren copar los primeros 300 metros?” “Para mostrarle a Perón que ellos son el pueblo. Ellos y nada más que ellos.” “Pero, doctor, caramba: si hay 2.000.000 de personas en la Riccheri.” “Pero ellos se juegan a que Perón no ve más allá de los 300 metros.” “Doctor, por favor: dígame que no se excedan. Perón no ve tan lejos. Si ve más de 50 mts. será con la ayuda divina. Que no arriesguen gente al pedo, dígame.” “Doctor Cámpora, por favor: saque a la Policía. Eso va a ser una masacre”, insiste Abal. Cámpora pierde los estribos: “¿Cómo mierda quiere que saque a la Policía si este boludo, hace apenas 15 días, les dio un discurso que nos los puso a todos en contra? ¿O no vio los volantes clandestinos que salieron? ‘El discurso del Ministro marxista anticipa el asalto definitivo de los rojos contra la Institución policial’”. “¿Qué mierda les dijiste?”, pregunta Abal. “¿No leíste el discurso?”, pregunta Righi. “Me habían puesto una bomba, carajo –dice Abal– ¿Qué les dijiste?” “No me acuerdo”, Righi está muy nervioso. “Decime una frase por lo menos.” Righi hace memoria. Por fin, dice: “Creo que dije: ‘Los hombres de la policía pueden sentirse aliviados. Ahora nadie pretende que de sus armas deba salir la solución de los conflictos’”. “Cagamos”, dice Abal Medina y se desploma sobre un sillón. Righi, también, había dicho otras cosas. Conceptuales y hasta bellas y conmovedoras: “No es que ya no tengan que defender el Orden. Pero ese Orden cambió”. Se equivocaba: el Orden seguía siendo el mismo y el Padre Eterno llegaba para que, con algunos retoques nacional populares, así fuera.

8) ¡La columna de La Plata! La pesadilla del Palco. No hay, para ellos, lucha posible desde la masividad. Llega la columna sur. Son, por lo menos, 60.000 personas. Osinde y los suyos toman la decisión brutal, criminal, única que pueden tomar: responder a la masividad de la Juventud Peronista con la extrema violencia. “¡A mansalva! –grita Osinde–, ¡que no quede uno!” A los que agarran los llevan al Hospital de Ezeiza y los torturan como los franceses en Argelia, como los yanquis en Vietnam, en pleno Plan Fénix. Ahora el Plan Fénix y el general Bigeard están ahí: en el Hotel de Ezeiza. Favio aparece y dice que si no paran con las torturas se suicida. Los tipos siguen torturando. Favio sigue vivo. Se va. Algunos, años después, lo preservan, no le preguntan nada, lo quieren posiblemente mucho o ven en él a un símbolo del peronismo genuino, popular. Lo que pasa –dicen– es que un gran artista, un genio. Hay que salvarlo de este bochorno.

9) En el avión, López Rega le dice al General:

“¿Sabe, general? Creo que no vamos a aterrizar en Ezeiza”. Perón sonríe y la mira a la Chabela: “Este Lopecito se las sabe todas. No hay caso: es brujo el hombre”. “¿Qué haríamos sin él”, suspira Isabelita. A las 16.50 aterrizan en Morón.

10) Final: la muchedumbre regresa por la Riccheri. Quien ha vivido eso no lo olvidará jamás. Uno de los días más tristes de nuestra historia, que no carece de ellos, que los tiene a montones. El abandono, la sensación de derrota, los sueños rotos, el áspero despliegue de la realidad, el anochecer. Tal vez, en gran medida, eso: las sombras de la noche del día más largo del año. Yo iba con Conrado Eggers Lan. Eramos dos más entre miles y miles de entristecidos y silenciosos argentinos. Recuerdo (y nunca olvidaré) lo que dijo Conrado: “Si los militares, ahora, dan un golpe, ganan”. No pude ofrecerle ningún argumento en contra. Yo tenía treinta años. Ahí terminó mi juventud, que había durado demasiado.

Ahí murió el Padre Eterno. Dios bajó a la Tierra y –antes de que llegara– no uno, sino todos los tontos empezaron a faltarle el respeto. Algo terrible había sucedido: Dios, el Padre Eterno, era un tonto más.

“LA SANGRE LLAMA A LA SANGRE”

Los meses de enero y febrero de 1973 fueron calurosos, fueron húmedos y fueron la apoteosis de la esperanza, de la ilusión. El futuro se podía oler. Estaba ahí, a la mano. Caminábamos sobre él. Creíamos, incluso, que se encarnaba en nosotros. Descubrimos, en esa jubilosa temporalidad, que pocas cosas podían ser más hermosas que una campaña electoral en verano. El sudor nos entregaba un engaño que vivíamos sin culpa: hacíamos el doble de lo que hacíamos; si no, ¿por qué habríamos de transpirar tanto? Todo el país se hacía peronista. Todos (muchos de los que ahora abominan de esa experiencia) vivieron un romance veraniego con el peronismo juvenil. Porque no había otro. Los sindicatos seguían cuidándose sus culos de oro sólo merecedores de sillones suntuosos, excesivamente cómodos. El PJ, a lo sumo, colaboraba con la juventud y era el aparato con el que se ganarían las elecciones. Pero la campaña la hacían los jóvenes. Ya no había “catolicuchis”. Pocos pensaban en Firmenich. Estaba lleno de pibes y pibas judías. Esas pelirrojas de narices insoslayables, de ojos claros, de cabellos largos y llenas de rulos, ágiles, inteligentes; tanto, que te ganaban una discusión con sólo proponérselo. Minas libres. Que habían mandado al demonio a sus viejos, no sólo gorilas sino temerosos, que sólo parecían desear cortarles las alas y retenerlas en casa. Si querían, cogían. Si no, no. Siempre hacían política. Hasta cuando llegaban al mejor de sus orgasmos: “¡Matame, Potemkim!”. No sólo ellas, claro. La Jotapé era un hervor de voluntades diversas. Se discutía en los bares. En las facultades. En los cordones de la vereda. Y hacía calor. Y todos los días el cielo estaba lleno de estrellas. Eran las nuestras. Y las de la clase media veterana también. No todos querían retener a sus hijos en casa. Aparecían viejos peronistas por todas partes. El suegro que yo tenía entonces siempre había sido antiperonista. Se empezó a entusiasmar y no paró hasta dejar de serlo y hasta, por si fuera poco, serlo, ser un peroncho que leía los diarios esperando los fracasos de Lanusse, las palabras de Perón.

Que yo sepa, esto les pasó –no con la efervescencia de los ’70, pero con polenta y, sobre todo, sin final trágico– a los radicales durante la campaña de Alfonsín. Por si alguien o muchos lo han olvidado debo decir que Alfonsín era un balazo en el ’83. Fue el primer político que, apenas la dictadura abrió el juego después de Malvinas, dio un discurso ante un auditorio muy numeroso, al aire libre. No se guardó nada. Cito de memoria: “Una represión incontrolada segó vidas sin piedad”. Muchos políticos salieron a acusarlo de “provocador”. La mayoría, peronistas. Engordó 14 kilos. Recorrió todo el país. Recitó el Preámbulo. Gran acierto: había que volver a la vida constitucio-

nal, ¿cómo no hacer del Preámbulo una bandera? Entre tanto, los boludos de los peronistas, a los que no se les ocurría ni una idea ni encontraban un candidato, inventaron que al Alfonso lo bancaba la Coca-Cola. *Esa era toda la plataforma electoral que empezaron a pergeñar*. Un infundio de décima. Coca-Cola o no, hubo un momento decisivo. Alfonsín ganó por dos causas. A la consigna de una Jotapé ochentista que habrían armado los sindicatos o políticos como Herminio Iglesias y pegoteó por el país una consigna que decía: *Somos la rabia*, los radicales contestaron con otra: *Somos la vida*. Era una gran consigna. Después de la muerte, la vida. Curiosamente o no, los militantes de Herminio Iglesias recorrieron las calles con un cántico hermoso: “Somos la patota del doctor/ Herminio Iglesias/ Vamos todos/ Marchemos unidos/ Ya estamos podridos/ de tanto dolor”. Lo de “doctor” era en joda. Herminio era cualquier cosa menos doctor. Pero dijo dos frases para la historia: “Conmigo o sinmigo” y “Yo me comeré las eses pero otros se comieron el país”. El otro motivo por el que Alfonsín gana las elecciones es el recuerdo de Ezeiza, que los radicales ponen sobre el tapete y que el cine de Héctor Olivera plasma en una película poderosa basada en la novela de Osvaldo Soriano: *No habrá más penas ni olvido*. (Figura en nuestros planes dedicarle un amplio espacio.) Y, por fin, los candidatos. En tanto Alfonsín era un volcán en constante estallido, Luder era un pescado frío. Además, un político cobarde. O atezado por un partido que no se atrevía a jugarse, a doblarles el brazo a los milicos. Los militares acababan de lanzar una ley de autoamnistía. Le preguntan a Luder qué piensa hacer con ella cuando asuma. El pescado frío se toma su tiempo y arroja sobre los inminentes votantes una serie de consideraciones legales destinadas a decir que será muy difícil derogar esa ley, porque ya ha sido dictada. Una huevada espectacular. Le hacen la misma pregunta a Alfonsín y el líder caliente de esos días, sin hesitar, furioso, con una certidumbre aplastante, dice: “Si quieren dictarla, que la dicten. Pero pierden el tiempo porque *la vamos a derogar*. La vamos a derogar. Y va a ser lo primero que hagamos no bien lleguemos al Gobierno”. Tuvo dos buenos años Alfonso. No es poco en un país donde los políticos no tienen bueno ni un solo día. Hizo el Juicio a las Juntas. Después se cayó. Y se siguió cayendo. Esa es otra cuestión. Pero el del ’83 estaba destinado a hacer lo que hizo: historia pura. Fue el primer político que le ganó una elección al peronismo. Se lo merecía. A esta altura de los tiempos, algunos de los cánticos de los jóvenes que lo siguieron suenan tanto o más patéticos que “el Hospital de Niños en el Sheraton Hotel”. Por ejemplo: “Franja Morada/ la patria liberada”. ¿La patria, qué?

Volvemos a cualquiera de esas noches de enero o febrero de 1973. Salimos de la casa de algún compañero del Consejo de Redacción. Estamos preparando el nuevo número de *Envido*. Caminamos, hablamos, por ahí entramos en una pizzería a comernos una fugazzeta y tomarnos una cerveza. Salimos. Y contra una pared hay un gran afiche pegoteado. En él se ve a un joven morocho que nos mira y sonríe, satisfecho consigo mismo y con lo que hace. Tiene la cara empapada en sudor. La camisa blanca hecha jirones. Tiene sangre en la cara. Tiene sangre en la camisa. Levanta su mano derecha y hace la V de la victoria. El afiche dice: *En lucha por la liberación*. Nos quedamos un rato mirándolo. Al pie del afiche se lee: Juventud Peronista. Y la metrallera y la tacuara cruzadas. Seguimos un rato así, en silencio, mirando al militante ensangrentado que nos mira. Horacio González, con voz triste, dice: “Tiene mucha sangre encima ese compañero. No está bien. Lucha por la liberación, bueno. Pero la lucha no es sólo la sangre. Y además”. Y juro que dijo esto (lo dijiste, Horacio, y bien dicho estuvo, no importa si te acordás): “La sangre llama a la sangre”. Nadie lo contradijo. Nos saludamos y cada uno se fue para su casa.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

Cercanías de la
plaza del 25 (II)

IV Domingo 29 de marzo de 2009

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

72 Cercanías de la plaza del 25 (II)



URQUIZA Y PERÓN, ¿UN SOLO CORAZÓN?

En diciembre de 1972, por medio de una carta a Juan Manuel Abal Medina, Perón saluda “a los muchachos” y los impulsa a empeñarse en “la lucha como las circunstancias lo requieran”. Exclama: “¡Qué no daría por tener ahora 50 años menos!”. ¿Qué haría si los tuviera? ¿Cuál es la causa de ese deseo? Y larga una famosa frase: “Con cincuenta años menos andaría poniendo bombas”. Eran mensajes para alimentar el ánimo belicoso de los jóvenes. Se venía la campaña electoral y al ala dura le tenía destinado el protagonismo de esa etapa de movilización y enfrentamientos. También en diciembre declara: “Yo estoy volando un poquito más arriba de las nubes en este momento, mi tarea y mi misión ya han dejado un tanto de ser justicialistas. *Mis muchachos se van a encargar de todo lo demás. Yo estoy actuando como manager, digámoslo así, o como coordinador, de 34 partidos y fracciones políticas que he logrado poner de acuerdo*” (Galasso, *Ibid.*, tomo II, p. 1148. Cursivas nuestras).

Voy a incurrir seguidamente en algo que se les suele reprochar a los escritores: el desmedido pecado de citarse a sí mismos. No hay tal pecado. Sobre todo en épocas en que muchos transcriben lo escrito por otros y no los citan argumentando que los textos “son de todos”, y que aquel que reclame como suyo un texto que ha escrito está incurriendo en el pestilente concepto capitalista de la propiedad privada, en la arrogancia de lo privativo, en la áspera ideología de lo patrimonial. Se han plagiado novelas enteras y se han ganado concursos literarios con este concepto. Ni Pierre Menard se habría atrevido a tanto, ya que era más “original” al lado de estos “anarquistas apropiadores” de hoy. En fin, un símbolo de los tiempos. Jorge Bucay, hoy ausente de los primeros planos que solía obsesivamente ocupar, sobre todo cuando realizaba “giras nacionales” junto al “gran pensador” Marcos Aguinis para ilustrar a los desvalidos ciudadanos o para animarles las existencias con exhortaciones a la voluntad de ser felices, a la coherencia con los propios principios y la fe en un futuro inevitablemente venturoso (*Nota:* Esa dupla Bucay-Aguinis no duró mucho, sólo queda ahora Aguinis, que escribe arrebatados panfletos en los que expresa su ira y clama por una especie de épica nacional de la bronca y la rebelión: “Me acosa la furia y quisiera estar sereno. No soy la excepción. Hay bronca, que se ha vuelto generalizada y casi permanente. Debemos hacer algo, porque la Argentina merece otro destino”. La editorial que lanza al mercado el panfleto califica a Aguinis de “gran autor nacional”. ¿Se entiende, no? Digo la verdad, créanme: Aguinis sería el gran autor de esta nación. Creo, sí, que debemos hacer algo, porque la Argentina merece otro destino. No sé cuál, pero no el de tenerlo a Aguinis como el gran autor nacional), fue aniquilado cuando copió innumerables páginas de no sé qué libro. La moda del plagio creativo no estaba impuesta. He dicho esto (me referí al olvidado Bucay) para justificar el citar un viejo libro mío. Al menos uno –al hacer tal cosa– se plagia a uno mismo, lo cual tal vez sea más apropiado que plagiar a otro. O tal vez no. Tal vez sea más creativo y pos-posmoderno despojar a otro. Y, sin duda, más riesgoso, pues cierta justicia, ignorando las leyes de estas vanguardias, todavía castiga a los artistas que se manejan bajo las sutiles leyes del afano creativo. Con felicidad, entonces, libre de toda culpa, procedo a autocitarme: “Perón lo sabía: febrero era el tiempo de los jóvenes. Porque eran éstos quienes agitaban la historia, soliviantaban las conciencias, creaban las consignas, representaban el rostro caudaloso, multitudinario del peronismo. Había, entonces, que apoyarlos. Hacia ellos –hacia la izquierda– debía inclinarse el péndulo. Sobre ellos caerían las bendiciones del Padre Eterno” (J. P. F., *López Rega, la cara oscura de Perón*, Legasa, Buenos Aires, 1987, p. 100. ¡1987! Más de 20 años. ¿Qué querrá decir esto? ¿Cómo puedo servirme de un texto escrito hace más de 20 años? Preguntemos: ¿es coherencia o anquilosamiento? ¿O se esconde tras esta cita el deseo de señalarles a todos los que se les ha dado por escribir sobre los ‘70 que yo lo hacía cuando ellos miraban por la tele a las tortugas Ninjas? Busquen por el lado de la vanagloria y el hueco orgullo y estarán más cerca de la verdad). Así es como surge el reportaje que Perón concede al diario *Mayoría*. Es del 11 de enero de 1972. Cito: “O ellos llaman a elecciones o provocan una guerra civil”, decía Perón refiriéndose a los militares. El diagnóstico era duro; implicaba, además, una amenaza: o hay elecciones o hay guerra civil (...) Perón –luego– procedía a privilegiar la ‘liberación’ y no la ‘reconstrucción’, tarea que dejaba para una etapa posterior. Decía: ‘Lo primero que hay que hacer es liberar al país, pero primero de ese flagelo que es el partido militar; después hay que liberarlo del imperialismo, y recién después se podrá pensar en reconstruir lo que han destruido y desarrollar el país mediante un plan bien articulado.

“Las etapas de la lucha quedaban así señaladas: 1) liberación del partido militar; 2) liberación del imperialismo; 3)

reconstrucción. Importa destacar este sistema de prioridades porque luego Perón habrá de invertirlo: primero –dirá– la reconstrucción. Sólo que recién lo dirá al intentar el desplazamiento de los ‘duros’. Y lo dirá ante el desconcierto de la Tendencia. Porque, coherentemente, la teoría que se fortaleció con el reportaje de *Mayoría* fue la del primer mes. Que era entusiastamente asumida por la Tendencia y se resumía así: ‘En el primer mes de gobierno, tomar el poder’. Curiosamente la Tendencia reducía a ese lapso la duración del gobierno (Cámpora), pues luego habría de tomarse el poder (Perón). Cámpora, en efecto, duró en el gobierno poco más de un mes, pero por motivos que en nada respondían a las esperanzas de la Tendencia” (J. P. F., *Ibid.*, pp. 101/102). Y las palabras del Padre Eterno bendecían a los jóvenes. Eran los tiempos de la *juventud maravillosa*. Sin embargo, un análisis de esa frase de Perón (“El poder hay que tomarlo en el primer mes de estar en el gobierno”) llevado a cabo desde los meses posteriores, revelaría su verdadero sentido: *El poder lo vamos a tomar cuando echemos a Cámpora y a todos los infiltrados del gobierno*. Ahí, el poder retornaría a las manos de los verdaderos peronistas, quienes debían volver “a la conducción de nuestro movimiento”. El poder se tomó en Ezeiza. Ahí, la derecha, simbólicamente, se adueña del palco y de la conducción del peronismo. Perón viene a santificarla. Lo hace apenas al día siguiente en el discurso que inaugura la *etapa dogmática*: “Somos lo que las veinte verdades justicialistas dicen”. Este discurso inicia el conocido proceso de persecución a la Tendencia. *Perón cambia brusca, casi brutalmente*. Suceden muchas cosas. Una de las que menos se conoce hoy es la interpretación de la falta de lealtad del conductor para con las bases. Porque la lealtad no sólo era lealtad al conductor. El conductor debía ser también leal a los anhelos de las bases y a las promesas que había hecho. “Perón Cumple”. ¿Esto se refería sólo a las obras realizadas durante el primer gobierno o Perón debía cumplir también a su palabra empeñada? ¿Qué era lo contrario de la lealtad? La traición. Surge, de este modo, en la militancia, una correspondencia histórica irritativa pero ineludible en una reflexión sobre el peronismo: la similitud entre Urquiza y Perón. Urquiza, el que traicionó a los federales, el que traicionó a las montoneras gauchas, el que se retiró de la batalla de Pavón (luego de haber ganado la de Cepeda), el que se retiró con esa batalla casi en su poder, el que lo hizo ante la indignación de sus lugartenientes, todos bravos federales que querían seguir peleando y ganar, el que se entregó al poder de Buenos Aires, Urquiza, en fin, el gran traidor a la causa federal, habría anticipado a Perón, el gran traidor a la causa del socialismo (nacional), a los militantes que habían luchado y habían muerto por él, el gran traidor a su palabra, a sus promesas, al pueblo. David Viñas habrá de escribir una novela (que, por desgracia, no lef) llamada *General muerto* en la cual ese símil (Urquiza/Perón) se explicita. “Urquiza” es un nombre que la militancia de los ‘70 (afecta a los paralelismos históricos) empieza a pronunciar con cierta intensidad a partir del discurso del 21 de abril y luego del *Documento reservado* que publican los halcones de la derecha en el diario *La Opinión*. También aparecen por esos días las pintadas: “Lanusse volvé, te perdonamos”.

Como ya me he permitido más de una discordancia con la tradicional forma del género “ensayo”, me permito ahora incurrir en una más. Creo que Urquiza merece un espacio en este corpus. Urquiza, sus lugartenientes duros y la batalla de Pavón. Se trata de un pequeño esbozo teatral de tono farsesco, lleno de anacronismos y de líneas históricas arrojadas fuera de la temporalidad en que los hechos ocurren. Alguna vez –hará un par de años– un productor de televisión y un joven director (tendría 28 años) me pidieron un texto para un programa sobre historia argentina. Hicimos una cita y yo acudí con “Urquiza en Pavón”. Se aterrorizaron. El productor dijo que él podía entregar ese texto al estudio (un canal privado) pero luego se exiliaba de inmediato. Me sorprendió la actitud del joven director: me miraba como si yo estuviera loco. “Nosotros queríamos algo histórico”, farfulló. “Esto es historia pura”, le dije. “Eso es un insulto –dijo–, una provocación. Yo no voy a filmar algo así.” “¿Y qué vas a filmar? –le dije–, “¿lo de siempre? Sos un tipo joven. ¿No tenés ganas de romper un poco las pelotas? ¿Ni siquiera de hacerte el loco?” Muy seguro, dijo: “No, y menos ganas tengo de perder este trabajo”. Tenía 28 años y ya pensaba como un viejo acobardado por los años y los fracasos, que no son todos. De modo que me fui e ignoro lo que hicieron. Pero agarré ese material, lo revisé, lo pulí y lo armé como una obrata teatral. Ojalá les guste y ojalá sirva para ahondar algunos puntos de nuestra densa temática.

URQUIZA EN PAVÓN

(Pieza teatral en un acto breve)

Batalla de Cepeda: 23 de octubre de 1859

Batalla de Pavón: 17 de septiembre de 1861.

(Escenografía: una sala de reuniones en un piso 35 de Puer-

to Madero. Una mesa enorme, brillante. En la punta, imponente, vestido con sus galas de general de la Nación, el general Justo José de Urquiza. Habla con una top model y se nota que la está seduciendo. La chica viste desmedidamente fashion. Como si fuera a exhibirse en Fashion File o E Entertainment.

A un costado, en un rincón áspero, semioscuro, triste, burocrático está el Recolector de Hechos. El burócrata de la historia. El historiador fáctico. “Las cosas son las cosas.” “Los hechos son los hechos.” “Lo que sucedió fue lo que sucedió” y mediocridades por el estilo.

“Lo que sucedió” será siempre la versión más trajinada, aburrída y escolar de la historia argentina. El billikenismo exasperado.)

Recolector de Hechos: En el Palacio San José, en la provincia de Entre Ríos, en Paraná, capital de la Confederación Argentina, el general Justo José de Urquiza se reúne con algunos hombres de negocios que han llegado desde Buenos Aires.

La Confederación Urquicista está en guerra con Buenos Aires, que desea escindirse y declararse independiente. Buenos Aires está bajo la conducción del general Bartolomé Mitre. Las negociaciones han venido fracasando y la batalla de Pavón está cercana.

Urquiza: (Al Recolector de Hechos.) ¿Ya está?

Recolector de Hechos: Por el momento... los hechos son éstos.

Urquiza: ¿Qué tiene usted con los hechos?

Recolector de Hechos: Los hechos son la verdad de la Historia. Por eso yo me ocupo de lo que me ocupo.

Urquiza: ¿Y de qué se ocupa?

Recolector de Hechos: De recolectar hechos. Verdades. (Entran los empresarios. Son todos yuppies. O algunos semejantes venerables banqueros, con canas y sabiduría de la vida y los negocios. Urquiza les sonríe muy satisfecho. Se adelanta hacia ellos y les estrecha las manos.)

Urquiza: Adelante. Bienvenidos al Palacio San José.

Señor Mitsubishi: Se lo ve cambiado al Palacio, general.

Señor Ford: Como más... moderno.

Señor Texaco: Como más... posmoderno.

Urquiza: ¿Habían estado aquí alguna vez?

Señora Hewlett Packard: No, pero teníamos referencias. Fotos, por ejemplo.

Urquiza: (Señala al Sr. Texaco.) Esa palabra que usted dijo...

Señor Texaco: ¿Posmoderno?

Urquiza: Esa. Fue la que usó mi arquitecto. Esto le va a quedar posmoderno, general.

Señor Texaco: Se lo ve más ascético al Palacio. Como deconstruido. No lo engañó su arquitecto.

Urquiza: Si me engañaba, el deconstruido era él. ¿Saben que la deconstrucción la inventó el general Rosas? Más precisamente: la Mazorca. Unitario que agarraban, lo deconstruían. ¿Quiéren que les cuente cómo?

Señora Hewlett Packard: Preferiría que no. No tengo tiempo.

Urquiza: Siempre escasa de tiempo usted, señora. (Transición.) Bueno, señores. Hablemos de negocios.

(Se sientan alrededor de la enorme mesa. Urquiza toma la palabra.)

Urquiza: Vean, yo soy un hombre sencillo y voy al grano. Estamos por chocar con el general Mitre en la batalla de Pavón.

Recolector de Hechos: (Interrumpiendo.) La batalla de Pavón se libró en el campo del mismo nombre el...

Urquiza: ¡Callate, carajo! Ni empecé a negociar.

Señor Texaco: Esa batalla la debe ganar Buenos Aires, general.

Urquiza: ¿Y eso está escrito en algún lado?

Señor Texaco: Todavía no. Hay que escribirlo.

Urquiza: O sea que la Historia se escribe antes.

Señor Ford: Se “arregla” antes.

Señor Texaco: Se arregla antes, se hace después y luego se escribe tal como se arregló antes.

Urquiza: ¿Y qué tenemos que arreglar aquí?

Bill Gates: Que usted no presente batalla en Pavón.

Urquiza: ¿Cuántos computadores le piensa vender a Mitre?

Bill Gates: Millones. Este país tiene que crecer.

Urquiza: ¿Y si me presento en Pavón?

Bill Gates: Pueden ocurrir dos cosas. Que gane.

Señor Texaco: Que pierda.

Urquiza: Caramba, la tienen clara ustedes.

Señor Mitsubishi: Sí, señor. Porque de esas dos cosas que pueden ocurrir... sólo puede ocurrir una. Para eso es esta reunión. Para arreglar que lo que no nos convenga que ocurra... no ocurra.

Señor Texaco: Si usted le da la victoria de Pavón a Mitre... nosotros le vamos a dar muchas cosas a usted, general.

Bill Gates: Computadoras último diseño. Acciones en Microsoft.

Señor Texaco: Petróleo en Medio Oriente.

Señor Ford: Ferraris, muchas Ferraris. Suelen gustarles a los grandes líderes de masas de la Argentina.

Urquiza: Si usted es de la Ford.

Señor Ford: Ayer compramos Ferrari. ¿Cuántas quiere?

Urquiza: Vean, en general, para ser claro, ¿no? Yo, de todo, quiero mucho. ¿Y usted, Mitsubishi, qué ofrece?

Señor Mitsubishi: Chinas. Llenamos de chinas el Palacio San José.

Urquiza: ¡Dos me libre y guarde! ¡Con sus chinas quédese usted! Para amarillo, el huevo frito.

Señor Mitsubishi: Chinas de aquí, general. Chinas criollas. De las que a usted le gustan.

Urquiza: Bueno, a ver: esperen un poco. Yo tengo un ala dura. Tengo que hablarles.

(Va hacia un costado. Están Felipe Varela, Chacho Peñaloza y Ricardo López Jordán. Urquiza se les acerca y les habla en voz baja.)

Urquiza: Muchachos, ¿ustedes tienen muchas ganas de

tomarse la molestia de pelear en Pavón?

Varela: Muchas.

Urquiza: Esta gente me propone otras cosas.

Peñaloza: Nos importa un carajo esa gente.

Urquiza: Tranquilo con el lenguaje, Peñaloza. Se puede hablar sin putear.

Peñaloza: No siempre.

Urquiza: O sea, quieren pelear.

López Jordán: Somos federales duros. No le vamos a dar el triunfo a Buenos Aires.

Urquiza: Ahora, ¿y si les cuento lo que ofrecen? Estos tipos te compran, pero barato no, ¿entienden? O sea, uno se vende una vez y después no se vende más. No le hace falta. Se llena para siempre.

Felipe Varela: General, si usted no pelea en Pavón, nosotros lo degollamos.

Urquiza: ¡Que lo parió! ¡Nacieron para el diálogo ustedes! Muchachos, tanta intolerancia no es buena. A ver, doy la batalla. ¿De acuerdo?

Varela - Peñaloza - López Jordán: De acuerdo.

Urquiza: Pero, en la mitad, me retiro. Nos vamos a casa. Hicimos un papel digno. Salimos a la cancha por lo menos.

Felipe Varela: General, si usted se retira, nosotros lo degollamos.

Urquiza: ¡Y dale con la intolerancia! Así no vamos a ningún lado, eh. El fundamentalismo engeguece, muchachos. Hay que ser más flexibles.

Felipe Varela: Doblarse, quebrarse, humillarse, inclinarse.

Urquiza: Flexible, dije yo. Nada más.

López Jordán: Defina "flexible", general.

Urquiza: Flexible es... lo que permite dialogar. Lo que no es muy duro.

Peñaloza: Nosotros somos duros.

López Jordán: Somos duros en todas partes.

Urquiza: Sin ofender, eh. Yo también. Soy duro, qué joder. En la guerra y en la cama.

López Jordán: Le va quedando la cama, apenas.

Felipe Varela: El único campo donde todavía gana algunas batallas.

Urquiza: ¡Donde nunca perdí una!

Peñaloza: Leyendas.

Felipe Varela: Habladurías.

López Jordán: Chismes de gauchos embriagados.

Peñaloza: Mitologías viejas de pulpería.

Urquiza: ¡Ya van a ver, carajo! *(A la modelo fashion.)*

Quedate por aquí vos.

Modelo fashion: Con todo gusto, general.

López Jordán: ¿Y qué nos va a demostrar con esa gatita del "Bogue"?

Felipe Varela: No joda, general. Hace quince días los laboratorios Parke Davis le entregaron 500 cajas de Viagra en el Palacio San José.

López Jordán: ¡Así, cualquiera es duro! ¡Duro con Mitre lo queremos, con Buenos Aires!

Felipe Varela: Y para eso no hay Viagra, eh. Sólo cojones. ¿Los tiene, general?

(Urquiza no contesta. Vuelve con los empresarios.)

Urquiza: Tengo algunos problemitas.

Señor Ford: ¿Cómo cuáles?

Urquiza: Y... el ala dura.

Señor Mitsubishi: ¿Y qué pasa con el ala dura?

Urquiza: Que es dura.

Bill Gates: Y bueno... ¡habrá que ablandarla!

(Todos ríen muy alegremente. Suena el celular de Bill Gates.)

Bill Gates: ¿Cómo andás, Bartolo? *(A los demás:)* El general Mitre. *(A Mitre.)* Y... está denso esto. El ala dura, sí. Te doy con él.

(Le pasa el celular a Urquiza.)

Urquiza: ¡Pará! No te volvá loco. Te dije que no iba a ser fácil. Estos, al federalismo, se lo tomaron en serio. ¿Qué culpa tengo yo? La culpa es tuya, Bartolo. ¡Si pudieras ganar la batalla en buena ley yo no estaría en medio de este despeñote! ¿Pero, vos? ¿Qué vas a ganar vos? ¡Le ganaste al Dante nada más! *(Gran carcajada. Comenta a los otros:)* ¡Tradujo *La Divina Comedia* y la hizo mierda! *(Transición.)* Mirá, Bartolo, la batalla hay que darla. Después vemos. A esta gente no la puedo parar.

(Corte. Una tienda de campaña. Urquiza toma mate. Lo rodean sus bravos lugartenientes. Se oyen los estruendos de las balas y los cañones.)

Urquiza: Les dije: esta batalla se perdía.

Varela: ¡Esta batalla no se perdió! Tenemos quinientos jinetes listos para atacar el flanco derecho de Mitre.

Urquiza: ¿Y cuánta gente vamos a perder en ese gesto de orgullo postrero?

López Jordán: ¡Orgullo postrero las pelotas! Si atacamos por ahí, ganamos. ¡Quinientos jinetes, general! Lo hacemos carne picada al porteño.

Urquiza: Quinientas vidas humanas arrojadas al sacrificio.

López Jordán: ¡Al sacrificio las pelotas! ¡A la victoria!

Urquiza: No sé, me estaré poniendo adulto y responsable. Pero se me ha dado por ahorrar vidas.

Peñaloza: Pero, general, si atacan ellos... nos van a hacer boleta. Los hombres van a morir lo mismo... ¡pero derrotados, no victoriosos!

Urquiza: ¡Sangre y muerte por todas partes! ¡Oh, tragedia de la patria que devoras a tus hijos! ¡El sol del 25 asomó, se ocultó y ahora vivimos entre sombras de duda, incertidumbre y agonía! ¡Sólo un dios puede salvarnos!

López Jordán (a Varela): Se piantó por completo.

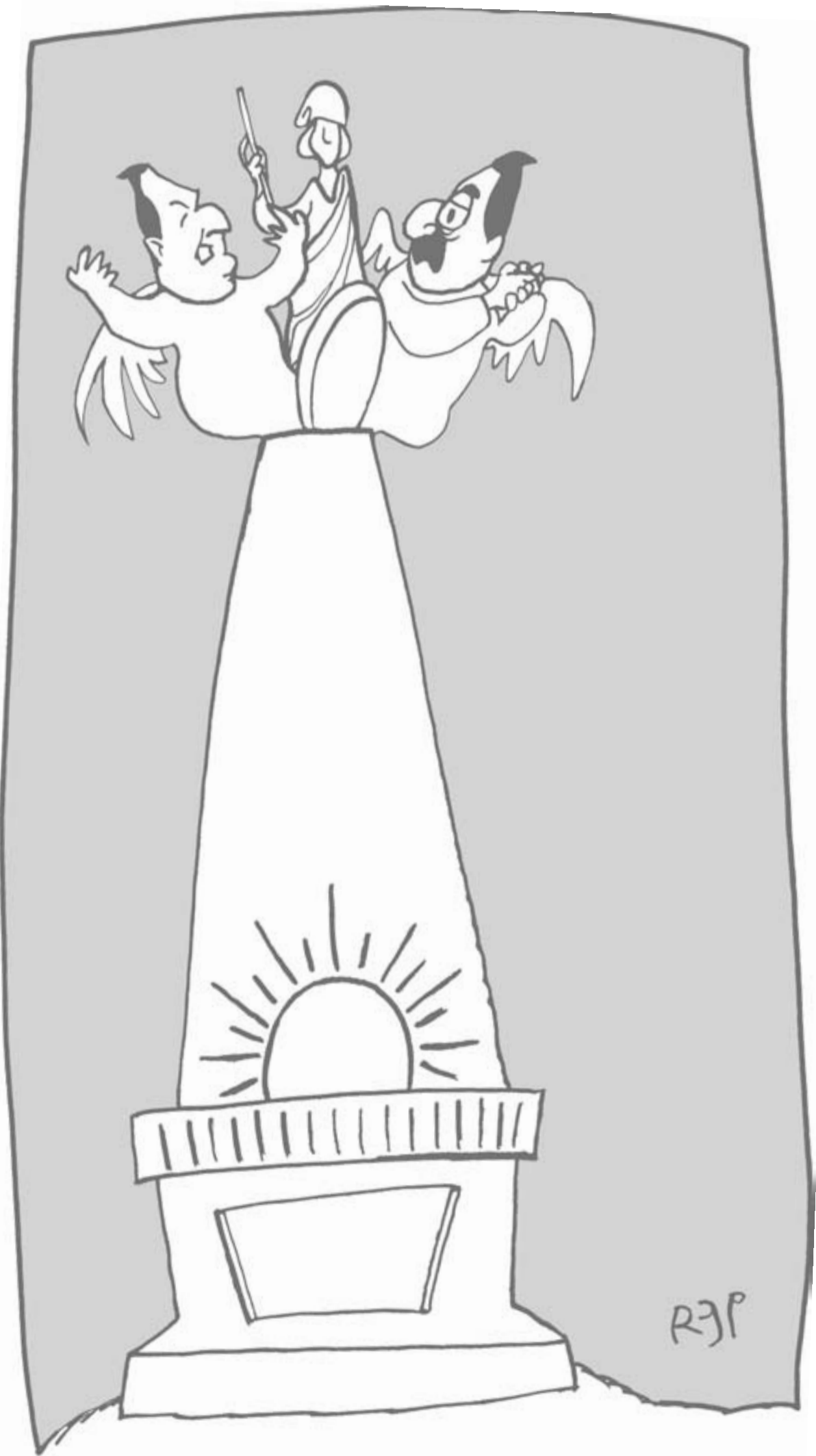
Varela: ¿Y vos le creés?

Urquiza: ¡Sólo un dios puede salvarnos!

López Jordán: ¡Qué un dios ni qué pelotas! Usté deme la orden, yo ataco con los quinientos jinetes y los hacemos puré a los de Mitre.

Urquiza: ¡Muertos, muertos, muertos por todas partes!

López Jordán: ¡Sí, muertos! ¡Pero de ellos! Oiga, general,



por si no se enteró: estamos en guerra. O los matamos nosotros o nos matan ellos. Pero todos vivos, difícil, eh. ¿Quién gana una batalla donde quedan todos vivos? La guerra es fácil. El que le mata más soldados al otro, ¡gana y se acabó!

López Jordán: Después queda el asunto ese de los prisioneros. Que es otra cosa. Si uno anda generoso los fusila. Y si no anda generoso... los degüella.

Urquiza: (*A lo Shakespeare.*) Hay que terminar con el reinado de la muerte. Su horror ya no debe injuriar los campos argentinos. Cada cadáver es una derrota.

Varela: Veá, depende. Si es de los otros, no.

Urquiza: ¡De cualquiera que sea! ¡Toda guerra es una derrota! Lo dijo Jorge Luis Borges.

Peñaloza: ¿Cuándo?

Urquiza: Todavía no. (*Poseído.*) ¡No! Hay que detener la matanza. Que no corra más sangre argentina.

Peñaloza: La sangre de los porteños no es argentina... es inglesa.

Urquiza: Basta de ultimarnos entre hermanos. Guardemos nuestros puñales. Hagamos la patria grande. La de todos.

Varela: ¡La patria chica! La de ellos. Eso va a quedar.

Urquiza: Necios, no tienen grandeza. Yo, el Supremo, voy a impedir las matanzas, las muertes y los degollamientos. ¡Sólo una cosa hace posible el horror de las guerras! Que los dos rivales quieran pelear. Si uno se niega, no hay guerra. Si uno dice ¡no! Si uno de los contendientes tiene la grandeza de decir ¡basta! Basta de muertes. Basta de cadáveres. Basta de impiedad. Si eso pasa, ¡no hay guerra! ¡Se acabó, señores! Que la Historia me recuerde como el guerrero que le ahorró vidas a la patria. Jornadas de dolor. Enfrentamientos estériles. ¡Alguien tiene que tener el coraje de atreverse a la grandeza! A la paz, al futuro, a los hijos que poblarán nuestros campos. ¡Este país tiene que hacerse! ¡Necesita labradores, campesinos fuertes, sanos y no cadáveres! (*Totalmente poseído.*) ¡Retirada! ¡Retirada! Volvamos a nuestro suelo. Volvamos a Entre Ríos. Volvamos a la vida. A la paz. Al trabajo. ¡Yo lo ordeno! Yo, el guerrero que supo decirle no a la guerra y sí al trabajo, al futuro de la patria, a la vida de sus hijos. ¡Retirada! (*Una pausa. Luego, contundentemente.*) ¡Rajemos!

(*Un escenario de noticiero televisivo. Tres mesas, tres periodistas.*)

Periodista I: ¡Ultimo momento! Urquiza se retiró en Pavón.

Periodista II: Félix Luna declaró: "He ahí el gesto de un patriota. Ahora, la unidad nacional es posible".

Periodista I: El revisionista José María Rosa lo acusó de sucio, asqueroso, inmundito traidor a la causa del federalismo.

Periodista III: El doctor Fermín Chávez dijo: "Le ha clavado un puñal en la espalda al federalismo".

Periodista II: El diario *La Nación* alabó el gesto del entrerriano. Ponderó su grandeza, su patriotismo. Ahora, resumió, la patria es posible.

Periodista III: Declaraciones del general Mitre: "Urquiza hizo lo más adecuado. Lo mejor". Algunos dicen que añadió: "Sobre todo para mí". No hay confirmación de estas palabras.

Periodista II: El joven y promisorio historiador Felipe Pigna declaró: "Siempre dije que Urquiza era un mito de la Argentina. No recuerdo si lo dije en el tomo I o en el tomo II. Compren los dos por las dudas. Y el tercero por si acaso".

Periodista III: Los historiadores académicos repudiaron lo dicho por Pigna: "Es demasiado pronto como para juzgar lo hecho por Urquiza. Pigna es un apresurado que sólo busca el éxito. Nosotros no somos apresurados porque -para ser francos- nos cuesta un huevo escribir".

Periodista I: Alberdi, terminante, dijo sobre el general de Entre Ríos: "Dio tres batallas. Caseros: para derrotar a la tiranía. Cepeda: para ganar la Presidencia. Pavón: para ganar

una fortuna". Se le preguntó por qué sigue exiliado en Europa. Respondió: "Porque si llego a decir estas cosas en la Argentina... me degüellan con un cuchillo sin filo". Preguntado sobre por qué prefería un cuchillo afilado dijo: "Y... uno muere más rápido". Le damos la razón al doctor Alberdi: el tiempo es decisivo. El tiempo es tirano en televisión.

Periodista I: Esto es todo por hoy. El general Urquiza descansa en el Palacio de San José, rodeado de la paz de los suyos. De sus íntimos.

(*Interior Palacio San José. Es la misma mesa de negociaciones del comienzo. La top model escribe taquigráficamente en un block lo que Urquiza le dicta. La chica está más seductora que nunca.*)

Urquiza: Estimado General Mitre: La presente es para agradecerle todo lo que me ha hecho llegar. Agradézcales también a los amigos de la Ford, la Siemens, Mitsubishi, Texaco y otros. Ah, y a ese muchacho Bill Gates. Sosegado mi ánimo por el reinado de la paz, saludo en usted al patriota, al guerrero, al historiador y, sobre todo, al delicado y exquisito traductor de Alighieri. (*Acaricia el pelo de la modelo.*) Lindo pelo tenés, gurisa.

Modelo: No te pongas así otra vez, Justo José. No parás nunca vos.

Urquiza: Lindo pelo, carajo. Me gusta despeinarte. Acariarte las crines.

Modelo: ¡Pará inconsciente! ¡Que esta noche tengo un desfile!

Urquiza: (*Atrapándola, impúdico, soez.*)

Vení, guachita. Vení que te hago un hijo.

Modelo: ¡Calmate o le digo a Pancho!

Urquiza: ¿Qué Pancho? ¿Ramírez? Al pelo-tudo ese lo hicieron boleto hace rato.

Modelo: ¡Mi Pancho!

Urquiza: El único Pancho que tenés vos es el mío.

(*Intenta, intenta. Pero se detiene. No va.*)

Modelo: El Viagra está en el tercer cajón del escritorio. ¿Te dije, no? ¡Si no tomás el Ginseng en la puta vida te vas a acordar dónde guardaste el Viagra!

Corte. Finaliza el interludio erótico para grandes audiencias.

(*Escena familiar. Urquiza toma mate, lee el diario y juega a las damas con uno de sus hijos. Sus mujeres cosen, bordan, preparan comidas. Todo es bucólico. Todo es hermoso en el Palacio San José. Urquiza se ve más envejecido. Aparece Ricardo López Jordán.*)

López Jordán: Buenas y santas, general.

Urquiza: Ricardito, tanto tiempo. ¿En qué andás?

López Jordán: Y... siempre haciendo algo por la causa federal.

Urquiza: Pucha que sos cabeza dura, Ricardito. Ya no hay nada que hacer por el federalismo. La organización nacional terminó con todo eso. ¿Y qué te trae por aquí, hijo?

López Jordán: Lo que le dije, general. Hacer algo por la causa de los buenos compañeros federales.

Urquiza: ¿Y qué podés hacer aquí, en esta casa de paz, por eso?

López Jordán: Matarlo, general.

(*Le clava un cuchillo entre las costillas. Urquiza se dobla de dolor. Cae de rodillas. Los familiares miran inmutables.*)

Urquiza: Carajo, Ricardito. Ahí duele. Me hubieras preguntado. Sé de estas cosas. Un poco más arriba. Aquí, ¿ves? Duele menos y uno se muere más rápido.

López Jordán: Pero es lo que quería, general. Que le doliera mucho. Y se muriera de a poquito. Sufriendo.

Urquiza: ¡Atención! Urquiza se muere. Silencio le hagan los cerros. Señor director: close up, por favor. Son las últimas palabras del general Urquiza.

(*Varios pibes canillitas cruzan la escena gritando desafortadamente: "¡Últimas palabras del general Urquiza!". Aparecen móviles. Micrófonos. Cámaras. De pronto, silencio sepulcral.*

Close up de Urquiza.)

Urquiza: Se dirá de mí que fui ambicioso..., pero nunca que me conformé con poco. Se dirá de mí que fui un traidor... pero nunca que me sometí a los míos. Se dirá de mí que fusilé

prisioneros..., pero nunca que los traté como maricas, sino como machos. Se dirá de mí que me vendí a Buenos Aires..., pero no les salí barato. ¡Bien cara supo vender su honra el general Urquiza! Se dirá que fui un putañero, que dejé preñadas a todas las mujeres de mi provincia..., pero nunca me desprecupé del crecimiento poblacional. Si uno dice "Gobernar es poblar"... ¡hay que poblar, carajo! Y yo solito me poblé toda la Mesopotamia. Se dirá que maté a mucha gente... y es cierto. Muero feliz. Viví para la grandeza. Me vendí caro. No me sometí a los míos. Nunca traté a un prisionero como a un marica, sino que lo fusilé como a un macho. Me voltié todo para poblar la patria de valientes como yo. Fui un hombre íntegro, sin contradicciones. Fui un traidor y un traidor. Fui un putañero y un putañero. Y ahora... me muero y, en efecto, me muero.

(*Muere. López Jordán le quita el puñal. Limpia la sangre y se va.*)

Recolector de Hechos: La verdad de la historia es una. Y esa verdad dice: Justo José de Urquiza nació en 1810 y murió en 1870. Derrotó a Rosas en Caseros. A Mitre en Cepeda. Se le acusó de haberse rendido sin necesidad en la batalla de Pavón. Pero también se dijo que fue ése el más grande acto de su vida. El de mayor generosidad, el de mayor desprendimiento por la causa de la unidad nacional. Persistió, sin embargo, la acusación de haberse vendido a los porteños. El 11 de abril de 1870 las fuerzas de su ex subordinado Ricardo López Jordán lo ultimaron en el Palacio de San José. Fue una gran figura de la patria grande. Del gran país que supimos conseguir. Buenos Aires. Digo... Buenas noches.

(*Escena irreal. Neblinoso. Urquiza, en el piso, agonizando, ensangrentado. López Jordán, facón en mano, se aleja lentamente.*)

Urquiza: Ricardito...

López Jordán: Sí, general.

Urquiza: Todavía me queda algo por decir. (*Gesto de dolor. Sangre en su pecho.*)

López Jordán: Diga, general.

Urquiza: Ricardito... la reputa madre que te remil parió.

López Jordán: Le falló su dios, general. ¿Recuerda? Sólo un dios puede salvarnos. Hoy no apareció para protegerlo.

Urquiza: ¡Qué va a aparecer, Ricardito! Dios está en todas partes... pero atiende en Buenos Aires. Y ahí. Ahí lo puse yo.

Recolector de Hechos: No son conocidas las últimas palabras del general Urquiza. Algunos dicen que dijo: "Muero, pero muero feliz. Me llevo el federalismo a la tumba". Otros, que dijo: "Alguna vez se sabrá que Mitre, en Pavón, me dijo: 'Justo José, acabo de recibir un cargamento inmenso de fusiles Remington y cañones Krupp. Regalo de mis amigos ingleses. Mejor rajate a Entre Ríos porque con todos esos fierros hasta yo te gano esta batalla'". Otros dicen que esa frase, pese a su interés histórico, no puede ser considerada *última* porque es demasiado larga. La última y más reciente versión que se ha conocido pertenece a un nuevo grupo que ha surgido en la política argentina. Se trata de la Organización Montoneros. Según ellos las últimas palabras del general Urquiza habrían sido: "Volveré y seré Perón". Se trata de una frase hermética y de dudosa verosimilitud. Nadie ha comprobado aún que ambos generales hayan llegado a conocerse. Se alegan cuestiones de asincronía histórica. ¿Cómo podría Urquiza nombrar al general Perón si éste habría de nacer 25 años después de su muerte y el 17 de octubre, afortunada fecha para el general de las 20 verdades justificialistas, habría de ocurrir recién en 1945, vale decir: 75 años después de la muerte del patriota entrerriano, que dio su vida por la organización nacional? Estamos, sin duda, ante un infundio de esta nueva organización que, esperemos, desaparezca lo antes posible de la escena nacional.

Fin de "Urquiza en Pavón".

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

(73) Cercanías de la
plaza del 25 (III)

IV Domingo 5 de abril de 2009

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

73 Cercanías de la Plaza del 25 (III)



hombre y ser a modo de provocación alternante nos muestra sorprendentemente cerca que de la misma manera que el hombre es dado en propiedad al ser, el ser, por su parte, ha sido atribuido en propiedad al hombre (...). De lo que se trata es de experimentar sencillamente este juego de propiación en el que el hombre y el ser se transpropian recíprocamente, esto es, adentrarnos en aquello que nombramos *Ereignis*” (Martin Heidegger, *Identidad y diferencia*, Anthropos, 1990, p. 85). En la *Carta sobre el humanismo* –1949, que funciona como respuesta al texto algo leve y veloz aunque siempre rico de Sartre, *El existencialismo es un humanismo*– Heidegger liquida al humanismo. “El hombre no es el señor de lo ente. El hombre es el pastor del ser. En este ‘menos’ el hombre no sólo no pierde nada, sino que gana, puesto que llega a la verdad del ser. Gana la esencial pobreza del pastor, cuya dignidad consiste en ser llamado por el propio ser para la guarda de su verdad” (Heidegger, *Hitos*, Alianza, Madrid, 2001, p. 281). La *Carta* termina con otra metáfora campestre, obra maestra del kitsch nacional-socialista de Heidegger: “Con su decir, el pensar traza en el lenguaje surcos apenas visibles. Son aún más tenues que los surcos que el campesino, con paso lento, abre en el campo” (*Ibid.*, p. 297). Sólo algo más: el otro texto sobre el que se arrojaron Deleuze y Badiou, por ejemplo, para elaborar el concepto de *acontecimiento* es el que aquí se ha traducido como *Acerca del evento*. “Evento” no es la palabra. Foucault la usa, en francés, de un modo que se acerca a “evento”, pues fue él quien primero teorizó sobre la cuestión, Deleuze y Badiou lo plagieron o, si prefieren, continuaron su senda. La noción heideggeriana de “acontecimiento” ya es decididamente zen: “En el esenciarse de la verdad del ser [Sein], en el evento y como evento, se oculta el último dios” (Heidegger, *Aportes a la filosofía, acerca del evento*, Traducción Dina V. Picotti C., Almagesto-Biblos, Buenos Aires, 2003, p. 37). Se trata de los célebres –para cierta clase de filósofos “contemporáneos”– *Beiträge*. Bien, en *esto* está la filosofía. Para disgusto de tantos heideggerianos y amigos de la French Theory pienso que el hombre es el amo de lo ente. Que el hombre hace y des-hace sobre la Tierra. Y, en efecto, como dice Heidegger en el reportaje de *Der Spiegel*, “esto en que hoy vivimos ya no es la Tierra”. No lo es. Y acaso pronto ni siquiera sea lo que ya no es, porque el amo de lo ente habrá destruido todo lo que hay por destruir. Al hombre no le ha interesado pastorear al ser ni ganar “la esencial pobreza del pastor”. El hombre –salvo el mundo de la filosofía académica– valora más sus armas de destrucción y los elementos energéticos que con ellas conquista mediante guerras horribles que cualquier posible encuentro con el “ser”, al que no conoce, al que ni Heidegger le vio la cara. El pensamiento de Heidegger sobre la técnica y su nacimiento en la modernidad con la subjetividad que Descartes centraliza en el cogito es correcto: eso es el capitalismo. El hombre capitalista sólo se concibe a sí mismo como amo de lo ente. Se reiría si le propusieran ser el pastor del ser. Entre tanto, todo este aparato cuasi místico del *Ereignis* ha logrado entronizar en la filosofía al lenguaje, a la semiología, al deconstructivismo. No se puede pensar la historia, ni el horror ni la tortura desde ahí. No se puede pensar la historia que este monstruo incontenible –el hombre *Amo de lo ente*– está constituyendo. El hombre –en tanto ser-para-la-destrucción– se ha centralizado y hace una historia que horrorizaría todavía más al Angelus de Benjamín (pensador que sí nos sirve para pensar estos tiempos apocalípticos). El ser es praxis. Es la praxis desbocada de los sujetos históricos que colisionan en una territorialidad –en un planeta– amenazado ya por los efectos de esas luchas. De Heidegger hay que conservar su primer gran libro: *Ser y tiempo* (1927). Porque es una antropología existencialista. Un estudio del hombre (*Dasein*, sin discusión alguna) que, al hacerse la pregunta por el ser, es el *ahí* del ser y el punto de partida de la ontología fundamental. Y sus análisis sobre el poder destructivo de la técnica, que retomó la Escuela de Frankfurt con mejores resultados y que Sartre y Foucault relacionaron, el primero con la lucha de clases y la explotación colonial, y el segundo

con el Poder y la resistencia al Poder, las conductas, a las que llega tarde pero llega. Perdón por esta nota extensa pero –creo– necesaria. Además, si uno se mete con Heidegger –el filósofo referente de toda la filosofía contemporánea y académica actual, menos la neopositivista– debe hacerlo seriamente. No sé si aquí tenía el espacio para eso. Remito siempre a mi libro sobre “el barro de la historia”, donde esa crítica tiene mayor desarrollo. Pero aquí necesitaba plantear un par de cuestiones para desarrollarlas a continuación. Pocas historias como el relato peronista del año ’73 explicitan la figura del hombre amo de lo ente, del hombre en tanto negación y hasta burla del pastoreo del ser, del hombre que, si de algo se apropiaba, no es del ser (en esa mutua propiación que es el *Ereignis* en el claro del bosque), sino de los entes a los que llama *armas*, que le permiten matar a los otros hombres y *Apropiarse del Poder*. Yo diría, aquí y sin arriesgarme demasiado, que en Foucault está clara una filosofía que hace del Poder el ser, lo Uno. De eso quiere apropiarse el amo de lo ente. Necesita organizar lo óntico (los entes en tanto armas, las cosas en tanto armas de tortura y destrucción) para matar a los Otros, pues el amo de lo ente, el ente antropológico o, sin más, ese ente al que llamamos “hombre” busca apropiarse del poder excluyendo al Otro, matándolo. No hay aquí eso que Emmanuel Lévinas llama *epifanía del rostro*: ver en el Otro mi mismidad y saber que sin el Otro no puedo acceder a ella. Lo que me hace responsable de ese Otro. Lo que me conduce al “no matarás”. (Ver *Totalidad e infinito*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2006.) ¿Vemos algo de todo esto en los asesinos del palco de Ezeiza que suben a ese joven tirándolo de los pelos? ¿Qué vemos en la violencia de los lenguajes bélicos del ’73? ¿Ahí mora el ser o ahí late, anunciándose sobre los otros, la Muerte? En suma, creo que se niega el humanismo porque no se le quiere ver la cara. El humanismo es la praxis histórica del hombre bélico que mata y no cesa de matar para apropiarse –no del ser– sino del Poder, y desde el Poder seguir matando. Esto es lo que se verá en los próximos textos que habrán de dedicarse a la violencia, a la praxis de apropiación, a la búsqueda del poder, al ejercicio de la muerte, a la más absoluta negación del Otro. Porque al hombre amo de lo ente no le importa su Mismidad. Le importa algo exterior a él y que su pulsión de conquista y de dominio y de muerte lo lleva a conquistar, a apropiárselo: el Poder. Creo que es ya inútil –aunque siempre necesario– preguntarse si el hombre debe o no matar: *El hombre no puede no matar*.) Para Horacio, “crear conciencia” era “movilizar”. La conciencia no era estática. La conciencia salía a la calle. Este “salir a la calle” era la militancia del sujeto práctico. Sin ese “salir a la calle” del agente práctico, de la conciencia que se creaba en tanto parte de la movilización de un pueblo, no había historia. No había estructuras. Desde luego que cuando “salía a la calle” la conciencia se encontraba con un “mundo” del que ya era parte, con una estructura que la sobredeterminaba, pero siempre, por medio de la movilización, de la praxis política humanizadora, era parte de una realidad que elegía y que, también, la elegía. Cuesta hablar de la praxis política sin hablar de la libertad del sujeto. Aun el más endeble perejil llevado a una movilización por el puntero de su barrio tuvo que elegir hacerlo, tuvo que elegir ser elegido.

¿QUÉ DIJO PUIGGRÓS CUANDO LO PUSO A KESTELBOIM EN DERECHO?

El otro gran tema es el de la *verdad*. Lo dijimos: ¿dónde está la verdad? La verdad no existe, la verdad se crea. La verdad se conquista y se impone a las otras verdades, silenciándolas, negándolas. En ese mismo número de *Envido*, en el artículo *Cooke, peronismo e historia*, aún con 29 años, yo escribía: “Ante el hecho histórico no hay sino posturas interesadas, porque aun estos mismos hechos están tejidos por intereses. ¿O es que acaso hay alguno que no exprese la práctica política de una clase social o un movimiento de liberación? Que la batalla de Caseros tuvo lugar en febrero de 1852, es algo que nadie

discute. Es una ‘verdad histórica’, si se quiere, pero no sirve de mucho. Lo que sí está en juego es la interpretación y el sentido final de esa batalla, pues la *verdad histórica es también una práctica y una conquista política*” (*Envido*, N 8, p. 24, cursivas mías). El texto habrá sido escrito en febrero de 1973. Nunca había leído a Foucault. Menos sus ideas acerca de la relación entre poder y verdad. *Nietzsche, la genealogía, la historia*, gran texto de Foucault, es de 1971. *Los intelectuales y el poder* (un diálogo con Deleuze), de 1972. La conferencia sobre Nietzsche y la crítica del conocimiento, que forma parte de *La verdad y las formas jurídicas*, es parte de las conferencias que dio en Brasil entre los días 21 y 25 de mayo de 1973. Asumía Cámpora y Foucault estaba en Brasil hablando de la verdad y el conocimiento en Nietzsche. Mencione estas cuestiones en la Universidad de Maryland en 1984 y el cáustico Halperin Donghi dijo, después, cuando yo menos me lo esperaba: “Feinmann se jacta de haber inventado a Foucault”. Buen chiste, pero no es así. Quiero decir que junto a la militancia política (y en medio de una esperanza histórica sin tantos fundamentos como creíamos: éramos jóvenes y ser joven es, en buena medida, eso: creer sin muchos fundamentos, a veces sin ninguno) trabajábamos seriamente el nivel teórico de esa praxis. Esto no se sabe. O se ha olvidado. O todo se organiza para no recordarlo. Hoy, a Horacio, el que escribió el formidable texto que cité, un periodismo amarillista e ignorante (creo que se atreven a agredir a David Viñas porque, sin más, no saben quién es, de quién están hablando: nada menos que del maestro de una generación) lo acusa de recibir dinero del Gobierno por ser funcionario. A mí, aunque soy un “inorgánico”, de ser algo casi semejante por mi programa *Filosofía, aquí y ahora*, que exhibe el excepcional Canal Encuentro y que ha llevado por primera vez la filosofía a la televisión para beneplácito de muchos: lo sé porque esa gente me lo dice. Injurian con liviandad a Ricardo Forster, a Tristán Bauer o a Horacio Verbitsky, que se encuentra a distancias siderales de ellos como el formidable periodista que es. No importa. Lo que me importa decir es que –con el camporismo– se acercó al gobierno una generación de intelectuales políticos que teorizaba sobre su praxis en tanto se entregaba a ella. Esa generación no “asaltó” (un término nacional socialista: tropas de asalto; también la palabra clave del importante libro de György Lukács contra el irracionalismo nietzscheano y nacional socialista: *El asalto a la razón*) a las universidades – como horriblemente dice Andrew Graham Yooll, comparando la gestión que inauguró el viejo historiador y politólogo marxista y luego peronista Rodolfo Puiggrós con la “noche de los bastones largos”, sino que les impuso sin duda un desorden inevitable pero creativo. Fue *Cabil-do* la revista que pidió antes que nadie la “intervención de las universidades”. Luego, *Gente*. Más o menos con los mismos argumentos que un apasionado antifascista como Andrew: *El imperio del desorden*. Hubo una respuesta impecable de Juan Carlos Portantiero –que fue parte de esa Universidad, aunque nada tenía que ver con la juventud peronista– en la que explicitaba que la burguesía y la oligarquía jamás podrían entender el sentido profundo de la palabra *desorden*. Que, en buena hora, se habían desordenado las universidades. Ya lo veremos mejor. Pero la Jotapé había asumido su tarea en la Universidad como una tarea de des-orden: se trataba, precisamente, de cambiar un Orden por otro. Nada pudo impedir que el nazi Alberto Ottalagano –no bajo Perón, sino bajo López Rega e Isabel– fuera nombrado amo y señor de las casas de altos estudios. ¿Cómo iba a seguir Puiggrós? ¿Saben qué dijo Puiggrós cuando lo puso al brillante Ricardo Kestelboim como decano de la Facultad de Derecho? Es una joya. Una frase digna de un tiempo de antagonismos y tormentas cotidianas: “Lo puse porque es un revolucionario en una facultad de conservadores. Lo puse porque es un judío en una facultad de antisemitas”.

Colaboración especial: Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

La Plaza del 25: el
cielo por asalto

IV Domingo 12 de abril de 2009

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

74 La Plaza del 25: el cielo por asalto



SE PROHIBE TOMAR EL CIELO POR ASALTO

La frase *el cielo por asalto* es la más hermosa que escribió Karl Marx. “Estos parisienses que toman el cielo por asalto.” No es parte de *El capital*. Ni de los *Gründrisse*. Ni del *Manifiesto*. No podría serlo: surge, como una estrella jubilosa y única, de un hecho posterior a la redacción de esas obras maestras. No pertenece a un libro. Está en una carta que le escribió a su amigo Kugelmann, desde Londres, el 12 de abril de 1871. Apesta para el paladar de los anticomunistas. Es una frase subversiva. Tomar el cielo por asalto es apoderarse del poder de la sociedad burguesa, es ponerlo en manos del proletariado y, desde ahí, partir en busca de una sociedad más justa, sin desigualdades. Como la esencia del capitalismo es la desigualdad, tomar el cielo por asalto es quebrar su lógica y trastocarla por otra que proponga la igualdad entre los hombres. La política, la jurídica y la económica. “El cielo” es la sociedad capitalista porque ésta siempre se ha postulado como “lo mejor”. O lo “menos malo”. O, de todos los mundos posibles, como postulaba Leibniz y lo burlaba Voltaire, el mejor de todos, el que Dios nos ha cedido generosamente luego de haber analizado a los otros y descubrir que éste, el nuestro, es el superior y entregárnoslo. Tomar “el cielo por asalto” es adueñarse de él. Hacerlo propio. Ahora, el cielo es nuestro. De quienes hemos vivido casi en el infierno o, sin más, en él. Se nos hacía difícil pensar que esto podía ocurrir. Siempre nos parecieron demasiado poderosos los dueños del cielo. Siempre nos enseñaron que era de ellos, que les pertenecía por derecho divino o por linaje histórico o por tener las armas necesarias para defenderlo de cualquiera que se lo quisiera arrebatar. De esta forma, hemos aprendido las reglas del cielo. El cielo no se toca. El cielo tiene dueño. Cualquier intento de cuestionar el orden que reina en el cielo será castigado severamente, con la vida a veces. Prohibido escupir en el cielo. Robar es escupir en el cielo. Negarse a cumplir las órdenes de las autoridades constituidas es escupir en el cielo. No trabajar es escupir en el cielo. Quejarse por el salario recibido es escupir en el cielo. Matar –sobre todo a un miembro de la clase poseedora, de la clase superior– es escupir en el cielo. Desobedecer cualquier orden de un policía es escupir en el cielo, ya que en todo policía se encarna el orden celeste. Al cielo también se le dice patria. La patria es de todos. Todos pueden habitar en ella. Pero su suelo y la administración de sus cuestiones esenciales corresponden a los dueños naturales del cielo. El cielo –en su modalidad de “patria”– puede entrar en conflicto con otras “patrias” o “países”. A eso se le dice “guerra”. Ahí, todos –menos los que conducen el cielo y son sus grandes propietarios– deben defender el cielo. Defender el cielo es defender la patria. Defender la patria es ser un patriota. Es muy frecuente que un patriota tenga que morir por la patria. Tenga que morir por el cielo. Se le adjudicará un emotivo reconocimiento por su valor y su heroísmo, pero nada que pertenezca al cielo. Los dueños del cielo serán siempre los mismos. O sus socios, o sus familiares o sus descendientes. Hombres de sana ambición y laboriosidad pueden llegar a compartir algo del cielo con sus dueños, siempre que éstos lo encuentren beneficioso para los intereses del cielo, que son los de todos, los de la patria. Pero propiedad de los poseedores del cielo. El cielo tiene propietarios. Cada vez hay menos propietarios y más no propietarios. Esta desigualdad es propia del cielo. Al ser el derecho de la propiedad el elemento esencial del cielo no todos pueden ser iguales en él. Algunos tendrán muchas propiedades, otros tendrán menos y la enorme mayoría no las tendrá. O tendrá sólo las necesarias para su subsistencia, sin la cual no podrían trabajar para los poseedores del cielo. Se ha comprobado que los muertos no trabajan. El cielo tiene creencias en las que todos deben creer, leyes que todos deben cumplir y una jerarquía que nadie debe alterar. Todo ser humano puede ser feliz en el cielo. Sólo tiene que aceptar el lugar que en él le ha tocado. Algunos, como se ha visto, pueden modificarlo. Sólo algunos. Cuando son muchos los que quieren modificar el orden del cielo, sus naturales poseedores consideran esa acción como la más perniciosa para el cielo, pues quiere subvertir el orden que en él reina. Reaccionarán con extrema violencia. Porque subvertir el orden que reina en el cielo es la acción más destructiva que pueda emprenderse contra él. Quienes lo hagan morirán o serán sometidos a terribles castigos de los que tal vez no salgan con vida. Es decir, también morirán. Subvertir el orden del cielo, pretender apoderarse de él, asaltarlo por medio de la fuerza y las ideas perniciosas, es pretender matarlo. ¿Qué otra cosa sino la muerte merecen quienes perpetren semejante agravio? Se prohíbe asaltar el cielo. Está terminantemente prohibido tomar el cielo por asalto.

TOMAR LA CASA DEL PODER

La llamada “historia argentina” está tramada para cantar loas a los sectores sociales que hicieron la patria (o la *casa*) y a desdeñar a quienes quisieron hacerla de otra manera, fue-

ron derrotados o exterminados, pero obstinadamente volvieron al ataque bajo nuevas caras, nuevos ropajes, nuevas ideas. La *casa* nunca estuvo segura. La *casa* se asume como tal (aunque con gran cautela: enmascarada, con la máscara de Fernando VII) a partir de mayo de 1810. Esos pasos son, sin embargo, algo caóticos. Lo eran esos hombres que encarnaron un proyecto que no tenía en el país bases sociales. Eran hijos ideológicos del jacobinismo francés pero no tenían una burguesía revolucionaria. Había aquí una mera burguesía comercial pro-británica. Unos latifundistas que buscaban mercados más prósperos que los de España. Y una clase de burócratas que respondían a la corona española. Fueron éstos los más desplazados. Lo demás quedó en pie. La revolución fue impopular en las provincias. Y yo le creo más al Alberdi de los *Póstumos* que a todos los otros teóricos que leo desde 1968, época en que me consagré, luego de haberlo hecho de niño, a estudiar nuestra historia. Con la Revolución de Mayo se suplanta el poder español sobre Buenos Aires por el de Buenos Aires sobre las provincias. Creo –y perdón si insisto en esto– que Moreno, Castelli y Belgrano fueron hombres muy lúcidos, inteligentes. Supieron ver por dónde se derivaba la historia. No era tan difícil. La lenta, perezosa Corte española, atiborrada por el goce (aunque sin saber nada de Lacan), por el oro fácil de las colonias, que los piratas ingleses se robaban para entregar al Imperio y a las industrias británicas, queda atrás, lejos, en el atraso. Sarmiento es el más brutal juez de España. Nada, no hay nada para él en la península. 500 años de Inquisición achicaron el cerebro español. Y se acabó. Que no le vengan con esos inventos de los ultracatólicos nacionalistas sobre la nueva España, las Cortes, Jovellanos. No, España es el pasado. Es increíble que todavía se vea en los hechos de Mayo una revolución. Si subirse al movimiento dinámico de la modernidad capitalista fue una revolución, entonces lo fue. Eso hicieron Moreno y los suyos. Las provincias eran godas. Liniers bonapartista y también amigo de los godos locales. El héroe de la Resistencia lo había sido de la resistencia española. No quería América para los ingleses, sino para España. A fusilarlo sin asco. En cuanto a las provincias, invadir las. Ese día –dirá Alberdi y dice bien– comienza el poder de Buenos Aires sobre las provincias. Buenos Aires, la nueva metrópoli. El interior, la nueva colonia. La economía funcionaría como complementaria de las industrias británicas. Y la cultura vendrá de Francia. Basta, esto ya se sabe. No lo discuto más. ¿A Moreno lo mataron en alta mar? ¿Quién, el comandante británico de la nave? ¿Para qué? Moreno hasta había llegado –en el célebre *Plan de Operaciones*– a cederle la isla de Martín García a Inglaterra. Puede que Saavedra, que no lo quería ver más, haya arreglado su muerte. Pero Saavedra no era, políticamente (sí en el estilo, el carácter, la inteligencia, el temperamento), demasiado distinto a Moreno. No había mucho para elegir. ¡Era tan evidente el camino ya trazado! España era el atraso. Inglaterra y Francia, el tren de la modernidad capitalista y burguesa. La *casa* la toman los “bárbaros” en 1820 y nuestros libros de texto lo dicen: *la anarquía del año 20*. ¿Cómo no será el 20 el año de la anarquía si en él los federales se adueñaron de Buenos Aires? Tres gobernadores en un día. Y Belgrano que muere porque –es la leyenda– tiene un corazón muy grande. Muere de puro bueno que era. Ya que nadie duda de que hay una relación de hierro entre el corazón y la bondad. Ergo, el que lo tiene muy grande es un hombre casi santo. El tamaño siempre importa. Se habrá tratado de una dilatación cardíaca mal tratada. Pero la metáfora boba está siempre lista. Si en estos días hemos agregado a Alfonsín al santuario de los puros, Belgrano hace tiempo que lo ocupa. Sus últimas palabras revelan cuánto amó a su patria. Si uno le dedica a la patria sus últimas palabras sin duda la ha amado ilimitadamente. Se dice que esas palabras fueron: “¡Ay, patria mía!”. Ahora, un escritor que escribe para la clase media argentina, en un texto al que califica (con orgullo, pues es un llamado a la acción contra un gobierno que ni él ni su clase toleran ya) de “panfleto”, dice que Belgrano no dijo “¡Ay, patria mía!” sino “¡Pobre Patria mía!” (“Patria” en mayúscula para marcar la enormidad de lo que está en peligro, de lo que hay que defender. La enormidad, en suma, de la lucha que los buenos argentinos deben iniciar.) “¡Ay!” es apenas un suspiro. Un lamento. De impotencia. La impotencia de un moribundo. “¡Pobre Patria mía!” es también un lamento pero en él late la furia, la “bronca” como escribe el autor, el impulso de la acción, de cambiar esto, la “pobre” situación de la patria. Su libro marchará a la cabeza de las listas de best sellers durante largo tiempo. Es un libro-cacerola. Escrito para hacer ruido. Para la clase media. Podríamos –brevemente, en otro lugar lo haremos con más detalle– hacer una *ontología de la clase media argentina*. El rasgo original de esta ontología es que está vehiculizada por el deseo. Porque la clase media, mal que le pese, es *lo que es*. Uno que otro de sus integrantes podrá trepar. Aunque –y esto la aterroriza– demasiados pueden descender. Pero su esencia es parmenídea: *es lo que es, no es ni será lo que no es*. Esto no le impide el

deseo, que es siempre frustración. Porque hay algo que es (su ser) y no desea ser. Hay algo que no es y tampoco desea ser. Y hay que no es ni será y éste es el ser que desea.

Es así:

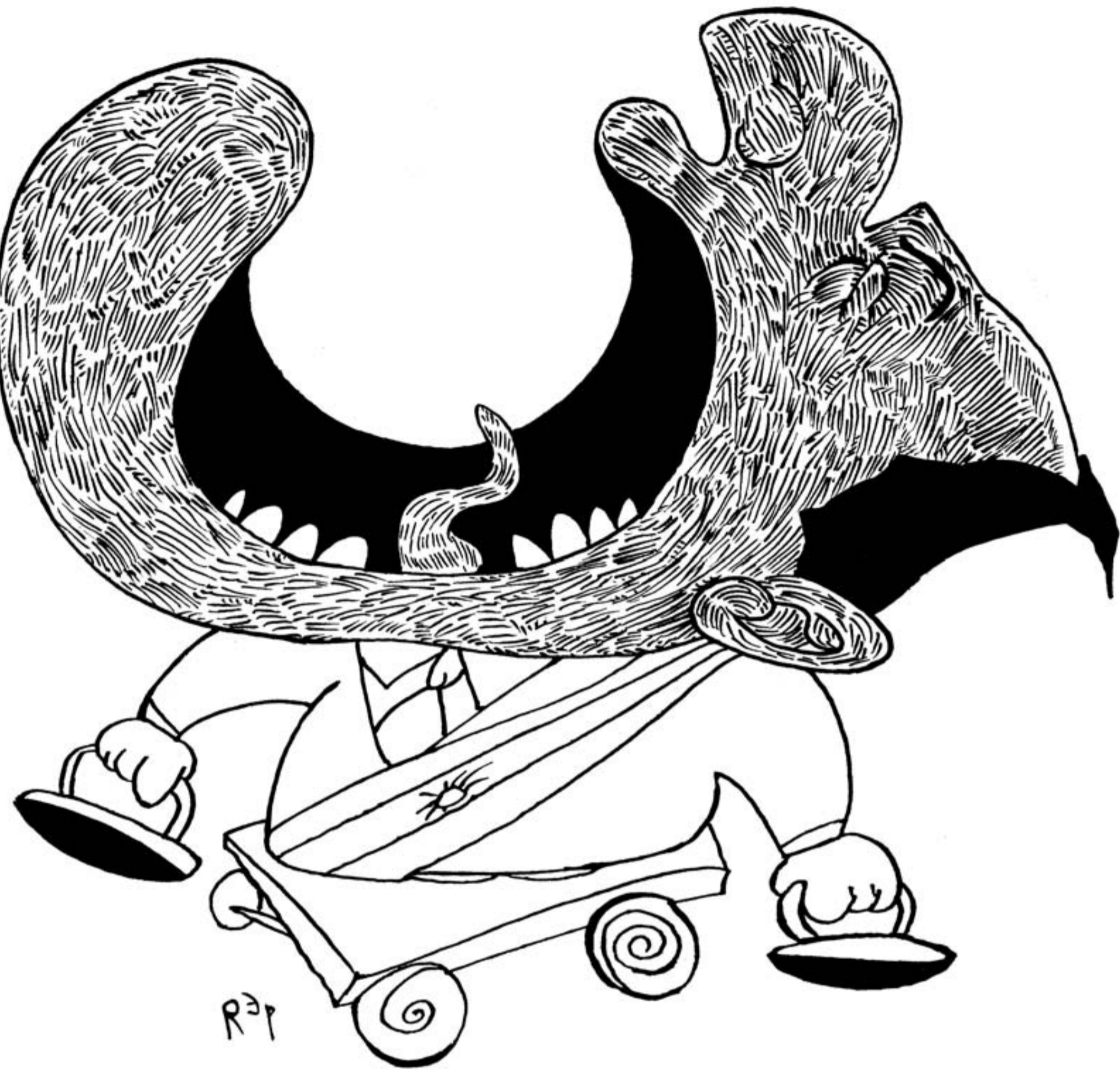
La clase media argentina:

- 1) *No desea ser lo que es.*
- 2) *No desea ser lo que no es.*
- 3) *Desea ser lo que no es ni será.*

Brevemente:

- 1) La clase media no desea ser clase media.
- 2) La clase media no desea ser pobre. No desea ser grasa. No desea ser negra. No desea ser clase obrera.
- 3) La clase media desea ser lo que jamás será: clase alta.

Estamos entrando en el tema fundamental para entender nuestra historia: *la metáfora de la casa tomada*. En 1826, Rivadavia manda su Constitución iluminista al Interior y fracasa. Peligro: al no aceptarla acaso los caudillos asalten la *casa*. La *casa reside en Buenos Aires*. Desde ahí se hace fuerte. Se sabe: Ibarra, caudillo de Santiago del Estero, recibe al enviado rivadaviano, que viene con galera y fraque en una tardecita santiagueña de 45 grados a la sombra, en calzonzillos. ¡Horror! Ya Sarmiento dirá, en *Facundo*, que cuando Abdul Medjil, sultán de Turquía, quiere recibir adecuadamente a los enviados del Imperio Británico, se saca el caftán y se pone fraque y galera, aceptando la civilización de Occidente. Pero Ibarra no. Y Facundo tampoco. El que amenaza con tomar la *casa* para los federales porteños en alianza con los del Interior es Manuel Dorrego. Aquí: Lavalle. Consejos de Salvador María del Carril y de Juan Cruz Varela. Del Carril escribe su gran frase: “General, una revolución es un juego de azar en el que se gana hasta la vida de los vencidos”. (Cito de memoria. El que avisa no es traidor. Cotejar las citas.) Lavalle fusila a Dorrego. Y el que toma la *casa* es Don Juan Manuel de Rosas. Que la toma para él, para los saladeristas bonaerenses, un poco para las industrias del interior (es un exceso decirles industrias, pero protegidas y con el mercado comprador de Buenos Aires, que no tuvieron, vaya uno a saber qué pasaba). Se aguantan a Rosas ¡22 años! La *casa* la toma Urquiza. Pero no es para él. Al final, el patriótico caudillo entrerriano, en un gesto que lo enaltece ante la Historia y lo llena de oprobio ante sus compañeros federales, le cede a Mitre la batalla de Pavón (según hemos visto en el análisis más riguroso de este libro: la obra en un acto breve *Urquiza en Pavón*) y Mitre se hace el banquete. Ahí tienen ustedes al burgués conquistador en acción. Se acabó, señores. Toleraos 22 años de Mazorca. Lo toleramos a Urquiza. No vamos a tolerar al resto de las montoneras y menos si se unen al Paraguay de López. Todo es muy sencillo: Mitre no inventa nada. Esto ya lo hicieron los ingleses en la India, el Mariscal Bugeaud en Argelia y los norteamericanos en la conquista del Oeste y la derrota del Sur monocultivista, esclavista y algodónero. Mitre declara la *guerra de policía*. Hay que asegurar la *casa*. “Guerra de policía” significa tratar al enemigo como mero delincuente, no concediéndole los derechos de la guerra. Se los fusila donde se los encuentra, se les corta la cabeza y la de sus caudillos se clava en una pica. Aquí se dicen esas frases que –según los historiadores liberales– no hay que citar. Que Mitre dijo: “Si Sandes mata gente, déjenlo. Es un mal necesario”. Ambrosio Sandes era un homicida paranoico de origen uruguayo que liquidaba gauchos como si fuera Pol Pot o Idi Amin. Y Sarmiento dice la suya, tan conocida, ésa que algunos dicen que debe estar quitada de contexto. Como si pudiera estar en algún contexto que le hiciera no decir lo que dice: “No ahorre sangre de gauchos. Es lo único que tienen de humano esos bípedos”. Liquidados los gauchos, arrasado el Paraguay, sólo quedaban los indios. Aquí, Roca. Y la tierra para todos los “atalivas” de este mundo. O no: para los “atalivas” de Roca. Hay que leer a Bayer en estos temas. (También a Viñas, pero al maestro David le vamos a dedicar unas líneas más adelante, acaso en el próximo capítulo, por sus aportes a la temática del indio y porque es necesario señalar su condición de intelectual como ya casi no queda uno. Porque está donde siempre que lo buscamos estuvo. Nunca uno preguntó: “¿Dónde está David Viñas?” y le dijeron: “Ya no vive aquí. Se mudó. Búsquelo en la vereda de enfrente y lo va a encontrar.”) Ataliva era un pariente cercano de Roca al que éste le cede miles de hectáreas quitadas a los indios. No se las da a los colonos. Se las da a sus parientes. En lugar de un país con colonos laboriosos, como el Oeste de Estados Unidos, se crea una gran llanura de ociosos latifundistas. La *casa* está en orden y la Argentina ensangrentada. Roca presidente. Juárez Celman, unicato y corrupción. Cané, Ley de Residencia. ¿Por qué? Porque del universo ultramarino viene una terrible amenaza para los propietarios del país. *La chusma ultramarina*. Los inmigrantes. Los anarcos. Los ácratas. Mierda pura llena de ideas disolventes. ¿Por qué Europa no nos mandó esa colonia alemana o galesa que Sarmiento describe en *Facundo*? ¿Por qué no nos mandó al menos a los hijos de los obreros ingleses que Alberdi, en cristalina frase, dijo que ellos, esos obreros, valían 10 veces más que el gaucho argentino y el



cholo chileno? La *casa*, otra vez, corre peligro. Si *Gobernar es poblar*, poblar es llenar el país de basura, de indeseables, de prostitutas, de revoltosos, de anarco-sindicalistas. ¡Otra vez el Otro! Porque hay que decirlo ya: *el que va a ocupar la casa, el que se propone tomarla, es siempre "el otro"*. Nosotros, los dueños de la *casa*, somos nosotros. Nos reconocemos. Por la ropa. Por la elegancia de nuestros modales y costumbres. Por nuestro linaje. Nos miramos las caras y nos vemos a nosotros mismos. ¡Oh, qué espectáculo tan agradable! Es el *entre nos* de Mansilla. También nuestros sirvientes son nuestros. No son ya la chusma negra y delatora de los tiempos de Rosas. No, son paisanos y paisanas amansados. Obedientes. Forman parte (subalterna, claro) de la familia. En cambio, la *chusma ultramarina* es temible. Primero, al *Hotel de Inmigrantes* con ellos. Ahí hay que enseñarles las primeras lecciones. Que no crean que vienen a un país que les pertenece. Este país tiene dueño. Somos nosotros. Los verdaderos argentinos. Los dueños de la *casa*. Los que la hicimos y los que la vamos a defender a morir ante cualquier asalto. La *casa* es el cielo. Es nuestro cielo. El cielo de las clases patricias, de las clases poseedoras. Recuerden. Si no la quieren pasar mal recuerden siempre esto: está terminantemente prohibido tomar el cielo por asalto. Todo aquel que lo intente, morirá. No por alguna maldición. No porque algún dios nos proteja. No porque esté escrito en ninguna parte. Simplemente morirá porque nosotros lo vamos a matar. Sería deseable que esto fuera entendido profundamente. Porque, aunque no nos molesta matar, tampoco nos gusta y

la *casa* se ensucia de sangre, y hay que andar limpiándola y de la sangre derramada siempre algo queda, en nosotros (algunos somos sensibles y las caras de los muertos fastidian nuestros sueños) y en los herederos de los muertos que suelen entregarse a la inútil pero (para ellos, al parecer) necesaria tarea de vengarlos. Este decurso de sangre derramada y venganza por la sangre derramada hay que cortarlo. Tenemos que saber *asimilar* a los vástagos de los que ayer matamos. A eso le llamamos *diálogo*. Y es algo que ejercitamos: 1) Cuando nos sentimos débiles; 2) Cuando queremos ordenar la *casa* y dotarla de una fisonomía institucional, democrática, republicana. Aquí suplantamos el *exclusionismo* de nuestras guerras por el *inclusionismo* de nuestros proyectos de paz, e integración. Siempre queda claro: los integramos, pero la *casa* es nuestra. Los dejamos entrar, votar, trabajar y hasta divertirse. Pero sólo eso. El sagaz Roque Sáenz Peña —supongamos— lo llama a Hipólito Yrigoyen. “Vea, amigo —le dice—, tenemos que integrarlos. Ustedes ya son muchos y nuestra generosidad es grande. Les vamos a prestar la casa. A prestar, eh, don Hipólito. No se hagan ideas locas. Ustedes, los radicales, son gente de orden. Toda esa gente tendrá que formar un colchón entre nosotros y el bajo pueblo. Será una clase media, me entiende. Usted, ahora, la representa. Dicté una ley electoral que lleva mi nombre. No habrá fraudes. Si usted gana administrará la casa por el plazo fijado. Hay cosas que también están fijadas, don Hipólito. Usted lo sabe. Ideas disolventes, no. El cielo es y será nuestro. Pero ya que los trajimos, ya que son más que nosotros casi, adelante,

gobierne nomás. Pero recuerde que su partido, si bien fue fundado por Leandro Alem, también fue fundado por el glorioso general Mitre. Deberá siempre llevar su espíritu en las entrañas como límite irrefutable a cualquier posible desborde”. Yrigoyen y los radicales administran la *casa*. Pero el Otro, el invasor, el asaltante del cielo, el que no se somete a sus leyes, otra vez aparece. Los obreros de los talleres metalúrgicos Vasena, propiedad de capitales ingleses —¿qué otra cosa si no británico habría de ser un taller metalúrgico?—. La oligarquía nativa viajaba a París y su existencia fácil era el fruto de la generosidad de la tierra—, congelan con una huelga total a la ciudad de Buenos Aires, luego de una represión policial que costó muchas víctimas. ¡La *casa* está en peligro! Su funcionamiento se altera. Hay, para colmo, centrales obreras, lugares en que se juntan los inquilinos de la *casa* y elaboran planes subversivos. “Oiga, don Hipólito: o hace algo o lo tiramos y nos hacemos cargo nosotros. ¿O no lo pusimos para que administre la *casa*? Administrarla, para nosotros, es, ante todo, mantenerla en orden.” Yrigoyen lo llama al jefe de Campo de Mayo, general Luis Dellepiane. Y don Hipólito, con esa parquedad que tal vez lo hiciera sentirse inocente de todo, le dice a Dellepiane: “Hágase cargo, general”. Además de Dellepiane hay muchachos bravíos de las clases garcas (qué lindo suena “garca”, aprendí su uso implacable en las páginas de *Barcelona*, aunque no siempre lo usan en el sentido que más me gusta, por ejemplo: “los ‘garcas’ siempre te ‘garcan’” o “a este país no lo hicieron los ‘garcas’, lo ‘garcaron’ los ‘garcas’”, porque los “garcas” vinie-

ron a este mundo para “garcar” a todos los demás, o peor aún: la Historia de la Humanidad es la historia de cómo los “garcas” “garcaron” siempre a quienes no fueron “garcas” sobre todo haciéndolos trabajar para ellos, y siempre que no quisieron los “garcaron” a palos) que se organizan bajo la batuta del supremo “garca” Manuel Carlés. La Liga Patriótica recorre las calles dispuesta a “garcar” a palazos a los obreros insurrectos y a los judíos. ¿Por qué a los judíos? Porque los “garcas” dicen que los judíos, a los que ellos llaman “rusos”, son comunistas. ¿O la “revolución rusa” no es “rusa”? (Así de brutos eran estos miserables, estos vándalos de los hogares patrios.) Se les unen las clases medias. Invaden el barrio del Once y se produce el primer pogrom argentino. (Fijate, Marcos, quiénes fueron los primeros que “garcaron” a palos a los judíos como vos: los padres y abuelos de los “garcas” para los que trabajás ahora. ¿Vos creés que te respetan? ¿Vos creés que hay un solo “garca” que respete a un judío?) Hay un chiste memorable. Que expresa además hasta qué punto llegó el cuidado de la *casa* en manos de los “garcas”. ¿Si hasta chistes se hicieron! Seguro que lo inventó algún buen judío al que molieron a palos. El chiste es así: están los “garcas” de la Liga Patriótica cerrando la entrada al barrio del Once. Dejan salir a un “ruso” que necesita comprar algo de comida. Al rato, el “ruso” vuelve. Hizo su compra: trae un paquetito. Pero, atemorizado, se detiene. Ve que los “garcas” de Manuel Carlés hicieron una doble fila y están con palos. A cada “ruso” que quiere entrar al barrio le ordenan: “Diga ‘nueve’”. “Noive”, dicen los pobres rusos. Y los “garcan” a palazos. Nuestro “ruso”, que ha aprendido a sobrevivir, ensaya durante una hora: “Nue-ve. Nue-ve. Nue-ve. Nue”. Decidido se encamina hacia el piquete “garca”. “¡Quiet ahí!”, le ordenan. El “ruso” se detiene. “Diga ‘nueve’”. “Nueve”, dice claramente. “¿Qué lleva en ese paquete?” “Goivos.”

MAYO, 1973: EL CIELO CON LAS MANOS

La *casa* quedó en orden pero llena de sangre. El episodio pasó a la historia como la Semana Trágica. ¿Cómo se atreven, cómo se atreven esos rojos y esos rusos a alterar las reglas del orden que rige la *casa*? Hay casi 700 muertos y más de dos mil heridos. Luego la cosa se repite en la Patagonia. No era un territorio tan lejano. Estaba al cuidado de pocas y buenas familias y de los amigos ingleses, todo organizado por la Sociedad Rural Argentina. Roca había visitado Santa Cruz y también Roque Sáenz Peña. El episodio es conocido. Los Menéndez y los Braun y todo el resto del garcaje (elimino las comillas a esta palabra, queda incorporada a los más altos niveles expresivos de la lengua nacional) piden la intervención del Ejército. Peligra la *casa*. Yrigoyen, una vez más, le dice a un militar: “Vaya y hágase cargo”. Las matanzas de la Patagonia expresan la transparencia más plena de nuestra historia. Un gobierno que representa a las clases medias, al que se le dio la *casa* para administrar y para integrar al sistema a los inmigrantes, tiene que cargar con las matanzas de un coronel extraviado, de un paranoico, porque no lo puede contener ni tiene demasiadas convicciones para hacerlo. La *casa* está en el Sur. En los territorios que Roca conquistó para el hombre blanco argentino. Esa *casa* está en manos de nativos y de ingleses. Los que quieren, no asaltar el cielo pero sí tener derechos son obreros del lugar y chilenos, muchos, demasiados chilenos. Se mezcla todo: el odio de clase, el racismo, la xenofobia. Así se defiende la *casa*, qué joder. Así volveremos a defenderla siempre que haga falta. Y así lo hicieron.

El resto lo vimos. El “aluvión zoológico” es un momento de gran temor. Otra vez el Otro: el diferente, el negro, el grasa, el bruto, el ignorante. ¿Cómo se le va a ceder la *casa* a esa gente? Este país no se hizo para eso. Es un país de gente bien. “Cerramos el círculo y velemos sobre él”, decía Cané. “Los argentinos cada vez somos menos.” Después, el peronismo. Una pesadilla. La fiesta del Monstruo y de los mons-

truos que lo adoraron. A darles con los Gloster Meteor. Y después 18 años buscando mantener la *casa* en orden sin ese general indigno y sin ese pueblo que lo sigue de bruto que es. Porque así son los negros: son brutos. Si por lo menos lo siguieran a Alfredo Palacios. A Repetto. A Américo Ghioldi. A la señora Moreau de Justo. Pero no: siguen a una hetaira y a un vicioso, a un corruptor de menores.

Llegamos a la Plaza del 25 de mayo de 1973. Asume Cámpora en presencia de Dorticós y Salvador Allende. ¡Han tomado el Gobierno! ¡La subversión tiene el Gobierno en sus manos! ¡La guerrilla gobierna el país! Y toda esa gente que llena las calles de la ciudad y de todas las provincias está feliz, salta de alegría. Quiero ser claro. Aún tengo que demostrarlo. Pero quiero decirlo ya: *nunca las clases oligárquicas, los grupos financieros, la iglesia y el ejército se sintieron tan agredidos como en esa jornada. Nunca habían perdido hasta tal extremo el control de la “casa”*. El 25 de mayo de 1973 se estuvo *demasiado* cerca de asaltar el cielo. O se lo asaltó como nunca antes se lo había hecho ni se volvería a hacer. Eso lo hizo la izquierda peronista. Eso lo hizo toda la gente que fue a esa plaza porque estaba harta de gobiernos de garcas y militares o de gobiernos civiles cómplices o débiles y complacientes. Nunca se vio en los balcones de la Rosada a un hombre como Salvador Allende. Que eso lo hizo la izquierda peronista significa que eso *no lo hizo* Perón. Tampoco jóvenes idiotas que creían ciegamente en él. Tampoco jóvenes que no sabían qué era el peronismo. *Ellos eran el peronismo. Ellos fueron la cara más combativa del peronismo*. Fue la interpretación que una década de rebeldías, que valoraba la violencia en la lucha política como algo normal, dio de un fenómeno del pasado: el peronismo. ¿Qué importa lo que pensara Perón? ¿Era Perón el dueño del peronismo? Esa generación lo interpretó de acuerdo con los signos de su tiempo y lo llevó adelante. Y hasta se encontró con un veterano, con un viejo conservador del Partido, que creyó en ella y la siguió: Cámpora. El cielo estuvo ahí: al alcance de la mano. Fue, también, el gran momento histórico de la clase media. Porque los grandes protagonistas fueron los hijos de la clase media antiperonista que se rebelaron contra sus padres, contra todo lo que les habían dicho desde que vinieron al mundo. Que se rebelaron porque los jóvenes son así: no obedecen a los padres. Salvo los que los heredan en la conducción de sus empresas. En fin, éstos. Pero la Jotapé era una multitud incalculable de jóvenes y no tan jóvenes que, como la Comuna, quiso tomar el cielo por asalto. Y asustó al poder como nadie en la Argentina. El día de la plaza del 25 los amos de la Argentina se preocuparon como nunca. ¿Así que “izquierda” y “peronismo” son antagónicos? Basta de pavadas. “Perón” e “izquierda” acaso no se lleven bien. Pero la izquierda peronista no fue una construcción de Perón. Buscó su respaldo para validarse ante las masas. Pero hizo su propio “peronismo”. Como lo hizo Evita. O Cooke. O Vandor. O López Rega. O Menem. (Con Kirchner propondría analizar si no es una versión siglo XXI, unida a otros proyectos similares en América latina, de los ideales de la izquierda peronista, no de su ala violenta, sino de su militancia de superficie, de su vocación social.)

Hubo más gente de izquierda ese día que en todo el *Diccionario* de Horacio Tarcus y de veinte más que pudiera escribir juntando figuritas de todas partes, inventando izquierdistas como Federico Pinedo y Américo Ghioldi. (Es cierto que incluye a muchos de los militantes de la izquierda peronista. Lo que es justo, lo es.) ¿Qué le fue mal? ¿Y a quién no le fue mal? ¿Cómo piensan que le fue a la Comuna? Si fuera por eso, nada quedaría por hacer. Como dice Foucault: “El hombre que se rebela es inexplicable” (Citado en JPF: *La filosofía y el barro de la historia*, *Ibid.*, p. 650). Bien, eso deberá ser —si todavía puede— el hombre: *inexplicable*. Porque los dueños de la *casa* no aceptan ser asaltados. Y ofrecen tantos motivos para demostrarlo, tienen tantos medios de comunicación para decirlo, que todo pareciera imposi-

ble. Además, hay algo que queda en la conciencia estremecida de todos: las dimensiones monstruosas del castigo. ¿La Comuna quiso tomar el cielo por asalto? Los amos del cielo masacraron a esos blasfemos. “¿Quién sabe la cantidad de muertos de la Comuna que murieron durante la lucha? Los mataron ferozmente a millares después de ella: los de Versalles (los enemigos de la Comuna, los hombres de Thiers, JPF) dijeron 17.000, pero la cifra no es posible que sea más que la mitad de la verdad (...) Era la venganza del ‘pueblo respetable’. En lo sucesivo se interpondría un río de sangre entre los trabajadores de París y sus ‘superiores’” (Eric Hobsbawm, *La era del capital, 1848-1875*, Crítica, Buenos Aires, 1998, p. 178). ¿17.000 muertos, dice Hobsbawm, es la mitad de la verdad? ¿La verdad completa es entonces 34.000? Los de aquí fueron 30.000. Demasiado cerca. ¿Fue tan enorme como la de la Comuna la intentona argentina por atrapar el cielo? ¿O fueron mucho más criminales los encargados de reprimirla? Aquí, la elite, “un núcleo reducido de familias emparentadas” (como dice Viñas al hablar de los “conquistadores del desierto”), nunca escatimó muertos. Mató todo lo que tuvo que matar y mucho más también para que todo siguiera como debía seguir: el cielo en sus manos, nunca en las de algún otro. Y el genocidio indígena (del que nadie habla) fue central para construir con solidez la *casa*. El muy respetable Estanislao S. Zeballos (citado por Viñas) dice: “El rémington les ha enseñado que un batallón de la República puede pasear la pampa entera, dejando el campo sembrado de cadáveres” (David Viñas, *Indios, ejércitos y frontera*, Santiago Arcos editor, 1983, Buenos Aires, p. 49). Con exquisita lucidez, con precisión luminosa, Viñas califica a la campaña exterminadora de Roca: “*La campaña al desierto como etapa superior de la conquista española*”. Y, antes, escribe: “Pero me animo a insistir: ¿por qué no se habla de los indios en la Argentina? ¿Y de su sexo? ¿Qué implica que se los desplace hacia la franja de la etnología, del folclore o, más lastimosamente, a las del turismo o de las secciones periodísticas de *faits divers*? Por todo eso me empecino en preguntar: ¿no tenían voz los indios? ¿O su sexo era una enfermedad? ¿Y la enfermedad su silencio? Se trataría, paradójicamente, ¿del discurso del silencio? O, quizá, los indios fueron los *desaparecidos* de 1979?” (Viñas, *Ibid.*, p. 18). A ver, ¿dónde está el profe estreñido que dirá: “¿Cómo se atreve comparar a los indios con los desaparecidos?” Claro que sí. Hay trazados de líneas históricas. Y esos trazos iluminan la comprensión del pasado y del presente. Qué notable caso el de David Viñas. No se puso a defender al positivismo como Oscar Terán para lavarle la cara a José Ingenieros. Dice claramente: el positivismo es una ideología de las clases dominantes. Algo que Terán olvidó en el bendito Club Socialista. No se fue a escribir a los diarios del establishment. No los tolera. Antiperonista duro como siempre, su cercanía y su amistad con Horacio González acaso le hizo revisar algunas cosas. Ahí está, como siempre: sin equivocarse. Sabe quiénes son los dueños del cielo y sabe que tienen mucho poder. Habla con la gente de Carta Abierta. Los escucha y opina. Cada palabra suya vale mucho. El señor Aguinis —en el colmo del vasallismo y de la irrespetuosidad: ¿usted cree que puede compararse con David Viñas?— ha dicho que David pertenece a un grupo de intelectuales manipulados. ¿Qué es un manipulado? Alguien que, sin saberlo, es manejado por otros. Decirle, a un intelectual, eso y decirle pelele idiota es lo mismo. No gastaría palabras en un ínfimo escritor como Aguinis (que recorrió el país junto a Jorge Bucay dando conferencias para tornar más felices a los argentinos) si no fuera por la agresión a Viñas. Pero no vamos a permitir esas cosas. Somos más, somos profesionales de las ideas y no aventureros y, sobre todo, somos mejores personas.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

La metáfora de la
casa tomada

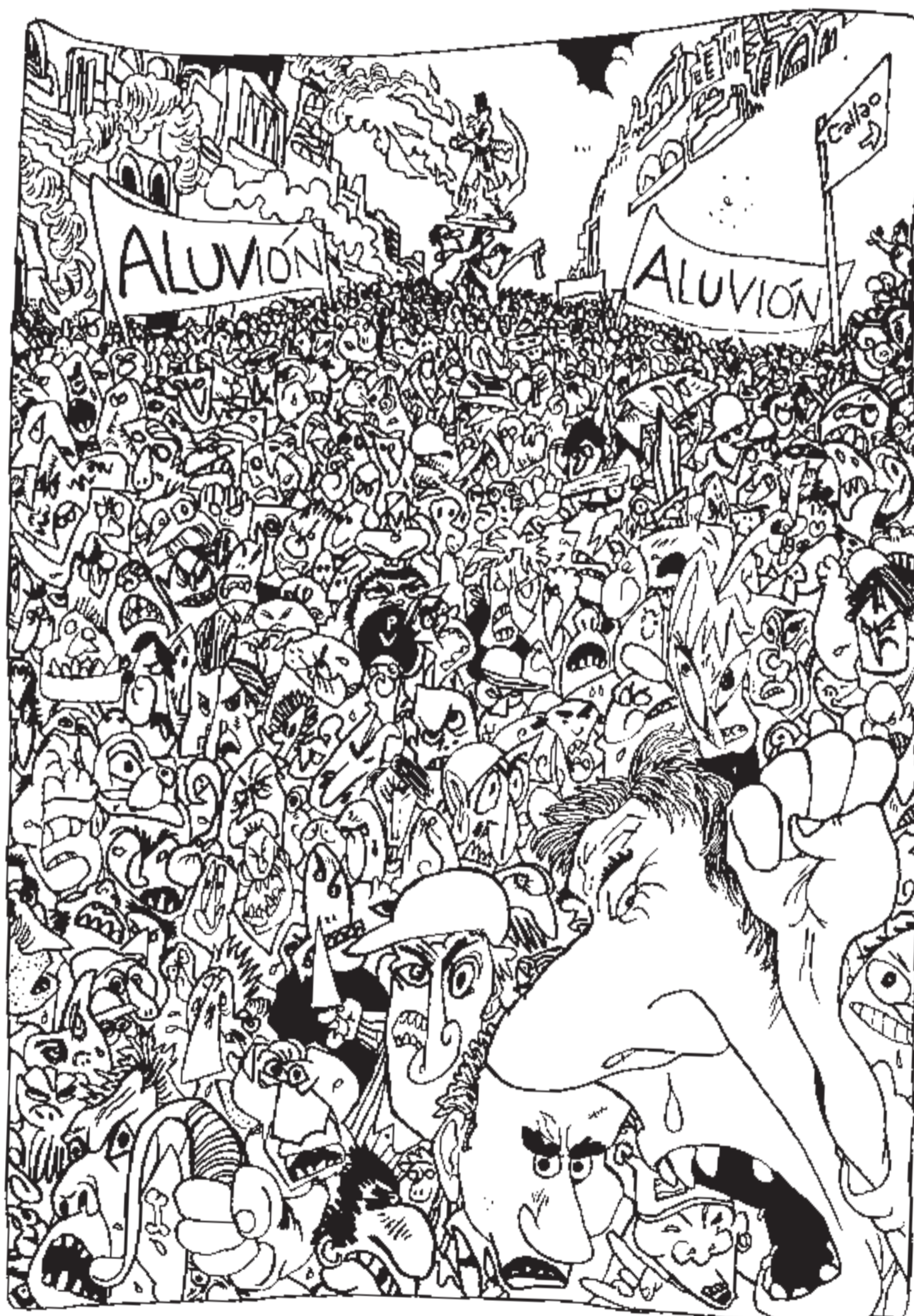
IV Domingo 19 de abril de 2009

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

75 La metáfora de la casa tomada



R3P

LA ANARQUÍA DEL AÑO '20

Sucedía en la Argentina algo que no podía suceder. Toda la historia del país se había hecho para que eso no sucediera. Había sucedido sólo una vez, en el año 1820, y tan traumático fue su golpe que la historiografía lo recordó con una calificación traslúcida: *la anarquía del año '20*. Si estos jóvenes peronistas de 1973, que ocupaban la Plaza de Mayo, asumían la “conducción hegemónica” de una organización político-militar que se había dado el nombre de Montoneros, fueron también montoneros los protagonistas de aquella anarquía. Las citas de Vicente Fidel López que voy a ofrecer pertenecen a su *Manual de historia argentina*. López, al que llamaban “el hermano del Himno Nacional”, era, claro, el hijo de Vicente López y Planes. Su *Manual* es una pieza inestimable. Yo tengo una edición tan antigua que voy a utilizar las citas que figuran en un libro que, cuando hace muchos años lo leí, lo hice con enorme placer. Se llamaba *Revolución y contrarrevolución* en la Argentina. ¡Qué entretenido era! Además estaba lleno de brillantes interpretaciones tomadas de Marx y de Trotsky como un mago saca conejos de su galera. El día de la atrocidad, el día de la injuria federal fue atroz, impío para Buenos Aires. Vicente Fidel López le echa la culpa a San Martín: “Si el Gral. San Martín hubiera querido obedecer a su gobierno nunca jamás se habría presentado una ocasión más favorable para salvar el orden público y el organismo nacional. Todo era cuestión de atrasar un año la frenética ambición de expedicionar sobre el Perú que lo devoraba”. Y prestemos atención a la crueldad de la frase que estampa seguidamente este honesto ciudadano, este hombre de fraque y galera (como llama el gran José Luis Busaniche a estos personajes), pues en esa crueldad se prefigura hasta qué punto los buenos modales pueden ocultar las pulsiones de los asesinos. El hermano del Himno Nacional, el hombre de clase, el ciudadano culto pide sangre cuando la barbarie se aproxima. Dice López: “Con sus tropas (las de San Martín, J. P. F.) unidas a las del Ejército de Tucumán y a las de la capital, podría haber concentrado diez mil hombres sobre Santa Fe y Entre Ríos y ahogar en el Uruguay, entre la frontera argentina y las tropas portuguesas, *todos los caudillos montoneros sin dejar uno solo capaz de caminar en dos pies*” (citado por Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1965, p. 49. Cursivas mías). López hasta iba más lejos de lo que habrá de ir Sarmiento que, al aconsejarle a Mitre no ahorrar sangre de gauchos, reconocía que era lo único de humano que tenían esos bípodos. López, más implacable aún, ni bípodos lo quiere dejar. ¿Qué pasaba? Que en Buenos Aires estaban la burguesía comercial y la oligarquía terrateniente. Que tenían el Puerto, que tenían la Aduana y los querían para ellos. Pero, además, ellos eran las personas educadas, cultas, las destinadas a hacer el país, no esos bárbaros a caballo que ahora los amenazaban. ¿Qué podían saber de Progreso, de Luces, de Constitución? ¿Cómo podrían incorporarse al decurso ineluctable de la razón occidental? Estos hechos humillantes para Buenos Aires se estudian bajo el rótulo de *la anarquía del año '20*. No voy a molestar con esto: ya sabemos que todos fuimos educados con las verdades que favorecen a las clases dirigentes de este país. Hace muy poco —con esa invalorable sinceridad que sólo un patrón, un tipo que sabe que el país ha sido y será suyo y de los suyos, puede ostentar— un señor de la Sociedad Rural —creo que se llama Roulet, traje, corbata, pañuelo al tono, camisa clara, reloj opulento, sonrisa ganadora, bigote y un tostado pampeano— dijo: “Al fin y al cabo, mi maestra de Historia me enseñó que a este país lo hicieron los militares, la Iglesia y el campo”. Por supuesto: su maestra de Historia le dijo la verdad. Lo hicieron y lo hicieron para ellos y siempre que se lo quisieron discutir asomaron sus garras con furia y crueldad. (Nota: Quisiera dejar amablemente establecido lo que sigue: no me estoy derivando. No me derivo nunca. Estoy tratando de hacer una historia reflexiva del peronismo. Un ejercicio de filosofía política. Creo —y lo creo fuertemente— que la filosofía política consiste, en una de sus principales facetas, en señalar constantes históricas que definen el rostro de un país o de una clase. Ninguna constante dura para siempre. Nada ocurre porque no podía sino ocurrir. No. Pero si el 25 de mayo de 1973 una multitud invade la Plaza de Mayo, llegan presidentes socialistas de países vecinos, jóvenes revoltosos injurian a las Fuerzas Armadas, se corean consignas violentas y se liberan las cárceles, se les abren las puertas de las prisiones a todos los detenidos por razones políticas o político-militares y si, en febrero de 1820, luego de vencer a Buenos Aires en la batalla de la Cañada de Cepeda, los bárbaros caudillos federales llegan a Buenos Aires y los habitantes de la ciudad, “la gente *decente* de fraque o levita”, como los llama Busaniche, que los odia porque los conoció de adentro, se horroriza y siente que “le ocupan la casa”, que los van a matar, que la chusma está ahí, en la mismísima centralidad, en el lugar del poder, los negocios y el buen gusto y la educación, me permito afirmar que es indispensable este paralelo. No es igual. No es lo mismo. Una cosa es 1820. Otra es 1973. No hay una *continuidad sustancial*. Pero hay demasiadas cosas en común y la contradicción que señaló genialmente Sarmiento sigue latiendo en todos estos hechos: los civilizados y los bárbaros, nunca de acuerdo, siempre en beligerancia. Los civilizados quieren la casa y los bárbaros se obstinan en adueñarse de ella. Aquí, en 1820, Estanislao López y Francisco Ramírez lo consiguen). Porque la presencia

de los gauchos en la Plaza Mayor es humillante para la ciudad puerto. “En Buenos Aires —escribe la historiadora María Sáenz Quesada, discípula y colaboradora de Félix Luna—, resultó humillante la presencia de los caudillos López y Ramírez, quienes visitaron la ciudad con la firma del Tratado (del Pilar, J. P. F.) y ataron sus cabalgaduras a la pequeña pirámide que recordaba a la Revolución de Mayo” (María Sáenz Quesada, *La Argentina, historia del país y de su gente*, Sudamericana, Buenos Aires, 2001, p. 253). Los hechos —para la historiografía que conocemos como hegemónica— tienen distintos calificativos según quiénes los protagonicen.

Por ejemplo:

Si los caudillos federales penetran en Buenos Aires y atan sus cabalgaduras en la Pirámide de Mayo estamos en plena *anarquía*. Si algo ejemplifica el hecho más anárquico de ese año alborotado es ése. No hay nada más anárquico que esos caudillos federales ofendiendo la plaza de la revolución porteña con sus caballos y, para colmo, injuriando la pirámide erigida para memorar esa gesta con las riendas grasientas de los mismos.

Por ejemplo:

Si el general Mitre logra que el general Urquiza abandone la lucha en Pavón, si luego ordena a sus lugartenientes Paunero, Sandes e Irrazábal que hagan una “guerra de policía” en las provincias, si esa guerra se lleva a cabo y culmina con la derrota total de los caudillos federales y si, a la vez, junto a Uruguay y Brasil, se derrota al gran aliado de esos gauchos, es decir, al Paraguay de Francisco Solano López y José Hernández escribe *La vuelta de Martín Fierro* aconsejando mansedumbre a los gauchos derrotados y buenos tratos a sus patronos, a esa gesta se la llama *organización nacional*. Mitre eleva su copa y brinda por la fecunda unión entre el esfuerzo argentino y el capital británico.

Por ejemplo:

Si Roca, con un ejército profesional armado con fusiles remington, termina con todos los indios de la Patagonia y reparte la tierra en las pocas manos que rigen los destinos del país, eso se llama: *Conquista del Desierto*.

Los otros momentos históricos, los otros sucesos, esos en que los bárbaros imponen su fuerza (siempre irracional, siempre ciega, burda y sanguinaria) son los momentos oscuros de esa historia. Civilización/ Barbarie es un juego alternado de luces y sombras. Pero la violencia de los civilizados es progresiva, con ella se impone la cultura. La de los bárbaros es retrógrada, con ella triunfa la incultura, la negación de los valores más sublimes que caracterizan al espíritu humano. De este modo, cuando Rondeau es derrotado en Cañada de Cepeda el 1 de febrero de 1820, las sombras de la barbarie están a punto de abatirse sobre Buenos Aires, la ciudad luz, como lo es París. ¡Vienen hacia aquí! ¿Cómo son? ¿Qué harán? ¿Respetarán las propiedades, las familias, qué harán con nuestras mujeres, con nuestras niñas, entrarán a cuchillo en nuestras casas? Tengamos en cuenta que la palabra *bárbaro* define, en sus capas más profundas, no sólo al extranjero, sino al extranjero vejatorio, al otro sanguinario, brutal, ignorante. Otra vez es Vicente Fidel López quien lo expresa (*no perder una palabra, por favor*): “Se esperaba por unos momentos un saqueo a manos de cinco mil bárbaros desnudos, hambrientos y excitados por las pasiones bestiales que en esos casos empujaban los instintos destructores de la fiera humana que como ‘multitud inorgánica’ es la más insaciable de las fieras conocidas” (López citado por Ramos, *Ibid.*, p. 67).

“EL CORONEL MOSTRÓ SU ELENCO DE MALEANTES Y HAMPONES”

Se firma un Tratado, el del Pilar. Lo firman Sarratea, por Buenos Aires, López por Santa Fe, Ramírez por Entre Ríos. Sigue López (*otra vez: no perder palabra*): “Después del Tratado, Sarratea se permitió volver a Buenos Aires acompañado de Ramírez, de López y Carrera y de numerosas escoltas de hombres desaliñados, vestidos de bombachas y ponchos sin que pudiera distinguirse quiénes eran jefes y quiénes soldados. Toda esta chusma ató los redomones en las verjas de la Pirámide y subió al Cabildo de Mayo donde se les había preparado un refresco de beberaje en festejo de la paz. *Fácil es conjeturar la indignación y la ira del vecindario al verse reducido a soportar tamañas vergüenzas y humillaciones*” (López citado por Ramos, *Ibid.*, p. 68). Sin embargo, el Tratado del Pilar no deja contento a nadie. En Buenos Aires arden las pasiones. Hasta que el día 20 de junio la ciudad llega a tener tres gobernadores. Aquí: la metáfora entre la anarquía, la ambición, la corrupción y la silenciosa muerte de un hombre bueno, de un puro. En ese día, 20 de junio, muere Manuel Belgrano y su última frase es: “¡Ay, patria mía!”. Si ustedes analizan la frase advertirán que otra no podía ser. Belgrano —se dice— falleció porque tenía un corazón muy grande, seguramente una dilatación de la aorta, *algo así*. Pero, ¿cómo evitar la metáfora boba? Muere de bondad. Muere de grande que era su corazón. Acaso Belgrano, que no era un santo, que había acompañado a Moreno, que lo era menos, que se había hecho general y había guerrreado y conocido triunfos y derrotas, haya dicho otra cosa. Cualquiera de nosotros si se muere en un día como ese 20 de junio dice: “¡Qué país de mierda! Esto no se arregla más”. Pero los próceres mueren como próceres, diciendo frases de próceres. Interesa observar cómo Aguirre, el panfletario, retoma la frase de Belgrano para arrojarla a la cara del satanismo kirchnerista, ya que ésa es su visión del gobierno contra el que convoca la ira de todos y el fin de la tolerancia, que ha durado ya mucho. ¿Estamos en presencia de una nueva ocupación de la casa? ¿O sólo se le están entorpeciendo

algunos buenos negocios al establishment? ¿Qué significa hoy revivir la frase que Belgrano arroja en el rostro de la anarquía? ¿Que estamos viviendo una nueva etapa anárquica? ¿Qué es lo que justifica tanta furia? ¿Qué está haciendo este gobierno? ¿Es Cristina K una actualización de los gauchos federales, que no ata las riendas de su caballo a las verjas de la Pirámide de Mayo pero acaso deja colgada su carterita parisina en algún busto venerable de la Casa Rosada, en el de Mitre, en el de Roca, en el del gran Sarmiento? No sé. Y en serio, sólo esto: si se tira de la cuerda desde la frase de Belgrano hasta el panfleto de Aguirre, unidos por una frase fúnebre, por un último aliento, uno debe preguntarse qué es eso que une la anarquía del año '20 con los días presentes, porque el odio con que el establishment argentino recuerda esas jornadas es extremo, y si el de hoy llega también a tales extremos habría que saber por qué. Qué quieren, qué buscan, qué se ha hecho y qué no. Qué se hará.

La cuestión es que luego vendrá Rosas y usará la casa para él y su clase, los hacendados saladeristas bonaerenses. Desde este cerrado proteccionismo, tendrá jornadas de gloria. Pero no tengo tiempo de entrar en los tiempos del Restaurador. Los molestó como pocos. Sólo Menem —que era un político demoníaco, servil pero grosero, que les dio todo menos los buenos modales y los idiomas extranjeros *que son el alma de la oligarquía*, más la virginidad de las hembras y el piano de la gran sala se dio el gusto de traerlo al gran maldito de Southampton. Y el establishment —con tal de seguir adelante con los *fabulosos* negocios de los noventa que este peronista cómplice y manipulador brillante de los sindicatos y de su partido les permitió hacer— aceptó, aceptó traerlo a Rosas y burlar la maldición de Mármol que figuró siempre en los libros de texto con que nos formaron: “¡Ni el polvo de tus huesos la América tendrá!” “A ver —dijo Menem—, si yo les destruyo el Estado, si les privatizo todo, si aniquilo ese aparato keynesiano que hizo el general en otros tiempos, si dejo al mercado libre como las brisas de las tardecitas riojanas, ¿a quién eligen, señores, a Mármol o a mí?” “¡A usted, doctor Menem! Mármol pertenece al pasado. Y si lo trae a Rosas, ¿qué tal si nos lo indulta a Videla? Ese general hizo tanto por nosotros.” “¿Y para qué creen que lo traigo a Rosas? ¡Para la unidad nacional, carajo! La nueva línea de la corriente nacional y popular peronista: Rivadavia, Mitre, Roca, Justo, Aramburu, Rojas, Videla y Menem, o sea, yo.” “Sería injusto obviar al general Urquiza, doctor. El patriotismo de ese caudillo en Pavón fue ejemplar.” “Y era un gran macho además. Como yo. A propósito: ayer vi, como siempre, el programa de la señora Legrand, y había una modelito que me erizó el peluquín.” “Sabemos quién es, doctor. Esta misma noche se le enviamos.” “Por favor, señores. Díganle que la va a ir a buscar el auto presidencial.” “¿Con el Presidente adentro?” “Al Presidente lo va a tener adentro, pero en un lugar más confortable.” Fue una alianza infalible. Menem le entregó la barbarie al establishment y el pragmatismo de los hombres del dinero llegó a su extremo: tolerar el mal gusto. El elemento de la barbarie que acaso más detestan. Jorge Luis García Venturini cuando, desde sus columnas en *La Prensa*, preparaba el golpe contra el gobierno de Isabel Perón, inventó la palabra griega *kakistocracia*. Significaba “gobierno de los peores”. Era no sólo un “atentado contra la ética —ya de suyo infinitamente grave— sino también contra la estética, una falta de buen gusto” (Jorge Luis García Venturini, *Politeia*, Troquel, Buenos Aires, 1978, p. 320. El artículo es del 29 de marzo de 1975). Menem era un atentado contra la estética, qué duda cabe. Pero lo toleraron. Ese “atentado”, ese ser al que secretamente detestaban, del que se reían, se burlaban de sus torpezas, era el cómplice que posibilitaba —desde la destrucción del Estado— el saqueo al que sometieron al país.

Y claro: el 17 de octubre. Las patas en las fuentes. El subsuelo de la patria sublevada, como le llamó Scalabrini Ortiz. Ahí peligró la casa. Ahí se vinieron otra vez los bárbaros sobre Buenos Aires. Perón los controló pero los puso contra ellos. Eran, para las clases dirigentes, impresentables. Eran la basura. El Otro absoluto. Ya tratamos exhaustivamente el tema de los migrantes del '45. Pero no estará de más refrescarlo con la descripción de un dibujo que apareció el 24 de octubre de 1945 en *Orientación*, un órgano del Partido Comunista Argentino. Se lo ve a Perón bien vestido de milico dirigiendo a sus huestes con un látigo. El dibujo es de Sigfredo, un antecesor del célebre Tristán, el dibujante estrella de *La Vanguardia*. Lo imperdible es el texto que figura debajo del dibujo, que es una caricatura burda, grotesca, abiertamente desagradable, pues eso quiere mostrar: algo muy repulsivo. Dice: “El coronel mostró su elenco de maleantes y hampones que ya tuvo oportunidad de conocer el país los días 17 y 18. Lo más lamentable es que, junto a ese elenco, haya podido arrastrar, por el engaño, a algunos honestos obreros sin experiencia ni perspicacia política”. Borges, en sus “comidas” con Bioy, califica también de “maleantes” a los civiles asesinados en José León Suárez. “Maleantes” o “malevos”, no lo recuerdo bien porque me lo leyó Saccomanno ese texto y por teléfono, ya que yo lo considero por completo inútil. ¡Qué susto se habría dado Borges si hubiera sabido que coincidía tan puntualmente con los comunistas! Pero en el '45 eran democráticos. Después se volvieron tan desdeñables como los peronistas. (Políticamente, en 1963 digamos, Borges era capaz de decir como la famosa señora gorda: “Si viene el comunismo me voy a la estancia”. Sólo que habría dicho: “A la estancia de Adolfito”. Adolfito era una persona mucho más agradable que Borges. Tenía algo de auténtico caballero que el intenso odio le negaba a su amigo. Además, claro, de su pinta excepcional. No era excesivamente

lúcido ni brillante, lo necesario. Pero emanaba de él una calma espiritual, un sosiego que envolvía a su interlocutor y lo tornaba todo terso, como si la realidad se deslizara.)

Arrojemos, ahora, la bomba: ¿Cómo sería hoy la toma de la “casa”? O no: hoy, exactamente hoy, no. Necesitamos un pase de tiempo. La pregunta cambia. Dejemos pasar cinco años. Estamos en mayo de 2014. La pregunta es: ¿Cómo sería en mayo de 2014 la toma de la “casa”? Recurrimos una vez más a la ficción. La ficción exaspera la realidad o la aborda desde flancos inusuales. La “realidad”, además, no existe. Nos pasamos la vida construyendo versiones sobre ella. Tal vez el paso del ensayo a la ficción es el reconocimiento de este hecho. Si no tenemos otra posibilidad sino la de narrar el mundo desde nuestra situación, desde nuestro punto de vista, la ficción queda incorporada al ensayo como la aceptación plena de la invención, de lo diferente, de lo que va a sorprendernos porque sumará varios puntos de vista, se encarnará en distintos personajes, el narrador no será el autor del ensayo, sólo el narrador de la historia o de las historias. El cuento que va a leerse es un cuento apocalíptico. Un cuento que —si a algún género pertenece— pertenece al género *No future*. Todo es llevado a su extremo. Es —por decirlo así— la exasperación y hasta el delirio del tema de la *casa tomada*, central en toda interpretación del peronismo y de nuestra historia en totalidad.

LA ÚLTIMA INVASIÓN DE BUENOS AIRES. CUENTO APOCALÍPTICO

Corre el mes de mayo de 2014. La crisis del capitalismo ha herido, no de muerte, pero malamente al culto país del sur, Argentina. La miseria está en todas partes menos en la orgullosa ciudad de Buenos Aires, siempre de espaldas al resto del país, por historia y convicción. La brecha entre pobres y ricos se ha ensanchado. Hay, sobre todo en la populosa *banlieue* de la ciudad de aires parisinos, millones de pobres de toda pobreza. La delincuencia —luego de llegar a niveles alarmantes— ha sido combatida. Pero aún falta. El Congreso ha dictado finalmente la *Ley Giménez*. Rige la pena de muerte en el país. La imputabilidad llega hasta los 13 años. La policía ha duplicado sus efectivos y ha modernizado sus armas de represión. Hay toque de queda a las 22. Todo edificio de clase media, clase media alta y clases adineradas, tiene dos porteros y cuatro agentes de seguridad armados hasta los dientes. En la provincia de Buenos Aires se han alzado muros en todo lugar en que se consideró necesario. La ciudad de Buenos Aires está cercada por uno alto y hecho con un nuevo material, de reciente aparición en Francia (porque los inmigrantes sin trabajo, casi todos musulmanes indeseados, desdenados, ya han incendiado dos veces París), que resiste más que el cemento. Los countries tienen alambres electrizados e incontables guardianes con Itakas ultramodernas. Sin embargo, los delitos continúan. Se sabe que hay hambre más allá del mundo de la seguridad.

Un empresario petrolero (nuevo gran negocio que se ha emprendido en el país con capitales chinos, venezolanos y estadounidense) detiene su coche junto a la banquina, baja y se pone a orinar. Aparece un negro y entra velozmente en el coche. El tipo dejó la llave puesta. Todo fácil para el pibe. Arranca y sale velozmente. Inútil. El tipo cierra su bragueta, sereno. Saca una Browning que le enviaron esa mañana de una fábrica que trabaja para el Pentágono. Apunta cuidadosamente y dispara. El coche se detiene y se oye la bocina. Igual que en una película de Polanski, *Chinatown*. El tipo, que es licenciado en Dirección de Empresas Transnacionales y en Informática de Inversiones Globalizadas, que es jerárquico hasta casi la cumbre en su multinacional, se acerca a pasos lentos hasta el auto, abre la puerta y el pibe cae. Presumiblemente tendría que tener un balazo en la nuca. No, acaso el petrolero aún no se ha acostumbrado a esa nueva Browning. El pibe está herido en el hombro. Feamente, pero vive. “Si te movés, te reviento”, le dice el petrolero. Saca su celular y llama a la policía. Pero el pibe, con asombrosa velocidad, le clava una sevillana en el estómago. El tipo no lo puede creer. Cae sobre el asfalto. El pibe da un salto, le quita la Browning y lo quema de nueve balazos. Se lleva el coche. Lo agarran a los dos días. Gran indignación nacional. Los medios, fuera de sí, exigen la aplicación de la *Ley Giménez*. Opiniones de todos los sectores del cuerpo de la nación. El escritor León Aguininsky dice: “¡Pobre patria mía, esto no se tolera más!” Chechi Gelberg: “¿Qué hicimos los argentinos para merecer esto? Como dice Ceci Giménez: ‘El que mata debe morir’. Y se acabó. ¿Que tiene 13 años? ¿Que es un niño? Un niño sano se entretiene viendo tele. A Tinelli o a mí. O una serie. *24* o *Dexter*. Pero no anda asesinando figuras prominentes de la sociedad. *Gente* se equivocó, es cierto. Y lo reconoció. Pero hoy no. Hoy no podemos equivocarnos. O nosotros o ellos”. La venerada señora del país, su gran dama, Martha Lesstrand, opinó: “Ay, qué feo. ¿Quién es ese chico? Yo estoy contra la pena de muerte. Pero a favor de la justicia. Y la justicia es ajusticiarlo”. Pero la más enfurecida es la vanguardista de la pena máxima. La que consiguió que el Congreso dictara la ley que lleva su nombre. La que inscribió en los frontispicios de la eternidad la frase: “El que mata debe morir”. Que algunos —como el rabino Bernstein— ya proponen poner en los mandamientos en lugar del arcaico *No matarás*, débil, inservible, flojo como Jesús, que así terminó de bondadoso que era. Ceci Giménez, la diva, cuyo peso ha subido como su odio, está (en fin, está llegando a los 120 kilos), sin embargo, feliz. Al fin se aplicará su ley. Se ha optado, en el país, por la guillotina. Si los militares, para terminar con la subversión, esa forma infame de

la delincuencia, ese azote que deterioró nuestra democracia, acudieron a la doctrina francesa de contrainsurgencia, ¿cómo no acudir al gran invento del señor Guillotinne? El rabino Bernstein dijo que el Dios de Israel ordenó a Abraham matar a su hijo. Que mató a toda la humanidad con el diluvio universal. Que hizo sufrir horriblemente a su pueblo en Auschwitz y ninguna muerte lo conmovió. De haber sido así, alguna habría impedido. ¿Quería acaso que en esos campos su pueblo aprendiera a matar? Sus designios son inescrutables para nosotros, pero ningún dios le ha hecho asco a la muerte. Ni Alá ni su profeta Mahoma. El periodismo sigue enardecido. Pide ya la condena para el pibe ladrón de autos. O del auto del petrolero multinacional e inversor informático globalizado. Llega el día. El pibe se llama Aníbal Torres. ¡De pronto, *Crónica y Perfil* se destapan con una noticia espectacular, definitiva! ¡Aníbal Torres es boliviano! ¡Pertenece a esa raza maldita y oscura que viene a nuestro país a robarles el trabajo a los nuestros, que igual no lo tienen porque no hay! ¡Muerte, muerte al boliviano! ¡Que nunca más un boliviano mate a un argentino de bien! Horacio Verbitstern, en *Página 12*, revela que el empresario petrolero no era argentino, sino texano, socio de Bush. Que visitaban juntos el campo de concentración de *Texauschwitz*, en los límites de Texas, donde tienen alojados, en condiciones miserables y sometidos a horribles torturas, a 3000 supuestos terroristas islámicos. Desde el asesinato de Barack Obama, que pocos lamentaron, estos campos han florecido en Estados Unidos y en todo el mundo. Pero, ¡se está ganando la Guerra contra el Terror! (Oliver Stone ha prometido *su* film sobre el asesinato de Obama. Dice que, en este caso, no hay ninguna “bala mágica”. Pues lo reventaron de treinta y cinco balazos mientras comía un hot dog en Queen’s junto a unos negros de mierda, o african americans pero de mierda también.) De modo que la revelación del llamado “perro” Verbitstern sólo logra enfurecer más a la opinión pública, que, dicen algunos, poco tiene de “pública” sino todo de “privada”, pues es el exacto resultado de tres empresas que concentran en sí todos los medios de comunicación y —por medio de un bombardeo incansable de “informaciones” que responden a sus intereses y a los de la parte sana de la sociedad, la que vive protegida de la barbarie excluida tras los muros o eliminada por las fuerzas de la ley— construyen a su antojo la “opinión” de sus oyentes, especialmente la del gremio de taxistas habituales, desde hace largo tiempo ya, a decir sus opiniones políticas, sociales y económicas —que creen “suyas” pero son palabra por palabra las de los medios que escuchan— a sus pasajeros que, de acuerdo o no con ellas, las escuchan pacientemente, pues el Ministerio de Seguridad ha informado que todo tacher argentino dice la verdad, que su palabra es ley y contradecirlo un delito. Al optar parte de la ciudadanía por viajar en transportes públicos —atemorizada de hacerlo en taxi y soltar alguna opinión imprudente como: “Los bolivianos son latinoamericanos como nosotros” o, la peor de todas, “Al delito se lo combate con trabajo y educación”—, el Ministerio de Seguridad ha infiltrado esos transportes con “sérpico” de todo tipo, desde lisiados hasta falsos epilépticos, que se ponen a dialogar con los pasajeros tal como los taxistas, razón por la cual el peligro sigue siendo el mismo, o peor. En los colegios primarios se han eliminado todos los métodos modernos o posmodernos de enseñanza. Los niños aprenden a leer con las lógicas y elementales palabras sagradas: ma-má, pa-pá y fa-mi-lia. Pero de inmediato continúan con: se-gu-ri-dad, de-si-gual-dad, negros-de-mier-da, pe-na-de-muer-te, Blum-berg-que-ri-do, Rico-es-mi-a-mi-go, Ceci-es-más-lin-da-que-ma-má, Ceci-es-buena, Ceci-es-fla-ca, Ceci-te-quiero, Ceci-me-ama. Sectores de la vieja oligarquía se han quejado por lo que consideran una intromisión de “Ceci” en los libros de enseñanza sólo comparable a la que gozó la difunta demagoga Eva Perón, cuya influencia fuera nefasta para la enseñanza argentina. Sus reclamos fueron desoídos.

Luego de un breve juicio (que algunos consideran la perfecta antítesis del nefasto Juicio a las Juntas que impulsara un hoy olvidado político radical socialdemócrata, o sea, comunista) el joven boliviano Aníbal Torres, de 13 años y piel persistentemente oscura, es condenado a morir en la guillotina. Sólo tres días más tarde se cumple la sentencia. El verdugo —que usa la venerable capucha negra de esos bravos que supieron, a su modo, imponer también el orden en una Argentina convulsionada— alza la cabeza sangrante del joven Torres y la exhibe a quienes presenciaron la ejecución llevada a cabo en una nueva cárcel construida dos años atrás, que cuenta con un enorme patio trasero al que, a partir de la ejecución del infame delincuente de apellido Torres, se le da el nombre de “Paraíso de la Ley, la Justicia y el Orden”. Un periodista —de nombre Mario Werfeld, de ese diario marxista y sionista más arriba mencionado a raíz de la infamia del llamado “perro” Verbitstern contra el difunto empresario víctima del boliviano descabezado— sugiere para el “Paraíso” el nombre de “El Matadero”. Esa noche, rabiosos, coléricos caceroleros estallan frente a su casa, situada, claro, cerca de esa zona detestada de Villa Crespo, pues los argentinos de la seguridad, por coherencia estratégica, apoyan al Gobierno de Israel —cada vez más en manos de su ala derecha, que ya no es derecha sino, más bien, única— en la lucha que, en nombre de Occidente, libra contra los apuestos terroristas palestinos, pero odian a los judíos como siempre. Mario Werfeld se asoma a su ventana y habla a la multitud, que lo escucha: “Sólo quise hacer un homenaje a Esteban Echeverría —explica—, él supo narrar en ese cuento inmortal, ‘El matadero’, la inseguridad en los tiem-

pos de Rosas, los de la primera tiranía. Después, como todos sabemos, hubo otra”. “¿Y después?”, pregunta la irritada ciudadana (pues las clases del orden y la seguridad no son “multitud” ni menos esa basura de “las masas”, son “exaltados ciudadanos de la República y sus instituciones”). “¿Después?”, repite, confuso, Werfeld. Y comete el error de su vida. Es sincero. Dice la verdad. “Después ustedes. La tercera tiranía. La de la puta oligarquía.” Aún se desconoce su paradero.

Entonces, sólo dos días más tarde de la decapitación de Aníbal Torres, se desencadena el Apocalipsis. En tanto los medios festejan alborozados la primera y exitosa aplicación de la *Ley Giménez*. En tanto Mario Gordona, reflexivamente, dice: “El joven Torres conocía ya la amenaza. Al conocerla y, sin embargo, matar, debemos inferir que algo en él, algo muy profundo, lo llevó a elegir el suicidio. Nuestra sociedad no ha matado a Aníbal Torres. El se ha suicidado”. En tanto, la sociedad opulenta de Buenos Aires se siente protegida, cuidada hasta los límites más extremos del cuidado. En tanto, todo es calma, coches cero kilómetro, torres de casi 100 pisos, inauguración de los restaurantes súper VIP de 10 tenedores, la quiebra del periódico marxista-sionista y el exilio del perro Verbitstern (preocupado por las señoras con cacerolas que le gritaban: “Verbitstern, a vos te va a pasar/ lo que le pasó/ a Werfeld”, que no rimaba pero igual metía miedo) y de otros sucios integrantes del staff de ese panfleto, judíos todos a los que el Gobierno de Israel negó el derecho de asilo aunque ninguno lo solicitó. En tanto la ciudad se llena de enormes afiches con la figura de Ceci Giménez y la sugestiva frase tanguera: *Matar es un placer*. En tanto el prolífico escritor León Aguininsky publica un nuevo “panfleto” con el positivo, optimista título de: *¡Hermosa patria nuestra!* Llegan noticias alarmantes a la ciudad. Dos millones de hombres y mujeres de tez oscura avanzan sobre ella sin que se conozca su propósito, la causa de esa decisión anárquica, levantisca. Que se empieza a sospechar no bien las radios y los noticieros televisivos informan que, al llegar al lujoso y ultraprotegido country *sólo para nosotros y para nadie más, sobre todo si es negro*, desarmen a la custodia —que apenas si logra matar a 30 o 35 de ellos—, se comen vivos a los perros, avanzan sobre los chalets y dan caza a todos los residentes, violan a las mujeres (en especial a las más blancas, a las más rubias y a las más deseables), arrojan a los jefes de hogar contra los alambres electrizados y ríen al ver los movimientos desarticulados de sus cuerpos al freírse y los alaridos que profieren (sobre todo si lo hacen en inglés), otros varones son destripados por turbas de mujeres rabiosas, que no sólo cortan sus penes sino que los injurian al reírse de sus dimensiones, al exclamar: “El de mi negro le saca medio metro a esta porque-ría”, se encienden fogatas, se queman vivos a los niños y luego se los comen por considerar que esa carne debe ser más tierna que la de sus padres y la de sus “putas madres”, así dicen. Los crónicas de la ciudad opulenta consideran “preocupante” lo sucedido en el country tomado por la turba. “Si siguen avanzando —dice el ensayista, de viejo, muy viejo pasado marxista y sartreano, Julio Juan Sebrella—, estaremos ante una nueva anarquía del año ‘20 o, peor aún, ante un nuevo 17 de octubre, jornada que dio origen, según sabemos, a ese movimiento fascista, populista, estatista, dictatorial llamado peronismo, que, por suerte, aún perdura porque, tal vez, los hombres rudos y bien alimentados de los sindicatos de nuestra ciudad puedan salir con sus cadenas a enfrentar a esta turba sin conciencia de clase.” Nada detiene a la muchedumbre oscura y encolerizada.

De pronto, todos ven por la televisión que el hombre alto y fornido, de torso desnudo, que marcha al frente, enarbola una pica y sobre ella... está la cabeza de Aníbal Torres. ¿Cómo la han conseguido? Nadie tiene una respuesta. Pero ahí está: es la bandera de la rebelión. Siguen avanzando. Devastan todo a su paso. Alguien lo dice desde algún medio: “Son los hunos de Atila. Por donde pasan el pasto no crece más”. El periodista Chechi Gelberg se comunica con el eminente historiador Tulio Alterio Donghin, quien se encuentra en Cambridge dictando un seminario titulado: *La larga, interminable, insoportable, inexplicable agonía de la argentina peronista*. “¿Qué nos puede decir de esto, profesor?”, pregunta Chechi. “Lo que dijo Vicente Fidel López cuando los caudillos federales se acercaban a Buenos Aires: ‘Se esperaba por unos momentos un saqueo a manos de cinco mil bárbaros desnudos, hambrientos y excitados por las pasiones bestiales que en esos casos empujaban los instintos destructores de la fiera humana que como “multitud inorgánica” es la más insaciable de las fieras conocidas.’ “Entonces —balucea Chechi—, ¿estamos en presencia de una nueva ‘anarquía del año ‘20?’” “¿Tiene alguna duda?”, dice, riendo gozoso, el gran historiador. “¿Cree que será peor que aquella?” “Sin duda, los gauchos federales estaban bien alimentados. Estos son hambrientos. Se los van a comer a todos. A usted también, Chechi.” “¿Qué podemos hacer, profesor?” “Vea, jodansé. Yo, apenas sucedió eso de ‘la noche de los bastones largos’, ¿recuerda?, me rajé de este país. Se veía venir esto.”

Destrozan todos los muros. Se apoderan de las armas de los custodios, luego de degollarlos o colgarlos de los faroles de alumbrado. Saquean las armerías. Arsenales incluso. Ahora son un ejército poderoso. Y son millones. Millones de hambrientos, marginados, desclasados, delincuentes, chicos que no murieron con el paco (arma con que la ciudad opulenta soñó eliminarlos: “Como Giuliani en Nueva York”, decían los optimistas), prostitutas, madres de doce hijos, boxeadores de clubes miserables, desocupados eternos, frustrados, humillados que se descargaban golpeando a sus mujeres, a sus hijos, pica-

neados de todas las comisariías de la gran provincia. Todos marchan sobre Buenos Aires.

El ministro de Defensa se comunica con el jefe del Ejército, general Bustos. “General, aquí el ministro de Defensa.” “Lo escucho, señor ministro.” “Avanza una turba subversiva sobre nuestra ciudad. Prepare a sus hombres y salga a reprimirla. Tiren a matar. Sin contemplaciones, general. No quiero prisioneros, entiende.” El general Bustos responde: “Disculpe, señor ministro, pero el Ejército Argentino ya hizo eso una vez. No lo va a hacer de nuevo. Sé que ustedes, durante los últimos tres años, han reconocido esa guerra sucia. Pero nosotros no. Creemos que en ella se enlodó el honor del Ejército. Entiéndame bien: un ejército no está para fusilar hambrientos. Está para la defensa nacional del territorio. Para luchar contra otro ejército que intente atacarnos. Esos hambrientos no los creamos nosotros. Son obra de ustedes y ustedes se enriquecieron con el hambre de esos miserables. Hágase cargo, señor ministro. Mientras yo sea comandante en jefe del Ejército no voy a ensuciar a mis soldados para defender los intereses de los poderosos. Buenas tardes”. Cuelga el teléfono y el ministro de Defensa monta en cólera: “¡Todo esto se debe a la prédica subversiva de esa monstruosa marxista y, para colmo, mujer! ¡Esa montonera de Nilda Guerré! ¡Nos quedamos sin Ejército! ¡Los avivó a esos pelotudos! ¡Siempre nos hicieron la tarea sucia! ¡Esa puta, comunista, montonera polleruda los volvió inservibles! ¡Democráticos! ¿A qué enfermo se le ocurrió poner a una mina al frente del Ejército, por Satanás!”. Su secretario le informa: “Además, señor ministro, el comandante en jefe del Ejército se llama Bustos, como ese cabecilla que, en la Posta de Arequito, se le sublevó a Belgrano para unirse a los federales. Si esa sangre corre por sus venas, ¿qué otra cosa podía esperar de él la gente decente?”. “¿Y quién mierda lo puso?” “La ministra montonera, señor ministro.” “¡Guerré! ¡Esa zurda de Nilda Guerré! ¿Cómo pudimos darle el gobierno a esa pandilla de subversivos?” “Porque ganaron las elecciones, señor.” “¡Se acabó! ¡Nunca más habrá elecciones en este país!” “Si esa negrada sigue avanzando, me temo que no, señor. A propósito de la negrada, renuncio señor ministro.” “¿Cómo me va a abandonar en este momento?” “No hay mejor momento que éste para abandonarlo.” “¿Y qué piensa hacer?” “Lo que todo porteño de honor ha hecho siempre que los bárbaros se apropiaron de Buenos Aires: exiliarme en el Uruguay. Como Alberdi, Echeverría, Florencio Varela y José María Gutiérrez bajo Rosas. Como Borges, Adolfo Bioy y la espléndida Victoria Ocampo bajo Perón. Como los aviones de la Marina que bombardearon la Plaza en el '55. Al último que llegó los amigos del Uruguay lo recibieron con vitores y aplausos.” “Recuerda, señor? ‘Cristo Vence’ ¡Qué tiempos aquellos!” “Oiga, tenga cuidado. Recuerde que en el Uruguay también se exiliaron un montonazo de zurdos y los hicimos mierda con la ‘Operación Cóndor’.” “Señor ministro, ¿usted cree que estos negros de mierda van a montar una ‘Operación Cóndor’? Esas cosas las hace la gente bien, con estudios, con militares formados en la Escuela de las Américas o en la Doctrina Francesa de Contrainsurgencia. Ni los desdichados militares que ahora tenemos podrían hacerlas. Pobres infelices adoctrinados por la montonera Guerré. Adiós, señor.” Saluda con una breve, veloz inclinación de cabeza; abre la puerta y sale. Busca su coche y parte en busca de su familia. Llega a su casa, estaciona y abre la puerta. Uno de sus niños –su más adorado, el predilecto– se bambolea colgado de una lámpara del techo. A su mujer, dos enormes negros se turnan para violarla en tanto ella le hace fellatio a un tercero, que apoya un revólver sobre su cabeza. Uno, que tiene una Itaka, se fuma toda esa marihuana purísima que le envían sus contactos en Colombia. Otro se le acerca y lleva una cabeza agarrada de los pelos: “¿Se acuerda de la Nérida, doctor Fernández Asquini?” Porque el secretario se llama Claudio Domingo Fernández Asquini. “La Nérida” era la cocinera. El que tiene la cabeza es su jardinero, el buenazo de Romualdo. “¡Usted, Romualdo!”, exclama Fernández Asquini, “¡No lo puedo creer! ¡Traidor!” “Traidor a usted. Pero no a los negros como yo. Los traje aquí, doctor. Les dije que había marihuana de la buena, vinos carísimos, y su esposa, siempre bella, siempre sexy, llevo años excitándome con ella. Las pajas que le he dedicado, doctor. Fíjese, hoy se me dio. Ya me la violó dos veces. La tercera no. Porque me lo pidió ella.” Tira lejos la cabeza de la cocinera. “¿Dónde está mi otro hijo?”, exclama, rojo de furia, Fernández Asquini. “Fue lo primero que nos comimos.” Se arroja sobre Romualdo y busca su garganta. “¡Negro roñoso! ¡Negro de mierda! ¡Intruso, violador, ilegal desvergonzado!” Romualdo le da una precisa trompada en plena cara y el señor secretario del ministro de Defensa cae sobre un sillón. Ahora tiene la cara bañada de sangre. Romualdo y otros temibles bárbaros se le acercan. Entonces sucede algo milagroso. Fernández Asquini se pone en pie y de su boca, viniendo del fondo de los tiempos, evocando otras injurias, otros atropellos contra las clases pudientes, salen palabras de Esteban Echeverría, de su cuento inmortal “El matadero”, esa terrible historia del unitario que los sanguinarios federales ultrajaron durante la cuaresma de ese año que Echeverría no precisa pero que ha de ser 1835 o 1836, porque Fernández Asquini grita: “¡Infames sayones! ¿Qué intentan hacer de mí?” “Infames, ¿qué?”, dice un negrazo totalmente en pedo y más alegre que nunca en su vida; una vida, para decir lo justo, de mierda con el añadido de saber que, de esa mierda, jamás saldría. “¡Deberíais andar en cuatro patas como los lobos!”, sigue chillando el ex secretario. “¡Desnúdenlo!”, ordena Romualdo. “Primero degollarme que desnudarme, infame canalla.” Romualdo se encoge de hombros. Jardine-

ro al fin, agarra su azada –que ha traído con él– y de un solo, eficaz, absolutamente profesional movimiento de su musculoso brazo derecho separa limpiamente la cabeza de Fernández Asquini del tronco del secretario del ministro de Defensa, que vienen a ser la misma persona. “¡A la mujer no la toca nadie, carajo!”, ordena en seguida Romualdo. “Es para mí. Me la llevo yo a la toltería.” Nadie podría creerlo, pero en el delicado rostro de la mujer de Fernández Asquini se dibuja una sonrisa sensual, profana, prostibularia y gozosa.

A bordo de un helicóptero Huey, Ceci Giménez desciende en la terraza de su Penthouse, en Libertador y Salguero. Es una mujer que no duda. Todo en ella es celeridad, vértigo. Hay que huir. El país está ardiendo y no habrá televisión por varios meses. No habrá rating. No habrá a quién vencer. A quién humillar. Los habituales descerebrados, esos divinos, amorosos seres que todos los días la miran bobamente, no estarán. No se puede vivir en un país inestable, en peligro. Amenazado por esos negros de mierda, brutos, drogones, alcohólicos, asesinos, sumidos en todo tipo de depravaciones sexuales. Tiene que retirar dinero –mucho dinero, dólares desde luego– de una caja fuerte que tiene en un rincón inhallable del living. Apresura sus pasos. Durante los últimos dos o tres años le cuesta caminar con la agilidad de antes. Le pesan esas piernas voluminosas, con esos tobillos tipo maceta, que han sido una fatalidad insuperable en su vida de éxitos, que se habrían elevado al doble o más de no haber mediado esa desgracia, esas piernas de mierda que hicieron exclamar a la doctora Aslan el triste día en que la vio: “Ceci querida, ¿qué quieres que haga yo con eso? Soy sólo una estafadora de seres desdichados y patéticos con sus cuerpos en abismal decadencia. No soy Dios, hijita”. Pero no importa. Nada la detuvo. “Y ahora me rajo de este país de mierda. Me llevo todos los dólares y me voy a tomar sol en Miami y a beber daikiris con esos pendejos rubios y dorados que se te aparecen hasta en el baño.” Entra en el living y queda paralizada por el horror. No hay un solo mueble. El despojamiento es absoluto. Pero, en el medio, imponente, está la guillotina. Aparecen diez, veinte negros. “¿Te gusta, Ceci? Nos la afanamos de la Penitenciaría. Es la misma con que le cortaron la cabeza a Aníbal Torres, ese pendejito de 13 años, ¿lo ubicás, no?” Otro, uno muy alto, desdentado, con una cicatriz que le cruza la cara, dice: “¿Sabés que nosotros estamos a favor de la Ley Giménez? El que mata tiene que morir”. Se ríen como locos. Algunos saltan de alegría o de furia, difícil saberlo. Aparecen los cuatro chihuahuas de Ceci. Uno de los negros se apodera del más pequeñito y lo quiebra en dos partes. El chihuahua emite un quejido agudo, final. “¿Cuánto quieren, negros de mierda?”, arremete Ceci, “No perdamos tiempo. ¿Diez mil, veinte mil dólares? ¿Más? Tengo más. ¿Cien mil, doscientos mil? ¡Hablen, carajo!” “Queremos aplicarte la Ley Giménez.” “¿Qué Ley Giménez ni qué mierda? Yo no maté a nadie.” “¿Estás segura, Ceci?” “Segura, alacranes. Abran paso. Tengo que irme.” El negrazo alto, desdentado, con la cicatriz, dice: “Nosotros también tenemos otras cosas que hacer. Así que hagamos esto breve. A ver, compañeros, ¿de la muerte de quién se acusa a Ceci Giménez?”. “¡De la muerte de Aníbal Torres! Sin Ley Giménez el pibe no moría. Esa ley lo mató”, exclaman todos. La señalan con sus índices despiadados: “¡Vos lo mataste, perra!” “¡Yo no maté a esa laucha asesina!” “Compañeros, si Ceci Giménez mató al niño Aníbal Torres, ¿qué pena le corresponde?” “¡Morir!” “¿Por qué?” “¡Porque el que mata debe morir!” “¡No, no, no! ¡Por favor, no!”, suplica la diva. Le meten la cabeza en la guillotina y dejan caer la cuchilla. La cabeza rubia se desliza sobre el parquet de roble de Eslovenia y rueda como una pelota. Los chihuahuas juegan alegremente con ella. Los justicieros se llevan la guillotina con la cuchilla ensangrentada –piensan usarla con algunos otros famosos personajes– y se van. Los negros llevan horas apropiándose de la ciudad. Se comen todo lo que encuentran. Agarran los niñitos de esos cochecitos tan lindos de color celeste o rosa y –ante los alaridos de las madres– se los devoran vivos. Luego ametrallan a las buenas señoras. “¿De qué mierda van a servir nuestras cacerolas?”, se preguntan, con impecable lógica, algunas. “¡Llamen al campo!”, gritan otras. Inútiles propuestas. “Todo esto tenía que suceder”, piensa un escritor del diario marxista sionista, uno que se quedó en el país. Toma un café con Osvaldo Bayer. El viejo Bayer ve llegar a los negros enfurecidos por la avenida Santa Fe. Toma, con su amigo, algo más joven que él, una cerveza en una mesa con sombrilla de Santa Fe y Callao. “¿No son hermosos?”, comenta. Se les une Norberto Galasso. Pide un café. “Es un tango lo mío –comenta Norberto–, ‘El último café’.” “¿Nos podremos unir a ellos?”, pregunta el escritor que lee algo de Heidegger, un poco al pedo a decir verdad. “No –dice Osvaldo–, mirá cómo estamos vestidos. Luchamos por ellos pero no somos como ellos. Nos van a matar como a cualquiera. ¿No vas a hacer el papelón de ir a hablarles, no?” “Prefiero morir a hacer el ridículo”, dice el escritor. Galasso los mira con embeleso: “Miren, qué contento estaría el compañero Scalabrini: *el subsuelo de la patria sublevado*”. De pronto ven aparecer al casi ingeniero Blumberg. Tiene cara de loco. Se acerca a la muchedumbre. Alza los brazos. A su lado, el rabino Bernstein. “Paz, hermanos”, empiezan a decir. “Dialoguemos. Sólo queremos seguridad. No hacerles daño”, dice Blumberg. “Dios es de todos. Nos ama a todos. Si somos fieles a él haremos una patria que nos cobije a ustedes y a nosotros –dice el rabino–, una patria para vivir en libertad. ¡Libertad, libertad, libertad para todos!”, remata desdiciéndose de afirmaciones anteriores. Pero los invasores no son tontos. “Callate, hipócrita

–le dice uno–, vos proponías ‘seguridad’ en lugar de ‘libertad’.” La muchedumbre feroz, hambrienta, sedienta de todo, oscura, sanguinaria, les pasa por encima, los aplastan, las tripas, los sesos, los intestinos de los dos pacificadores quedan para los perros, que –dicho sea de paso–, viven una jornada de gloria. Ahora se acercan a los tres compañeros que esperan sentados a esa mesa y mirándolos con admiración. “Muchachos –les dice Osvaldo Bayer–, estamos con ustedes. Sigán, que no quede nada en pie. Tampoco nosotros.” Alguien se dispone a hundir un puñal en el pecho. “¡Un momento! –se oye–. ¡Ese es don Osvaldo Bayer, carajo! Este viejo es de los nuestros.” “No, muchachos, yo soy un burgués como cualquier otro. Mátenme.” El que lo reconoció se adelanta: “Usted dio varias charlas en nuestras villas miserables, don Osvaldo. Se ocupó de nuestros compadres los indios. No lo vamos a ofender”. Muchos lo quieren achurar y dejarse de joder y seguir adelante. Pero el salvador de Osvaldo tiene pasta de jefe. “¡Basta, hijos de puta! ¡A Osvaldo no lo toca nadie!” “¿Cómo te llamás, pibe?” pregunta Osvaldo. “Matasiete.” “Igual que uno de los gauchos de ‘El matadero’”, dice el escritor. Y Matasiete, de golpe, lo mira a Norberto y dice: “¿Y usted no es Norberto Galasso?”. “Sí, pibe.”. “Se viene con nosotros, don Norberto. ¿Y este boludo?” señala al escritor. “No me gusta. Tiene cara de judío.” “No –dice Osvaldo–, yo lo quiero mucho. En los noventa creía que se nos perdía porque le filmaron una novela en Hollywood. La Columbia Pictures. Pero mirá: no. Siguió en la misma.” “Probar la tentación y no ceder a ella es más difícil que no ceder por no probarla nunca”, dice el escritor que sigue leyendo a Heidegger. “¿Qué mierda quiso decir?”, pregunta Matasiete. “Vos dejalo. Cuando escribe lo entienden todos”, dice Galasso. “Bueno, muchachos, algunos intelectuales vamos a necesitar” –dice Matasiete–. “¡Se vienen con nosotros! Pero, don Osvaldo. Háganos un favor, quiere. ¡Lleve usted nuestra bandera!” Y le dan a Osvaldo la pica con la cabeza de Aníbal Torres. “¡Qué honor, muchachos!”, dice Osvaldo, “Gracias.” “Vamos –dice Matasiete–, ¡a comernos todo lo que queda!” Al rato, se le acerca al escritor: “¿En serio estuviste en Hollywood, cara de ruso?”. “Sí.” “Y las minas, ¿qué tal?” “Nada del otro mundo. Cartón pintado. Aquí, entre las tuyas, tenés cada morocha que les da veinte vueltas.” Y allá van. Con don Osvaldo Bayer al frente en la jornada más gloriosa de su vida.

El ministro de Defensa –ahora solo en su despacho– tiene una idea genial. Se comunica con el presidente de los Estados Unidos, William Peterson, un republicano sanguinario que se impuso con fraude y es el principal sospechoso del asesinato de Barack Obama. “Señor presidente –dice el ministro de Defensa–, hemos detectado que entre la multitud que invade Buenos Aires hay miles de terroristas islámicos. Algunos, incluso, han creído ver al mismísimo Bin Laden.” “Ya mismo actuamos”, dice Peterson. “No en vano el mundo se ha globalizado y la lucha contra el terrorismo también. Cuelgo con usted y doy órdenes para que treinta aviones con misiles nucleares vuelen a Buenos Aires.” “Pero, señor presidente –dice el ministro de Defensa–, así no va a quedar nada en pie. Ni siquiera yo.” “¿Y a mí qué mierda me importa? ¿Desde cuándo el gobierno de los Estados Unidos de América se preocupa por los daños colaterales?”

En menos de tres días nada queda en Buenos Aires. Ni un edificio ni un ser humano. Es, por fin, la ciudad más segura del mundo.

FIN DE LA ÚLTIMA INVASIÓN DE BUENOS AIRES

Transición

Nuestra próxima tarea es un análisis minucioso de la plaza del 25 de mayo de 1973. Ese día, la Jotapé hizo mucho más que atar las riendas de sus caballos a la verja de la Pirámide de Mayo. Hizo cosas imposibles, que pagaría con su vida en medio de indecibles torturas. Después pasaremos a analizar los cuentos “Casa tomada” de Julio Cortázar y “Cabecita negra” de Germán Rozenmacher. ¿Saben algo? ¿Lo digo ya? El que no quiso aterrizar en Ezeiza fue Perón. Cuando le informaron que la Tendencia Revolucionaria se había posesionado de todo el territorio, Perón dijo: “No, no se van a apropiarse de mi retorno. No les voy a regalar otra plaza del 25. Que actúen los del Palco y nosotros a Morón. ¿Qué discurso voy a tener que dar para sosegar a esos locos? No vine para ser el presidente de ellos. Si me subo a ese palco me devoran. Se comen la fiesta. Yo me vuelvo Cámpora. Y yo soy Perón, qué joder. A Morón, señores. Y que Osinde ponga orden ahí abajo”. Ya lo veremos: fue así. O mejor dicho: ésa será nuestra interpretación. Porque nada “fue así”. Hay miles de interpretaciones de lo que “fue así”. Pero si Perón salía al palco y toda la territorialidad era de los Montoneros y de la Juventud Peronista, ¿qué iba a resultar de eso? Otro 25 de mayo. Perón reviviendo lo que Cámpora ya había hecho. Jamás.

Colaboración especial:

Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Cámpora presidente / libertad a los combatientes

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

76 Cámpora presidente /
Libertad a los combatientes



GANAR LA CALLE

Ante ciertas vacilaciones de la “camarilla militar” (nombre que se le daba al gobierno de Lanusse y las Fuerzas Armadas), tanto los hombres del Partido Justicialista como los militantes de la Jotapé intuyen una posible negación de la salida electoral. Se lo ve vacilante a Lanusse durante estos días, demasiado irritable. A su lado, hasta López Aufranc se luce como un demócrata dispuesto a no trabar el llamado “proceso electoral”. Hay una frase suya que se hace célebre: “Aquí habrá elecciones aunque voten tres”. Perón envía sus mensajes: “Si las elecciones no se realizan estamos preparados para algo distinto. Estamos preparados para otras cosas además de votar”. Esta última frase es muy importante. Demuestra hasta qué punto Perón no podía desautorizar a “sus” formaciones especiales. Debe haberse sentido muy orgulloso —en su papel de conductor estratégico— de sostenerlas y no regalárselas a nadie. Ahora, aunque no las nombrara, decía: “Si no hay elecciones habrá guerra”. Los militares —con su terquedad— seguían colaborando a la legitimación de la violencia. En principio, ya era bastante con prohibirle a Perón ser candidato. ¿Por qué? ¿Qué alergia tan grave le tenían? Sin duda, lo sabemos: no lo toleraban. Pero había llegado el momento de buscar por otro lado. No les era fácil. A Lanusse —que había propiciado toda la operación— no dejaban de traicionarlo los nervios. O su mal carácter. Su condición de macho cascarrabias. Y hasta a veces se sospechaba de su ambición: buscar ser presidente, prolongarse en el poder. Esta tesis —que él califica de “fantasiosa”— le merece este comentario: Escribe: “En declaraciones a una publicación extranjera, el dirigente justicialista (por Perón, J. P. F.) afirmó —no sin cierto gracejo que le reconozco— que me resultaría ser más fácil ser Rey de Inglaterra que Presidente constitucional de la Argentina” (Lanusse, *Mi testimonio*, Laserre, Buenos Aires, p. 301). Que Lanusse le reconozca “cierto gracejo” indica que a Perón eso, el gracejo, le sobraba. Que Lanusse entregue precisamente *esta* palabra, que sea él, su enemigo, uno de los hombres que más habrán indagado en el alma de Perón, para enfrentarlo, para derrotarlo, para contenerlo, implica que —al menos— nos detengamos en sus sinónimos. Conjeturo que entregan un arco de la imagen que muchos tenían del líder y hasta de esa que a él le gustaba ofrecer. Un tipo tiene “gracejo” cuando tiene gracia, soltura, ingenio, ironía, cuando es agudo, cuando tiene humor, cuando es ocurrente, cuando le sobra chispa o viveza. La antítesis de todo esto son la torpeza y un gravísimo error en cualquier actividad que un ser humano ejerza: la simpleza, simplificar las cosas, tornarlas unilaterales. Un tipo con ingenio tiene diez, cien, mil ideas. Un simple tiene una. El ingenio es el vértigo de lo múltiple. Lo simple es la reducción del Todo a lo Uno. Lo Uno es lo Uni-Lateral. El simple reduce todo a un solo lado. Hay un texto de Raymond Chandler que se llama *El simple arte de matar*. Matar es simple. Se mata para un solo lado. A partir del 20 de junio, Perón abandonará el gracejo. ¿Se volverá torpe, simple? Sospechamos que pondrá el Error de un solo lado. Que pondrá la Verdad de otro, del suyo. El será, como siempre, el emisor de la Verdad. Al ser un solo lado lo que se desgaja de lo Múltiple como el Error, los cañones tendrán una sola dirección. La de destruir lo que ha sido apartado. Pero si se aparta una fracción de lo Múltiple, lo Múltiple deja de serlo, pues ya no puede integrar todo. No puede totalizar. Lo no totalizable deberá ser exterminado para que la totalización se realice otra vez. Pero será una falsa totalización. Una totalización posibilitada por la muerte. Sigue Lanusse: “Diversos errores de mi gobierno favorecieron el juego de Perón: un error ciertamente muy importante, durante todo ese período y comienzos de 1973, fue que, a pesar de haber definido que el peronismo podría ir a elecciones, fracasamos en precisar cuáles serían los límites reales de nuestra decisión en forma tal que, hasta último momento casi, el país no terminaba de saber si la fórmula del Frejuli —en cuyo apoyo se había volcado casi todo el aparato subversivo— podría llegar o no al 11 de marzo. Fue la peor variante posible y, aunque todo puede explicarse, debo admitir que nuestro error táctico fue grave” (Lanusse, *Ibid.*, p. 301). Gravísimo: era febrero y todavía en veremos. Lanusse iba y volvía. Lo que le permite a Perón, por medio de un mensaje a los trabajadores que trae Rucci, decir: “*Nosotros no hemos sido nunca fuertes en los bufetes de los dirigentes políticos, pero en la calle hemos sido invencibles. Hay que llevar la acción a ese terreno, hay que ganar la calle en todo el país. Si ganamos la calle, le podemos regalar a la dictadura toda la televisión, los radios, los diarios y las revistas, seguro de que con todo eso no harán nada*” (ver: Revista *Envío*, N 9, mayo, 1973, p. 39. Cursivas mías). De esto, los sindicalistas ni se enteraron. No querían arriesgar nada. Hubo montones de actos y movilizaciones con la consigna de *GANAR LA CALLE*, pero todos fueron protagonizados por la juventud peronista. Los sindicatos hacían —como hoy— política de aparato. Lo que podían movilizar no era mucho ni querían hacerlo. ¿Y si los milicos daban marcha atrás? ¿Y si no había elecciones? ¿Y si lo prohibían de nuevo a Perón? ¿Y si el Frejuli perdía? No iban a arriesgar todo lo que tenían por eso. ¿A ver si todavía perdían las obras sociales? ¿A ver si lo bajaban a Lanusse y asumía algún loco como Mayoría o cualquier milico ultragorila y se iba todo al diablo? O también: ¿y si el mismo Lanusse, en una de sus rabietas, de sus recaídas en el gorilismo extremo, abortaba todo y se acababa la joda? ¿Cómo quedarían ellos para seguir negociando, dialogando, concediendo y pidiendo? Se com-

prende la bronca de la Tendencia ante esta actitud. Estos turros no arriesgan nada y después va a resultar que piden todo y son los mimados del General. Otra cosa: ¿cómo suena hoy eso de *ganar la calle*? Anacrónico. Observen que Perón dice que si gana la calle le regala a la dictadura la televisión, los diarios, las revistas, todo. Hoy no hay política de movilización. No existe. Nadie gana la calle. La calle la ganan los medios. Con eso, lejos de hacer nada, como decía Perón, hacen todo.

LAS ELECCIONES DEL 11 DE MARZO DE 1973

Y se marcha hacia las elecciones. Nadie puede parar eso. El Frejuli hace su cierre de campaña en la cancha de Independiente. La noche es calurosa y asisten 100.000 personas. Yo estaba muy cerca de los grupos que formarían la Juventud Sindical de Lorenzo Miguel. De los de Guardia de Hierro. De los de la CNU. Los oí vociferar rabiosamente: *Perón/ Evita/ La patria peronista y Ni yanquis ni marxistas/ peronistas*. La cosa venía complicada. Esa noche, sin embargo, el estadio de Independiente estaba lleno de familias. Padres, madres, los pibes de la mano y los chiquitos en brazos o tipo mochila. Gente común. No sólo militantes. Querían que ganara el Frejuli. La esperanza la habían puesto ahí. Era, ante todo, la de salir de la dictadura. Tengamos en cuenta lo que sigue: desde el 28 de junio de 1966, en que el teniente general Pistarini, el almirante Benigno Varela y el brigadier Adolfo Teodoro Álvarez derrocan a Illia y asume, al día siguiente, Onganía como presidente de la nación, hasta el 25 de mayo de 1973 en que Lanusse le pone la banda a Cámpora, habían transcurrido 7 años de la llamada *Revolución Argentina*. Esta “revolución” dura lo mismo que habrá de durar el Proceso de Reorganización Nacional. *Que haya sido menos sangrienta no significa que no haya sido, incuestionablemente, una dictadura*. Siete años de aguantarse una dictadura militar con presencia clerical en todas las áreas de la vida cultural argentina. Con libros prohibidos, películas tijeateadas por la censura o también prohibidas, sin Parlamento, sin debates públicos, con policía brava, en fin: *una dictadura*. Que quede claro. Estábamos hartos de vivir bajo gobiernos dictatoriales, militares, bajo botas y sotanas. Además, basta de farsas, señores. Basta de decir que el 28 de junio de 1966 las Fuerzas Armadas derrocaron al gobierno constitucional del doctor Illia. ¿A qué jugamos? Los que dicen eso o no saben pensar o mienten con todo descaro. *El gobierno de Illia fue tan inconstitucional como el de Onganía*. Los gobiernos de Frondizi, Guido e Illia fueron inconstitucionales. Y éticamente colaboraron con un esquema militar que negaba la libre participación de *todos* los partidos políticos en la vida institucional del país. *Fueron cómplices*. Hasta se podría decir que Frondizi, Guido e Illia fueron más culpables que Aramburu, Onganía, Levingston y Lanusse. Los militares guardaron coherencia con eso que Toranzo Montero llamaba “el espíritu del 16 de septiembre de 1955”. Ellos encarnaban y hegemonizaban ese espíritu. Los partidos políticos que se sometieron —por ambición de poder— a ese “espíritu” fueron sus lacayos. Aceptaron traicionar la transparencia de la política. Se ofrecieron como *máscara democrática* del país golpista. ¿Qué tenía de *constitucional* el gobierno de Illia? ¿Qué tenía de *constitucional* un gobierno que asume porque el partido mayoritario está proscrito? ¿Qué tenía de *constitucional* un partido que gana con 2.419.269 votos, es decir: con el 24,9%? ¿Cómo es posible que se considere *legal* una elección en la que hay un 17,2% de votos en blanco? Votos que, se sabe, son peronistas y que llegarían adonde nadie quiere imaginar si candidatos de ese partido se presentarían o si, como sería *realmente constitucional*, se permitiera al líder del mismo regresar al país. Pero no: hoy, todavía, se da por establecida la *escandalosa* situación institucional que vivió la Argentina entre 1955 y 1973. Como si fuera poco, dentro de esa escandalosa situación se ha erigido a un *héroe de la democracia*, a don Arturo Umberto Illia, que tenía apenas 62 años cuando asume el 12 de octubre de 1963 (o sea: no era un “viejito”, si a veces lo parecía era una modalidad suya que nunca le jugó a favor) y ese mismo día pone presos a 109 militantes de izquierda. El día 22 nombra ministro de Economía a Eugenio Blanco, ¡el de la Libertadora! El que había dicho que con el golpe setembrino volvía “la Argentina de nuestros padres y nuestros abuelos”. Y el día 17 les tira encima la policía a los peronistas que en Plaza Once (¡por primera vez en 9 años!) se atreven a celebrar el día de la *lealtad*, cuando rescataron a Perón y lo hicieron salir al balcón de la Rosada. (*Nota*: Ahora peleaban por la posibilidad de repetir ese hecho, verlo al líder en el balcón, escucharlo decir, como en los viejos y míticos tiempos, “Compañeros”. Se les va a dar, pero el líder va a ser un viejo enfermo, un viejo que les dirá “Compañeros” pero detrás de un vidrio blindado porque los carniceros de un entorno sombrío que se trajo con él y del que parece no desear librarse le dicen todo el día que los “zurdos” quieren matarlo.) Es decir, Illia, de “constitucional”, nada, lo mismo que Onganía. Si el gobierno de Illia fue constitucional, el de Onganía también. A los dos los posibilitaba la misma prohibición. Perón y el peronismo no eran parte del sistema institucional. La suprema farsa residía en que ese sistema se proponía como institucional basándose en una prohibición que lo ilegitimaba profundamente. Perón vuelve en el ’64 y Zavala Ortiz, con la energía del mejor de los milicos duros, lo frena. No, usted no vuelve. Nosotros estamos muy bien sin

usted. Hasta “demócratas” nos sentimos. Y muchos nos sentimos así porque lo prohibimos a usted. Lo prohibimos en nombre de la democracia argentina que usted injurió. Si los negros lo siguen queriendo que se jodan. Ya se van a acostumbrar a vivir sin usted y a elegir otras opciones: opciones racionales, democráticas, no autoritarias.

Lo que indigna: ¿cuánta sangre se habría ahorrado si el país se institucionalizaba *antes*? Si Illia y los radicales les decían a los milicos: *No, no queremos solucionarles el problema. Somos democráticos y queremos que todos se presenten a elecciones; si no, no vemos cómo podrían ser constitucionales, legítimas. No queremos gobernar en base a la ilegitimidad. Si ganamos que sea legítimamente. No porque otros están proscritos*.

Todos los que estaban en la cancha de Independiente querían el fin de la farsa. También (muchos) creían que con la legalización del peronismo se acabaría la violencia. ¿Sabían esto los Montoneros? ¿Sabían que innumerable cantidad de ciudadanos y hasta el pueblo pobre peronista que decían representar esperaba a Perón para vivir y trabajar en paz, para que la violencia terminara? Ignoraban dos cosas fatales. Hablaremos de ellas con más detalle. Ahora sólo las enunciaremos. 1) Ignoraban el enorme poder de fuego del Ejército Argentino. 2) Ignoraban la escasa vocación de lucha del “pueblo peronista”. Su aversión a la violencia. Aversión compartida por las clases medias. Cada vez se verán menos familias en los actos. Nunca volverán a ser tan numerosos como el de la cancha de Independiente. Al final se reducirán sólo a la movilización de los militantes. Para ellos, en medio de una ceguera creciente, serán “el pueblo”.

El 11 de marzo se vota. El Frejuli gana de modo incuestionable.

Frejuli:

5.907.464 votos. Llega al 49,59%. No pasa el 50%. ¿Habrá segunda vuelta?

Unión Cívica Radical:

2.537.605. Araña el 21,3%. El porcentaje de votos es similar a aquel al que llegara Illia en las elecciones del 7 de julio de 1963. Illia, votos: 2.419.269. Araña el 24,9. La sorpresa de la elección de marzo del ’73 la da don Francisco Manrique, un personaje oscuro, golpista de alma, sospechoso de haber colaborado en planear el bombardeo del ’55, que se había hecho popular desde su cargo de ministro de Bienestar Social bajo la dictadura militar. Recorría los pueblos y, siempre con cara de culo, decía frases campechanas: “Ustedes me recibieron. Me dieron de beber. Me dieron de comer”. ¿Quién era, el profeta de Nazareth en desgracia? Durante la campaña le organizan un debate con periodistas. Todos le hacen preguntas amables, para que se luzca. Hasta que Jorge Luis Bernetti, joven, con pelo en la cabeza y bigotes casi a lo Zapata, le arroja una pregunta poco amigable: “¿Es cierto que usted asesoró a la CIA para que encontraran al comandante Guevara en la selva boliviana?”. Manrique pierde los estribos de entrada. “¡Eso es mentira!”, ruge. Y era un tipo que metía miedo, eh. Bernetti no sólo no se achica, sino que lo señala con un dedo insolente: “¡Eso es verdad!”, exclama. “¡Eso es mentira!”, sólo atina a decir Manrique. Aquí queda claro que no tiene otro argumento más que negar el hecho. Eso era lo que Bernetti quería revelar. De modo que, muy tranquilo, le dice: “Bueno, es su palabra contra la mía”. Quedó un empate. Manrique no tenía pruebas de su inocencia. Bernetti no las tenía de su culpabilidad. “Pero, Jorge, no seas boludo”, recuerdo haberle dicho. “Si lo acusás de algo así llevate un par de pruebas por lo menos.” “No tengo pruebas, pero sé que fue así. Con lo furioso que se puso me dio la razón.” Pese al triunfo de Bernetti, Manrique, acompañado por Rafael Martínez Raymonda, que será embajador del Proceso, llega al 14,9%, 1.775.867 votos. Perón lo considerará un resultado de “circunstancias, sin importancia”. Para él son los radicales el partido con el que habrá de dialogar: el Chino Balbín. ¡Ah, Balbín, qué personaje ése! Pocos días antes de las elecciones aparece por la tele y mirando a cámara, con aire de guapo de comité, como momento sublime de su campaña electoral, le habla a la guerrilla: “Muchacho —dice—, aquí estoy. Te prometo gobernar con justicia y equidad. Y si no te cumplo... prepará tu puñal y húndemelo en el cuerpo”. Gesto de puñal aferrado en el puño y gesto de hundirlo en el cuerpo del enemigo. ¿De qué puñal habla?, me dije. ¿Qué está representando? ¿*Un guapo del 900*? ¿Quién espera que lo achure, Euménico López con la pinta de Alfredo Alcón? El candidato oficial —el de los milicos— se llama Ezequiel Martínez, es brigadier y mira desde su afiche con cara de tipo seguro, lleno de influencias, de respaldos militares. Por eso le ponen: “Ezequiel Martínez, el candidato que sabe y puede”. Lo que sabía era imposible averiguarlo. Pero la palabra “puede” era amenazante y golpista. Sólo el brigadier, un milico como tantos otros y el candidato de los milicos, era el único que iba a “poder”. ¿Por qué? Porque lo iban a dejar. Sacó el 2,91% de los votos. Si sabía, si podía, nunca se supo. (*Nota*: Durante el gobierno de Alfonsín, el peronismo renovador lo corría por izquierda. Para Alfonsín (decían) nada se puede. Sobre todo, no pagar la deuda. En un discurso parlamentario, Cafiero, irónicamente, dice que el planteo político del radicalismo —al que llaman “posibilista”— se reduce a decir: “No se puede, no se puede, no se puede”. Pachó O’Donnell —promocionándose para alguna banca— pega poco después por todo Buenos Aires unos afiches que dicen: “Pacho puede”. Abajo le pintan: “Una vez a la sema-

na". Ezequiel Martínez no pudo ni un solo día.) La Nueva Fuerza, la que venía desde hacía tiempo gastando fortunas en campañas electoralistas, el partido de Alsogaray, "el chanchito de los yanquis" le decía la Jotapé, saca apenas el 1,96%, con su candidato Julio Roberto Chamizo, cuyo mural se proponía poner "en el baño donde caga el General". Tal vez los votantes lo pusieron en un lugar más aireado pero no menos humillante. Alende y Sueldo lograron sumar algo: 7,43%. Juan Carlos Coral, del Partido Socialista de los Trabajadores, que se creía "la izquierda", llega al 0,62%. Norteamérico Ghioldi (otro "socialista"): 0,91%. Y el Colorado Ramos llega al 0,41%, menos que Ghioldi, que la Nueva Fuerza, que Ezequiel Martínez, que Coral (un flaco que se disfrazaba de Alfredo Palacios). ¿Qué pasó, Ramos? No me va a contestar porque después apoyó a Isabel, fue embajador de Menem en México y ahora está muerto. Sospecho que la verdadera ausencia de respuesta se debe a esta última circunstancia. Pero, una lástima: tenía buena prosa el Colorado Ramos. Pero sólo con buena prosa no se ganan elecciones.

¿ALGUIEN PENSO EN EL PODER DE FUEGO DEL EJERCITO ARGENTINO?

Lanusse anuncia el triunfo del Frejuli. Al hacerlo, ya no se dirige, como siempre lo hizo, a los "Hombres y mujeres de mi patria" sino, secamente, "A la opinión pública". Por ahí sale un chiste aceptable. Lanusse, derramando lágrimas de amargura, dice: "Hombres y mujeres de mi patria, ¿por qué son todos peronistas?". No quiero olvidar esto: Mor Roig, para disuadir a los votantes que piensan votar al Frejuli, dice que, de producirse esto, la situación del país se tornará *complicante*. Hasta neologismos inventaban con tal de parar algo imparabile. Ellos lo habían hecho así. El triunfo arrollador del Frejuli es el resultado de 18 años de Argentina antiperonista, exclusionista, ilegal, antidemocrática, apasionadamente gorila. Foucault, en una de sus clases formidables en el Collège de France (1977-1978), dice: "Bueno, termino aquí con el poder pastoral. Ya están hartos de oírme hablar de eso". Trataré de no hablar más de los resultados nefastos de la Argentina gorila 1955-1973. Espero que haya quedado definitivamente establecido ese tema. Porque va a ser *muy* importante. Una de las grandes excusas de los militares del Proceso para la masacre fue la liberación de los presos políticos. Se considera como uno de los grandes errores del camporismo. Y no: se liberaron los presos de una dictadura. Todo preso de una dictadura es un inocente porque una dictadura no tiene poder institucional, no tiene status legal para condenar a nadie. Es un poder *ilegítimo*. No puede legislar, no puede juzgar, no puede condenar, no puede encarcelar, porque, ante todo, es su propia legitimidad la que está en cuestión. Volveremos sobre esto al hablar del famoso "Devotazo".

Viene la fiesta de la noche del 11 de marzo:

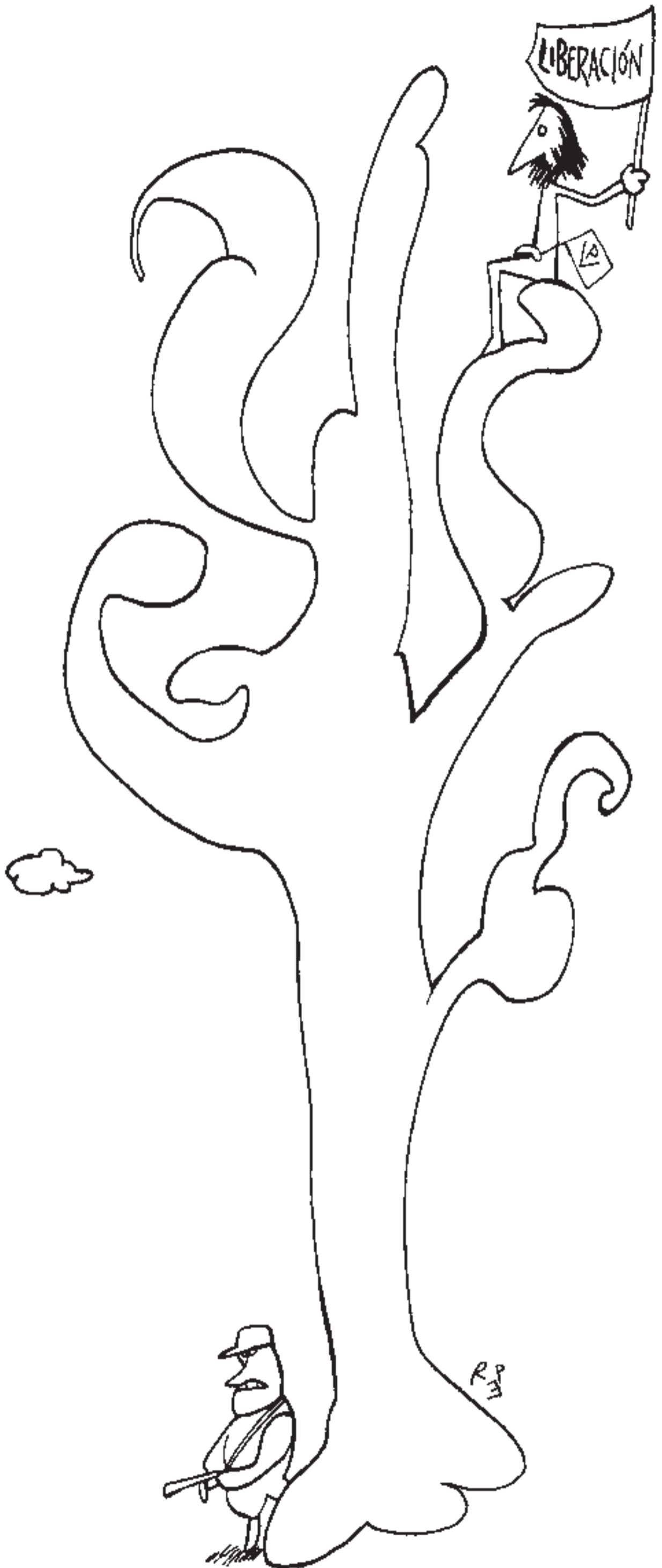
*Qué lindo, qué lindo
que va a ser
el tío en el gobierno
Perón en el poder.*

Y el reconocimiento de la juventud al joven secretario del Movimiento Nacional Justicialista:

*Abal... Medina...
El nombre de tu hermano
es fusil en la Argentina.*

Un reconocimiento más fierro que político. Juan Manuel Abal Medina —a diferencia de su pasional hermano Fernando— era un político y no veía salidas por el lado de las armas. De aquí el papel intenso que jugó y el buen recuerdo que deja en medio de esa historia de catástrofes. No se lo puede asociar a nada espurio. Siempre estuvo luchando por la posibilidad de la pacificación, en contra de la muerte. Es mucho.

Todo se dirige hacia el 25 de mayo. Sin embargo, aún se duda de la entrega del gobierno. ¿Cumplirán los militares? El ERP —una vez más— hace lo que hará siempre: ofrecerle motivos de acción a la derecha, justificaciones para aumentar la represión, para asesinar militantes de cualquier signo. El 30 de abril (1973, claro) asesina al contraalmirante retirado Hermes Quijada. Era el ex jefe del Estado Mayor conjunto. Lo asesina el ERP 22, un desmembramiento "populista" de la organización guerrillera. Es un supremo disparate. Una acción en contra de todo lo que se está haciendo. La "culpa" demostrable de Hermes Quijada es que había sido el designado para explicar lo inexplicable: cómo había sido la masacre de Trelew. Nadie le creyó. ¿No alcanzaba con eso? ¿Hacía política el ERP? ¿Sabía que un operativo de ese tipo fortalecería la posición —propia de la Marina— de no entregar el gobierno? "Ordenar antes el país", como dijo el siniestro Mayorga en el sepelio de Hermes Quijada, "y entregarlo después". Esto no era un disparate. No hablaba por hablar Mayorga. Si en ese momento el Ejército se ponía en serio contra la guerrilla, si anulaba el proceso electoral, si abría una nueva etapa de la Revolución Argentina o inventaba cualquier cosa nueva: *operativo antisubversivo extremo, recuperación de la democracia argentina por medio del exterminio definitivo de la subversión, etapa final de orden y aniquilamiento del enemigo de la Revolución Argentina*. Lo que sea. Si los milicos —ahí— se largaban con la doctrina francesa de contrainsurgencia (que se conocían de memoria) provocarían una masacre, pero detendrían todo. Total (y esto la JP había decidido ignorarlo) la crueldad del Ejército Argentino se había probado largamente a lo largo de la historia. Con los gauchos



federales, con el Paraguay, con el indio, con los obreros de Vasena, en la Patagonia, en el criminal bombardeo del '55. ¿Nadie recordaba eso? Sí, pero para condenar la crueldad asesina de un Ejército al que estaban seguros de vencer. ¿Con qué? Los ideólogos de los fierros justificaban la necesidad del triunfo por los de la época. Los sabíamos de memoria: Castro en Cuba, Mao en China, Giap en Vietnam, los militares peruanos (Velazco Alvarado), Omar Torrijos en Panamá, Salvador Allende en Chile, las masas argelinas y el FLN contra los paras en Argelia. *Ninguna de las condiciones que se dieron en esos países se daban aquí.* ¿Qué teníamos aquí? ¿Teníamos campesinado revolucionario? No. ¿Teníamos sindicatos combativos? Muy pocos. ¿Teníamos un partido de masas? Ni por joda: el PJ era un reunte de políticos profesionales, burgueses al extremo, acomodaticios. ¿Teníamos un pueblo revolucionario? Decididamente no. Y esto era lo que nadie se confesaba. Se quería tomar el poder con las “masas peronistas”. *Que nunca quisieron tomar el poder.* Por eso eran peronistas. El obrero peronista quiere el capitalismo humanitario de Perón. La violencia lo espanta. Sí, existió la Resistencia, pero en el '73 estaba muerta. La clase obrera estaba dominada por un sindicalismo conciliador y pactista que venía desde los tiempos de Onganía y aun de antes, con el Lobo Vandor y el peronismo sin Perón. (Nota: Acaba de aparecer el imprescindible texto del venerable erudito de la historia del sindicalismo argentino Santiago Senén González (escrito en colaboración con Fabián Bosoer) y lleva por título uno sin duda ingenioso y macabro: *Saludos a Vandor, Vida, Muerte y Leyenda de un Lobo*, Vergara, Buenos Aires, 2009.) ¿Teníamos un sector del Ejército dispuesto a rebelarse contra sus superiores? Para nada. Y para colmo: se intentó hacer pasar por esto las deserciones individuales de Francisco Licastro y Fernández Valoni. ¿Eran la muestra de que el Ejército se uniría a las masas! ¿Se había analizado el poder de fuego de las Fuerzas Armadas, su verdadero potencial destructor? No. ¿Se sabía algo sobre su crueldad, sobre el uso de la tortura como arma esencial? ¿Se sabía de la acción de los macabros, genocidas instructores franceses? No. ¿Con qué contaba? Con la Tendencia Revolucionaria. Con la penedada de la Jotapé y las “formaciones especiales”. ¿Se creía que Perón venía para desatar una pueblada? ¿Para arrojar al pueblo peronista a la toma del poder? Sí, muchos creían esto. Raro saber en qué se basaban. Podríamos analizar todos los procesos revolucionarios que la Tendencia mencionaba para validarse y ninguno de ellos tenía sólo como fuerza de guerra a jóvenes de hasta 26 años, a líderes guerrilleros de dudosa eficacia, poco probados. No es lo mismo matar a Aramburu o a Hermes Quijada que asaltar el poder. Y tenían —insistimos— frente a ellos a un Ejército profesional, adiestrado profesionalmente al extremo por la Escuela de las Américas y la contrainsurgencia francesa. Si la matanza no se desata después del asesinato de Hermes Quijada habrá sido porque Lanusse la frenó: quería el regreso de Perón. Esa matanza exigía —como primer paso— el asesinato de Lanusse. El asalto al poder por los Jóvenes Turcos de la guerra contrarrevolucionaria, los baluartes de la Tercera Guerra Mundial.

Lanusse se despide de los “hombres y mujeres de mi patria”. “A ustedes (dice) mi eterna gratitud, en nombre de un gobierno que no eligieron pero que les ofreció la posibilidad de elegir.”

PERÓN, LOS MONTONEROS Y EL RÓPERO DE SAMUELITO

La Tendencia no estaba en pañales. Perón les había insinuado un par de cosas. Bien al estilo Perón, sí. Pero que eran claras, lo eran. Nadie podía no ver lo que el viejo caudillo buscaba decir. En Europa se reúne con la cúpula de Montoneros. Está presente otro personaje para la historia del Error, de la estrategia de la catástrofe, el héroe de la contraofensiva del '79. Falta para llegar ahí. Escribió un libro que lleva por título *La otra historia*. Buen título. Se trata, en efecto, de *otra* historia. La de Roberto Cirilo Perdía. Sólo la de él. Escribe sobre esa reunión: “El propio Perón en la entrevista que tuvimos con él, en Madrid (abril '73), con una anécdota marcó las características de su conducción. Allí nos relató, en tono jocoso, el cuento de un padre, dueño de un bazar, que le hace un regalo a su hijo. Pero no se lo entrega en la mano, lo deja sobre un entepiso y el hijo debe trepar por una escalera para alcanzarlo. Sube y estando en la parte superior de la escalera, cuando se estira para alcanzarlo, el padre le retira la escalera... Perón remató diciendo: Como ven no se puede confiar ni en el propio padre... (Roberto Cirilo Perdía, *La otra historia, Testimonio de un jefe montonero*, Grupo Agora, Buenos Aires, 1997, p. 158). Luego, con gran ingenuidad (si es que le creemos) se pregunta: “¿Acaso Perón pensaba en nuestra instrumentación, como muchos han sostenido? ¿Quizá Perón nos estaba ‘usando’, aprovechando nuestra capacidad movilizadora, como afirman otros? Entiendo que no” (Perdía, *Ibid.*, p. 158). Aclaro que no he respetado los saltos de renglón en que incurrir abusivamente Perdía por considerarlos primarios. No pude quitarle los gerundios, pero allá él. Digamos, tersamente, que la escritura no era el arte para el que estaba dotado. Ignoramos cuál podría ser. Acaso el de asesor del bloque justicialista de la Comisión de Educación de la Cámara de Diputados de la Nación entre 1991 y 1995, en pleno menemismo. Ahí confluyeron sus ardores revolucionarios. En ese menemato que remató el país.

IV Domingo 3 de mayo de 2009

En esa reunión se deciden muchas cosas. Los Montoneros no se dan cuenta. O apenas si sospechan. La soberbia que tenían era intolerable para el General. Ahora era *su* momento. Ya no los necesitaba. Había que gobernar. No que luchar. Mucho menos matar, la hora de los fierros había pasado. Pero —como ya hemos dicho— la Orga le pasa al General la factura. Nosotros pusimos la sangre y los muertos. Nosotros hicimos la campaña electoral. Usted volvió por nuestra lucha, por la lucha armada que hegemonizó la gloriosa Jotapé. La frase que se decía era: “Sangre por poder”. Le entregan a Perón una lista de 300 nombres para el nuevo gobierno. ¡300 nombres, todos de tipos que respondían a la conducción de la Orga o que estaban en más que excelentes relaciones con ellos! 300 nombres para copar el gobierno. Lo que subyace a este planteo es el de compartir la conducción. A los montos les parece totalmente lógico. Ellos son la vanguardia revolucionaria. Perón está viejo. Siempre ha dicho que su heredero será el pueblo. Bien, *ellos son el pueblo*. Y hasta —según ven las cosas— más que eso, porque son su *vanguardia*. La vanguardia es la que conoce mejor que el pueblo los intereses de éste porque conoce los grandes lineamientos de la historia. El planteo montonero es similar al leninista. Lenin creía que la clase obrera —entregada a su lucha de clase— acababa por generar una conciencia *trade-unionista*. Una conciencia que la insertaba en el sistema estructural del capitalismo y la llevaba a la creación de sindicatos y a la negociación constante con el sistema, pero no a su *superación*. En suma, la clase obrera era incapaz de tener una verdadera conciencia de clase. Una conciencia socialista. Clase obrera y socialismo se distanciaban no bien la primera entraba en la etapa de crecimiento-tradeunionismo-diálogo y conciliación con el orden burgués. Esta conciliación se expresaba en la creación de los sindicatos obreros, que eran parte del sistema, estaban integrados a él y lejos de buscar su destrucción. La *conciencia de clase* debía ser introducida “desde afuera” en la clase obrera. Ella —desde sí, por su propia dialéctica— no la podía generar. Se trata de una concepción reñida con la dialéctica y, desde luego, con Marx. (Sigo al Lenin del “*Qué hacer*”.) Para Marx, el proletariado, por su propio movimiento dialéctico, iba conquistando su conciencia de clase, tema que no desarrolló en exceso. Pero está claro: no hay, además, nada *exterior* en la dialéctica del proletariado. No lo puede haber: la dialéctica es un proceso inmanente y necesario. Toda *exterioridad* a ella es o burguesa o teológica. La dialéctica es la teleología de la historia, su sentido interno. El proletariado, al participar de ella, debe generar, *a partir de sí*, los elementos que lo transformarán en el “sepulturero” de la burguesía. Engels, acaso, en el final de su vida, advierte que el capitalismo se come al proletariado, integrándolo. “¿Me pregunta usted qué piensa el proletariado británico? Lo mismo que la burguesía”, dice en una de sus cartas. Lenin elabora entonces la teoría de la *vanguardia*. Si el capitalismo —necesariamente— integra al proletariado, la salvación de éste sólo puede provenir de afuera. La *conciencia de clase* no es algo que la clase obrera genere a partir de sí, sino que debe existir una *vanguardia revolucionaria* que, trabajando desde afuera, la haga penetrar en ella. La presencia de la élite revolucionaria está consagrada. La relación entre élite y masas es desigual. La élite tiene el conocimiento de las leyes de la historia y, por consiguiente, de los verdaderos intereses de las masas. Las masas, no. Se llega así a la concepción del *partido revolucionario de vanguardia*. El Partido es el depositario de la conciencia de clase. Las masas no pueden llegar a ella por la tentación tradeunionista: el capitalismo las tienta con mejoras que sólo la llevan a avalar el sistema en bloque. No habrá *superación dialéctica*. La conciencia de la clase obrera es una conciencia economista o salarial. Sólo eso. La vanguardia la conduce hacia el encuentro con sus verdaderos intereses. La vanguardia se organiza en Partido. Bien, todo esto terminó en el stalinismo. Estaba contenido en la teoría de la vanguardia de Lenin. Aquí, la teoría de la vanguardia no lleva a Stalin, lleva a Firmenich. Entregarle 300 nombres a Perón era eso: nosotros sabemos quiénes deben gobernar. Nosotros somos vanguardia intelectual y vanguardia armada. A usted el pueblo lo quiere pero —si como usted dice— será el pueblo quien lo herede, sepa que la vanguardia de ese pueblo somos nosotros, que lo movilizamos, que le hacemos la campaña electoral, que matamos a sus explotadores. Le proponemos, mientras usted viva, compartir la conducción. (Ahí empieza a surgir la consigna: *Conducción/ conducción/ Montoneros y Perón.*) “No entendimos que habíamos ganado (reconoce bien Perdía), pero que ese triunfo no era solamente nuestro, sino que era compartido por otras franjas del peronismo, tan legítimas como nosotros mismos. Por otra parte, tampoco era absoluto. Estaba naturalmente limitado por otros actores sociales. En algunos casos actuamos, a partir del 25 de mayo, como si nosotros fuéramos los dueños de todo. Las imágenes de ese día en la plaza contribuyeron a consolidar la idea de ese imaginario poder total. Idea que la natural omnipotencia juvenil ayudó a nutrir” (Perdía, *Ibid.*, p. 148).

Perón les larga un discurso sobre la necesaria prudencia del trasvasamiento generacional. De a poco, chicos. Ya les va a llegar el turno. Se olvida del reportaje de *Mayoría*. Guarda al descuido en un cajón cualquiera la lista con los 300 nombres y les habla de entregarles la tarea de reconstruir la Fundación Eva Perón y desde ahí desarrollar las tareas que la nueva situación requiere de ellos. La Fundación, muchachos, deberá ser el centro de sus actividades. Conjeturamos que los montos se

habrán querido morir. ¿La Fundación Eva Perón? ¿Empezar a repartir ropa, comida, algunas casas en lugar de “tomar el poder en el primer mes”? Este viejo turro les estaba tomando el pelo. ¿Para eso habían quedado atrás tantos cadáveres? ¿Para repartir migajas? ¿18 años de lucha para esto? Perón les sigue hablando de los próximos cuatro años: en ellos habrá que aprender a gobernar y ahí se irá dando el trasvasamiento. ¡La cara con que deben haberlo mirado!

Ahí Perón les cuenta esa historia que menciona Perdía. Firmenich habrá de recordarla el 21/2/2004 en la revista *Noticias*: “El último día de conversaciones Perón nos contó un cuento”. ¿No es fantástico? El buen padre ya anciano, con casi 80 años encima, les cuenta un cuento a sus niños revoltosos, tan revoltosos. “Nos dijo: No sé si ustedes saben que las familias judías, cuando los hijos varones cumplen 13 años, les dan una fiesta especial, un regalo especial, porque se considera que el niño se convierte en hombre. Entonces había una familia judía y, en esas circunstancias, el padre dice: —Samuel. —Sí, papá. —Andá a buscar la escalera, subite arriba del ropero, en el techo del ropero está tu regalo de los 13 años.

Y el chico va encantado, con una enorme sonrisa, a buscar la escalera, se trepa al ropero. Cuando está ahí arriba, mira y dice: —¡Papá! No hay nada acá. Acá no hay nada.

Entonces, el padre, que estaba abajo, mirándolo, le quita la escalera y Samuel se da un brutal golpazo. Cuando el chico está dolorido y más que dolorido, desconcertado en el piso, el padre lo mira y le dice: —Samuel, hijo mío. El regalo es para que aprendas a no confiar ni en tu padre.” (Citado por Galasso, *Ibid.*, tomo II, p. 1168).

Perón se los dijo claro: en cualquier momento les saco la escalera y ustedes se vienen al piso, soberbios de mierda. Qué me vienen a traer a mí 300 nombres de sus amigos o compañeros de ruta. El jefe soy yo. Y yo elijo todo lo que sea necesario elegir. Pero el *Samuelito* que le había tocado en suerte no era como el del cuento. Si se caía de la escalera se trepaba a otra. Y a otra. Y no había padre que lo contuviera. Tampoco Perón esperaba eso. ¿Saben quién es el verdadero protagonista del cuento? El Ropero. Mientras Samuel y su padre discuten... el Ropero se les cae encima y los mata a los dos.

La Tendencia habrá de ser traicionada por su Padre pero no por su Tío. Mientras Cámpora es presidente y aun durante los días anteriores el vértigo de la Jotapé es fenomenal. Uno de los documentos más importantes que produce es el llamado *Compromiso con el pueblo*. Empieza así: “Compromiso de la juventud peronista con el pueblo de la patria, primera ley vigente: libertad a los combatientes. Los candidatos electos de la juventud peronista en los niveles nacional, provincial y municipal comprometen formalmente su acción ante el pueblo de la patria para el logro de los siguientes objetivos fundamentales:

“*Primero*: La libertad incondicional y sin discriminaciones de todos los compañeros presos políticos, gremiales y conexos” (Citado en *Envido*, N 9, abril de 1973, p. 6. También Baschetti: *Documentos*, 1973-1976, volumen 1).

Genaro Díaz Bessone (durante el Proceso) habrá de ser nombrado ministro de Planeamiento. ¿Qué era eso? Nadie lo sabía. ¿De qué se iba a ocupar ese ministerio? ¿De planificar todavía mejor la cacería de las ratas subversivas, de las clandestinas y de las idiotas que andaban aún a la luz del día? ¿Quién era Díaz Bessone? Miguel había mudado la librería a una cuadra. Esa fue toda la seguridad que se concedió. Ahí —el día del nombramiento de Díaz Bessone— nos encontramos con Pelín Narvaja (el notable editor de Colihue que saca durante estos días un libro de Horacio González que promete ser sensacional: *El arte de viajar en taxi*; ¡alguien, alguna vez, tenía que sacar este libro en la Argentina!) y le preguntamos qué sabía del personaje. “Y... (ensayó Pelín) nacionalista, facho, jodido. En fin, nada bueno.” Díaz Bessone fue uno de los militares más siniestros que dio la dictadura (lo que ya es mucho decir) y tal vez el principal de sus teóricos. En el documental de Marie-Monique Rubin (donde, al terminar la entrevista, le dice: “Al menos no me tuvo que torturar para que hablara”), Díaz Bessone descarga todo su odio sobre el que será llamado el *Devotazo*: la liberación de los presos políticos. Justificará, a partir de ese hecho, la necesidad de la matanza. Dirá, más o menos, cómo iban a arriesgarse a una segunda amnistía de un próximo gobierno civil. O sea, tenían que matar a todos. Nadie puede amnistiar a los muertos.

¿Cómo se toma la decisión de liberar a los presos políticos? “Más que desde el gobierno (dice Juan Manuel Abal Medina, secretario general del Movimiento Nacional Justicialista) lo puedo definir desde el Movimiento” (Ernesto Jauretche, *No dejés que te la cuenten, Violencia y política en los '70*, Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires, 1997, p. 192). Dirá que tenía una consigna de campaña que Perón había aprobado: “Ni un solo día de gobierno peronista con presos políticos”. Y había otra nacida de las entrañas de la militancia: “Cámpora presidente/ libertad a los combatientes”. Fue —para los militares— la gran injuria.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

La primavera camporista

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

77 La primavera camporista



ANTIDIALÉCTICA DEL FOCO GUERRILLERO

Todo parecía posible. El 25 de mayo de 1973 se tomó la casa. El aire de cambio se sentía desde antes. Desde el mismísimo día siguiente al de las elecciones. Cruzábamos con Domingo Bresci el puente de Pacífico, ahí donde Juan B. Justo desemboca en Santa Fe. No sé adónde íbamos. O yo lo llevaba a alguna parte porque estábamos en mi Renault 12. Le hice notar que algún cambio ya se notaba. Domingo se mostró más optimista. “Claro que se nota. Se respira de otra forma. Mirá la gente. Parecen todos más felices.” Ahí, en ese cruce de Pacífico, era evidente. La clase media peronista y hasta camporista tenía otra cara. Habían ganado. Habíamos ganado todos. Los malos de la película habían perdido. Se habían terminado siete años de dictadura y la eterna proscripción del peronismo. Una brillante generación de jóvenes se preparaba para gobernar acompañando a un Tío bueno y con el respaldo de un Padre sabio, que aconsejaría, que entregaría su fuerte respaldo. Ni siquiera había empezado el otoño.

Cuando se tienen esperanzas tan fuertes es difícil después volver a tenerlas. Esos fueron nuestros días de amor con la historia. Ni siquiera pensábamos que para otros eran los de la pesadilla, que sólo se habían retirado tácticamente, que esperaban. La juventud peronista estaba llena de planes. Durante esos días, un siempre apresurado, siempre imprudente Rodolfo Galimberti diría: “La juventud peronista está dando en este momento una política para el conjunto del Movimiento”. En *Envido* de mayo, el N° 9, en *Crónica del triunfo popular* se encuadraría con mayor precisión esa frase: “Por eso es correcto afirmar que la juventud peronista está dando en este momento ´una política para el conjunto del Movimiento`, agregando que el movimiento de tendencia revolucionaria no se agota en la juventud peronista; ésta es una porción del frente de masas, cuyo sector más importante es la clase trabajadora” (*Envido*, N° 9, p. 42). ¿Qué lección para el vanguardismo foquista, para la soberbia de las vanguardias fierreras! Ni Firmenich ni Santucho habían adherido a ese texto. ¡Y Firmenich, pocos meses después, pediría la revista para la organización! Raro: *Envido* era la antítesis de la Orga que él representaba. Analicemos ese texto: el Galimba se larga por la suya y dice “la juventud está dando una política para el conjunto del Movimiento”. Desde *Envido* se responde: a) La “tendencia revolucionaria” (designación que nunca nos había convencido) *no se agota en la juventud peronista*; b) La “juventud peronista” *forma parte de un frente de masas*. De ese frente de masas, lejos está de ser la que dicta una política para todos, es sólo un sector. Porque *el sector más importante del frente de masas es la clase trabajadora*. En este punto (y nada menos que en este punto) *Envido* coincidía más con *Pasado y Presente* que con el vanguardismo montonero. No en vano, en la tapa de este N° 9, la gran consigna que, en grandes letras, se lee es: *Gobernar es movilizar*. Y en el número que sale de *Pasado y Presente* se salud, como compañeros, a los que proponen esa política, esa consigna. Pero nosotros no hegemonizábamos nada. Al frente de Montoneros estaba Firmenich. Al frente de la JP, Galimberti. De política de masas, de marxismo, *no sabía nada*. El saludo de la revista cordobesa venía de Juan Carlos Portantiero, de José Aricó. Planteaban, en ese momento, “la centralidad en la fábrica”. Entre la “centralidad en la fábrica” y el “foco” de Debray y de Guevara hay un abismo. El abismo entre la lucha de clases protagonizada por la clase obrera y el foco de la guerrilla pequeñoburguesa o del guerrillero profesional cubano que viene a bajar línea en países que no conoce bien. La “centralidad en la fábrica” es plantear la lucha revolucionaria desde el corazón mismo de la clase obrera. El “foco” fue y será la epopeya solitaria de los combatientes heroicos, de los salvadores del proletariado, de los poseedores de la “conciencia de clase” que viene desde afuera, de los que conocen “las leyes de la historia” (¡como si la historia tuviera leyes!) y las “bajan” a las masas. Pese a su política de “entrismo” en el peronismo, pese a plantearse una política junto al movimiento de masas, la Orga firmenichiana jamás entendería esto. Si hubieran sabido algo de dialéctica (en lugar de copiar a Lenin en su peor momento antidialéctico: la teoría de la vanguardia “externa” a la clase obrera), habrían sabido que todo elemento dialéctico tiene que generar *desde sí* su momento de superación. Que *nada* en la dialéctica (movimiento *immanente* y *necesario*) viene de afuera. Que precisamente *todo* lo que la dialéctica dice es que no hay momento histórico que no genere a partir de sí la totalidad de lo que habrá de generar, que nada lo penetra de afuera, que nada exterior le es propio porque, de serlo, no sería parte de su dialéctica. La idea de la *vanguardia* que hace penetrar desde afuera la ideología en las masas es *antidialéctica*. Es meter una *cosa* en el fluir de la dialéctica de la clase obrera. Pero, ¿qué podían saber de esto los vanguardistas del foco envalentados por los sueños teóricos de Ernesto Guevara, cuya característica fue *ser heroico en todas partes y no triunfar en ninguna*.

El foquismo vanguardista parte de un supuesto fatal: las masas están privadas de conciencia revolucionaria. O la tienen muy embrionariamente. La tarea de la guerrilla es la de la galvanización. Guevara, en su *Diario*, llega a exclamar que pocas veces sintió el poder “galvanizador” de la guerrilla como en

uno de sus momentos en la selva boliviana. Galvanizar es *estimular*. Hay más sinónimos que clarifican el concepto: avivar, vivificar, excitar, espolear. Fue Régis Debray (el infaltable francesito de todos los avatares latinoamericanos, sobre el que luego recaerá la sospecha de haber traicionado al Che) el que buscó precisar (y lo consiguió) el concepto del *foco guerrillero*: “Primero, se va de lo más pequeño a lo más grande. Querer ir en sentido inverso no sirve de nada. Lo más pequeño es el foco guerrillero, núcleo del ejército popular, y no es un frente el que crea ese núcleo, sino que es el núcleo el que, al desarrollarse, permitirá crear un frente nacional revolucionario. Un frente se hace en torno de algo *existente*, no solamente en torno de un programa de liberación. Es el ‘pequeño motor’ que pone en marcha el ‘gran motor’ de las masas y precipita la formación de un frente, en la ascensión de las victorias obtenidas por el pequeño motor” (Régis Debray, *¿Revolución en la revolución?*, en revista *Lucha Armada*, N° 1, p. 141). ¿Por qué el filósofo Debray considera que el foco es lo *existente*? ¿Las masas no han tenido acceso a la *existencia*? No, el foco, que es lo existente, debe darle existencia a las masas. Se pasa, así, del “pequeño motor” al “gran motor”. Es notable la contradicción en que incurre la Orga montonera en este punto. Durante años, en los ‘70, uno ya estaba harto de escuchar a combatientes de todo tipo hablar del pueblo “como valor de verdad”. A combatientes del populismo peronista, desde luego. Todo se remitía al “pueblo peronista”. Todo se hacía por “el pueblo peronista”. Ese pueblo había elegido seguir a un líder, de aquí que se respetara tanto a ese líder y se aceptara su conducción. ¿Cómo entonces adherir a la teoría de la vanguardia? El pueblo, ¿es “valor de verdad” o es ajeno a ella? La razón, ¿reside en el pueblo o es exterior a él? ¿Es la vanguardia la que conoce “las leyes de la historia”? ¿Y si esa sabiduría residiera en el pueblo? Por su propia naturaleza, por su inserción en la materialidad más honda de la historia, ¿no es precisamente el pueblo el que conoce esas leyes? ¿No hay entonces que acercarse a él y escuchar atentamente, sin soberbia? Además, ¿cuáles son las leyes de la historia, dónde las aprendió la vanguardia, en los textos y no en la materialidad concreta que las masas habitan por su propia condición? ¿No cambian las leyes de la historia? ¿Es *científica* la historia? Otro dislate. En esa teoría del foco guerrillero como núcleo, como “pequeño motor”, que desarrolla Debray late ya la experiencia erpiana del monte tucumano, que fue fácilmente destrozada por los eficaces matarifes del general Vilas primero y del general Bussi después. La derrota militar de la guerrilla argentina fue demasiado fácil para el Ejército. Militarmente se los comieron en unos pocos meses. De los dos lados se coincide en aumentar la peligrosidad de la guerrilla: el Ejército para mostrarse más heroico y continuar con la represión que el “peligro terrorista” le autorizaba. Y la guerrilla para no confesar la verdad: fue una lucha desapareja, insensata. Y también para seguir con la ficción del Ejército Montonero arrojado a la heroica tarea de liberar a la patria. No, fue fácil y a esa facilidad le añadieron la masacre asesina, la masacre sin nombre, en los campos de concentración. Ahí, en ese infierno, coincidieron los guerrilleros del foquismo de Debray y Guevara con todos los sectores sociales (obreros, estudiantes, médicos, psicólogos, profesores, comisiones internas, periodistas, escritores, mujeres embarazadas, niños recién nacidos, etc.) que los militares, con la excusa de la lucha contra el terrorismo, decidieron atormentar y desaparecer.

LA TARDÍA AUTOCRÍTICA DE SANTUCHO

Pero si volvemos al análisis del concepto de *Tendencia Revolucionaria* veremos que sólo es posible negando el protagonismo de masas. Si se reemplaza la teoría del foco por la de la clase trabajadora como elemento *central* del Movimiento se pierde el protagonismo de la Tendencia Revolucionaria. ¿Formaba parte la clase trabajadora de la Tendencia Revolucionaria? ¿Alguien le hizo esta pregunta a ese riguroso teórico llamado Mario Eduardo Firmenich? ¿Alguien le hizo esta pregunta al fogoso Galimba? ¿Por favor! La Tendencia Revolucionaria se hizo para jugar al paternalismo con la clase trabajadora y para centrar la revolución en la Jotapé y su “organización hegemónica”, Montoneros. Ya vamos a analizar por qué Montoneros (que no habrán sido 12 tipos en su inicio –mito que se corresponde con “los doce” de la Revolución Cubana–, pero no habrán ido más allá de los 70 que, juntando figuritas de todos lados, enumera Lucas Lanusse en su libro sobre “el mito de los doce fundadores”) se adueña de la juventud peronista. Pero sea cual fuere el motivo, que lo logra, lo logra. A partir de mediados del ‘72 no hay cuadro de la Jotapé que no nombre a la venerable y tumultuosa confluencia de jóvenes de la mejor clase media de nuestra historia como “la juventud peronista, cuya organización hegemónica es Montoneros”. Miguel Hurst –y yo lo puedo decir– y muchos otros militantes ya tenían las bolas llenas con eso de la “organización hegemónica de la Jotapé”. Era un dislate. Era (ya) el delirio de la Orga. El delirio de disputarle la conducción a Perón. O la juventud peronista formaba parte de un movimiento de masas cuya conducción (y, por consiguiente, su hegemonía) era encarnada por Perón, a quien esperaban *todos* los argentinos que fueron a *ezeiza*, cerca de *dos millones*. Y que no eran *todos* Montoneros, ni por joda. O era la “tendencia” de una

parte de ese movimiento. Una “tendencia”, para colmo, “revolucionaria”. ¿Y qué eran los demás sectores del movimiento, burócratas, conciliadores, dialoguistas, traidores, conservadores? Ahí ya empieza el *error montonero*. Decir “tendencia revolucionaria” era decir “alternativismo”. Decir “alternativismo” era estar fuera del movimiento. Estar “fuera del movimiento” era estar fuera de la conducción de Perón. Al estar “fuera” de esa conducción cabían dos posibilidades: a) plantearle a Perón compartir la conducción. Delirio total: ¿por qué pretender compartir la conducción de un movimiento que no se pertenece?; b) Irse. Abandonar la conducción de Perón y abandonar el movimiento de masas. Esto, al menos, el ERP lo tenía claro. Ni Perón ni el peronismo. Lo único que no tenía claro –o la única contradicción que fingía no ver– era de *qué “pueblo” se consideraba “ejército*”. Porque “el pueblo” –para mal o para bien– era peronista. Pero “el pueblo” –para la guerrilla foquista– es una construcción a futuro. La vanguardia hace la revolución y luego se la entrega al pueblo: la hizo para él. Por eso se autodenominaba “su” ejército, algo de lo que el pueblo no tenía noticias porque el ERP no hacía trabajo territorial. Trabajo de masas. Firmenich y Santucho no tenían muchas diferencias. (No hablo de su condición de personas morales.) Firmenich creía poder “meter” la revolución en el peronismo. Santucho la iba a hacer “afuera” porque (y esto lo veía bien) el peronismo y las masas peronistas jamás serían marxistas y revolucionarias. También Firmenich creía esto pero no lo decía. Para él, a partir de la posibilidad de ganar el aparato del Estado y “heredar” al enfermo Perón, la tarea revolucionaria fue generar una organización de vanguardia, apoyada por la movilización de la juventud y algunos sectores populares (más ligados a los que el sindicalismo peronista no había organizado aún, es decir: villeros sobre todo y algunos venerables cuadros históricos como Framini, Sebastián Borro o Armando Cabo), que lograra adueñarse de ese “Estado” y ponerlo al servicio de la creación de poder de la Orga. Todo esto se le hizo rápidamente añicos.

Perón, según vimos, les había sacado la escalera y jamás se las volvería a dar. Por el contrario, con un empeño acaso obsesivo y hasta siniestro, se encargaría de organizar el aparato clandestino que los destruyera. (*Nota*: Uno sabe cuándo escribe cosas que no van a gustarle a nadie. Pero no escribimos para “gustar”. No contamos un relato que tenga buenos y malos. Que haya terminado bien. Sabemos que hay gente en este país que aún cree en Firmenich, que lo quiere, que se enoja cuando se lo cuestiona. Ni hablar de Perón. Sé que Osvaldo Bayer –con esa contundencia que lo hace imprescindible– ha pedido al justicialismo, durante estos días, que haga la autocrítica por los crímenes de la Triple A y la participación de Perón en ellos. Mientras Perón vivía fue que la organización terrorista se armó ante sus ojos y cometió muchos de sus crímenes. Esto no hay cómo negarlo. Ya llegaremos a su detallado análisis. Es el relato de una tragedia. La lucha –no de la verdad contra la verdad ni de lo justo contra lo justo– del Error contra el Error, de la Muerte contra la Muerte. Era imposible no equivocarse. *No había lugar en la política argentina que no estuviera conquistado por el error y por la muerte*. Cuando, a fines de 1973, muchos decimos “entre Firmenich y Perón hay que elegir a Perón” –los motivos eran innumerables– también nos deslizamos al Error. Elegir “a Perón” era elegir a López Rega, a Villar, a Navarro, a la Triple A. Cuando muere Perón se produce un reflujo de masas decisivo. Ya

en el acto del 1º de mayo de 1974 –aunque Montoneros diga lo contrario– no hay “pueblo”, hay “militantes”, que son, desde luego, parte del pueblo, pero que son esa parte que acepta ver la historia como lucha de fracciones letales, sanguinarias. Cuando aparecen *los fierros* el pueblo se va. *Al menos, sin duda alguna, el pueblo peronista*. Habría que analizar otros casos. El caso vietnamita, por ejemplo, en el que la población campesina colabora con el Vietcong. La Revolución Cubana, tal vez. (Que fue una total “excepcionalidad histórica” y no la “vanguardia” de la revolución latinoamericana como pretendía el Che.) Pero –a partir de 1974– el pueblo de Gaspar Campos, el de la cancha de Independiente, el pueblo de la plaza del 25, el alegre pueblo argentino que fue a Ezeiza, emprende el éxodo hacia la seguridad. Las masas se apartan, se contraen, se vuelven sobre sí. Es el “reflujo de masas” del que hablará Walsh, tarde. Es, también, el “reflujo” del que habla Santucho en su autocrítica de julio de 1976: “Los primeros días de julio, el buró político del PRT lo escuchó decir, por primera vez en cinco años: *–Nos equivocamos en la política, y en subestimar la capacidad de las FF.AA. al momento del golpe. Nuestro principal error fue no haber previsto el reflujo del movimiento de masas, y no habernos replegado. Por lo tanto*



debemos desmilitarizar la política, replegar al partido en los centros obreros y disolver la Compañía del Monte basta que un nuevo auge del movimiento popular, aproximadamente dentro de un año, o un año y medio, nos permita reemplazarla” (María Seoane, *Todo o nada. La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*, Planeta, Buenos Aires, 1997, p. 282. La frase también es citada por Pilar Calveiro en *Poder y desaparición* y proviene de *Entrevista con Luis Mattini*, Buenos Aires, 1987/1988). Sin embargo, muchos militantes habían visualizado la inevitable derrota antes que el jefe. Cierdo día del mes de marzo de 1975, en una simple reunión de militantes de superficie que analizaban, entre el miedo y el desencanto o la confusión absoluta, la coyuntura política de un país en que se mataba sin ningún reparo a cualquiera, una mujer de treinta o treinta y cinco años rompe a llorar sorprendiendo a todos. Se calma y sólo dice: “Sé que al ERP le agarraron un *correo*. Es el fin”. También el 20 de ese mes de marzo el gobierno emprende el ataque a Villa Constitución, donde una clase obrera no peronista, marginada de las conducciones burocráticas de la UOM y la CGT, declara una huelga a la que de inmediato se califica de “subversiva”. Pero esa joven mujer –la que dijo: “Es el fin”– sólo necesitó conocer ese dato (“le agarraron un *correo* al ERP”) para advertir que el Montroo había penetrado muy hondamente ya y que la derrota estaba golpeando la puerta.

¿QUÉ SON? ¿SON NAZIS ESTOS MILICOS?

De todas formas, Santucho no se privó de su gran operación guerrillera, “la más grande desde el asalto al Moncada”: el ataque al Batallón 601 de Arsenales Domingo Viejobueno en Monte Chingolo. Mueren cerca de 160 seres humanos, entre guerrilleros y habitantes de la villa miseria cercana al batallón, que aprovecha la volveada y se la saca de encima. Periodistas extranjeros ven cerca de setenta personas detenidas contra un enorme galpón. Los obligan a irse. Oyen estruendos de ametralladoras. Regresan: no queda nadie. Miguel, por primera vez alarmado, me pregunta: “¿Quiénes son estos milicos? ¿Son nazis?”. Eso, ¿quiénes eran esos milicos? La voz que se corre –días antes del golpe– es: “Rájense todos. No saben lo que se viene. Esto no lo vimos nunca”. Si la autocrítica de Santucho es de julio del ‘76 es –aunque saludable como un legado de cierta racionalidad en medio de una derrota laboriosamente conquistada– demasiado tardía. Ojalá hubiera visto lo que vio esa mujer en el apriamiento de ese *correo*, ojalá hubiera visto antes la inevitabilidad de la derrota y no sacrificara más vidas ni le diera a Videla en bandeja el detonante del golpe. Eso fue Monte Chingolo. Estos son apuntes anticipados. Volveremos sobre ellos. La pregunta fundamental que guía nuestra investigación podría formularse así: *¿Qué sirvió para posibilitar la masacre y qué sirvió o habría servido para evitarla o atenuarla?* Porque todo esto tiene desemboque, una convergencia imposible ya de adjetivar: el 24 de marzo de 1976. Lo que sirvió para que ese genocidio se realizara fue malo. Lo que no sirvió o lo que habría podido impedirlo o estrecharlo, mitigarlo, fue bueno. Es posible que lleguemos a la peor de las conclusiones: *Todo lo que sucedió, sucedió para que ocurriera*. Pero esto sería creer que estaba inserto en una lógica catastrófica de la historia que no podía torcerse. Habrá que seguir pensando. El “Proceso” se propone el fin de la Argentina peronista (mucho más allá del mero fin de la “subversión”). Fue el peronismo el que emprendió esa tarea: con Celestino Rodrigo en la economía y López Rega al frente de los escuadrones de la muerte. Pero, ¿cómo permitir que el culpable se castigue a sí mismo? Se lo dejó aniquilarse en medio de su delirio criminal y luego se le cortó la cabeza. Y se decidió “reorganizar” el país para siempre. Martínez de Hoz fue Rodrigo. Videla, un López Rega aún más brutal. Las tres armas (como dice bien Rodolfo Walsh) la Triple A y la patria agraria unida a la financiera los beneficiarios de la orgía de sangre.

SUCESOS DE LA PRIMAVERA CAMPORISTA

Alguna vez leí esta frase: “Los hechos se precipitaban, como suele leerse en las malas novelas”. No sé si esa frase alcanza para tornar mala una novela, pero el escritor que la hace suya debe saber que está demasiado gastada como para que juegue a favor de la calidad de su escritura. Como sea, a partir del 11 de marzo... los hechos se precipitaron. Todos discutían, hacían planes de gobierno, qué había y qué no había que hacer. En un programa de TV hay una mesa y a ella están sentados varios opinólogos, a los que no se les decía así entonces. De pronto alguien entra caminando, con categórica, ilimitada cara de orto. O sea, el tipo no estaba ya sentado a la mesa del debate. No, entra por las suyas, casi sorpresivamente. Se acerca a uno con pinta de académico que está diciendo algo sobre la necesidad de que el país decida sus políticas a partir de sí mismo, que no las reciba de afuera, sobre todo de Estados Unidos. Se nota que tiene algo o bastante de “zurdo”. El que acaba de entrar (sin cambiar su cara ortesca u ortiásica) le dice: “¿Usted es otro de los que quiere venderle ideología a Perón?”. El “zurdo” lo mira sorprendido, no sabe qué decir. Se nota que no tiene habitualidad televisiva, en tanto su agresor la derrocha. “Ahora –sigue el cara de orto– resulta que todo el

mundo le quiere regalar ideología a Perón. Como si Perón no la tuviera. Como si nunca la hubiera tenido. Como si necesitara que cualquiera, sobre todo si no llegó a los veinticinco años, le diera instrucciones sobre cómo es el país, el mundo y lo que hay que hacer.” Era Bernardo Neustadt. Si mal no recuerdo, la mesa la presidía Mirtha Legrand. Bernardo agarra una silla, la aparta de la mesa y se sienta. “Perón tiene su propia ideología. Él la creó. Es la ideología del peronismo a la que el pueblo adhiere. Estoy harto de que vengan advenedizos a pasarle un plumero como si se tratara de un mueble viejo.” Uno no lo podía creer: Neustadt hacía su entrada en el peronismo ¡como depurador ideológico! Ahora era el guardián de la pureza ideológica del Movimiento. Al rato le preguntan por quién votó el 11 de marzo. Hace un silencio dramático. Y luego –sin abandonar un aire de trascendencia histórica– dice: “Luego de pensarlo largamente toda la noche del 10, el 11 de marzo voté por el Frejuli”. Se había montado al peronismo. Pero también había elegido certeramente desde dónde hacer: desde la derecha, desde el lugar que le permitiera frenar el avance de los “zurdos” y sus “ideologías extrañas”. El lopezreguismo todavía no existía pero Neustadt ya estaba ahí, lo había olfateado. Qué tipo miserable. Pocos tipos han sido tan mentirosos, oportunistas, fascistas y delatores en nuestra historia. A pocos, además, se les notó tanto en la cara. La maldad lo afeaba año tras año. Cada día se parecía más al sapo que utilizaría la revista *Humor* para dibujarlo. Grondona siempre fue un carilindo. No obstante, durante estos días, su decadencia va tomando la forma de un diablito envejecido, teñido o con peluquín, de un ente infernal que ya no asusta como siempre lo hiciera, de un vampiro con artrosis, de capa raída, de colmillos amarillentos y con caries profundas, con ulceraciones. Gelblung se traga las palabras o las emite mal, su voz ya es sólo una carraspera constante, que le permite la expresión de la guaranguería, la chispa del borrachín, jamás la luzidez, la inteligencia, de las que cada día se aleja más. Pero ninguno como Neustadt. Los otros dos acaso fueron más peligrosos. Grondona con su estilete largo y fino. Gelblung con sus mandobles temibles, que podían abarcar a cualquiera, segar vidas y sólo publicar fotografías en ese órgano del Estado criminal que dirigió entre 1976 y 1983. Neustadt era la frontalidad. Era el mal sin veladuras. El mal en carne viva. Era payasesco y era súbitamente temible, acosador, vengativo. Durante el gobierno de Cámpora y luego el de Perón se acomodaron sin problemas. Gelblung hasta se pasó de rosca y luego tuvo que pedir perdón. Ahí está esa joya de periodismo-cloaca que es *Gente se equivocó*.

Todos iban de un lado a otro. Todos se preparaban. Se organizaban. La Jotapé convoca a los mejores investigadores del país y se crean los Equipos Político-Técnicos. Regresa al país el eminente científico Rolando García y se pone a disposición de los científicos de la juventud y de Perón. A García parecieran habérselo apropiado los alfonsinistas. Porque dicen que volvió al país “con el retorno de la democracia” y se refieren a 1983. Oigan, no sean tan bajos. Rolando García, en efecto, regresó al país con el regreso de la democracia. Pero la democracia no regresó sólo con Alfonsín. Antes había regresado con Cámpora. He leído algunas cosas y hasta pareciera que el mismo García quiere olvidar ese retorno. Tal vez lo considere indigno. Vea, lo lamento, doctor García. Usted volvió al país. Viajó a Madrid. Se entrevistó con Perón. Volvió a Buenos Aires y se puso a trabajar con los Equipos Político-Técnicos. En 1969, en el Centro Editor de América Latina, Oscar Varsavsky había publicado su libro *Ciencia, política y cientifcismo*. Era un signo de la época. Se acabó el paraiso artificial de la ciencia. Ahora tenía que ver con la política. García había huido con la Noche de los Bastones Largos, de la que luego diría que fue apenas “un episodio policial” comparada con el Proceso. Y si quiso pasar de científico perseguido por Onganía a hombre de la democracia alfonsinista pues se saltó su etapa camporista. Ahí se sumó a quienes comprometían la ciencia con los avatares del país, como Varsavsky y los Equipo Político-Técnicos. Ahí se encontró con el notable Héctor Abrales, ingeniero que militaba en esos equipos. Quiero decir: el regreso de Rolando García al país se festejó mucho entre los cuadros técnicos de la juventud peronista. Fue una bienvenida adquisición para la causa de una ciencia comprometida con el destino trascendente del país. En esa “primavera camporista” todos tenían que ir allí más de sí mismos. Yo me sentía algo incómodo. Trabajaba con mi hermano mayor en nuestra fábrica de cables eléctricos. Esto me permitía andar a cada rato por Munro, almorzar en sus cantinas, en sus bodegones, hablar con los obreros. Viajar por todo el país. Luego tenía que leer y mucho. Después dar clases y dar charlas donde se me requiriera. También (y casi nada) estar en las reuniones de Consejo de Redacción de *Envido* y escribir largos artículos para la revista. También (créase o no; y esto era algo que nos imponía Arturo Armada, que no quería que la revista fuera a playa sino que la repartiéramos nosotros en la Capital, cosa que le merecío ser tachado de “trotskista”, cosa que no le hizo cambiar de idea) tenía que cargarme con un montón de revistas y caminarme Callao de punta a rabo (o sea, iba “rodando por Callao” como la luna de “Balada para un loco”) y entregarles ejemplares a los kiosqueros más accesibles. No lo hice muchas veces, era demasiado. Pero faltaba algo. Algo que Horacio González hacía desde que lo conocí. Me faltaba “un barrio atrás”. Era una frase clave de la época.

Todos teníamos que tener “un barrio atrás”. Militar en un barrio. Yo siempre había vivido satisfecho con lo que hacía por la *liberación nacional y social de la patria*, pero no bien estalla la primavera camporista siento que me falta eso. Me falta “un barrio atrás”. Me reúno con Héctor Abrales en su casa de la calle Las Heras, muy cerca del *Blasón*, que estaba en Pueyrredón y Las Heras y ya no está más. La vida de uno se puede narrar por los lugares de Buenos Aires en que estuvo. Al principio de la carrera, ahí, en el *Blasón*, le dije a una muy linda piba, compañera de Española II, creo, una frase que me había preparado para los levantes intelectuales: “Nosotros somos los únicos que podemos reinventar el bello sentido de las bellas palabras”. Casi se muere. El *verso* es un arte que ha ido muriendo, que las minas ya no conocen porque los boludos de los tipos que andan hoy en día por la ciudad apenas si hablan castellano. Bueno, en esa época, con una buena frase te levantabas la mejor de las minas. A mí, las frases me sobraban. Con el *verso* era imbatible. El problema residía en que después, en los hechos (a una cuadro y media del *Blasón* había un hotel llamado —creo recordarlo bien— *Tourvillon*), uno tenía que mantener el nivel de excelencia que había desplegado con las palabras. Y esto podía pesarle a uno. Porque a medida que llegaba a la esquina, doblaba a la izquierda y se acercaba al lugar en que se desarrollaría la batalla final, el momento de la verdad, se decía: “¿Cómo mierda hago para llevar a esta mina a un orgasmo equivalente a la frase que le dije? ¿Qué tengo que hacer para conseguir algo similar a ‘Somos los únicos que podemos reinventar el bello sentido de las bellas palabras’? ¿Y si ‘el compañero’ se asusta ante semejante desafío y no llega al altísimo nivel al que mi maldito logos lo ha condenado?”. Bueno, esto sólo era para decir que Abrales vivía a media cuadro del *Blasón* y yo lo fui a ver porque necesitaba “un barrio atrás”. Estaba comiendo. Abrales era el Turco Abrales. También era el Gordo Abrales. Parecía un príncipe de *Las mil y una noches*, ese libro del que Borges se afanó tantas cosas. Comía huevos fritos, papas fritas, bife de chorizo, mojaba el pan en el juguito, bebía vino tinto de un pingüino (que, a no dudarlo, tenía en su interior un formidable vino de Mendoza) y hablaba sin parar. Su mujer lo atendía con mucho amor. Era muy linda, inteligente. “Bueno, Josecito, ¿qué mierda querés?” Le voy a explicar pero él sigue hablando. “Ah, necesitamos algo de vos. Es para los Equipos Político-Técnicos. Necesitamos citas del Viejo.” “Hay miles de citas del Viejo.” “No, boludo. No es tan simple. Si no, no te lo pediría a vos. Necesitamos que nos hagas una selección de citas del Viejo. Pero de las que respalden nuestra línea.” “O sea, no pongo: ‘Se verá que no somos enemigos del capital sino sus verdaderos amigos’.” Se ríe con su enorme boca y se sirve vino. Me ofrece algo pero le digo que no, que a esa hora no tomo vino. “No, huevón. Eso dejáelo a los gorilas. Buscate frases duras y frases sobre la Ciencia. Nos armás una buena cantidad y sacamos un librito. ¿Sabés que hay unos pibes que editaron tus artículos y se reúnen para estudiarlos?” No sé qué cara habré puesto pero —otra vez— se caga de risa. “¡Mirá la cara de orgasmo que pusiste, ególatra de mierda! Sos de lo que no hay. Bueno, ¿nos hacés el librito?” “Sí, frases duras y frases sobre la Ciencia. Ahora escuchame, te quiero consultar algo.” “Dale.” “Necesito un barrio atrás.” “¿Vos? ¿Estás en pedo? Hacenos el librito y punto. Ese es tu ‘barrio atrás’.” “No, Gordo, en serio. Hoy si no tenés un barrio atrás nadie te toma en serio. Sos un descolgado. Un intelectual de mierda. No servís para nada.” Aparta el enorme plato y pide el postre. “Mirá, Josecito.” (El Gordo es mayor que yo. Me lleva como siete años. Es un veterano. De aquí que me diga “Josecito”. A mí nunca me disgustó que me dijeran así. Me embola que me digan “Juan Pablo”.) “Mirá, Josecito —dice y dice algo muy importante—, ahora hay que esperar que asuma Cámpora. Pero sobre todo hay que esperar que vuelva Perón. Yo estoy bien adentro del Movimiento. Es un despelote. Se sacan los ojos. Haceme caso. Esperá que vuelva el Viejo. Ahí se van a ordenar los tantos. Entonces vemos. Si todavía querés tu ‘barrio atrás’ lo vas a tener.” Pueden creerme: eso dijo el Gordo Abrales. “Esperá que vuelva el Viejo. Ahí se van a ordenar los tantos.” Perón venía a meter orden en el Movimiento. A imponer su conducción. Todo habría de tener un rumbo unitario desde su regreso: el que el líder señalara. Todos o casi todos creían eso. Algo más: la palabra “huevón” es chilena pero también mendocina. Tanto “huevón” como “hueva”. Yo las aprendí del Gordo, que era mendocino. Lo del “librito” con “la línea de ellos” muestra cómo se trabajaba. Todos podían tener “su” librito de Perón. Todos podían confeccionar uno que expresara “su” línea. Perón había largado frases para todas las líneas. “Tener un barrio atrás” era, de mi parte, una actitud —diría, tal vez, Heidegger— por completo inauténtica. Quería “un barrio atrás” porque era “lo que había que hacer”. No habría durado mucho en “mi” barrio. No tenía el temperamento de Horacio González, que, él sí, trabajaba en Flores. Tampoco hoy podría hacer lo que Horacio hace. Y “sos de lo que no hay” no sé si todavía se dice, pero se usaba mucho en esa época. Yo solía responder: “¿Qué es lo que no hay?”. Pocos días después tenía listo el “librito” con las citas del Viejo. Lo llamo al Gordo. “Ya está, Gordo. Pero creo que necesita un Prólogo.” “¿Y lo escribís vos?” “¿Y quién querés que lo escri-

ba? ¿Perón?” “Bueno, dale.” “Va a ser un Prólogo teórico, eh.” Aceptó. El Prólogo que escribí formó, después, parte de *El peronismo y la primacía de la política* y también de *Estudios sobre el peronismo*, que es el mismo libro pero con un pudoroso limado de los excesos de la época. Es el que editó Legasa en 1983. Ese libro —yo era demasiado ingenuo: ignoraba los poderes que la socialdemocracia antiperonista conquistaría en la academia, a la que no pude volver por cuestiones que desarrollé en dos novelas: *La astucia de la razón* y *La crítica de las armas*— determinaría mi aniquilación como escritor de ficciones en la carrera de Letras. Mis dos primeras novelas —muy valoradas como expresiones alternativas o críticas del poder militar y escritas y publicadas en el país— se evaporaron a partir de 1984. A joderse por obstinado peronacho que insiste en publicar (en 1983, cuando era la hora de Sebrelí y *Los deseos imaginarios del peronismo* y del *Club Socialista* y su poder en la academia!) un viejo libro de 1974 —con trabajos escritos desde 1972— en plena “primavera alfonsinista”. Pero ese Prólogo expresa buena parte del espíritu del camporismo. También niega las negras interpretaciones que se han hecho sobre la juventud peronista y la Universidad. Mi pasó por la Universidad del ‘73 fue de intenso trabajo. También el de otros profesores como Portantiero, Eggers Lan y el vertiginoso Horacio González de Ciencias Económicas, que daba clase en la playa de estacionamiento. Si transcribo el Prólogo es porque creo que hoy puede ser muy útil a los que busquen salir de una concepción secamente academicista de la ciencia. Es el siguiente: “Durante muchos años, en nuestro país, se intentó separar la Ciencia de la Política. Fue una de las tantas maniobras del neocolonialismo. Apareció así un tipo especial de científico que unió su imagen a la del laboratorio cerrado y la Razón atemporal. Alejados de la realidad social y política de nuestro país, estos hombres vivieron condenados a generar verdades cuya utilización final caía en manos que ellos desconocían por vocación y por convicción. Pues el técnico, al carecer de un adecuado marco ideológico-político que le permita orientar su práctica, termina siempre por aceptar con pasividad el papel que la sociedad dependiente le impone. Su idolatría por la Ciencia, por el conocimiento objetivo, riguroso y verificable (valores todos que la cultura neocolonial se ha esmerado en inculcarle), lo conduce siempre a separar su práctica científica del mundo, para él, turbulento y engañoso de la historia. Atrincherado en su laboratorio, considerará que su misión en la vida es producir verdades objetivas y verificables, y dejar en manos de otros especialistas (los hombres de Estado o de Empresa) la utilización social y política de esas verdades. No jura por Dios ni por la Patria, sólo lo hace por la neutralidad de la Ciencia. Su pasión por los datos verificables, su trato cotidiano por las cosas, lo determinan a trasladar esos valores al orden social, al cual, necesariamente, termina por cosificar. Y ésta es su mayor tragedia. Porque no lo olvidemos: *las cosas, en sí mismas, son siempre reaccionarias desde que no expresan sino el orden establecido*. La acción política, que es la organización de la voluntad popular, es un acto de pura trascendencia, que niega y supera el orden establecido en función de valores siempre crecientes de justicia social. El hombre de Ciencia advertirá, de este modo, que sus valores más preciados, la neutralidad de su Ciencia y la objetividad y pureza de su Saber no son sino manifestaciones de una realidad trágica y total: la dependencia argentina en el campo del Saber, en el campo de la Ciencia. Es necesario, entonces, desmitificar esa entelequia de la neutralidad de la Ciencia, y demostrar que un técnico, en un país periférico-dependiente, no metropolitano, sólo puede asegurarse la honesta utilización de sus esfuerzos como investigador si une su Ciencia con los proyectos, las conquistas y las necesidades político-sociales de su pueblo. *Porque la ciencia no es neutra: o sus objetivos son marcados por los intereses de la nación o son instrumentados por el neocolonialismo para nuestro dominio*”.

No éramos vándalos de las SA que habíamos tomado “por asalto” la Universidad. Eso lo decía *Cabildo*, y qué otra cosa podía decir. Renegábamos de la “isla democrática” de los ‘60. El estudiantado vivía en un paraíso artificial. La policía entraba en todos lados. Era hora de que entrara en la Universidad. Se acabó la “isla democrática”. Somos parte del país de la dictadura. La “Noche de los Bastones Largos” (macartista y aberrante) arroja a los estudiantes a una situación de igualdad con los pobres, con la clase obrera. No hay privilegios para los pibes de clase media que se dan el lujo de estudiar. Aquí, el estudiantado se politiza. Basta, no somos privilegiados, nos cagan a palos como a todos. Nos meten canas en las aulas. Ahí es donde surge la frase de Alcira Argumedo: “Hizo más Onganía por la nacionalización del estudiantado que 50 años de Reforma”. Se entiende: no lo hizo de bueno, no lo hizo a propósito. Lo hizo de bruto, de represor macartista, ultracatólico, cursillista y devoto de la Virgen María. Consiguió lo contrario: “Basta, compañeros. Se acabó la ‘isla democrática’. La cana entra en las Universidades como entra en las villas, en los sindicatos, en los partidos de izquierda, donde se le cante. ¿Por qué milagro habríamos de salvarnos nosotros? Somos parte de este pueblo y tenemos que seguir su suerte. Así nacen las Cátedras Nacionales. Ahora, en la primavera camporista, estamos preparando una Universidad unida al pueblo. Como lo estuvo en el

Cordobazo”. A mediados de enero de 1973 se le presentan dos documentos a Cámpora. Uno empieza así: “La Universidad Argentina ha servido siempre a los intereses de la oligarquía y el imperialismo como instrumento de ‘colonización cultural’. Esto se manifiesta en su estructura organizativa y en los objetivos y métodos de la enseñanza que imparte” (ADUP, Agrupación Docente Universitaria Peronista, *Envido*, N° 8, marzo de 1973, pp. 60/62). *Insistamos*: “La ‘entrada a palos’ de la Revolución Argentina significó introducir la realidad del país en la ‘isla democrática’. El estudiante comienza a vislumbrar que fuera de los muros universitarios existe un Pueblo que venía siendo proscrito, hambreado, reprimido, torturado, etc., desde 1955. En 1969 y en los años sucesivos, en las calles de Córdoba, Rosario y el resto del país, el estudiantado comienza a unirse al Pueblo en las barricadas, *comienza a reconocer una historia que desde mucho antes venía construyendo la clase obrera*. Así va asumiendo en las calles las luchas del pueblo trabajador, y contrariamente a los objetivos del ‘onganiato’ comienza a ver al pueblo de carne y hueso y su expresión política: el Peronismo” (*Documento conjunto de la Juventud Universitaria Peronista*, abril de 1973. Reunión del 9 de abril).

ORGANIZACIONES PARTICIPANTES:

Mar del Plata

J.P 17 de Octubre

La Plata

Federación de Agrupaciones “Eva Perón”

FURN (Federación Universitaria de la Revolución Nacional. En la que militaba un muy joven Néstor Kirchner)

Y siguen innumerables agrupaciones. Son de Capital Federal, Rosario, Santa Fe, Entre Ríos, Chaco, Corrientes, Misiones, Córdoba, Bahía Blanca.

LA “OTRA” AUTOCRÍTICA DEL ERP

Entre tanto, el ERP (que no tenía estas preocupaciones) asesina al contraalmirante Hermes Quijada. Lo hace el ERP 22 de agosto, que se supone un desprendimiento “populista” de las fuerzas de Santucho. Fue una calamidad. Faltaban 25 días para la entrega del gobierno por parte de los militares. Pero el ERP desdénaba hasta tal punto la política que no le importaban las coyunturas históricas. Hermes Quijada, acusado de mentor de la masacre de Trelew y, para colmo, el que dio la grotesca explicación por la tele a la ciudadanía, tenía que ser boleta. No importaba si esto ponía en peligro la entrega del gobierno. Todo era lo mismo. La ultrazuquerda no tiene matices. Todo es el “régimen”. Tanto Lanusse como Cámpora. La JP eran unos cuantos burguesitos seducidos por un líder bonapartista. La democracia, mierda. En medio de un París convulsionado al máximo, con policías que retrocedían, con estudiantes que incendiaban todo, Santucho les dijo a los jefes de la rebelión: “A ustedes les falta un mayor nivel de violencia”. Claro: el Mayo del ‘68 no mató a nadie ni tuvo una víctima para llorar. ¿Qué era eso para Santucho que de un plumazo liquidaba a Hermes Quijada a días de las elecciones? Después hará la autocrítica. ¡Tan tardía tu autocrítica, Robi! Tan inservible. Un gran amigo mío —un militante del ERP que arriesgó siempre el pellejo— se cagó de risa cuando se enteró de la autocrítica de Santucho. Y en medio de una ironía, de una autocrítica lacerante que le arrancaba lágrimas de dolor, de impotencia, de derrota, escribió la que, para él, debió ser la verdadera “autocrítica” del ERP. Antes, repasemos un fragmento, al menos, de la de Santucho: “*Nos equivocamos en la política, y en subestimar la capacidad de las FF.AA. al momento del golpe. Nuestro principal error fue no haber previsto el reflujo del movimiento de masas, y no habernos replegado*”. Yo vivía todavía en el barrio de Colegiales. Plena dictadura. Estábamos en la cocina. El erpio se llamaba Aníbal, y no digo más. Ahora hace artesanías, va a esas plazas donde se juntan todos esos locos entrañables, indefensos, que vienen de vuelta de cosas terribles o no vienen de nada ni van hacia nada. Esa tarde —en la cocina de mi casa— yo había hecho café y lo tomábamos con cognac. De pronto, Aníbal dice: “¿Querés que te diga mi autocrítica del ERP?” “Me muero por oírlo.” “Escuchá: *Primero*) Nos equivocamos en la política de masas. Nunca tuvimos una; *Segundo*) Nos equivocamos en la evaluación de las fuerzas enemigas. Creímos que no existían; *Tercero*) Nos equivocamos en no acompañar el reflujo de masas. Tanta poca bola les habíamos dado que ni sospechábamos a dónde mierda se habían ido. Desolados, nos preguntábamos: ‘¿Dónde se reflujiaron?’”.

No dudo que esto habrá de dolerle a más de uno. A mí también me duele. Pero es así: es la historia. De todos modos me atrevo a formular algo. Para mí, ni Santucho ni Firmenich. Pero si me obligaran a elegir: Santucho.

Colaboración especial:

Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

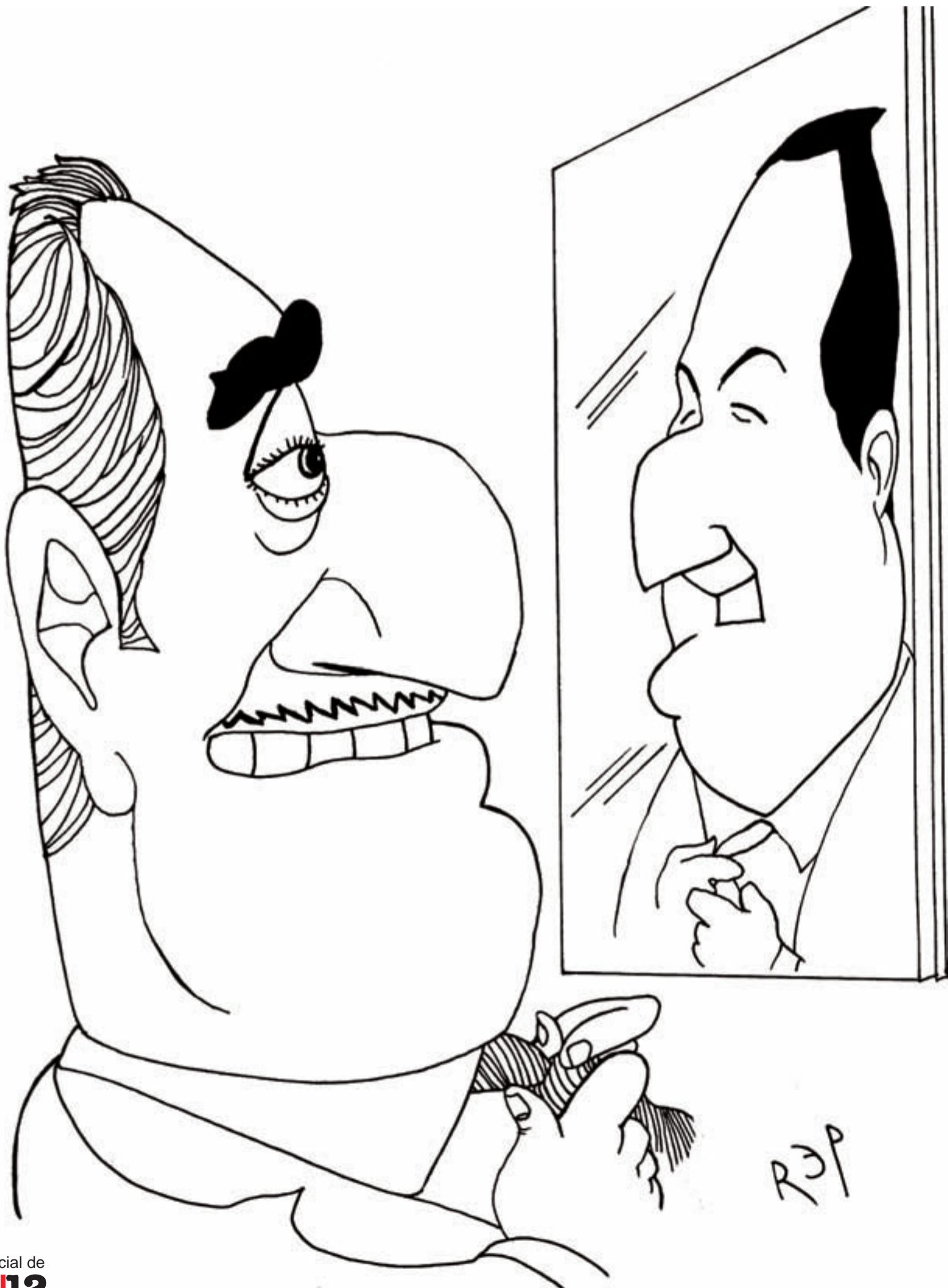
La primavera camporista (II)

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

78 La primavera camporista (II)



LÓPEZ REGA: EL GUITARRISTA MALO DE GARDEL

Supongo que recuerdan la entrevista que la conducción de Montoneros –Firmenich, Vaca Narvaja y Perdiá–tuvo con Perón en abril de 1973, en Madrid. Ésa en que Perón les cuenta la anécdota del ingenuo Samuquito y su cruel papá, que le saca la escalera y le dice que no confíe en nadie, ni en él mismo. Los montos salen a los jardines de la residencia de Puerta de Hierro, algo atribulados, y se dirigen a la salida. Tratan de develar el sentido (no tan oculto) del cuentito del Viejo. Parecía que la jornada de cuentos premonitorios habría concluido. Pero no. *“Siempre es posible poner una piedra sobre la colina de las desgracias”*, supo escribir Louis Aragon, si es que lo cito bien. (Por las dudas siempre se puede consultar la *Antología de la poesía surrealista* de Aldo Pellegrini, venerable libro que todos los veteranos y no tanto hemos leído.) Esa piedra fue para los montos la presencia del pequeño, servicial, movedido secretario privado del general, López Rega. Nadie –a esa altura– lo consideraba todavía algo más que un bufón. Un Eusebio del general, como el Eusebio de Rosas. Lopecito nos invita a tomar unos tragos en un hotel cercano a la Quinta 17 de Octubre, el Hotel Real. Se sientan, López ordena los tragos y –sin mayores dilaciones– empieza a contarles un cuento. Porque él también tiene uno. Se titula *El guitarrista malo de Gardel*. El cuento es buenísimo y merecería que una buena pluma lo tomase y lo desarrollara adecuadamente. Gardel –como se ve en todos sus films– tiene dos guitarristas. Según el cuento (y aquí radica todo) los dos guitarristas, pese a ser “los de Gardel”, condición que los iguala, no son iguales entre sí. Tienen una diferencia terrible: uno es bueno; el otro, malo. Gardel emprende la gira que lo llevará a Medellín y –para reducir costos– deja en Buenos Aires al guitarrista malo y se lleva al bueno. Imaginen la furia, la decepción y hasta la deshonra del guitarrista malo. Les habrá deseado la peor de las suertes. Tanto, que se le dio. Gardel y su guitarrista bueno se carbonizan en el aeropuerto de Medellín. (No creo que el cuento-metáfora incluyera el gran chiste negro sobre la muerte de Gardel, de modo que vamos a recordarlo. Digo recordarlo porque es conocido. Igual el tema de las “últimas frases” de los hombres célebres nos reclamará de tanto en tanto. ¿Cuáles fueron las de Gardel, las últimas frases del Zorzal Criollo? “¿Se incerrrrrdial!”.) El guitarrista malo se entera de la noticia y decide sacarle jugo a la situación. Se presenta en todas partes bajo el título de “El guitarrista de Gardel”. Se gana fácilmente la vida. Algo, en él, ve siempre el público del ídolo carbonizado. Reco-necto algunos pasajes. Algunos giros. Con eso le alcanza. Con recibir, apenas, un eco del gran hombre que –cualquiera lo sabe– permanecerá intacto en la memoria de la patria, pero jamás volverá de la tumba, pues le gustaba cuidar su pinta y no querrá mostrarle a su público lo fulero que la desgracia lo dejó. Estas últimas consideraciones –algo lindantes con el humor negro y en las que suele abundar el autor de estas líneas– no pertenecen a López Rega. Lopecito sólo les contó el cuento. Pero les entregó la explicitación de la metáfora. Confiesa Perdiá: “Remató la anécdota diciendo que ése era su futuro. Que el General sería presidente y que a su muerte lo sucedería Isabel. Ese sería su momento, porque ejercería el poder a través de Isabel, que era su discípula. Como aquel ‘guitarrista malo’ suplantaría sus deficiencias con el título de ‘Secretario de Perón’. Nosotros no asignamos ni a esas ni a otras anécdotas e ideas más significación que a sueños de un delirante. Con el tiempo comprendimos cómo nos habíamos equivocado” (Perdiá, *ob. cit.*, p. 145).

Todavía están en el Hotel Real. Supongamos que beben unos martinis. Que el clima no es tenso, pero un poco estéril. Como si los montos se dijeran “qué hacemos aquí, perdiendo el tiempo con este patético pelotudo que nos viene con ese cuento idiota del guitarrista malo de Gardel, justamente a nosotros que venimos de una larga entrevista con el General”. De pronto sucede algo inusitado. Como Perdiá no le otorga el peso que merece me permito narrarlo yo. López Rega seguramente ha de pedir otro martini. Busca crear una pausa entre el cuento del guitarrista malo y lo que ahora va a decir. Se inclina sobre la mesa, como si buscara crear un clima secreto, un círculo de complotados. Sólo él lo hace. Los montoneros se quedan como estaban. Pero él baja la voz.

Todo indica que intenta señalar la gravedad de lo que va a decir, que no es para todos, que nadie puede ni remotamente escucharlo, que sólo puede ser verbalizado en voz muy tenue, conspirativa. Por fin, dice:

–Tenemos serios problemas en el país.

Se detiene. Mira, a cada uno de sus interlocutores, a los ojos. Ninguno dice nada. Quedan a la espera. Algo más interesados ahora, o mucho.

–La izquierda.

–La izquierda –repite mecánicamente Firmenich.

–Sí –dice López–. Nos vamos a tener que enfrentar a una izquierda muy poderosa que querrá tomar el poder.

Los tres montoneros se miran entre sí. ¿Están oyendo bien? ¿Eso está diciendo López Rega? ¿A ellos? Lopecito no se detiene:

–Pero no nos van a agarrar desprevenidos. ¿Saben qué hay que hacer?

–No, pero sin duda usted nos lo va a decir –dice Firmenich, que ha asumido el diálogo marciano que tiene lugar.

–Tenemos que construir grupos operativos de tipo clandestino. Ellos también actúan así. Por eso tenemos que hacerles lo mismo: la guerra clandestina.

–No cuente con nosotros para eso –dice *seriamente* Perdiá–. Creemos que es un disparate. Lo rechazamos por completo.

“Eso que nos pareció un disparate (escribe Perdiá), y como tal lo rechazamos, luego se convirtió en trágica realidad, a la que otros prestaron su concurso y al final, nosotros fuimos sus principales víctimas” (Perdiá, *ob. cit.*, p. 145. También tomado por Galasso en *Perón*, ed. cit. Volumen II, p. 1172).

¿Estaban todos locos? ¿Cómo tomar en serio ese diálogo? Lo del guitarrista malo de Gardel es una joya. Un cuento-metáfora por medio del que López amenaza a los jóvenes revolucionarios y les dice que él se va a quedar con todo el poder, como si ignorara que los montos ya le pedían al General compartir la conducción. ¡Raro que el hombre pensara en serio que la dejarían en sus manos a su muerte! Era poner demasiadas cartas sobre la mesa. La amenaza de Perón era una cosa: “Muchachos, el Padre soy yo y cuando se me cante les saco la escalera”. Pero ya que Lopecito les diga que lo del guitarrista malo de Gardel es poco creíble. En fin, supongamos que fue así. No olvidemos que estos materiales provienen del libro de Roberto Perdiá. Pero, que López les diga a los montos que se dispone a organizar “grupos operativos de tipo clandestino” para combatir a la izquierda ¡que son ellos! es un disparate insostenible. O López estaba loco. O Perdiá miente. O todos habían tomado demasiadas copas en el Hotel Real.

Si Perdiá no miente sólo restaba matarlo ahí mismo. Decirle: “Oiga, usted delira, ¿cómo nos dice eso a nosotros, idiota? Nosotros somos la izquierda. A nosotros se propone matar usted con sus grupos clandestinos. Si nos lo dice en la cara es o porque no lo va a hacer o porque nos quiere amenazar o porque está loco. Si no lo va a hacer, ¿para qué nos lo dice? Si nos quiere amenazar, no vemos con qué fuerzas lo hace. Y si está loco, al General no le sirve de nada. De modo que ahora se viene con nosotros y no se preocupe por el General. Mañana nosotros le informamos que se busque un nuevo secretario. Que usted se atragantó heroicamente con una accituna. O chocó con una bala que por simple casualidad venía en dirección contraria a la suya. ¿Cuál prefiere?”

Satiricón era una revista muy leída por la clase media progre, inteligente, que buscaba un humor no convencional. En su tapa de mayo publica un dibujo que presenta a Perón como el sol de la mañana, un sol que sale para iluminar a la Casa de Gobierno y al país todo. El título de tapa es: *El sol del 25 viene asomando*. Nunca había pasado ni pasará algo como eso. Salvador Allende caminaba por los salones de la Casa Rosada. Se acerca al balcón. Mira a la muchedumbre. Saluda a quienes lo reconocen. Un periodista le pregunta qué opina del nuevo gobierno argentino. “Pues que le aguarda un gran futuro –dice don Salvador–. No sólo por los hombres que lo componen sino por toda esa muchedumbre que lo apoya.” Y hace un amplio gesto que abarca toda la plaza. Cuánta tristeza, dolor. No recuerdo dónde vi ese reportaje a Allende. Por ahí en algún televisor de alguna vidriera. O porque no había salido aún para Plaza de Mayo. Allende se veía

solemne. Parecía seguro de sus palabras. Pero no ignoraría los peligros que asechaban por todas partes, de aquí y de allá de la cordillera. En la CIA, el general Haig, hacía rato que había dicho de él: “Hay que terminarlo. No podemos tolerar otro Castro en América Latina”. Luego, en un documental sobre Kissinger, lo dijo todavía más expresivamente: “¿Otro Castro? ¡Come on!” O sea: “No me jodan. Nos engañaron una vez. Dos, no. Nunca”. Cuando don Salvador dice que a Cámpora le aguarda un gran futuro, lo dice porque ve a esa muchedumbre en la plaza, a él le quedan menos de cuatro meses de gobierno y de vida. Y a Cámpora menos de cincuenta días en la Casa Rosada. No podía ser. América Latina no habría de ser tomada por el marxismo. Porque hay que aclarar algo y aclararlo muy bien. Dentro del esquema de la Guerra Fría las fronteras exteriores de los países eran custodiadas por Estados Unidos. Pero adentro la tarea era de los ejércitos nacionales. *La guerra de Argelia no había sido una guerra colonial*. Fue un grave error creerlo así. Para los *paras* franceses se trató de una *guerra revolucionaria*. Se luchó contra el marxismo. Era *el mundo occi-*



dental que luchaba contra la agresión soviética. Así eran educados los generales de los países de la periferia. Se trataba –como bien lo van a explicitar los militares de la Doctrina de la Seguridad Nacional– nada menos que de la Tercera Guerra Mundial. La misma tenía la característica de desarrollarse en países que no eran parte territorial de los dos bloques hegemónicos de esa guerra: Estados Unidos y la Unión Soviética. Era países marginales. Ellos buscaba infiltrarse el enemigo “rojo”. Por elecciones, por el populismo, por el intervencionismo de Estado, por el keynesianismo distributivo. *Hoy sucede lo mismo*. Todos los países que no colaboran abiertamente con la Guerra al Terror de Estados Unidos *están contra él*. Si rechazan el ALCA, la CIA los considera “populistas” pero –hoy, en los archivos del Pentágono– *populismo es terrorismo*. El Mercosur –al debilitar el poder de Estados Unidos– fortalece al terrorismo. La unidad entre países poco dóciles –por ejemplo: Bolivia, Chávez, Correa, Cristina Fernández– no se considera como el acercamiento de populismos distribucionistas. No hay nada que sea eso. Todo alejamiento del mercado libre norteamericano, del Estado no intervencionista, de la libertad incondicional de las empresas, de los acreedores, del

Fondo Monetario, de los buenos negocios de las corporaciones, toda hegemonía de la política por sobre la economía, toda injerencia en la propiedad (lo que intentó, mal o bien, Cristina K en 2088 y casi le cuesta el puesto), toda agresión al “repblicanismo”, a la “libertad” de esa prensa que está en manos de la derecha, farfullar contra la Escuela de Chicago, contra el Consenso de Washington, imponer ideologías contra-mercadistas, agredir a las elites, a sus formadores de opinión, que serán sagrados, intocables, porque serán la voz de los grandes valores del mundo libre, todo eso será pro-terrorista. Y la regla central de nuestro tiempo es la Guerra contra el Terror. En los ’70, con la misma virulencia, lo era la Guerra Fría, contrainsurgente. O sea, la juventud peronista peleaba contra la maquinaria bélica de Occidente. *Muertos, antes que rojos*. No era una tarea de la que fuera consciente por completo. Menos sus militantes. ¿O por qué no postular lo contrario? Erán más conscientes los militantes que las conduc-ciones. No luchaban contra la “camarilla militar”. ¡La “camarilla militar”! Qué espejismo. ¿Sólo contra eso se luchaba? ¿Contra Lanusse y los mil afiliados

guar. Ya vamos a estudiar la composición y adoctrinamiento del Ejército Argentino. Era claro –clarísimo– que no bien se pusieran en serio contra la guerrilla la aniquilarían rápidamente. Y que la masacra-rían lentamente, con torturas inexpresables, como los mentafres de Argelia, sus grandes instructores.

“MUCHACHOS, NO ME PINTEN LOS TANQUES”

Volvemos a la Plaza del 25. Fue la apoteosis de la ilusión. Pero también del desborde. Se jugaba con fuego. Se confiaba demasiado en el triunfo. Se creaban rencores ilevantables. Se humilló exageradamente a los militares. ¿Era necesario? Es al pedo discutir si lo merecían o no. Pero, ¿qué se pensaba? ¿Que se iban a casa para siempre? ¿Que no se quedarían lamiendo esas heridas a la espera de la venganza? Sí, se sabe: se pensaba que se iban para siempre. Al ver al helicóptero (ese helicóptero sobre la Rosada es ya el símbolo de la *destitución* en la Argentina) tomando altura y alejándose de la Casa del poder, estalla el grito triunfal, la consigna de la victoria:

Se van! se van y nunca volverán
¿Tan poco tardaron en volver! ¡Y con qué furia asesina lo hicieron! Toda esta historia que narramos tiene miles de elementos fascinantes. Algunos son terriblemente tristes al verlos desde el futuro más cercano. Porque una ilusión puede morir en diez años o quince. Puede deshilacharse, ajarse. Un héroe que nos deslumbró puede decaer, hasta puede tornarse la caricatura de sí mismo. Pero en no menos de veinte años. O por ahí. La vida es una permanente decadencia. Miramos una foto nuestra de cinco o diez años atrás y ya sabemos hacia dónde vamos: cada vez somos parecidos a nuestro último rostro, a la exacta cara que tendremos al morir. Vemos el final dibujándose en cada arruga, en cada pliegue nuevo, a lo largo de los años. Pero gritar a los 20 o 25 años (pongamos este promedio de edad en los militantes de la juventud peronista), en una plaza desbordante de todo tipo de gente, una plaza que era la Argentina misma en uno de sus momentos de mayor felicidad, *se van! se van! y nunca volverán* y que esa esperanza se destēja primero en menos de 30 días (Ezeiza) y luego –entre fuego de metralla, muertos, avance de los peores monstruos imaginables– se haga trizas en un año y medio es un espectáculo inaudito. La Historia sabe ser cruel y castigar la soberbia. Los hechos suelen organizarse (no porque haya en ellos deliberación alguna) de modos tan sorprendentes que algo como la ilusión que alimentó la Plaza del 25 termine –para muchos– en la pesadilla de la ESMA y en una temporalidad que fue como un soplo, un vértigo paralizante, helado, que impidió siquiera tener conciencia de él en tanto ocurría.

Los muchachos de la Jotapé se desbordaban a sí mismos. Habían asumido el control de la Plaza. Le habían pintado un nuevo nombre a la Rosada: *Casa Montonera*. Para muchos era un juego. Los muchachos se divertían. Porque la Plaza del 25 fue montonera. Hubo gente de todo tipo. No faltó un solo jetón. Fueron todas las parejas jóvenes de Buenos Aires y de varias provincias, fueron con sus niños, con sus cochecitos o cargándolos en sus brazos o espaldas. Fueron viejos peronistas. Fueron hombres y mujeres de toda clase. *Nadie tenía miedo. No podía pasar nada*. Los militares se iban. A ver si podemos dejar esto en claro: *No había hipótesis de conflicto*. Sólo existía la Tendencia Revolucionaria. Nadie pensaba en el C. de O. ni en la CNU. Tampoco en los sindicatos. Hacía muy poco que la UOM había creado a “los verdes” (brazalete verde): los muchachos cadeneros de la Juventud Sindical. Nadie los conocía. Acaso se llegó ese día a una suma improbable, a una cantidad imposible de personas, pero nadie que estuviera ahí habría podido negar esa cifra: un millón de seres humanos, todos alegres, todos inmersos en la fe del futuro, el futuro como una larga senda interminable, llana, sin socavones, sin banquinas peligrosas. Imposible imaginar que todos eran de la juventud peronista. Y esto es lo formidable de la jornada. Si la Jotapé llevó un 25 por ciento su papel se multiplicó. Erán los más activos y se sentían los héroes de la jornada. Pero la Plaza desbordaba de pibas con ponchos salteños, de pibes con largas patillas, con pantalones elefante, con poleras, de gente sencillamente feliz. Los milicos se fueron y –junto con la consigna del “nunca volverán” – se mezclaron puteadas de todo tipo. Muchos creían que en ese helicóptero iba Lanusse. No, Cano,

empecinado, bravucón, pelotas de acero, dijo: “Yo aquí entré por la puerta y por la puerta voy a salir”. Salió y se abrió paso entre gente que no lo quería. Se ligó sus puteadas y algún escupitajo. A nada le dio bola. Era más alto que todos y ese pelo plateado semejaba un casco. Entró en su auto y se fue.

Se había planeado un desfile para las 15.30. El general de infantería Manuel Haroldo Pomar, viejo conocido de los políticos justicialistas, se haría cargo de su realización. Impotente ante el desborde de la militancia, Pomar ni siquiera podía hacer avanzar sus tanques. Era un espectáculo inédito en la Argentina militar, católica, conservadora y reaccionaria en que nos habíamos criado. Los militantes se trepaban a los tanques. O les pintaban leyendas sin duda injuriosas para los milicos. No había un tanque que no estuviera pintado por completo. Las pintadas eran las más esperables, pero, por serlo, eran las más agresivas. Por ejemplo: “Vengaremos a los muertos de Trelew”. O las siglas de la organizaciones armadas: Montoneros sobre todo. El ERP no asistió al festejo. Habrá considerado que esa reunión multiclasista, bonapartista, que ese festejo de conciliación de clases típicamente peronista burgués no respondía a la línea clasista y combativa que ellos impulsaban. Sin duda, andaban mezclados entre la gente, pero no levantaron banderas. Como fuere, “Perón” o “Viva Perón” no faltaba en ningún tanque. De pronto, el general Pomar se asoma desde el interior de uno y cruza su mirada con la de los invasores. Amablemente, dice:

–Muchachos, no me pinten más los tanques. Tenemos que desfilr. ¿Cómo vamos a desfilr así? Vaya a saber qué le contestaron.

¿EN QUÉ TARRO MEA PERÓN?

Entre tanto, en Avenida de Mayo, puede ver la escena más impresionante de ese día. (De las que yo vi, al menos.) Un enorme frente de militantes de la juventud se enfrentaba con los cadetes de la marina. Pudo haber pasado cualquier cosa. Un desastre que arruinara todo, que mandara la gloriosa jornada al mismísimo demonio. Los cadetes (vestidos con muchos colores y gorros muy bonitos) tenían escopetas con bayonetas caladas. Se habían desplegado y ahora cubrían el frontón humano que había constituido los Jotapé. Había un cadete por cada militante. Pero, entre ambos, una enorme diferencia: la mayoría de los jóvenes llevaba el torso desnudo. Los cadetes, todos bien vestidos ya casi apoyaban sus bayonetas en el pecho de sus oponentes. Mi recuerdo de la mayoría de los jóvenes llevaba el torso desnudo. Los cadetes, todos bien vestidos ya casi apoyaban sus bayonetas en el pecho de sus oponentes. Mi recuerdo se fija en el jotapé que parecía comandar a los demás. Estaba en el medio de las fuerzas desplegadas. Torso desnudo, el sol fuerte sobre la frente, transpirado, toda la furia del mundo en la jeta y un coraje desmedido. Porque a la bayoneta del cadete que tenía frente a él le acercaba el pecho y no paraba de hablar. Ignoro si el cadete lo escuchaba ya que tenía cara de miedo. Por los movimientos de su cabeza era claro que el jotapé le decía: “Dale, atreverte. Clavámela”. El cadete retrocedía. Y toda la fila con él. Hasta que se desbandaron. Aparecieron después montones de cuadros de la Jotapé con brazaletes y se encargaron de organizar el acto que siguió sin mayores sobresaltos.

Las principales consignas de la jornada fueron: *Juventud presente, Perón, Perón o muerte*

Que señalaba correctamente la acción dominante de la juventud peronista durante la jornada. No olvidar esto: el 25 de mayo fue la Plaza de la Jotapé. Fue una plaza popular, alegre, soleada, pero combativa. Fue la plaza de Cámpora y la de sus “sobrinos”, los que lo habían llevado ahí, los que lo querían, lo sabían suyo, los que hasta eran capaces de pensar que era más leal a ellos que a Perón o igualmente leal a ambos. Pero si Cámpora quería crecer en política, si le empezaba a tomar el gustito a este asunto del Poder, de ser Presidente, de recibir a Allende y a Dorticós, de ser un líder revolucionario, un jefe de los pueblos del Tercer Mundo, si decidía, en fin, mandar a la mierda la obscurencia y la lealtad nihilizadora al Padre Eterno, su única fuerza política era la juventud peronista. El Tío lo sabía. Los jóvenes también. Por eso voceaban la consigna:

Cámpora leal, socialismo nacional

Pronto se vería que, para ser leal al socialismo (nacional), Cámpora debía optar por los jóvenes y enfrentar al Viejo castrador, al jodido Viejo que

llegó para destrozar todos los sueños de la Tendencia, que incluían la muerte política del Tío. ¿Se atrevería? ¿Intentaría algo? ¿Lograría el oscuro dentista de San Andrés de Giles ir más allá de sí mismo? ¿Cuántos hombres pueden algo así? Difícil, muy pocos. Más difícil aún para Cámpora que había definido su existencia bajo el signo de la lealtad a Perón. Ahora también quería ser leal a esos jóvenes a los que había empezado a querer. Su destino era el del *jamón del sandwich*. Pero, de ese sandwich tóxico, seguramente su parte más sana terminaría por ser el jamón. Cámpora fue la imagen del perejil de superficie. Del que creyó que se podían hacer las cosas sin grandes costos, sin sangre. Del que ni sospechó la torpeza y el desprecio por la vida de sus propios militantes que animó a la conducción de la Orga (sobre todo a partir del '74) y del que ni imaginó hasta dónde podía llegar el compromiso de Perón con la derecha del movimiento. Como sea, el discurso de la Plaza del 25 termina con la frase axial de Perón y del peronismo: *de casa al trabajo y del trabajo a casa*. Es imposible concebir una frase menos ligada a toda idea de movilización popular que ésta. Su antítesis, en gran medida, es *gobernar es movilizar*. Podría decirse que nosotros meábamos fuera del tarro. Es evidente. Pero no porque no conociéramos el tarro. Meábamos dentro de otro tarro, no afuera de ninguno. Sólo que nuestro tarro no era *de casa al trabajo y del trabajo a casa*, sino *gobernar es movilizar*. En éste meábamos. Lo que proponíamos era un cambio de tarro. “Miren, compañeros peronistas, ya se ha meado bastante en el tarro que propone *de casa al trabajo y del trabajo a casa*, ¿qué tal si se empieza a mear un poco en el que proponemos nosotros, *gobernar es movilizar*?” Pero el Viejo tenía demasiados problemas de próstata y no quería cambiar de tarro. Por sus convicciones de manipulador social y de apartar a los obreros de la combatividad militante y porque, en el remoto caso de querer cambiar de tarro, seguramente Lopocito lo habría convencido de que no llegaría nunca al nuevo y, en el trayecto, se mearía encima.

Otras consignas de la Plaza del 25 fueron:
*Montoneros, FAR y FAP
en la guerra popular*

*Los peronistas joda, joda, joda
y los gorilas llora, llora, llora*

*Dame una mano
dame la otra
dame un gorila
que lo hago pelota*

El “tono infantil” de esta última (basada en un juego de la niñez y practicado sobre todo por niñas) pareciera negar la dureza de la Jotapé y tal vez lo haga. Pero, ¿no eran acaso “niños terribles”? ¿No estaban en rebelión contra todo lo que habían recibido de sus padres, contra el entero mundo que les habían legado? Nacidos casi todos en hogares gorilas, no había uno cuyo padre no hubiera sido un terrible antiperonista con el que había tenido que discutir fieramente su opción por el “tirano prófugo”. Para muchos, esa “opción” determinó el raje del hogar paterno. El cambio de un padre por otro. Además, la familia del nuevo padre era enorme, fascinante, peligrosa, rebelde, joven. De modo que la consigna no quedaría tan infantil si le diéramos su verdadero, oculto significado:

*Dame una mano
dame la otra
dame a mi viejo
que lo hago pelota*

Reconozco que he cedido a las tentaciones de un pocket-Freud bastante berreta. Pero no retiro la interpretación. Funciona bien. Los jóvenes —es un lugar común y, aunque común, verdadero— son siempre rebeldes. Si el James Dean de *Rebelde sin causa* hubiera nacido en Buenos Aires para ser joven en los '70 habría sido militante de la Tendencia.

NUNCA VIVAS DONDE NO TE DEJAN VER A UNA MINA EN BOLAS

Sigamos. Otra consigna se había voceado durante toda la jornada: *Cámpora presidente! libertad a los combatientes*. (Nota: Estas consignas pueden encontrarse en el muy buen libro de Ernesto Jauretche, que a cada coyuntura le adosa las que la acompañaron. El libro, pese a su título algo pendenciero —*No dejés que*

te la cuenten—, está bien trabajado y trae testimonios muy valiosos. Corrigiendo: el título va más allá de lo meramente pendenciero. Es más rico que eso. Se presenta como la *única* verdad sobre la militancia de los '70. Los “otros”, éstos, “te la cuentan”. Nosotros no, dice Ernesto, te damos la precisa. La frase encierra un desdén por el lector: que no va a ser capaz de distinguir entre quien “se la cuenta” y quien no. Es cierto que se propone ser “popular”, se trata de una frase de barrio, de base. “No dejés que te la cuenten, pibe. Escuchalo a Ernesto que se la sabe lunga.” Pero por más lunga que se la sepa Ernesto, su versión será una más. Hasta por ahí sale un libro o un panfleto titulado: “No dejés que Jauretche te la cuente”. Aquí, los que quedamos para contarla y los que todavía queremos encarar el riesgo de contarla, la contamos todos. Cada uno cuenta la suya. Algo de verdad sin duda habrá en cada versión. Pero son eso: versiones. Ninguna será la verdad absoluta como para afirmar que todos los demás “te la cuentan”. Lo bueno del libro de Jauretche es que él cuenta poco porque les da la palabra a protagonistas relevantes de los hechos. Que también “te la cuentan”. Porque, en esta vida, te la cuentan todos. Al final, uno tiene que elegir la que se va a contar a sí mismo. Acaso todas estas centenas de páginas no sean sino la forma en que yo me la cuento a mí mismo. Y no está mal que así sea. Lo único que pido es que todos lo reconozcamos. La verdad absoluta sólo Dios la tiene. Y Dios de peronismo no sabe un pomo. O porque no le interesa o porque renunció a entenderlo (sabía decisión) y se consagró a elucidar cuestiones menos complejas: si Él existe o no, por ejemplo. Además, recordemos, el *compromiso con el pueblo* de la juventud peronista era: “Primera ley vigente: libertad a los combatientes”. Y seguía: “Los candidatos electos (recordamos este texto ahora) de la juventud peronista en los niveles nacional, provincial y municipal comprometen formalmente su acción ante el pueblo para el logro de los siguientes objetivos fundamentales: *Primero*: La investigación incondicional y sin discriminaciones de todos los compañeros presos políticos, gremiales y conexos” (*Envido*, N° 9, mayo, 1973, p. 6). Entre los firmantes —que son varios— figuran algunos nombres que han continuado en la política argentina. Que, podría decirse, han llegado a ser presidentes de la República y acaso lo intentan todavía. Pues entre los diputados provinciales figura un tal Adolfo Rodríguez Saá, hombre que carga sobre sí el prestigio de ser descendiente del glorioso caudillo cuyano Juan Saá (¡al que Alberdi consideraba “el verdadero vencedor de Pavón!”), quien es derrotado —luego de valiente lucha— en la batalla de San Ignacio, el 1° de abril de 1867. (Nota: Las tropas de Buenos Aires estaban al mando del coronel Arredondo. Hay una calle que se llama así a dos cuadras de mi casa, ¿será en memoria de este carnicero? Siguiendo las órdenes de Mitre —*guerra de policía*— las tropas de Arredondo “se ensañaron con sus propios compatriotas y degollaron a muchos prisioneros rendidos” (Busaniche, *ob. cit.*, pp. 767/768). Como digo a menudo: Busaniche *no es* revisionista. Es un liberal. Pero es honesto.) Era el sistema del mariscal Bougeaud, que pronto veremos aplicar a los sicarios de Videla adiestrados por los Bougeaud del siglo XX: los paras de Argelia). De modo que el gobierno de Cámpora no tenía otro remedio que apurar la liberación de los prisioneros políticos. *Un acto perfectamente razonable y legítimo*. A ver si entendemos alguna vez estas cosas de nuestra historia y se dejan de oír en las radios de la tarde, en los taxis y en las peluquerías —al tratarse estos temas— las miserables idioteces de siempre. *Los presos políticos que liberó el gobierno de Cámpora eran prisioneros de siete años de gobiernos dictatoriales*. (Si contamos sólo los de la Revolución Argentina. Porque los gobiernos *inconstitucionales venían desde el 16 de septiembre de 1955*.) Los presos políticos de las dictaduras son indultados por la mayoría de los gobiernos democráticos que las suceden, si son honestos. Basta ya de mentiras, de bajezas: Cámpora no se equivocó. No se liberó “a los guerrilleros de todas las cárceles”. No podemos saber —en primer lugar— si todos eran guerrilleros. Sin duda, no lo eran. Eran los hombres y mujeres que siete años de una dictadura militar había encerrado en las mazmorras del régimen. ¿Les gusta la frase, señores críticos profesionales del camporismo, legales constitucionales, defensores de la república, de las instituciones? ¿De qué hablan? ¿Qué república, qué instituciones, qué aparato de seguridad había puesto en las sentinas dictatoriales a enemigos políticos que hacían frente a un régimen ilegal, inconstitucional, a una república

sin Parlamento, hueca de instituciones, con una policía sin controles judiciales, violenta? La democracia recién volvió al país por medio de las elecciones del 11 de marzo de 1973. Y se intentó restaurar el 12 de octubre del mismo año con la fórmula Perón-Perón. Si se restauró, lo veremos. Pero el gobierno de Cámpora fue excepcionalmente democrático. No niego que fue doloroso para los miles y miles de argentinos fachos que crecen como hongos en esta tierra. Lo vieron como un desborde subversivo. Había llegado —por ahí: por mayo-junio del '73— al Aeroparque de Buenos Aires. Iba seguramente a Córdoba. Me detengo ante un kiosco de revistas. ¡Qué hermoso, nuevo, vital, saludable espectáculo! El kiosco desbordaba de revistas que habían sido prohibidas durante años, durante siglos. ¡Bravo, Cámpora, bravo! ¡Al fin uno veía una teta en un kiosco de revistas! Era una revolución. Ahí estaba *Playboy*. Ahí estaba *Playmate*. Ahí estaba *Penthouse*. Estaban los libros que nos habían prohibido leer. ¡Hasta uno que otro de Marx había! ¿Saben los argentinos de hoy que uno tenía que viajar a Montevideo para comprar libros de Marx y Engels durante la “dorada” década del '60? ¿Saben que —junto con el peronismo— se prohibía todo lo que oliera a marxismo? ¿Saben esto? Una vez volví de Montevideo. En el fondo de la valija tenía varios libros de Marx. Arriba había puesto unas ediciones de *La república*, *Las leyes* y el *Timeo*. El tipo de la Aduana de nuestro republicano país me hace abrir la valija. Mira los libros de Platón. “Estos son todos los libros que traje”, le digo. “Bueno”, dice el animal onganiesco. “Porque, ¡no crea que se puede entrar cualquier libro a este país!” Eso dijo el tarado, el lacayo fiel, porque está lleno de desgraciados como ése este país. Tipos que esperan que les den una orden sucia, lo suficientemente sucia como para que puedan cagar a los demás, tratarlos mal. Pasé con mi valija. ¡Me sentía un héroe porque había entrado al país una edición de *La ideología alemana*! Y ahora —en Aeroparque— miraba deslumbrado a una rubia de *Playboy*, con unas tetas espléndidas. Ella también me miraba. Me guiñó un ojo y dijo: “¿Viste? Al fin sos libre. La prueba soy yo. Nunca vivas donde no te dejen ver a una mina en bolas”. Compré la revista, claro. Si esa noche —en el elegante Hotel Crillón al que siempre iba— me ofrecían algo, una linda call girl cordobesa o porteña. En fin, una buena puta, los mandaba al diablo. Tenía una cita secreta con una rubia de *Playboy* y con todas las que seguramente habría adentro en esa revista del pecado, esperándome. También había revistas políticas. Ya había aparecido el *Desca*. *Ahora es hora del pueblo*. *Militancia*. Si hasta *Gente* —con su repugnante oportunismo— tendría una foto de Galimberti. *Panorama*, ni lo duden. Bernetti mediante. Había ediciones del *Kamasutra*. Al fin descubríamos que había más opciones para coger que para votar. Y —de pronto— algo me arranca de mi ensueño. La voz impecable de un “ejecutivo”. En esa fecha les decían así: “ejecutivos”. Había una canción de María Elena Walsh: “Ay qué vivos/ son los ejecutivos/ qué vivos que son/ de su casa al avión/ del avión al sillón / siempre tienen razón/ porque tienen/ la sartén por el mango/ y el mago también”. IDEA no se llamaba Idea Para el Desarrollo de Empresarios en la Argentina sino “de Ejecutivos en la Argentina”. La voz —decía— de un ejecutivo me arrancó de mi encanto primaveral camporista. Era una voz sarcástica. Amenazante. Una voz que decía: “Esto ahora es así. Pero pronto se va a acabar”. El tipo hizo: “¡Ja!”. En serio, primero hizo así: “¡Ja!”. Y después dijo: “¡Pornografía y subversión!”. Estaba con un amigo. Uno como él. Se rieron. Les divertía la cosa. Como si fuera una joda momentánea que se mandaban “los zurdos” en una coyuntura favorable. Sólo eso. En seguida se fueron.

No compraron nada en el kiosco. Ni la rubia de *Playboy* los calentó un poco. Pocos meses después, bajo el gobierno de Perón, todas estas revistas, junto con otras más berretas que llevaban nombres como *Killing* y mostraban chicas de malos hábitos y pocas ropas fueron quemadas en un enorme basural. Su cura empuñaba en alto una cruz, maldiciéndolas. Esa foto siniestra, inquisitorial, me llenó de dudas. O me aclaró algunas. Perón también acababa de prohibir 500 libros. ¡Entre ellos algunos de Pepe Rosa! Recordé a mi rubia de *Playboy*. Eso que me había dicho: “Nunca vivas donde no te dejen ver una mina en bolas”. Qué sabiduría esa mina. Sabía más de política que todos nosotros juntos.

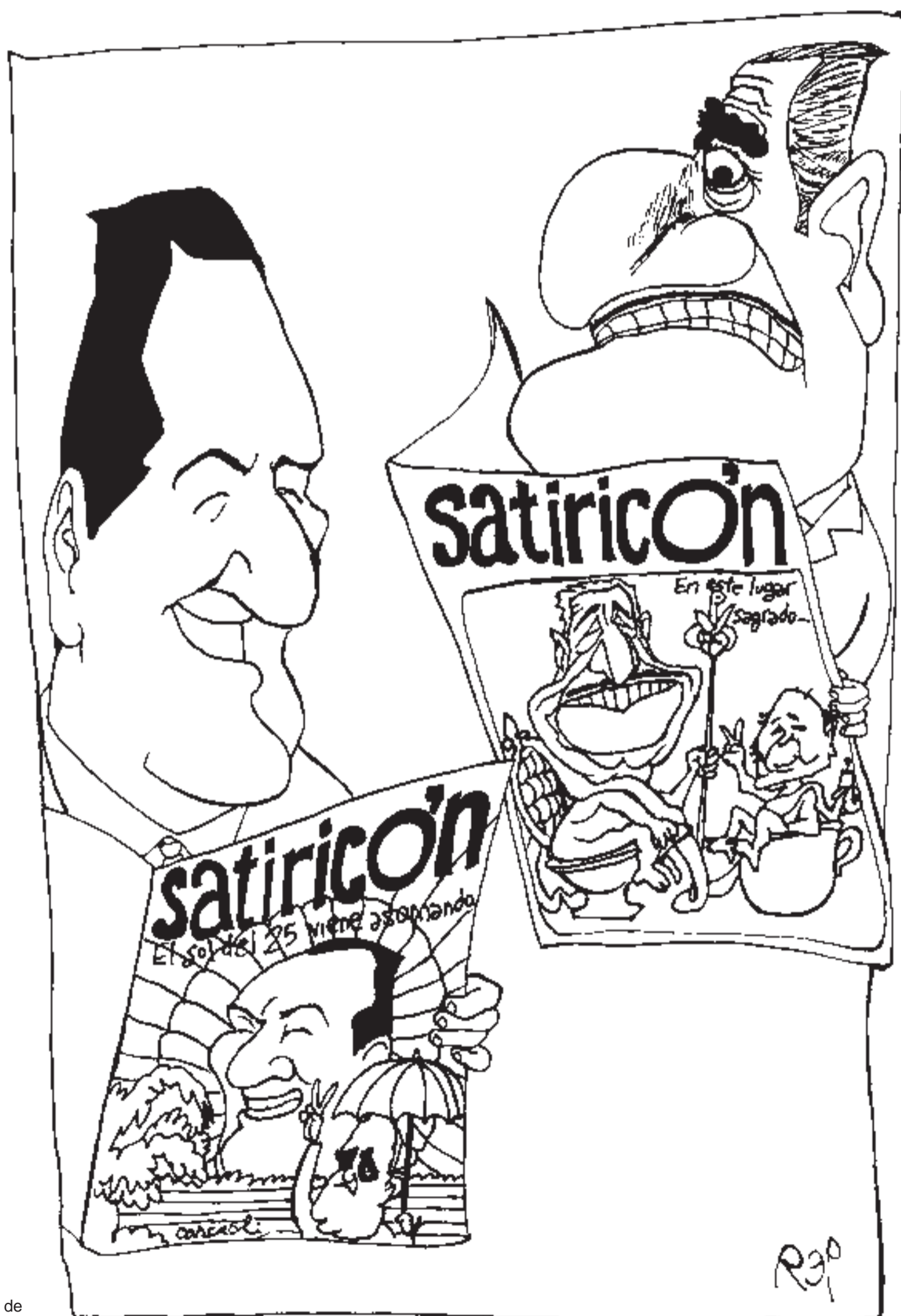
Colaboración especial:
Virginia Feinmann-Germán Ferrari

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

79 La primavera camporista (III)



EL GENERAL SE DUERME

Empecemos con un flashback. Total, ya nos acostumbramos a ellos. La historia va, la historia quedó atrás, la historia sigue, pero ¿hay un atrás, un adelante, un presente perfecto, sólido? ¿Podemos decir este presente es el presente? No bien lo decimos ya no lo es. Volvemos a otro momento. Es febrero del súper-año 1973. Perón acaba de viajar a una clínica de Barcelona atendida por el doctor Puigvert, que le conoce las nanas. Esas nanas hundirán —en poco tiempo— al país en la catástrofe. Por ahora son todas tratables, curables y no impiden que el general se dé el lujo de pensar en el gobierno, en su tercer gobierno, en su uniforme de teniente general, en todos los honores que se le deben luego de tantas difamaciones, infamias. El doctor Puigvert, prolijamente, le extirpa unos pólipos obstinados que no sólo parecían estorbar al hombre que debe retornar a la patria sino, sobre todo, a la patria misma, que tanto lo requiere. Perón regresa a Madrid, donde lo espera uno de los hombres por el que más estima profesas: el secretario general del Movimiento Nacional Justicialista, Juan Manuel Abal Medina. Le tengo mucha estima a Juan Abal padre. Creo que ya lo dije. Lo veo en su estudio de Córdoba y Carlos Pellegrini, un lugar exquisito que proviene de la herencia familiar. Juan Abal (p.) habla rápido, piensa rápido. Tiene una sonrisa invencible. En Coronel Díaz y Santa Fe, en el bar Tolón, me retino —para juntar datos fehacientes para mi novela *Timote*— con un ex integrante de Montoneros, que lo conoce desde hace muchos años y también lo trató durante el exilio, y nos deslizamos, casi sin darnos cuenta, a la modalidad con que Juan Abal (p.) habla el idioma castellano. ¿Cómo decirlo? Habla como hablaría un cajetilla. Hoy, trabaja de abogado y divide sus tareas entre Argentina, México y probablemente otros países. ¿De dónde ha surgido esa modulación *clase alta* que no puede sino caer entre extraña o simpática en un tipo como él? No lo sé. Tampoco lo sabía el ex militante con el que hablé en la Tolón y que tantos buenos y generosos datos me diera. (Lo que revela que *Timote*, pese a su narrador conjetural y a mis desdenes por la verosimilitud, no ha sido ajena a un trabajo de investigación, sobre todo a ese que se realiza con personajes cercanos a los hechos y que tienen la gentileza —que siempre voy a agradecer— de haberlos compartido con uno, ya que a otros los han mandado a la mismísima, porque, sabiamente, les descubrieron la mala leche de los aventureros, de los explotadores de temas que no merecen, que no vivieron, que no entenderán nunca, que habrán de abordar desde los prejuicios y hasta desde el odio.) Pero fue él quien planteó el tema: “¿Viste cómo habla Juan Manuel?”, preguntó de golpe. Sí, nos pareció divertido, porque —aunque pueda parecer que no— le cierra sin cortocircuitos a su imagen actual: la de un hombre de negocios internacionales. Ahora bien, el ex militante —que acumula datos de oro para mí— pregunta algo muy atinado: “¿Habría así cuando negociaba con Rucci?”. Difícil. A Rucci no le habría caído bien y Juan Manuel (papá) trabó una relación valiosa con el capo de la CGT que utilizó —como todo lo que pudo— para mantener la paz dentro del movimiento. Estamos otra vez en Madrid. Perón viene de una operación y está bastante cansado. Frente a él, el joven doctor Juan Manuel Abal Medina le informa sobre la situación del movimiento, del régimen, de la militancia, de los partidos políticos, de las formaciones especiales, etc. De pronto, levanta la mirada y la clava en la cara del general. Perón dormía. “No lo podía creer”, me dice. Está contra un gran ventanal que da sobre la avenida Córdoba. Serán las 18.30 de un día de ese mes de enero de 2009. Se queda pensativo. Está flaco, fibroso, el pelo blanco y tiene muchas pequeñas arrugas en la cara. “El general se había dormido. Yo le informaba cosas fundamentales, decisivas, que él tenía que saber, que tenía que saberlas para poder actuar, decidir, mandar, conducir. Y no: el general se duerme. Como un anciano en un geriátrico. Como un viejito cualquiera de cualquier clase, condición o jerarquía. Se duerme como...” Aprieta la boca. Otra vez se queda en silencio. “Como si no fuera Perón”, aventuro. “¿Por supuesto?”, dice. “Como si no fuera el general. ¿Cómo se va a dormir el general? ¿Qué va a ser del país si él se duerme?” Juan Abal (padre) jamás le dice Perón a Perón. Siempre: “El general”. Se nota que le quedó el modismo del trato frecuente que tuvo con él. Y también porque probablemente no pueda decirle de otro modo. Me cuenta luego algunas cosas que ya ha dicho en algunos medios públicos (ver: Galasso, *ob. cit.*, p. 1161). Que ese desgaste entregó al “general” a las manos de López Rega, quien, al ya poseer a Isabel, poseía ahora todo el poder en Puerta de Hierro. A mayor decadenacia física del “general” mayor aumento del poder de Lopecito. Esta punta “existencial” habrá de ser muy utilizada para explicar-comprender-justificar las constantes cesiones de

poder que Perón lleva a cabo con López Rega. Sólo en él pareciera confiar. ¿Así habrá que estudiar esta tragedia? ¿Con los secretos herméticos, esotéricos, de puertecerradas entre ese anciano, ese mujer infima y de mala fibra y ese brujo inextricable, que salió de la nada para quedarse con todo?

LOS “ENTES CALIFICADORES” CONTRA LAS TETAS

Ahora volvemos a la plaza del 25. El discurso de Cámpora dedica —no es sólo el único— un apasionado homenaje a la juventud y, de paso, justifica su violencia: “Y en los momentos decisivos, una juventud maravillosa, supo responder a la violencia con la violencia y oponerse, con la decisión y el coraje de las grandes epopeyas nacionales, a la pasión ciega y enfermiza de una oligarquía delirante. “Por eso, la sangre que fue derramada, los agravios que se hicieron a la carne y al espíritu, el escarnio de que fueron objeto los justos no serán negociados” (Cfr.: Bonasso, *ob. cit.*, p. 624). Se trataba ahora del momento fundamental de liberar a los combatientes. Había dos consignas que estaban en pie: *Ni un día de gobierno peronista con presos políticos y Cámpora presidente! libertad a los combatientes*. Los radicales apoyaban. Casi toda la clase política lo hacía. “Troccoli le aseguró (a Righi, J.P.F.) que los radicales le daban luz verde, ‘No te preocupes —le dijo el jefe de la bancada radical—, vamos a generar un país cero kilómetro” (Bonasso, *ob. cit.*, p. 618). La frase de Tróccoli recogía el espíritu del momento: empezar de nuevo, dar una oportunidad a los que habían elegido la violencia para combatir dictaduras ilegítimas, represivas, inconstitucionales. Una nueva oportunidad para todos. Ahora había que dejar las armas y empezar a trabajar en paz por la democracia del país. Se tenía a favor un formidable apoyo de masas y el regreso de un líder al que esas masas adherían; hasta, incluso, amaban. Porque era a él, a Perón, a quien esperaban los pobres. Todavía latían en ellos los versos humildes de Zoila Laguna: “¡Perón! Y asunto arreglao”. No iba a ser tan sencillo esta vez.

Cámpora —en el Congreso— tuvo momentos brillantes. No sólo se limitó a elogiar a la juventud maravillosa. También supo enumerar todas las desgracias del país en esos años de obstinada ilegalidad. Dijo (con una dicción perfecta, esmerada, con unos dientes brillantes e ineludibles, porque el Tío tenía los dientes que merece tener un buen dentista): “La Argentina se ha convertido en un campo de saqueo de los intereses extranjeros. Mientras avanzan la concentración de la riqueza, la desnacionalización de la economía y el endeudamiento, la participación de los asalariados en el ingreso nacional disminuye drásticamente. Se pasó progresivamente a una situación de desempleo. El 22 por ciento de la población carece de vivienda. La mortalidad infantil es cuatro veces superior a la de los países desarrollados. Más de 200.000 niños no tienen acceso a la escuela, y el índice de desertación supera el 50 por ciento en el ciclo primario (...), el 57 por ciento en la enseñanza media y alrededor del 70 por ciento en la Universidad. Hemos perdido nuestra ubicación entre las naciones más avanzadas y ricas del mundo para asistir al progreso de otras. En 1950, tomando como indicador la renta per cápita, la Argentina ocupaba el decimoquinto lugar y en 1969 habíamos retrocedido al vigesimosexto. Es que en realidad el régimen se ha sustentado sobre la degradación material y cultural de nuestro pueblo. El régimen jugó todas sus cartas. Cuando pudo proscribir, proscribió. Cuando pudo anular las elecciones, las anuló. Cuando pudo impedirles, las impidió. Esta es la verdadera y única razón de la violencia de los argentinos” (Bonasso, *ob. cit.*, p. 626. Todas las cursivas me pertenecen.) ¿Qué dirá la derecha cuando lee un texto tan verdadero? Nada. Ante todo: ¿quién lo dice? Un lacayo de un general degradado. Un hombre que ya era un pelele de la subversión. Bueno, lo que quieran. Pero, ¿tiene o no tiene razón? ¿Es o no cierto lo que dice? ¿Qué dirán los que hablan de los dos demonios? La violencia argentina tiene un solo demonio: el que se inicia el día del bombardeo de 1955, se consolida el 16 de septiembre de 1955 y dicta su *Constitución* al dictar el Decreto 4161 por el cual se instituye la Argentina proscripiva, la democracia ilegal, el país amordazado, la censura, la prohibición de los libros sin los cuales no podíamos pensar, la tortura, los tipos como el censor Ramiro de la Fuente, los “Entes Calificadores” formados por señoras idiotas de la Acción Católica, por sacerdotes y por críticos pedantes y de mala memoria como Jaime Potenze, las elites soberbias, los intelectuales “progressistas” como Sabato, los cavernícolas satíricos como Borges, la revista *Sur*, el macartismo de Victoria Ocampo, la estúpida vanidad de proclamar a Buenos Aires como la ciudad que descubrió a Bergman y a la vez éramos la imbécil ciudad que cortaba a tizeretazos inquisitoriales los films del genio sueco. *El silencio* se estrenó y la prohibieron... ¡para

menores de 21 años! De *La fuente de la doncella* cortaron la escena de la violación. Y no eran sólo los censores, no. Eran también los críticos. No digo los maestros como Calki o Tomás Eloy o Alsina Thevenet. ¡Todos los demás! Veían pornografía por todas partes. ¿Carajo, qué asco fue vivir bajo ese país! Todo era habitado por la enfermedad. Tenían el alma podrida y veían podredumbre en todas partes. El pueblo era podredumbre. Lo intelectual era sospechoso: contrabandaba podredumbre. Como Bergman, Malle, Chabrol, Truffaut. En *Disparen sobre el pianista*, hermosa peli de Truffaut, hay una escena en que una francesa hermosa de comienzos de los ’60 —Michelle Mercier— hace un strip-tease, se mete en la cama de Aznavour y, jugueteona, le muestra su cuerpo, una obra de arte, una cumbre del erotismo. Tiempo después volví a verla: ¡la habían matado a Michelle Mercier! La habían hecho desaparecer. Fue en las películas donde empezaron a desaparecer los cuerpos. O de donde también desaparecían. Las tijeras de los censores trizaban el cuerpo de la Mercier. Después, los carniceros del Proceso trozaban los cuerpos de “las delincuentes subversivas”. Una vez, el actor Cachó Espíndola me dijo: “¿La conocés a Fulana? Bueno, tenía una hermanita que militaba en un barrio. Una piba. Ni



veinte años tendría. La cortaron en pedazos y se la entregaron así”. Si imagino al enfermo que —en la soledad de un cuarto fotográfico, a oscuras— analizó, tijera en mano, cada fotograma de la peli de Truffaut y, cuando la vio a Michelle, la cortó en pedazos, pienso inevitablemente en el carnicero del espacio concentracionario que descuartizó a la hermanita de la amiga de Cachó Espíndola. Todo es uno. Donde empiezan a cortar películas pronto empiezan a matar gente. *Esa fue la violencia*. Tiene razón Cámpora. Si tuvieran alguna decencia lo admitirían. Cito otra vez a Cámpora: “Es que en realidad el régimen se ha sustentado sobre la degradación material y cultural de nuestro pueblo. El régimen jugó todas sus cartas. Cuando pudo proscribir, proscribió. Cuando pudo anular las elecciones, las anuló. Cuando pudo impedirles, las impidió. Esta es la verdadera y única razón de la violencia de los argentinos”. No dejemos pasar esta precisión que hace el presidente electo: “La degradación material y cultural de nuestro pueblo”. Un joven como yo lo era —y todos los que estudiaban filosofía

durante esos años y leían y veían las películas de los grandes cineastas europeos —éramos sometidos a una degradación cultural. Supongo que no es arduo imaginar lo que siente un joven al advertir que no puede ver un film o que lo ve mutilado porque un grupo de enfermos católicos reaccionarios —viejas de mierda y viejos impotentes o fascistas chupacirios, almas puras que van a rezar el rosario muy temprano los domingos o algún hijo de un general o un profesor de algún colegio religioso— se lo impiden, deciden que no, que nadie puede ver eso, porque eso es obsceno, ofende al tradicional estilo de vida argentino, occidental y cristiano. ¿Qué siente? Impotencia y furia. ¿Qué sale de esto? ¿Qué sale de vivir años entre la impotencia y la furia?

Lo que haya salido duró poco. Desde el 25 de mayo de 1973 hasta el 13 de julio. *La primavera camporista duró exactamente 49 días*.

EL “DEVOTAZO”

El *Devotazo* sucede al caer la tarde. Hacia la cárcel convergen cerca de 40.000 militantes. Hay una presión sobre la decisión legislativa. Si bien nadie duda de su cumplimiento la urgencia es mucha y la de los presos aún mayor.

que estuvo en todos los lados en que estuviste, que sabe pensar la política, que sabe escribir con agilidad y no lo hace porque se deja ganar una vez más por la pasión política... ése debés ser vos, sin duda. No tengo derecho a reprocharte nada. Pero el reproche es un reconocimiento. ¿A cuántos pensás que les pido que escriban? ¿A cuántos se les puede pedir? O sea, no jodamos: te pido algo que no le pido casi a nadie. Al contrario, lo frecuente es que diga: “Flaco, o vos no naciste para la literatura o la literatura no nació para vos. Pero entre ustedes hay un desencuentro insoluble”. Me pregunto si —en lugar de seguir poniendo toda la carne en el asador de la política, ¡y qué asador es ése!— no sería acaso más útil que plasmáramos un par de libros más, que volvieras a *Página* donde se te extraña, que te sentaras frente a la compu, Miguel, como el escritor que sos. Por ahí estás ahora en medio de un gran proyecto político, no sé. Pero mirá: tendrá que ser *muy* bueno. De lo contrario, a casa y a escribir. Hacen falta los tipos inteligentes. Los que tienen argumentos. Los que saben polemizar. Los que saben crear. Y también: los que tienen tu sentido del humor. Un liberal que vos y yo conocemos (flor de tipo) me dijo una vez que te dijo: “Fulano me mataría a mí. Menganito te mataría a vos. Pero ni yo te mataría a vos ni vos me matarías a mí. Tenemos demasiado sentido del humor”. Bueno, Miguel, dale que el tiempo pasa y lo que no escribís hoy no lo escribís más. Siempre es más tarde de lo que uno cree. Perdón por recordarlo, pero es así.) La cosa es que a las 10 de la noche había 50.000 personas en Devoto. “Ese 25 de mayo (dice Juan Manuel Abal Medina) todo se precipitó a un ritmo imposible. Sobre ese asunto yo le comenté al doctor Cámpora que veía difícil demorar las definiciones hasta el momento en que se aprobara la ley de amnistía, como estaba previsto. Me parecía un imposible político; era muy peligroso. Estábamos hablando de miles de presos por todo el país en una situación política terriblemente fluida. Y allí perdimos contacto con el doctor Cámpora durante las tres o cuatro horas siguientes porque el protocolo lo bloqueó. Teníamos la visita de muchos jefes de Estado extranjeros y había toda una secuencia de hechos a los que prestar atención. Entonces tuve que definirme ahí mismo, definir las cosas un poco por mi cuenta.

“Sabía que en Devoto este tema se vivía de una manera explosiva. Julio Mera (Figueroa, J.P.F.) estaba informándome, y me dijo que la situación era insostenible, que podía haber violencia en cualquier momento. Por ese motivo me fui hasta allí. Cuando llegué a Villa Devoto ya el problema se había extendido, porque había más de 300 presos comunes fuera de sus celdas y de sus zonas. Incluso muchos de ellos estaban bastante drogados y alcoholizados. Indudablemente que eso amenazaba convertirse en un desastre en el primer día de gobierno. Y allí realmente bajo mi responsabilidad, acompañado de tres diputados (Julio Mera, Santiago Díaz Ortiz y creo Diego Muñiz Barreto), ordené al director de la cárcel que abriera las puertas y soltara a la gente.

“Esto no tenía, obviamente, legalidad, pero sí teníamos poder político para hacerlo, y creo que en el momento con esa decisión se evitó un hecho más grave. Esto ha sido muy criticado después; pero no veo qué otra solución podría haber tenido la situación que se había creado. Se llegaba a la violencia en cualquier momento. Sobre todo porque había una columna del ERP, sumamente agresiva y armada, justo en la puerta del penal. En ese sentido esto no tenía otra solución. Pero, por otra parte, nosotros habíamos hecho una consigna de campaña aprobada por el general que decía: ‘Ni un solo día de gobierno peronista con presos políticos’. Y bueno, debíamos cumplir.

“El doctor Cámpora actuó a la altura de las circunstancias. Podría haberse sentido molesto de que yo hubiera adoptado esa actitud. No hubo absolutamente nada de eso. Al contrario. En la noche, ya muy tarde, se instrumentó el indulto que firmó el Presidente, para que al día siguiente salieran los presos de las demás cárceles” (Testimonario de Juan Manuel Abal Medina sobre el llamado *Devotazo* tomado de Ernesto Jauretche, *No dejés que te la cuenten*, *ob. cit.*, ps. 192/193).

En Devoto se vive una fiesta que dura hasta el amanecer. En Rawson, la situación aún no está resuelta. Se festeja la inminente liberación. Se trata de un hecho del que nadie duda. “Salimos esta noche o rompemos el penal”. Llegan los abogados Ortega Peña, Eduardo Luis Duhalde y Mario Hernández. Con ellos, los diputados Diego Muñiz Barreto, Carlos Kunkel, Nicolás Jiménez y Enrique Sversek, de la JP. Hay que liberar y llevar a la Capital a 166 detenidos, los que, por las dudas, hace rato que tomaron el penal sureño. Los suben a tres aviones privados. Despegan y en ellos se han pintado muchas leyendas. La más visible dice: “Gloria a los mártires de Trelew”.

Llegan a Buenos Aires. Bajan. Periodistas con micrófonos corren hacia ellos. Aparece una piba en la pista. Es la

novia de uno de los militantes liberados, un pendejo. Lo abraza, lo besa, llora. El periodista le acerca el micrófono. “¿Qué sentís en este momento?” El pibe se besa con la chica, que lo abraza con las dos manos por la cintura. “¿Qué querés decirle a la gente?”, insiste el periodista. “¿A la gente?” “Sí.” “¿Qué sé yo. ¡Viva Perón!”, se ríe. La piba lo abraza con más fuerza y se van entre besos y abrazos, buscando recuperar el tiempo perdido.

¡ESCÁNDALO SUPREMO: SE FUGÓ FRANÇOIS CHIAPPE!

¡Ah, pero no va a faltar algún historiador del constitucionalismo liberal (este es el régimen que Halperin Donghi prefiere para el país, el que debió aplicar y no aplicó la “Revolución Libertadora”, pero, señores: ¿quién lo aplicó?, ¿cuándo hubo constitucionalismo liberal en la Argentina?, siempre el proyecto económico liberal se impuso al margen de la democracia, ¿a qué jugamos, otra vez las mentiras, las postulaciones sin fundamento alguno, quién demonios fue un constitucionalista liberal?), los radicales ultragorilas (el pequeño Gambini), los tipos misteriosos, los servicios de Menem (como ese Tata Yofre, que Felipe Pigna me dice que no es tan peligroso como yo lo imagino, pero, a mí, la verdad, “me da cosa” como dicen los pibes o lo decían en los noventa, “me da cosa como el Monstruo de la Laguna Negra, ¿entendés loco?”) o los recalcitrantes de la Libertadora, que dirán: “Esa noche, entre la confusión de la apresurada y caótica amnistía del gobierno subversivo del doctor Cámpora, esa pobre herramienta en manos de la Tendencia y la guerrilla, se escapó de Devoto... el siniestro François Chiappe”. ¡Sí, François Chiappe! Nada había valido nada, todo había sido inútil, todo había sido manchado de sombras del mal, de oprobio, de la peor delincuencia porque, entre tantos militantes, se escapó ese tipo siniestro. Bonasso admite que el Fulano no carecía “precisamente” de antecedentes políticos. “Había sido confidente de la *Gestapo*, mercenario en el Congo y miembro de la Organisation de l’Armée Secrète (OAS). Condenado a muerte por su participación en la OAS, Chiappe logró fugarse a Montevideo y luego a la Argentina, donde entró con pasaporte uruguayo. Caso notable: la derecha oligárquica y la derecha peronista utilizan a Chiappe para agredir a Cámpora y a Righi. Quienes, de apresurados, de ingenuos, de malos y torpes e incapaces para gobernar que eran, habían liberado a ese monstruo. Pero, ¡es un asunto increíble! ¿Por qué los militares argentinos prescindían de un elemento tan valioso como Chiappe? Era un hombre para ellos. Un “para” francés. Un especialista en contrainsurgencia. Seguro que se rajó para Montevideo y Argentina porque se dijo: “Ahí me reciben como a un Rey Francés. Caramba, ¿o no soy un glorioso veterano que sabe torturar y enseñar ese difícil arte a cualquier oficial argentino o uruguayo apasionado por defender a su patria y a los valores de Occidente? ¿Cómo no voy a tener trabajo asegurado, paga de la buena, comida, vinos y hembras impúdicas y hermosas?” ¿Por qué no lo protegió López Aufranc? ¿Por qué no lo protegió Díaz Bessone? Es un enigma. Durante esos días estos dos generales argentinos trabajaban mano a mano con los franceses de Argelia. Ya analizaremos en detalle todo, absolutamente todo eso cuando nos ocupemos de lo que llamaremos *la serpiente*. Porque aquí —en tanto asumía Cámpora— no había “huevo de la serpiente”. *La serpiente* estaba viva, lista, bien salida del cascarón, con sus enormes colmillos venenosos. Díaz Bessone —en el portentoso documental de Marie-Monique Rubin— dice más que todo lo que había dicho en sus editoriales del democrático diario *La Prensa*. Dice que el primero que los franceses le enseñan es que el aparato de inteligencia de las fuerzas insurgentes es muy vasto. Que comprende: médicos, abogados, ingenieros, obreros, profesores, alumnos secundarios, universitarios, universidades, colegios. *Que estén en todas partes*. Plano de López Aufranc: “Tuvimos que aprender todo eso. Pero con la sangre se aprende mucho”, sonrío con una picardía elegante, de militar que forma parte de la nobleza británica. Era un hombre elegante. Díaz Bessone —creyendo que Marie-Monique Rubin está de su lado abre su, por decirle así, corazón— y confiesa: “¿Qué podíamos hacer? ¿Cómo le saca usted información a un prisionero si no lo aprieta un poco, si no lo tortura? Esa información hay que sacarla rápido. Otras vidas dependen de ella. ¿Cómo íbamos a ponerlos presos? ¡Por favor! Después venía un gobierno constitucional y los ponía otra vez libres y otra vez volvían a matar. ¿Y? No, había que fusilarlos. Nosotros teníamos que fusilar 7000 personas. Como no fueron más, vea. Fueron 7000. ¿Cómo los íbamos a fusilar a la luz del día? Franco había fusilado tres —¡nada más que tres!— y el mundo enteró y hasta el Papa se le fueron encima. ¡Imáginese! ¡Y nosotros necesitábamos fusilar 7000! No podíamos hacerlo a la luz del día, obviamente”. Esto es sólo una prueba. Esta *serpiente* estaba lista. Los franceses habían lle-

gado aquí en 1957. Hay una foto de Pedro Eugenio Aramburu en medio de una reunión con ellos. ¿Se entiende? Al aparato de contrainsurgencia francesa lo trajo la Libertadora. ¡Las cosas que hay que hacer para luchar contra los tiranos de la patria! Para impedir que la barbarie retorne al poder. Que los bárbaros, en su ignorancia, sigan adorando a los dictadores que los supieron envolver con su demagogia. Aunque no: no *exactamente* por eso vino la élite de la contrainsurgencia francesa. Esa visita revela que —desde entonces— la lucha contra el peronismo y la subversión marxista era la misma. El peronismo entrañaba el peligro de su condición de movimiento de masas. Todo movimiento de masas puede virar hacia el marxismo o ya está dentro de su estrategia mundial de dominación aunque utilice otro nombre. Las masas son siempre peligrosas. Tiene que controlarlas el aparato del Estado burgués capitalista o pueden salirse de madre. Los tipos de la OAS le habrán dicho a Aramburu:

—A usted no tiene que preocuparle quién es o qué piense Perón. Su peligro radica en el ascendiente que tiene sobre las masas. En cualquier momento, aun a su pesar, tendrá tal vez que seguirlas en operaciones subversivas, antidemocráticas y antioccidentales, para conservarlas. Si las masas deciden asaltar todas las fábricas y apropiárselas, el líder no las va a desautorizar, pues correría el riesgo de perderlas. El peligro que ustedes tienen es que esas masas peronistas —que, por su condición, son potencialmente marxistas y antioccidentales— se deslicen de la potencia al acto. Siempre van a estar a un paso. En suma, el peligro que ustedes enfrentan es el de Occidente. Igual, nosotros en Argelia. No se trata de una cuestión colonial. Podríamos perder una posición colonial. No podemos entregarle un país al marxismo. Pues es contra éste que estamos luchando. Esta guerra es nueva. Es la tercera guerra mundial y se libra en los territorios de los países marginales. Si le ceden el poder a Perón, si dan elecciones democráticas, lo cual sería lo mismo, le cederían el poder a un movimiento potencialmente marxista. Porque es un movimiento de masas. ¿Podrá Perón controlar a esas masas o su propio resentimiento hará que las arroje contra ustedes? No es un riesgo que puedan tomar. Traten de captarlas. Traten de captarlo a él. Y a los subversivos que se dicen peronistas, no les crean. Son marxistas. El marxismo internacional tiene distintos nombres. Pero una sola meta: derrotar a Occidente y al estilo político democrático. El modo de tratar a todo subversivo es —no bien se lo detiene— extraerle por completo la información que pueda brindar. Para esto, el único método es la tortura.

Así, Aramburu, en *Timote, secuestro y muerte del general Aramburu*, dice:

—Vi demasiadas torturas. Bajo Perón. Bajo la Libertadora. Sobre todo, como imaginarán, a manos de la Marina. Bajo el *Conintes* de Frondizi. Y en otros países también. Pude llegar a algunas conclusiones (...). En 1959 estuve en Argelia. Durante una semana entera hablé con un general de la OAS. Él me enseñó todas esas teorías sobre la tortura. Tenía una opinión despiadada sobre el torturado: nunca debía quedar vivo. Después estuve en la Escuela de las Américas. Los franceses son superiores. Los yanquis no manejan la cuestión psicológica. Masacran al objeto interrogable y listo. Creo, sin embargo, que son más efectivos que los franceses” (J.P.F., *Timote, secuestro y muerte del general Aramburu*, Buenos Aires, 2009, p. 72).

Volvamos a François Chiappe. Sólo es posible conjeturar que Lanusse —que era un sincero enemigo de los métodos de contrainsurgencia clandestinos— fuera el que lo tuviera detenido. Pero ese siniestro ex miembro de la Organisation de l'Armée Secrète (OAS) era pieza esencial para los Díaz Bessone, los Videla, los Ibérico Saint-Jean o los Bignone que estaban preparando la cuchilla para resolver de raíz (o sea, *matando a todos*) el problema de la patria subversiva. De modo que si se escapó y, haciéndolo, se puso al servicio de alguien, no habrá sido precisamente al de Cámpora o al de Abal Medina o al de Righi, a quienes, con gusto, habría despellejado con reflexiva lentitud.

Debemos extraer de aquí una cuestión conceptual importante. Esa izquierda “teórica”, que ve “populismos” por todas partes, no entiende nada de estas cuestiones. Los inofensivos —para el imperialismo, para los que defendieron al Occidente cristiano y lo siguen defendiendo— nunca fueron los espec-

tivamente calificados como movimientos populistas. (Al contrario: más bien se han despreocupado de las izquierdas académicas desbordantes de teorías pero incapaces de la más mínima movilización de masas. El penoso paisaje de una izquierda con buena formación teórica pero sin bases de ningún tipo es una constante a lo largo de toda nuestra historia.) Viejo tema (el del populismo) que Eric Hobsbawm trató en un libro que ya ha de tener 40 años, *Rebeldes primitivos*. De jovencito (en mis primeros trabajos para *Envido*, sobre todo el del Nº 6, de 1972, y luego en *El peronismo y la primacía de la política*, mi primer libro de 1974) me hice cargo de él y creí que dejaría aclaradas algunas cuestiones. No, el tiempo pasa y, en muchas cosas, pasa en vano. Seguimos con el estigma del populismo a cuestas. Que el populismo —por acudir al concepto de “pueblo”— tiene la perversa finalidad de ocultar la lucha de clases. Falso: todo populismo sabe que la liberación del “pueblo” tiene como condición de posibilidad la liberación nacional y (en un mismo movimiento político y temporal) la liberación social. Esto, los enemigos de la causa de los pueblos, lo saben bien. Siempre les importa el lugar que ocupan las masas. En América latina —o, fijemos la cuestión, en Argentina— las masas jamás han estado del bando de la izquierda. La izquierda argentina ha sido y es impotente para nuclear a las masas. No voy a analizar esto aquí. El resultado es que este hecho la torna inofensiva. ¿Qué peligro puede surgir de un partido con 1000 militantes y tres teóricos empachados por el *Manifiesto*, *El 18 Brumario*, un poco del capítulo 24 de *El Capital*, los obligados manuales entre darwinianos y biólogos de Engels, el *Qué hacer* de Lenin y uno que otro Trotsky?

¿Qué peligro puede surgir de un Club que se autodenomina “socialista” pero es apenas un esbozo de la socialdemocracia más timorata, aunque con lecturas de la Escuela de Frankfurt, de Raymond Williams, Claude Lévi-Strauss, Foucault, Deleuze y Guattari, Barthes, Lacan y hasta acaso Sloterdijk, que vive empeñada en una negación feroz de los signos y valores que las masas han elegido y en edificar una visión de la historia que reivindique a toda una pléyade de “pensadores socialistas”, lectores dogmáticos de los maestros socialistas europeos, positivistas, justificadores de toda la visión capitalista-burguesa y oligárquica de nuestra historia, pero “desde la izquierda”, santificadores del “proceso único, aunque lamentable” de atrocidades que jalonan esa historia y poseedores de cargos académicos a los que ambicionan más que a ese Palacio de Invierno que ni siquiera lograron olvidar (lo cual habría sido bueno para pensar un poco “en situación” los hechos del país) pero sí postergar por el calor de las becas del Imperio, los Congresos, los papers y todo ese barullo. Son adoradores del tecnocapitalismo. Ven en el despliegue de la razón instrumental el despliegue de la civilización. Aquí, en este país, en el que el tecnocapitalismo y la razón instrumental de Adorno y Horkheimer han hecho estragos, han aniquilado todo posible *sentido lateral* del triunfo del hombre en tanto *amo de lo ente*, estos malentendedores profesionales cantan loas al desarrollo que la oligarquía impuso en la Argentina. Y a los socialistas que —aunque adhiriendo a la Revolución Rusa— no dejaron de aplaudir todas las masacres que la élite técnica de la racionalidad instrumental llevó a cabo por estos lares. Es así como se ha llegado a considerar “socialistas” a Aníbal Ponce, a José Ingenieros, al joven Leopoldo Lugones (algo virado al anarquismo), a Héctor Agosti, a Rodolfo Ghioldi, a Alicia Moreau de Justo, a Alfredo Palacios, etc. ¡No eran populistas! El enemigo es el populismo. Porque ahí no hay teoría revolucionaria. No hay racionalidad. Hay carisma. Hay demagogia. Hay adhesión emocional. Hay valores rurales y no urbanos. Hay un montón de cosas. Pero sobre todo: ahí está el pueblo. Y lo que ahí no está ni nunca estuvo fue la izquierda argentina, lamentable, pobre, seca, desde siempre enferma por carencia de ilustración o por exceso. En ambos casos por creerse dueños de la teoría revolucionaria. Los burros, por burros. Los cultos, por cultos.

BREVES APUNTES METODOLÓGICOS

Un ejemplo perfecto de esta izquierda “revolucionaria” lo ofrece el ERP en un comunicado que emite con motivo de la llegada de Cámpora al gobierno. Lleva por nombre: “Por qué el Ejército

Revolucionario del Pueblo no dejará de combatir”. Lo hemos citado centenares de páginas atrás. No nos proponemos volver a analizarlo, sino sólo fijar el esquema de pensamiento de la llamada “izquierda” (en este caso la “izquierda armada”) en la Argentina. La actitud del ERP en esa coyuntura fue ejemplar. Por decirlo así: la perfección ejemplar del Error. De un tipo de Error. Porque los errores y los horrores fueron muchos. Pero lo que hicieron los erpios fue lo que cualquier grupo habría hecho. Armado o no. El hecho de las armas no diferencia la decisión del ERP de cualquier otro grupo de izquierda. Si el ERP no estaba con Cámpora seguía matando gente, que es lo que distingue con claridad la política de los “fierros” de la política a secas. La otra izquierda —izquierda no armada— se manifestaba a través del disenso o de la crítica o del intento de “iluminar” a las bases para que salieran de su eterna enajenación peronista. El esquema (aclaro que aquí lo enuncio sólo en tanto “esquema”; luego, si aún es necesario, voy a desarrollarlo) es el siguiente: cuando asume un gobierno y se da una política gradualista porque —como habitualmente ocurre— ha detectado ciertas *resistencias*, digamos, poderosas, en la realidad (*todo lo que se le opone: el ejército, la Iglesia, el empresariado, la oligarquía, el imperialismo, etc.*), cuando ese gobierno comprende y explica que comenzará por cambiar algo (este “algo” puede ser, dada la estructura de fuerzas, “mucho” y habitualmente es “demasiado” para los sectores de la derecha), la izquierda, de inmediato, casi como un reflejo condicionado, emite un comunicado por el cual manifiesta su repudio y profundo desacuerdo con ese gobierno pues, según ella, es necesario cambiar *todo*. Si se puede, no se lo plantea. Tampoco explica cómo es posible cambiar *todo*. *Pero es lo que hay que hacer: cambiar todo*. De esta manera conserva abrumadoramente su condición de *izquierda*. Nadie puede estar “a la izquierda” de quien pretende cambiarlo *todo*. Desde esa posición enunciativa, desde esa postulación totalizadora del cambio (que confirma su posición *revolucionaria*, nadie puede ser más revolucionario que alguien que propone cambiarlo *todo*), se ubica con enorme facilidad en el espacio del *questionamiento absoluto*. Es decir, *todo gobierno es reaccionario*. Todo gobierno es gatopardista. La izquierda vive de denunciar el gatopardismo. Porque todos, menos ella, intentan cambiar *algo* para que nada cambie. La izquierda postula lo contrario: si se cambia *algo* jamás cambiará la totalidad. Porque dirá —acaso en su momento de mayor lucidez— que sólo hay dos proyectos: 1) El proyecto de cambiarlo *todo*. 2) El proyecto de cambiar *algo*. Que esto tiene que estar decidido, enunciado y practicado desde el inicio. Tiene que estar presente desde el en-sí hegeliano. (El en-sí hegeliano tiene la característica de contener, precisamente, en-sí todo lo que luego habrá de desarrollarse; lo contiene en tanto *virtualidad*, palabra axial del pensar hegeliano que el maestro de Jena inventó antes que Bill Gates.) O se toma un gobierno con *esa* decisión o se condena todo proyecto a servir al régimen, ayudándolo a acompañar a los nuevos tiempos, a cambios menores que hay que realizar para no perderlo todo. El proyecto de la izquierda revolucionaria —por el contrario— es *totalizador*. Si para que nada cambie hay que cambiar algo, para cambiar *algo* —realmente “algo” y como punto de partida— tiene que existir previamente el proyecto y la decisión de cambiarlo *Todo*. *Sólo el proyecto de cambiarlo todo puede cambiarlo todo*. *Sólo el proyecto de cambiar la totalidad del sistema de producción capitalista puede cambiar a ese sistema*. Toda otra actitud contribuirá a su modernización, a su adecuación y a su permanencia.

Al desarrollar ese documento del ERP —que, básicamente, le dice a Cámpora que no lo va a matar a él ni a la gente de su gobierno, pero que continuará liquidando policías, empresarios y militares—, trataremos de ver los inconvenientes del esquema revolucionario totalizador. Hay un pleonismo en esto. Si un esquema es *revolucionario* no puede sino ser *totalizador*. Aquí es donde radica la discusión: ¿se puede ser revolucionario sin emprender el cambio de la totalidad? ¿Se puede cambiar siempre la totalidad? Si no, ¿se está condenado al gatopardismo, al reformismo, a la condena iracunda de los verdaderos enemigos de la maldita totalidad?

Colaboración especial:

Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO
La primavera camporista (IV)

IV Domingo 24 de mayo de 2009